

Son especiales, divertidas, ingeniosas. Son...

*Mujeres
made in
Spain*



Javier Romero

MUJERES MADE IN SPAIN

JAVIER ROMERO

© Javier Romero

Junio de 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño de portada: Asesoría literaria Alfa

Cris, el jardinero y una tarta de zanahoria

—¡Vaya pinta que llevas! Pareces un murciélago.

—Y tú pareces una maruja de cincuenta años. ¡Ah, no! Qué eso es lo que eres. ¡Déjame en paz!

Resoplé como llevaba haciendo desde que le dijera a mi hija -que si no fuera por las veintisiete horas de parto diría que es adoptada- que nos íbamos a mudar y, para evitar llegar a las manos con esa cabra loca, apreté los puños con rabia. Tengo que reconocer que no me atrevería a ponerle las manos encima sobre todo por dos razones. La primera porque en sus dieciséis años de vida nunca lo he hecho y la segunda porque me da miedo la pulsera de pinchos que lleva en una de sus muñecas. El carácter de mi hija está cambiando a la misma velocidad que lo hace su estilo en el vestir. La minifalda negra hecha jirones no contrasta con la camiseta desteñida del mismo color ni con el pintalabios más parecido a un trozo de carboncillo que a otra cosa. Y, por si todo eso fuera poco, lleva los ojos tan pintados de negro que me recuerda a un mapache de esos del zoo. Pero... un momento... ¿me ha llamado maruja?

—Por si ya no te acuerdas, tengo cuarenta y tres años y estoy en la flor de la vida.

—Sí, tu vida es como un cardo borriquero.

—No quiero que me hables así.

—Pues lo mejor que puedes hacer es pasar de mí y las dos contentas.

Me entran ganas de estrangularla y, como me ha pasado en otras ocasiones, me pregunto si no me cambiaron a mi hija en el hospital cuando nació. Yo no es que fuera una hija modelo, pero nada de ritos satánicos ni contestaciones como las que ella me da.

—Eres una desagradecida.

—No te preocupes que, cuando cumpla los dieciocho, me largue de aquí y comience a currar, te pagaré todo lo que te debo.

¡Será...! La muy desagradecida de mi hija a la que le di la vida, una educación y el mejor regalo de todos que fue alejarla del capullo de su padre, me da la espalda y se marcha escaleras arriba. Y yo, que siempre me mantengo entera en estas circunstancias, me traiciono a mí misma y me echo a llorar como una magdalena o, mejor dicho, como un flan porque cada vez que hipo se me mueven las carnes de la cintura. Sí, tengo un pequeño flotador, ¿y qué? ¿Acaso es pecado que te sobren unos pocos kilos? Ya me gustaría a mí ser como esas modelos de las revistas que parece que comen una vez a la semana, pero es que lo de la cerveza y las patatas bravas no hay quién me lo quite.

Entre patéticas lágrimas dejo que esos pensamientos tan profundos revoloteen por mi traicionera cabeza. De hecho, hago tanto ruido sorbiendo por la nariz que no me doy ni cuenta de que mi hija está detrás de mí con cara compungida. Esto es nuevo. Parece que se ha arrepentido de sus palabras y me va a dar un abrazo o algo parecido.

—Me voy a casa de Rubén. Está jodido. Ha perdido al fútbol.

¿Perdón? ¿Mi hija se muestra triste porque el prototipo de hombre con el que sale ha perdido al fútbol? Esto es de locos.

—¿Te vas? —consigo preguntarle entre hipidos.

—Pues, sí. No me esperes despierta.

Miro el reloj de la cocina y frunzo el ceño como me enseñó a hacer el cabrón de mi ex.

—Pero, si son las once y media de la mañana.

—Pues, eso.

—Tienes dieciséis años.

—Y tú cuarenta y tres. Felicidades, ya te queda menos para la menopausia.

Una vez más, mi única y adorable hija Nerea me hace sentir como una mujer anciana y con menos glamour que la escobilla del váter, como siempre decía el cerdo de mi ex cuando me veía con la bata de andar por casa los domingos por la mañana. Porque él sí que era un tipo con elegancia. De hecho, es el único hombre que he visto acostarse despeinado y levantarse peinado. A decir verdad, es el único hombre con el que he dormido. Soy así de patética. A mis cuarenta y tres años de edad, solo he estado con un hombre. Eso debe ser algo parecido a lo de morir virgen. Además, llevo tanto tiempo sin hacerlo que

seguro que me ha vuelto a salir el himen de las narices. Mi hija tiene razón, ¡soy patética!

Nerea da un portazo al salir y yo me quedo más sola que la una en esta casa inmensa que no sé por qué narices me dio por alquilar. Quizá porque lo que deseaba era alejarme de Álvaro, o porque está en una de las mejores urbanizaciones de la ciudad. O quizá porque aquí, en esta santa casa, puedo ser la maruja que mi hija dice que soy. Subo las escaleras con lentitud, recorro el pasillo hasta mi enorme y vacía habitación y me detengo frente al espejo para observar a esa mujer que me devuelve la mirada como un perro pachón. ¡Tampoco estoy tan mal! Vale, tengo ciertas redondeces en la cintura y no es que tenga demasiado pecho, pero, a pesar de todo eso, creo que estoy de buen ver. ¿A quién quiero engañar?

Con los ánimos por los suelos salgo a la terraza como un autómatas y me apoyo en la barandilla con la vista puesta en ninguna parte. Bueno, en ninguna parte no. Mis ojos se lanzan como dos muertos de hambre a devorar al jardinero de los vecinos que está como un quesito. Se trata de un chico joven que recorta unos setos sin camiseta en el precioso jardín. ¡Madre del amor hermoso! ¡Tiene bultos hasta en las pestañas! No, el jardín no; el jardinero. Y yo, que siempre me he considerado una mujer decente, hago lo que haría cualquier mujer decente de cuarenta y tres años, divorciada y con el himen renacido. Desciendo mi mano hasta la cintura del pantalón del chándal de maruja y, aprovechando la intimidad que me concede la barandilla, dejo que mis dedos funcionen como si no me pertenecieran y me toco. Sí, tengo que reconocerlo, parapetada tras la barandilla, me toco y me hago el famoso molinillo.

El jardinero, que por si no lo he dicho antes, está como para comérselo y no dejar ni las migas, levanta la vista hacia donde yo me encuentro y, con un hilillo de babilla cayendo por la comisura de mis labios, lo saludó con una mano sin dejar de jugar con la otra. Él hace amago de corresponder al saludo, pero se queda allí plantado observándome y... y... ¿se relame? ¿El jardinero buenorro se está relamiendo? ¿Por qué? No lo entiendo. Si no puede saber que... ¡mierda, mierda y tres veces mierda! Saco la mano del interior de mis pantalones y me lanzo de cabeza al interior de la habitación. ¿Por qué todo me pasa a mí? ¿Por qué tengo que ser como soy? ¿Por qué no me he dado cuenta antes de que la barandilla es de barrotes y se ve todo desde fuera? ¡Torpe, torpe, torpe!

Salgo de la habitación y bajo las escaleras de tres en tres. Bueno, mejor

de dos en dos que todavía me tiemblan las piernas del bochorno que he pasado. Desde que era pequeña, cada vez que me ocurre algo me da por caminar de un lado a otro sin poder pensar en nada, así que, una vez en el vestíbulo, comienzo a deambular desde la puerta del salón hasta la del comedor una y otra vez.

—Mira que eres torpe.

—Ya te vale. Tocarte delante del jardinero de los vecinos.

—Pareces una mujer desesperada.

Por suerte para mí y para mi salud mental, escucho unos golpes en la entrada y mis pensamientos pecaminosos se diluyen con ese sonido. Abro la puerta y todos esos pensamientos regresan al mismo tiempo que lo hace el jardinero macizorro que, con una mirada que no soy capaz de descifrar, me mira de arriba a abajo desde la entrada de mi chalecito. ¡Y no se ha puesto la camiseta! ¡Dios mío! ¿Eso es lo que todo el mundo llama abdominales? Álvaro solo tenía uno de esos y le rodeaba toda la cintura. ¡Madre mía! Me están entrando unas ganas de rayar pan...

Abro la boca para corresponder como buena anfitriona y saludar al jovencito, pero él me la cierra con un beso de esos de tornillo que no se lo salta un gitano. Estoy tan en fuera de juego con esto del sexo esporádico o de cualquier tipo que no lo veo venir y me pilla sin coger aire. Cuando se separa, después de haberme metido la lengua hasta la campanilla, tengo que ponerme en cuclillas porque, y no quiero que nadie se ría, me he mareado como una niña en la montaña rusa.

El chicarrón del norte me ve en esa postura y hace lo que cualquier chico más salido que un macaco haría en estas circunstancias. Se lleva la mano a la bragueta, se la baja y hace amago de buscar algo en el interior de los pantalones.

—Espera que no... arffffff.

¡Patético! Realmente patético. El chico, al escuchar el amago de frase seguido por una búsqueda incansable de aire puro o contaminado, deja de hurgar dentro de sus vaqueros y se arrodilla frente a mí.

—¿Te pasa algo? Estás más blanca que la leche.

¡Será *jodío* el niño de las narices! Me deja sin aire, intenta aprovecharse de una cuarentona y encima se cachondea. Pues, no. No estoy bien. Estoy algo mareada pero seguro que se me pasa en cuanto beba un poco de agua.

Camino hasta la cocina, llena de cajas de mudanza, haciendo eses y el

jardinero me acompaña. Consigo encontrar entre todo el desorden un vaso de agua y bebo un par de tragos. Eso es lo que me permite el chaval que parece que intenta matarme o algo porque no me deja ni beber. Me quita el vaso de las manos y me lo echa por encima. ¿Está *zumbao* o qué?

Pero, no. El jardinero de los vecinos tiene muy claro lo que hace, sobre todo cuando veo cómo me mira a las tetas ahora que la camiseta ha absorbido una buena cantidad de agua. Esto parece un concurso de esos de camisetas mojadas que tanto le gustaban a Álvaro. La primera vez que le pille viendo un concurso de esos por internet, el muy cabrón intentó convencerme de que era deporte nacional en Estados Unidos y que iba a ser disciplina olímpica. El muy idiota...

En esos pensamientos absurdos estoy cuando descubro que el chico debe estar más hambriento que Carpanta porque se lanza a por mis pechos, que no sé si he dicho que son de mediano tamaño, y que no tarda ni dos segundos en descubrir y en llevarse a la boca. Primero me chupa uno, después el otro, vuelve a por el primero y, cuando le ofrezco de nuevo el segundo, el muy lanzado me baja de un tirón los pantalones y me quedo, delante de él, casi en pelota picada, pero con unas bragas muy dignas que ya las hubiera querido para sí la propia Bridget Jones. No es que sean feas; es que son del año catapún, me llegan casi hasta las tetas y, por si todo eso fuera poco, están un poco descosidas por un lateral. El jardinero, para mi fortuna, me demuestra que está casi tan necesitado como yo de sexo porque me arranca las *macrobragas* de un tirón sin fijarse mucho en ellas y las lanza por encima de su hombro. Antes de que me dé cuenta, estoy sentada sobre uno de los muebles de la cocina, tengo una cabeza entre mis piernas y una lengua haciéndome el tan anhelado molinillo.

Lo de gemir es poco. Como pase la policía por la calle van a pensar que me están degollando porque esto no es ni tan siquiera gritar; es aullar como una jauría de lobos en plena montaña. Y cuando el chico, sin previo aviso, encuentra lo que estaba buscando dentro de los pantalones, yo tengo un momento de lucidez y lo detengo. Su cara es un poema.

—Espera. No podemos hacerlo a pelo.

—Pero, yo estoy muy sano. Me han hecho hace poco unos análisis.

¡Qué inocentón que el chaval! Como si todos los problemas que pudiéramos tener fuera algo tan simple como pillar la sífilis o algún bichito.

—No quiero quedarme embarazada a estas alturas y supongo que tú tampoco.

El jardinero, sin moverse ni un centímetro de entre mis piernas, arquea una ceja, frunce el ceño, chasquea la lengua y un sinfín de gestos más que me dan a entender que no comprende nada de nada. Al fin, abre los ojos de par en par y asiente.

—¡Ah! Yo pensé que como eres mayor ya no... bueno, mayor no, sino madura, pues eso, que no podrías... ya sabes.

¿¡Que sé el qué!? ¿Qué este capullo piensa que tengo los ovarios de adorno? Por Dios, que me ha llamado vieja con todas sus letras. Yo lo mato.

—Pues, no, bonito. Aún puedo quedarme embarazada.

—¡Ah! Vale.

El jardinero, como si no fuera con él, echa mano del bolsillo de sus pantalones que los lleva por los muslos, saca un preservativo amarillento de la cartera y se lo pone con una mano mientras con la otra juguetea con uno de mis pechos. Este chaval es un virtuoso. Cada vez que lo hacía con Álvaro y él tenía que ponerse una de esas gomitas, yo podía tomarme un café, poner una lavadora o charlar con alguna amiga por teléfono antes de que atinara. Aún recuerdo la última vez. Fue de chiste.

—Espera que lo he roto.

—Joder, esto no se desenrolla.

—Mierda, me lo he puesto al revés.

—Ya podían poner la fundita con abre fácil.

Pues eso. Que este chaval no tiene nada que ver con el torpe de mi ex y, antes de que me dé cuenta, comienza a moverse dentro de mí. Y yo, que soy una mujer hecha y derecha, me dejo hacer y creo que tardó algo menos de cinco segundos en tener el primer orgasmo. Y he dicho el primero porque después de ese vienen otros dos antes de que el jardinero experto en sexo tenga uno de esos orgasmos silenciosos que tanto me gustan. Pone los ojos en blanco durante un par de segundos y después, ¡oh, sorpresa! Me da un beso tierno en los labios y la saca con mucho cuidado. ¡Impresionante! Ni tan siquiera hace la ventosa que tanta gracia le hacía a Álvaro. Solo se pone en pie, se quita el preservativo, hace un nudo en él con una mano con más pericia que cualquier marinero y se lo guarda en un bolsillo dentro de la fundita. ¡Qué mono y qué previsor!

Y, para mi más absoluta sorpresa, inclina el tronco como si fuera un mayordomo, me da un beso en la mano y se marcha de la cocina dejándome con el culo pegado a la vitrocerámica, la respiración entrecortada y mi ropa vete tú a saber dónde, ¡Madre del amor hermoso! ¿Me acaba de echar un

polvo el jardinero de los vecinos? ¿¡Me he tirado a un chaval de veinte años!?

¡Dios existe! Jajaja. Para que se meta conmigo mi hija y me diga que soy una maruja de cincuenta años.

Antes de que pueda ni reaccionar, escucho abrirse la puerta de mi casa, pero el jardinero vuelve a entrar en la cocina con el rostro desencajado. Mira a uno y otro lado hasta que ve una ventana y se encamina hacia ella. La abre y se lanza por ella de cabeza. Para mí que se ha matado. Pero, no. Asoma de nuevo medio tronco, me sonrío con dulzura y me lanza un beso.

—Me llamo Jorge. Ha sido un placer.

—Yo soy Cris.

Ni tan siquiera soy capaz de decirle que el placer ha sido más mío que suyo porque no quiero parecer una cuarentona desesperada en busca de sexo fortuito con un desconocido. ¡Joder! Dicho así, suena fatal. El jardinero desaparece, pero, un segundo después, vuelve a asomarse.

—Por cierto, tienes visita. Espero que te gusten las tartas de zanahoria.

Se marcha justo cuando el timbre de la puerta suena en toda la casa. No lo había escuchado hasta ahora. Parecen las campanadas del reloj de la Puerta del Sol. Nota mental: cambiar el timbre por una melodía en plan música clásica. Me dejo caer sobre el frío suelo de la cocina y, tras ponerme la camiseta mojada, salgo corriendo de la cocina en pos de mis pantalones de gimnasia descoloridos. Ni me preocupo de buscar las bragas porque no hay tiempo. Abro la puerta de la entrada con los pantalones marcándome todo el chirri, la camiseta pegada a las tetas y dada la vuelta con la etiqueta por fuera y el pelo como si acabaran de atacarme todos los pájaros de la peli de Hitchcock. Me encuentro frente a frente con la mujer perfecta.

—Buenos días, Soy tu vecina.

Me mira como si se encontrara ante un indigente del metro porque ella aparenta tener unos treinta y muchos, viste con un traje de chaqueta sin la más mínima arruga, al igual que su rostro, y cada pelo de su rubia melena recogido en un moño perfecto que parece esculpido en piedra.

—Hola.

Saludo perfecto para una recién llegada a la urbanización.

—Perdón. Soy Cris.

Le tiendo la mano, pero la muy zorra estirada me la mira como si estuviera apestada y hace un gesto muy de saludo real con la mano.

—Yo soy Samanta. Vivimos en la casa de al lado y, como es tradición, te he traído un pastel de zanahoria.

¿Tradición? ¿Dónde es tradición? ¿En una peli americana del año *catapum*? Para no liarla más, cojo la tarta y le prometo que le devolveré el plato en cuanto pueda encontrar uno de los míos entre las cajas.

—Mi marido me ha dicho que te pregunte si al tuyo le gusta el golf para quedar el domingo y jugar unos hoyos.

Creo que el último hoyo que jugó mi marido, cuando lo era, fue el de aquella rubia oxigenada que se ligó en el gimnasio y con el que me puso los cuernos. Bueno, los últimos cuernos porque seguro que hubo más.

—La verdad es que no vivo con mi marido. Estoy divorciada.

Samanta me mira de arriba a abajo con una mueca como de... ¿asco? ¿Esta hija de su madre me está mirando con asco?

—Vaya. Pobrecita. Estooooo, quiero decir que qué pena que una mujer se quede sola a tu edad porque ya debe ser muy complicado encontrar a alguien que aguante tus manías y al que no le importe que vistas así.

—Así, ¿cómo?

—Pues, así... informal.

La mato. Juro que, en cuanto se dé la vuelta para marcharse, le estampo en la cabeza el plato con la puñetera tarta de zanahorias

—¿Vives sola?

¿Y eso a qué viene? ¿Ahora somos amiguitas después de llamarme pordiosera y de compadecerse de mí?

—No. Vivo con mi hija de dieciséis años. Acabo de matricularla en el instituto que hay aquí al lado.

—Anda, ¡qué casualidad! Yo tengo un hijo de diecisiete y estudia allí. Lo mismo podían hacerse amigos. ¿Está tu hija?

Esta tía es cotilla a más no poder. Me parece que lo mejor será dar la información con cuenta gotas no vaya a ser que, al final, nos hagamos amigas de verdad y sepa demasiado de mí.

—No, ha salido a dar una vuelta.

—El mío se está ganando la paga. Está en el jardín de atrás podando los setos.

¡Qué mono! Al niño de diecisiete años de los vecinos le dan paga y se la tiene que ganar. Esto es de serie de adolescentes. Podando los setos el crío. Mira tú que... Un momento. ¡Un momento! ¿¡Podando los setos en el jardín de atrás!?

—Se llama Jorge y es muy buen chaval. No tiene ni novia.

Así está de salido el chaval ¡Mierda, mierda, mierda! ¡Me he tirado al

hijo adolescente de la vecina!

—¿Te pasa algo? Te has quedado un poco pálida.

—Nada. No te preocupes. Será un bajón de azúcar.

Sí. Eso o que su hijo me ha dejado para el arrastre. Lo único que tengo claro ahora mismo es que ni de coña le presento a mi hija no vaya a ser que al chaval le dé por coleccionar a mujeres de la misma familia. Bajo la cabeza hacia la tarta de zanahoria que, por si no lo he dicho, tiene una pinta como para tirarla a la basura y aspiro con fuerza el aroma a... a... a zanahoria, claro.

—Ya verás cómo te gusta.

—Seguro que sí. Tiene una pinta bárbara.

Mentira piadosa.

—Bueno, te dejo que tengo que ir al centro comercial. ¿Te apetece tomar un café después de comer? Nos reunimos en mi casa unas cuantas amigas. Todas vivimos en la urbanización y seguro que te caen genial.

Lo que me faltaba. Pertener a un grupo de amigas en plan club de cupcakes como en esos libros románticos que tanto me gustan. Tengo muy claro que ni de coña me voy a juntar con un grupito así.

—De acuerdo. ¿A qué hora?

¡Mierda, mierda, mierda! ¿Por qué mi boca funcionara a su bola sin hacer caso de lo que manda mi cabeza? Esto no es serio.

—Muy bien. Pues a las cuatro en mi casa.

—¿Llevo algo?

—No te preocupes —me dice Samanta en tono meloso—. Seguro que las chicas traen bollos, tarta y cosas similares. Ya conocerás a Marisa. Es experta en lo que a gastronomía se refiere y se encarga de abastecernos.

Me entran unas ganas locas de llevar la espantosa tarta de zanahoria para quitármela de en medio pero no creo que quedara muy bien así que me tocará ir a ese centro comercial a por unas pastas o unas galletitas.

—Bueno, lo dicho. Nos vemos a las cuatro en mi casa.

Asiento con la cabeza y mi vecina regresa a su hogar caminando con un movimiento de cadera que hubiera vuelto loco a mi ex con tan solo intuirlo. Estaba más salido que un mandril. Bueno, seguro que sigue estándolo aunque a mí me la pela porque tengo cosas más importantes en las que pensar como lo de qué ponerme para la chorrada esta del café o qué hacer y decir para no fastidiarla nada más llegar.

¡Vaya entrada en la urbanización! Esto es llegar con buen pie y lo demás

son tonterías. Tan solo me he tirado al hijo adolescente de la vecina y voy a tomar café con un grupo de mujeres de mediana edad con las que seguro que no me llevo muy bien. Acabo de aterrizar aquí y ya echo de menos cuando era una persona anónima en mi antiguo barrio. Tan anónima que hasta mi marido pasaba de mí. Ya veo que aquí todo va a ser distinto.

Samanta, unas fotos en el móvil y el apretón

—¿No me escuchas?

—Cariño, tengo mucho trabajo atrasado y no puedo perder el tiempo.

—Y yo no tengo nada que hacer. ¿Es eso lo que quieres decirme?

Tobías levanta la cabeza y apoya los codos en la mesa. Se recoloca las gafas y me mira con condescendencia. No me gusta nada de nada cuando se pone en plan profesor de instituto, pero no me queda otra que tragar porque él es así. Ya me lo dijo mi madre cuando me casé con él: «Marido rico y necio, no tiene precio». Y vaya razón tenía, aunque no me lleve muy bien con ella.

—No te pongas así. A ver, ¿qué querías contarme?

—Da igual. No es importante.

—Vale.

¿Cómo que vale? ¿Y ya está? Yo le digo que no es importante y el me responde que vale como si realmente yo no le importara nada de nada. Pues le voy a fastidiar.

—Hoy ha llegado la nueva vecina con su hija.

—Ajá.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme? ¿Ajá?

—¿Y qué quieres que te diga? Ha llegado la vecina con su hija. No creo que se pare el mundo por eso con la de problemas que tenemos.

—¿Y qué problemas tenemos nosotros?

Tobías resopla y vuelve a mirarme como si yo fuera una mujer estúpida que pasa el día leyendo revistas de cotilleos y marujeando con las amigas. Bueno, es verdad que eso es lo que hago, pero también participo en subastas benéficas en la parroquia y hago tartas de zanahoria para las vecinas. ¿Le parece poco?

—Ninguno. No tenemos ningún problema. A ver, ¿qué pasa con la nueva vecina?

—Pasa que no es como nosotros.

—¿Es negra?

—No me refiero a eso. Es que viste... raro.

—¿Cómo es raro? ¿Cómo tu hermana?

—No, solo que viste fatal y, por si eso fuera poco, yo creo que ni se peina por las mañanas.

—¿Y eso es malo?

Decidido. Mi marido es estúpido. A mí no es que me importe que una recién llegada a la urbanización lleve esas pintas, pero es que... ¡no es de nuestra clase! Seguro que ha conseguido alquilar la casa de al lado con el dinero que le ha sacado al pobrecito de su marido. Con lo bien que estábamos con Antonio y Mari Puri. Esos sí que eran unos vecinos modelo. Él era notario y ella... ella se dedicaba a lo mismo que yo. También participaba en las subastas benéficas y era de nuestro grupo. ¡Cómo la echo de menos!

—No es malo. Pero he visto a su hija y lleva unas pintas muy raras.

—Y dale con lo raro. Cómo no seas más explícita...

—Llevaba un pantalón de chándal todo marcado y una camiseta sin nada debajo. ¡Un escándalo!

Tobías parece, al fin, prestarme toda su atención. Supongo que con esto último que le he dicho ha comprendido que nuestra nueva vecina no es de nuestra clase y que su hija puede ser una mala influencia para Jorge.

—¡Eeeeeeehhhhh!. Pueeeees, tengo queeee... voy aaaa... comprar el periódico.

El sosaina de mi marido deja las gafas sobre la mesa, sale a la carrera del salón y se marcha de nuestro chalecito independiente de seis habitaciones que, por si no lo he comentado, es más grande que el de la vecina. Me quedo allí parada, en mitad de la estancia que hace las veces de saloncito y despacho, sin saber muy bien qué hacer. Cuando consigo reaccionar, me asomo a la ventana con una sensación extraña que llevaba mucho tiempo sin percibir y, desde mi escondite, lo veo mirar para uno y otro lado. Se apoya en la valla junto a una de las farolas de la calle y saca un cigarro de no sé dónde. ¡Lo mato! Me había prometido que no iba a volver a fumar y ahora veo que sigue haciéndolo a escondidas. Eso debería preocuparme, pero pasa a segundo plano cuando lo veo dar una calada rápida y, tras tirar el cigarrillo y pisarlo a conciencia, sale disparado hacia la casa de la vecina.

—Pero, ¿a dónde va éste?

Salgo corriendo hacia la puerta, pero, en el último momento, cambio de opinión y regreso a la ventana desde donde puedo ver todos y cada uno de sus movimientos. Desde allí lo veo sacar el móvil y apretar un par de botones antes de meterlo de nuevo en el bolsillo de la camisa y observar, con detenimiento, la posición que ocupa. Vuelve a mirar a todos los sitios posibles menos al cielo, se coloca con las manos los cuatro pelos que tiene, se aproxima a la casa de la vecina y llama al timbre. Un instante después aparece esa tal Cris con la camiseta pegada a sus pechos y mi marido, desde donde estoy lo puedo confirmar, tiembla como un flan y parece balbucear. Intercambian un par de frases y, una vez ella ha cerrado la puerta, saca el móvil del bolsillo y, tras mirar la pantalla un momento, levanta el puño al aire con un gesto triunfal.

—¡Será hijo de puta!

—¿Acabas de llamar hijo de puta a papá?

¡Mierda! Qué susto me ha dado Jorge. Este chico anda por la casa como si fuera un gato y yo, con la tranquilidad que me caracteriza cuando veo cómo mi marido me engaña con otra, me doy la vuelta y tiro al suelo un jarrón horrible que le regalaron a Tobías en el despacho las navidades pasadas y que nunca ha sido santo de mi devoción.

—Me has asustado, cariño.

Jorge me mira con cierta lástima y yo no puedo evitar pensar en la suerte que he tenido con él. Es un chico dulce, sosegado y muy cariñoso. No como el cabrón de Tobías que aprovecha cualquier ocasión para demostrar al mundo que se ha convertido en un cincuentón baboso. Ya lo decía mi madre cuando me iba a casar: mejor dos de veinte que uno de cuarenta. Pero es que, Tobías tenía veintiocho años cuando nos conocimos y yo me dejé deslumbrar por su sonrisa, su seguridad y, sobre todo, por el Mercedes cabrio y el espesor de su cartera. ¿Frívola? No, simplemente previsora. Pero ahora... ¡buf! es como estar casada con mi padre que es un sesentón, si existe esa palabra, que mira a la presentadora del telediario como si quisiera desnudarla allí mismo.

—¿Qué hacías mirando por la ventana e insultando a papá?

—Cosas de mayores. No lo entenderías.

—Mamá, tengo diecisiete años.

¡Mi niñoooooo! Qué mayor se está haciendo y que formalito es. ¿Cómo le explico que su padre es un viejo verde sin que se le caiga del pedestal?

—Verás, Jorge. No quiero que pienses mal de tu padre, pero es que le

he dicho que la vecina nueva llevaba una camiseta sin nada debajo y se ha ido a su casa para comprobarlo con sus propios ojos.

Mi chiquitín frunce el ceño y medita un instante mi respuesta. Supongo que lo debe de estar pasando muy mal. Se lleva la mano a la boca y hace un esfuerzo para no echarse a llorar, pero no puede más y... ¿suelta una carcajada?

—¿De qué te ríes?

—De que es evidente que no has visto a papá en el gimnasio de la urbanización.

—¿A qué te refieres?

No entiendo nada de nada., Yo pensaba que mi niño estaría triste, pero parece que la situación le divierte. Y yo... no sé qué pensar.

—Mamá, en la urbanización llaman a papá el Kleenex.

—¿Y por qué lo llaman así?

Veo cómo mi hijo saca un pañuelito de papel del bolsillo del pantalón y hace un gesto limpiándose la barbilla con la mano como si hubiera babeado y ahora lo entiendo todo. ¡Mi marido es un auténtico baboso! Y, por si eso fuera poco, mi nueva vecina parece un poco salidilla y las luces de emergencia comienzan a encenderse a mi alrededor. Aunque debería pensar en cosas como que me puede poner los cuernos o en lo duro que debe de ser vivir sola como la vecina, en lo único en lo que caigo es en algo que me horroriza desde que nos casamos y que no puedo obviar. ¡Tenemos separación de bienes! Está decidido. Esa zorra no va a acercarse a mi marido nunca más si yo puedo evitarlo.

—Ya estoy en casa.

—¿Y el periódico?

—El... ¿el periódico?

—¿No ibas a por el periódico?

—Yo... verás... es que en el quiosco no... vamos queeeee... queeeee...

Y ahora empieza a tartamudear. Yo lo mato como siga así. Comienza a temblar otra vez y, algo que me llama mucho la atención, saca el móvil del bolsillo de la camisa, entra en su despacho y lo guarda en uno de los cajones de su mesa. Echa la llave y se la mete en el bolsillo del pantalón. Yo lo veo desde el salón y me acuerdo de mis suegros y de los padres de la vecina.

—Me he encontrado a Francisco, el marido de Lina, y me he despistado —me explica ya de nuevo en el salón—. Pero ahora voy a por él.

—¿Vas a por qué?

—A por el periódico. ¿Quieres que te traiga el Diez minutos?

No te digo yo dónde se puede meter la revistita de las narices porque una señora como yo no puede decir esas cosas en voz alta, pero seguro que puedo pensarlas. Ya le preguntaré al padre Damián esta tarde cuando me confiese si eso es pecado o puedo despellejarlo con la imaginación.

—No quiero nada del quiosco. En esa revista solo hablan de infidelidades y maridos salidos.

—¡Ah! Vale.

¿Acaso no debería haberse dado por aludido? Pues, no. El salido cincuentón de mi marido se encoge de hombros, sale de la casa y yo me quedé allí, en mitad del salón, sin saber muy bien qué hacer pero con un sentimiento de rabia haciendo estragos en mi interior del que seguro que también tengo que hablar con el padre Damián. El pobre lo va a pasar falta porque debe tener más de ochenta años y siempre le he confesado cosas del estilo de «no me gusta la ropa que lleva Lina» o «no vea usted lo que come Marisa». Pero ahora, por primera vez, yo soy la protagonista. Jorge se acerca, me pone la mano en el hombro y me da un beso tierno que agradezco más que un vaso de agua en el desierto.

—Es solo una fase, mamá. No te preocupes.

—¿Una fase?

—Me lo han explicado en el instituto. El hombre, llegada cierta edad, siente tal inseguridad que necesita reafirmar su hombría.

—No sabía que teníais una asignatura de psicología.

—¡Qué va! Me lo ha explicado mi amigo Sebas. Su madre pilló a su padre en el garaje con la niñera.

—¿Y qué hacían?

—Mamá, estaban en el asiento de atrás del coche. Ya te lo puedes imaginar.

Abro la boca de par en par y no sé qué es lo que más me asombra o me asusta, que mi marido intente acostarse con la vecina o que mi hijo sepa tanto de esas cosas. No puedo permitirlo y, como hizo Escarlata O'Hara en Lo que el viento se llevó, lanzo una promesa a los cuatro vientos.

—¡Juro por lo que más quiero que ningún hombre de esta familia se acostará con la vecina!

Lo de que juro por lo que más quiero no me deja claro si acabo de prometer algo por mi hijo o por el dinero de mi marido pero es lo que hay. Lo que sí es evidente es que la sonrisa de medio lado de mi hijo no presagia nada

bueno, pero, antes de que pueda preguntar, da media vuelta y regresa al jardín donde estaba podando los setos. Y yo, que soy una mujer atractiva, elegante y segura de mí misma, hago lo que cualquier fémica en mi situación haría. Voy a toda prisa al despacho de mi marido, me arrodillo debajo de la mesa y meto la mano por la parte de atrás del cajón de la mesa de Tobías. ¿Y por qué sé que es posible sacar cosas del cajón por la parte de atrás? Porque ahí es dónde guarda el talonario de cheques. No digo más porque podría dar a entender que soy una mujer frívola e interesada pero más allá de la realidad.

Muevo la mano por la rendija que se abre entre el cajón y el tablero de la mesa hasta que toco con la punta de los dedos el móvil de Tobías Aprieto con las yemas hasta que consigo pinzarlo con ellas. Como puedo voy tirando de él, pero vuelve a caer en el interior. Resoplo enfadada y lo intento de nuevo, pero no es hasta el tercer intento que consigo que caiga sobre la moqueta junto a mis rodillas. Suelto aire algo aliviada y, tras sentarme en el suelo y apoyar la espalda en la pata de la mesa, desbloqueo el móvil con cuatro movimientos del dedo. Hay que se tonto o ser mi marido para poner como clave de seguridad uno, dos, tres y cuatro. Con mucha decisión y la misma porción de miedo en el cuerpo, abro la aplicación de fotos y me encuentro con un auténtico publireportaje de nuestra urbanización. Y eso no sería del todo malo si no me encontrara en una de las fotos con la hija mayor de Rafaela, una de mis vecinas, corriendo con unas mallas de esas que parecen adhesivas. Y también a una de las cajeras del supermercado inclinada sobre la cinta donde se pone lo que has comprado y con media teta fuera de la camisa desabotonada. También ha fotografiado a un sinfín de vecinas en diferentes situaciones, pero con mucha carne visible en cada una de ellas y posiciones bastante indecorosas, según se mire. Casi lo que más me cabrea es que parece un experto en aeróbic de la cantidad de fotos sacadas desde las bicicletas estáticas y con un gran repertorio de mallas y traseros. Y digo lo de que casi es lo que más me cabrea porque el último archivo en el carrito de la cámara no es una foto sino un vídeo. En él descubro que la vecina nueva no es muy fotogénica, pero sus tetas parecen serlo.

—¡Lo mato! Juro que lo mato.

De verdad que no me recreo viendo el vídeo, pero es que no puedo apartar los ojos de todos esos archivos que guarda mi marido en el móvil. Y yo lo único que tengo en el mío son fotografías de flores del jardín y cosas por el estilo. No sé cuánto tiempo me quedo así con la vista puesta en la pantalla del teléfono de Tobías, aunque, cuando escucho la puerta de la casa al abrirse,

tengo el tiempo justo para dejar caer el móvil por el hueco de los cajones de la mesa y ponerme en pie antes de que mi marido entre al despacho y me pille allí tirada.

—¿Qué haces aquí?

¿Y ahora qué le digo? ¿Qué quiero el divorcio? Negativo. Separación de bienes. ¿Qué me he enterado de que es un mirón y un baboso? Negativo. Separación de bienes. ¿Qué sé que le gusta la vecina y que se la tire si quiere? Negativo. Separación de bienes y cuernos. No podría con ello porque tengo una imagen que mantener y una vida opulenta que vivir.

—Estaba viendo que hay mucho polvo en tu mesa —le respondo para despistar.

Tobías se acerca a la mesa de su despacho y, tras dejar el periódico junto a la lámpara, pasa el dedo por la superficie de madera, lo mira y se encoge de hombros como si no existiera ese polvo del que hablo o como si le diera igual. Delante de mí, abre el cajón con la llave que se había guardado en el bolsillo antes de irse y saca el móvil. Se lo guarda en el bolsillo y sonrío con evidente satisfacción.

—¿Por qué sonrías?

—Me he acordado de un chiste.

—Ah, ¿sí? ¿Me lo cuentas?

—Es que no lo ibas a entender.

Qué ganas me están entrando de darle al padre Damián más cosas para perdonar porque ahora me trata de tonta y a mí me hierve la sangre.

—Anda, prueba a contármelo.

—Déjalo. ¿no tienes nada que hacer?

Y ahora me echa del despacho en mi propia casa. Esto no había pasado nunca y ya veo que hay cosas que están cambiando entre nosotros.

—He quedado con Lina para tomar algo. ¿Te importa que vaya?

—Puedes hacer lo que quieras. Yo tengo un asunto entre manos.

Sale del despacho, sube las escaleras y, un instante después, escucho cerrarse la puerta del baño de nuestra habitación. ¿Y cuál será ese asunto que tiene entre manos? No creo que sea algo muy urgente si es más importante ir al baño. Aunque... un momento. ¿Ir al baño y un asunto entre manos? ¡No puede ser! Subo las escaleras de dos en dos, llego a nuestra habitación sin resuello, me acerco de puntillas al baño y pego la oreja en la puerta. No se escucha nada de nada y eso me deja más tranquila. Un momento, sí se escucha algo. Parece como si Paulina, nuestra asistenta, estuviera dentro sacándole brillo a

la plata.

—¡Será...!

Escucho unos gemidos y ya no lo soporto más. Doy un par de golpes a la puerta y espero una respuesta, pero mi marido, salido cincuentón, deja de hacer lo que esté haciendo y guarda silencio.

—¿¡Qué haces ahí!?

—¡Me ha dado un apretón!

No sé si lo que más me cabrea en ese momento es saber que mi marido se esté tocando viéndole las tetas a la vecina o que sea tan cerdo que me diga que le ha dado un apretón. Sea lo que sea, solo puedo hacer una cosa. Salgo de la habitación con los ojos llorosos de la rabia que me está entrando y me dirijo hacia el cuarto de mi hijo. Entro sin llamar y me lo encuentro tumbado en la cama con los cascos puestos. Cuando me ve, se los quita y se sienta con la espalda apoyada en la pared.

—¿Qué te pasa? ¿Estás llorando?

—Tu padre me engaña con media urbanización.

—¿Papá? Pero si es más aburrido que una carrera de tortugas. No lo veo yo poniéndote los cuernos por muy baboso que sea.

—No me gusta que hables así de tu padre.

—Mamá, eres tú quién ha venido quejándose.

Tiene razón. Como siempre, mi hijito tiene razón y me demuestra que, además de tierno y sensible, es muy inteligente y con un corazón de oro.

—No sé qué hacer.

—Creo que, en el caso de papá, no hacerle mucho caso.

—Es que...

A ver cómo le digo que su padre está tocándose en el baño sin que se escandalice. Es algo que una madre nunca debería compartir con un hijo, pero creo que ha llegado el momento en el que rompa esa barrera y sea sincera con el pobre.

—Creo que tu padre está tocándose en el baño.

Pero, en lugar de escandalizarse, suelta una carcajada que no me gusta nada de nada. Y yo que pensaba que mi pequeño Jorge se iba a echar a llorar y mira tú...

—¿De qué te ríes?

—De que ya veo que nunca miras lo que papá tiene en el revistero del baño.

—Pues, revistas de medicina y cosas de esas, ¿no?

—Bueno, teniendo en cuenta que papá se dedica a poner tetas de silicona, supongo que al Play Boy se le puede considerar una revista de medicina.

Abro la boca de par en par y me escandalizo. ¡No puedo creérmelo! Mi Tobías tiene el revistero lleno de guarrerías y yo ni tan siquiera me había fijado. Así que no sufre de estreñimiento crónico como me dijo una vez, sino que dedica el tiempo en el baño a otro menester. Mi hijo vuelve a ponerme la mano en el hombro y me da un par de palmadas como si fuera un colega.

—No te preocupes más de la cuenta. Ya se le pasará.

Quizá a otra mujer le bastara con ese consejo, pero a mí no. Saber que tu marido se toca viendo a otras mujeres desnudas no es lo más divertido del mundo por mucho que no haga nada más y, sobre todo, no pase a mayores. Le doy un beso a Jorge, salgo de su habitación con el alma encogida y me apoyo en la pared con la vista puesta en la puerta de nuestra habitación. Yo nunca he necesitado tocarme porque siempre me he considerado una mujer sexualmente satisfecha. ¡Incluso tuvimos una época en la que lo hacíamos todos los meses! Respiro hondo y sacudo la cabeza para no imaginarme a mi marido sentado en el retrete con... con eso en la mano. Suspiro y hago lo único que puedo hacer en ese momento. Saco el móvil del bolsillo de mi pantalón y pulso una tecla.

—Reunión de emergencia. Mi marido me engaña...

Lina, el tipo de los prismáticos y una patada lateral

—Qué dice que su marido la engaña.

—¿El kleenex? Ese lo único que sabe hacer es mirarle el culo a las de aeróbic en el gimnasio y sacarle fotos a todo lo que se menea. Anda que no le he visto veces con el móvil...

—Pues te recuerdo que yo voy a aeróbic.

—Entonces, seguro que su parte onanista sale a relucir aprovechando alguna de las fotos que te ha sacado.

Alucino en colores. ¿El marido de Samanta me ha sacado fotos? Y, lo peor de todo, ¿mi marido lo sabe y no le importa? Además, ¿qué narices es eso de onanista?

—¿A ti te da igual?

—Lina, todo el mundo en la urbanización sabe que Tobías es un desesperado, pero también sabemos que es más tonto que pichote. Es inofensivo. Además, no creo que se atreviera contigo.

Ahora resulta que tener un marido pasota debe gustarme pero no. Casi echo de menos a Borja, aquel novio que tuve con veinte años y que era tan celoso que una vez se pegó con tres tíos por mirarme en una discoteca. Un gesto muy bonito si no hubiera sido porque el muy idiota debía pesar poco más de sesenta kilos y los otros tres llevaban camisetas de un equipo de rugby. Y aun así, fue preciosa verlo tumbado en la cama de hospital con todos aquellos tubitos y haciendo con los dedos de la mano escayolada el símbolo de la victoria.

—Me da igual. Samanta dice que su marido la engaña y yo tengo que estar ahí.

—Me parece genial. Podías traer unas pizzas cuando vuelvas. Tengo que

escribir.

Sí. Mi marido, mi querido y famoso maridito es el increíble Gastón Delacroix, el escritor de libros que se han convertido en Best Seller como el de «Las diez razones para sentirme Fofisana» o el de «Mi amiga la alopecia». No es que sea Julio Verne, que me acuerdo que nos obligaron a leerlo en el cole, pero vende tal cantidad de libros que podemos permitirnos vivir en este chalé y codearnos con gente como Samanta y Tobías. No es cuestión de ser frívola ni nada de eso. Solo es supervivencia vecinal y que me gusta vestir bien y calzar los pechos que calzo y que ha pagado mi marido.

—¿Con qué estás ahora?

—Con un libro sobre las personas a las que acosan en las empresas.

—¡Vaya! Tiene buena pinta.

Mi adorable maridito me mira con infinito amor y con los mismos ojos con los que me contemplaba cuando le eché el guante en aquella convención de escritores a la que acudió con su mujer. Pues sí, ahí donde lo veis, Francisco estuvo casado y tiene un hijo de trece años que es un terremoto. No pasa mucho tiempo con nosotros, pero, cuando viene, pienso en mudarme al chalé vacío que hay al lado del de Samanta o en irme a un hotel de vacaciones pagadas por el padre de la criaturita.

—Me gusta que parezca que te interesas por mi trabajo cuando sé que te importa un pimiento.

—No es eso, cariño. Es que son muchos datos para mí y ya sabes que yo soy más física que intelectual. ¿Sabes a lo que me refiero?

No sé si es por las mallas ajustadas o por el top que quita el hipo que mi marido me mira con cierto deseo y, durante una décima de segundo, me planteo quedarme allí a disfrutar de un polvo prepizza. Pero ese pensamiento dura lo mismo en mi cabeza que en la de mi marido que, antes de que pueda moverme, ya está tecleando en su ordenador. Como sé que no hay de dónde rascar, cojo las llaves, me pongo una chaqueta cortita que deja a la vista mi espectacular culo y abro la puerta de la calle.

—¡Dale recuerdos al Kleenex! ¡Seguro que se alegra de verte con esos pantalones!

¡La madre que...! Doy media vuelta acordándome de mi perspicaz maridito y de lo coñazo que es algunas veces, vuelvo al armario de la entrada y cambio la chaqueta cortita que deja a la vista mi magnífico culo por otra más larga que me llega hasta las rodillas y que es a prueba de maridos salidos y viejos verdes.

Tardo más o menos tres minutos en llegar a la casa de Samanta y, una vez allí, me quedo de piedra al ver movimiento en la terraza superior del chalé que se había quedado vacío y donde vivían Antonio y Mari Puri. ¡Y yo que pensaba que podría mudarme allí cuando la ex de Paco decidiera enviarnos de nuevo al consentido de su niño! Una mujer mira por la barandilla hacia el jardín del chalé de mi amiga y yo hago lo que una mujer debe hacer en estas ocasiones. Cotillear todo lo que pueda para luego despellejarla en la reunión de amigas de las cuatro. Me pongo de puntillas junto a la valla del chalé de Samanta y hago un hueco con las manos entre las arizónicas para otear el jardín. ¿Qué mirará la vecina nueva? No puede ser. Creo que la pregunta no es qué mira la nueva vecina sino a quién. Jorge, el pequeño y adorable Jorge, está cortando la hierba con un cortacésped y para mí que la nueva vecina está encantada con lo que ve. Y, la verdad, es que no me extraña ni lo más mínimo. No me había fijado en el hijo de Samanta. ¡Está como un quesito! Y pensar que llevo viéndolo desde que tenía diez años y ahora es cuando me fijo en el cuerpazo que tiene. ¡Vaya abdominales! ¡Vaya brazos! ¡Vaya culito que se gasta el crío!

Intento no pensar mucho más en ello, pero me cuesta apartar los ojos del hijo de Samanta y me imagino que a la vecina nueva le pasará lo mismo porque ahí sigue en la terraza sin perder de vista al chaval. Sacudo la cabeza un par de veces y dejo mi lugar de mujer desesperada y salidorra para volver a la realidad. Me separo de la valla y dispuesta estoy para caminar hacia la puerta del chalé de Samanta cuando veo otro movimiento extraño detrás de la fila de coches que hay aparcados en la acera de enfrente. Me parece ver a alguien moviéndose de un lado a otro de cuclillas. Me acerco también agachada como hacen esos tíos buenorros de la serie Graceland cuando llegan al escenario del crimen y se encuentran a un sospechoso por la zona. Y mira que están macizos. Creo que esas series son el ejemplo de que existen esos hombres, pero que solo se pueden ver en la tele y poco más. Vamos, que lo hacen para ponernos los dientes largos.

Me agacho tras un todo terreno de color negro y me asomo por el lateral. No me había equivocado en lo que había creído ver. Me encuentro de bruces con un hombre de unos cuarenta y cinco o cincuenta años de pelo entrecano y algo pasado de peso que observa la casa de la vecina nueva con unos prismáticos. ¿Con unos prismáticos? Está claro que o este tío es un policía y ella es una traficante de drogas o bien es el salido de turno pajillero que intenta ver a una mujer indefensa desnuda.

—¡Oye! ¿Qué haces ahí?

Yo en mi línea de meterme en lo que no me llaman. Me levanto muy decidida y con el convencimiento de que, de las dos opciones pensadas con anterioridad, la única válida es la segunda. El tipo de los prismáticos se pone en pie y, pasando olímpicamente de mí, vuelve a mirar por los prismáticos en la misma dirección. Ya sé que debería irme que es lo que haría cualquier mujer inteligente pero lo mío es meterme en problemas.

—Te he preguntado qué haces ahí.

—Y a mí no me da la gana de responderte. Vete a la mierda, tía cotilla.

¿Me ha llamado cotilla? ¿Este gilipollas me ha llamado cotilla? Bueno, un poco sí que lo soy pero no admito que nadie me lo diga excepto yo misma. Le toca salir a la mujer digna que hay en mí

—Te exijo que me pidas disculpas. No puedes hablarme así.

—¡Joder! Me ha tenido que tocar la pirada de turno.

Esto ya empieza a inflarme las narices o las pelotas como dice mi maridito cuando nadie lo escucha y no tiene que aparentar algo que no es. El tío de los prismáticos saca una cámara de fotos espectacular de una bolsa de deporte y enfoca hacia la casa. El cacharro que tiene entre las manos demuestra que, o es un profesional de la fotografía contratado por algún mafioso colombiano, o el mismo salido de antes que necesita material para sus prácticas solitarias en plan macaco. Esto ya va en serio.

—O te marchas o llamo a la policía.

El desconocido resopla un par de veces y deja caer la cámara sobre su pecho con fuerza. De no haberla llevado colgando con una cinta del cuello, se hubiera estampado contra el suelo. Y a mí me preocupa eso en lugar de pensar en que un tipo de buen tamaño camina hacia mí con cara de malas pulgas y con el dedo levantado en plan amenazador.

—Déjame en paz de una puta vez y vete a menear esas tetas de fularda delante de otro que no tenga nada mejor que hacer que babear. Yo estoy ocupado.

Ahora, la que resoplo soy yo y no me queda más remedio porque este tipo ya ha dejado de inflarme las narices y ha pasado a inflarme las pelotas aunque no tenga. Lo veo avanzar hacia mí y, en contra de lo que debería hacer cualquier mujer indefensa que es salir corriendo, abro las piernas, levanto los brazos y me coloco en posición de defensa. Él se echa a reír sin dejar de avanzar.

—Vaya, la zorrilla hace tai chi en sus horas libres.

No tengo ni idea de cuáles son sus intenciones y de a dónde tenía pensado llegar, pero tengo muy claro que no voy a esperar para averiguarlo. Cuando lo tengo a una distancia prudencial, levanto la pierna ligeramente y le lanzo una *low kick* que hace que se tambalee y cambie la expresión de su rostro que ha pasado de la suficiencia a la sorpresa en un segundo. En cuanto veo que su cara vuelve a mutar a una máscara dura y cargada de odio, levanto de nuevo la pierna y esta vez recibe una *head kick* con la que hubieran alucinado en el gimnasio. El tío de los prismáticos cae al suelo cuan largo es y yo, de todas las opciones que se me ocurren, me agarro a la que más me apetece. Doy media vuelta, paso de todo y cruzo la calle para ver a Samanta y que me cuente qué es lo que pasa.

Justo cuando voy a llamar al timbre de la casa de mi amiga se abre la puerta y ante mí aparece el culpable de todos los problemas de Samanta. Nada más verme, Tobías baja su mirada y la posa en mis tetas o en lo que se puede intuir bajo el top ajustado. Creo que tengo que plantearme que cada vez que venga a casa de mi amiga tengo que ponerme sujetador porque este salido no deja de babear y yo sé que estoy empitonada, como suele decirse, porque me gusta ir así y que los tíos me miren. Pero digo los tíos, no los babosos.

—Hola, Lina. Estás muy... muy...

—Hola, Tobías. ¿Puedo pasar?

El marido de mi amiga se aparta a un lado y me deja el paso libre no sin antes dirigir una última mirada a mi poderosa y cara delantera. Por lo menos, esta vez tengo la certeza de que, gracias a lo listo que es mi marido, esta vez no va a poder mirarme el culo. Me doy la vuelta un instante para comprobar que no lo hace y me lo encuentro con la mano en el paquete como si intentara colocarse la chorra debajo de los pantalones. ¡Por Dios, qué asquito me ha dado! Sacudo la cabeza para espantar la imagen del marido de mi amiga ahí tocándose y ahora me arrepiento de no haberme operado las tetas en otra clínica. Seguro que el muy cerdo se la pelaba mientras me operaba. ¡Buf! Intento no recrearme en ello y entro en el salón donde me encuentro con Samanta.

—Has tardado mucho —me recrimina nada más entrar. Veo que ha estado llorando y eso me desconcierta.

Además, ¿qué le digo a mi amiga? ¿Que me he retrasado porque estaba viendo como la vecina devora a su hijo con los ojos o mejor le digo que yo hacía lo mismo? Aunque también puedo decirle que he llegado tarde porque su marido, el baboso, se ha recreado en mis tetas o que me he entretenido

partiéndole la cara a un tipo en la calle, pero eso no creo que le interese mucho.

—Paco, que está insoportable.

La mejor excusa siempre es la misma. Echarle la culpa a los hombres y si ese ente es tu marido, mucho mejor y más creíble.

—Paco es un cielo en comparación con Tobías.

Lo que faltaba. Samanta se echa a llorar y destruye en un instante esa imagen de mujer dura y fría como el hielo que ha creado entre las que la conocemos. Si Marisa la viera con estas pintas, seguro que se echaba a reír o lo celebraba haciendo unas galletas de chocolate. Nuestra amiga común también viene al café de las cuatro, pero ahora la que se tiene que comer este marrón soy yo.

—Anda, vamos a preparar un té y me cuentas.

Entramos en la inmaculada cocina y, un momento después, entra Jorge y se planta frente a nosotras todo sudadito y sin camiseta y yo no puedo evitar fijarme en esos abdominales y, por muy duro que parezca, tampoco puedo evitar compararlo con el bueno de mi marido. ¡Mira! De esto podría sacar información para uno de sus best sellers. Podría llamarlo «Diez razones por las que a una mujer le gustan los abdominales marcados y un culo duro como una piedra». Es un poco largo, pero seguro que vendería millones de ejemplares.

—Hola, tía.

¡Hala! A tomar por culo el glamour y todos los abdominales del mundo. Con tan solo tres letras ha conseguido que envejezca unos veinte años. He pasado de ser Lina, la adoradora de los cuerpos Danone y los yogurines, a ser una mujer mayor que tiene un pseudosobrino de diecisiete años que me llama tía y que me mira como si ya hubiera cumplido los cuarenta. Y, para quién no lo sepa, todavía me quedan veinte días para eso y para la macrofiesta que tengo pensado organizar en el jardín de nuestra casa y de la que Paco aún no sabe nada.

—Mamá, voy a darme una ducha y a salir un rato.

—¿Adónde vas?

—He quedado con unos amigos para comer en el club y después vamos a entrenar.

—Vale, ten cuidado con la moto.

Jorge aprovecha que su madre se da la vuelta para hacerme un gesto con la mano como si llorara para después señalar a mi madre. Supongo que me

está pidiendo que la ayude o está jugando al juego ese de hacer gestos y adivinar una película. Ahora me sonrío. ¡Ya lo tengo! Sonrisas y lágrimas.

—Vengo a media tarde. Así podéis estar tranquilas en el café.

Sale por la puerta y mi amiga no pierde el tiempo en tonterías y me cuenta, en más o menos dos minutos, todo lo relativo a Tobías, alias el kleenex. Que si es un salido. Que si es un cincuentón desesperado. No sé qué de un pajillero que es una palabra que nunca había oído salir de los labios de mi amiga que es muy fina y elegante.

—No sé. No creo que sacarle fotos a las vecinas sea ponerte los cuernos.

—Ah, ¿no?

—Pues, no.

—¿A ti te gustaría que Paco hiciera... esas guarrerías viéndome a mí desnuda?

La miro una y otra vez y la vuelvo a mirar. No sé si me lo pregunta en broma o en serio pero, por el gesto de su cara, veo que lo dice con toda la seriedad del mundo. ¿Y ahora qué le contesto? Vuelvo a mirarla y tengo la sensación de que, diga lo que diga, la voy a cagar pero bien.

—Es que no es lo mismo. Tú eres... distinta.

Estalló la bomba atómica. El rostro de Samanta cambia poco a poco y pasa de la sorpresa a la incredulidad sin dejar de lado el estupor y, por supuesto, el cabreo más absoluto.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú eres muy... seria y formal. Nadie se haría una gayola pensando en ti.

Ya está dicho. Veo que pone cara de asco cuando me escucha llamar a las cosas por su nombre y no me sorprende. Creo que Samanta es la única persona a la que he visto pelar una gamba con cuchillo y tenedor. No quiero ni imaginar la que liaría en una de las barbacoas a las que llevo invitándola siete años y a las que nunca acude. Supongo que comerse una chuleta con las manos no es lo que ella puede llamar glamour.

—Me da igual. He pillado a Tobías en el baño y seguro que se estaba tocando mientras veía a la vecina.

—Tampoco pasa nada. Con no hacerte amiga de la mujer esa, ya está.

—Es que...

Veo la cara de niña pequeña que pone Samanta cuando mira al suelo y empieza a mover la punta del zapato sobre una de las baldosas y sé que la ha

liado pero bien. La última vez que hizo ese gesto nos echaron de una tienda y yo tuve que pagar el jersey que ella llevaba escondido en el bolso. ¡Miedo me da!

—¿Qué has hecho? No me digas que le has llevado una tarta de zanahoria.

—Pues, sí. Pero eso no es todo.

Lo dicho. Miedo me da cuando Samanta se pone en plan anfitriona perfecta porque es capaz de donarle uno de sus riñones a alguna desconocida. Todavía recuerdo cuando llegaron a la urbanización Antonio y Mari Puri y Samanta organizó una fiesta de bienvenida en su casa con payasos, magos y hasta un Papá Noel borracho que, nada más llegar, se cayó a la piscina y casi se ahoga. Nadie logró explicarse qué hacía en casa de mi amiga un Santa Claus en pleno mes de agosto. Samanta defendió a capa y espada que había contratado un mimo, pero supongo que el resultado fue más entretenido. Por lo menos, esta vez solo le ha hecho a la recién llegada un tarta de zanahoria. A lo mejor me cae bien y todo.

—La he invitado a tomar café con nosotras.

—¡No me jodas! Ya te vale. ¿Invitas a una tía después de que tu marido te engañe con ella?

—Tú me has dicho que eso no es ponerme los cuernos.

—Pues te mentía. Tu marido es un cerdo y acabas de meter al enemigo en casa.

—¿Ella es mi enemiga?

—Cualquier mujer a la que se acerque tu marido, no es una amiga.

—Pues te recuerdo que a ti te hizo la mamoplastia.

Creo que mi amiga vive en los mundos de Yupi. Debe ser la única mujer del mundo que a una operación de aumento de pecho la llama con su nombre científico o médico o lo que sea. Lo malo es que tiene razón y mucha. Su marido, alias el kleenex, me vio desnuda en la clínica y ahora resulta que es un salido. Ahora me explico todo lo que insistió para que me quitara toda la ropa con la excusa de que necesitaba ver la forma de mi cuerpo para calcular el tamaño de la tetas. Y el muy cerdo sacó fotos para su archivo. ¡Sí! Los cojones para su archivo. Seguro que se la ha cascado a mi salud. Para mí que la única que se libra es Marisa.

—No es lo mismo una operación que ir a verle las tetas a la vecina y mucho menos grabarla.

—No sé.

—Pues que te quede claro. Esa mujer de ahí al lado es tu enemiga.

Doy media vuelta y me voy de la casa de Samanta. Sé que no he actuado como una buena amiga y como ella hubiera esperado, pero yo soy así de espontánea. No me ha gustado pensar en que una nueva pueda entrar en nuestro círculo. No es que Samanta y Marisa sean las mejores amigas del mundo, pero tampoco son las peores y ahí estaban cuando yo me lie con aquel masajista y Paco estuvo a punto de pillarme dale que te pego en nuestro propio sofá. Menos mal que Samanta me llamó en cuanto lo vio aparecer en la urbanización y Marisa lo entretuvo para que al chico le diera tiempo a ponerse los pantalones y salir por la ventana.

Aun así, no puedo permitir que una nueva vecina entre en nuestro círculo del café de las cuatro y lo eche todo a perder. A lo mejor puedo decirle a Samanta lo de su hijo pero me parece un pelín rastrero hasta para mí. Ya veremos. Algo se me ocurrirá. Cruzo la calle hacia mi casa y confirmo lo que ya temía. El tipo de los prismáticos sigue tirado en el suelo con un ojo a la funerala. Siempre me he considerado una buena persona así que me acerco a él y compruebo que respira. Le doy toquecito con el pie en el brazo como he visto que hacen en Graceland y me largo a mi casa, pero no sin antes echarle un vistazo a la casa de la nueva vecina a la que voy a conocer a las cuatro.

Marisa, una nueva amiga y las galletas de chocolate

—No entiendo qué te pasa. Esta camisa es bonita.

—Sí. *Paice* que voy a echar a volar.

—Tenemos la boda la semana que viene...

—¡Joder! Se casa mi hermana y no Cristiano Ronaldo.

Creo que hemos perdido la magia si en algún momento la hemos tenido. Me casé embarazada hace quince años y casi no recuerdo un verano en el que no haya tenido la panza mucho más allá que las tetas. En cuanto suelto un niño, Mariano espera a la famosa cuarentena y otra vez a empezar. ¡Seis! ¡Tenemos seis hijos y yo no soy una mujer! Soy una mezcla entre ama de casa, madre limpia mocos y mujer tumbada en la cama toda espatarrada. Eso sí. Si no fuera por la constructora que tiene mi Mariano, otro gallo nos cantarían. En ocasiones me pregunto qué hago yo aquí. Sobre todo cuando miro mi casa que parece una leonera y luego voy al chalé de Samanta donde creo que comen encima de la encimera, pero sin poner ni tan siquiera los platos de limpia que está. La mía ni se ve. Todos los cacharros de la cena tirados por ahí y donde no hay un plato sucio hay unos calzoncillos a juego. Pues sí. Mi casa es lo que en nuestro pueblo llaman un campo de nabos. Con la ilusión que me hacía tener una niña y solo he traído al mundo a clones de Mariano que se pasan el domingo tirados en el sofá jugando con la consola o encerrados en sus habitaciones con el móvil.

—¡Jonathan, ¿has hecho las tareas para mañana?!

—¡Sí, mamá!

—¡Cristian, ¿tienes lista la mochila para el fútbol?!

—¡Sí, mamá!

—Miguel, ¿has desayunado?

—¡No, mamá!

—¿Y a qué esperas? ¿A qué te lo prepare yo?

—Pues, claro.

Me asomo al salón y lo veo sentado en el sofá con los pies en un puf y un mando de la consola entre las manos. Doy media vuelta para regresar a la cocina y prepararle el desayuno al tercero de mis retoños pero, cuando tengo el bote de cola cao entre las manos, algo explota en mi interior y decido escaparme de allí. Me pongo una chaqueta que me gusta especialmente porque disimula los rollos que tengo alrededor de la cintura y abro la puerta de la calle.

—¡Me voy al súper! ¡El que quiera el desayuno que se lo prepare!

—¿¿Queda pizza de anoche!?

—¿¿Puedo comer helado?!

—¿¿Y un sándwich de Nocilla con cabrales?!

Resoplo un par de veces y salgo de mi casa como alma que lleva el diablo y con muy pocas ganas de regresar allí en las próximas horas. ¿Soy mala madre por estar deseando que llegue el lunes y perder de vista a esos siete cenutrios? Comienzo a sentirme mujer los lunes a eso de las nueve de la mañana cuando voy al gimnasio de la urbanización con las chicas. Esa sensación desaparece cuando los niños vuelven en la ruta y se desintegra en la nada en cuanto Mariano entra por la puerta y me tira encima la ropa sucia que tengo que lavar y se sienta en el sofá y se quita los zapatos. Ya sé que trabaja todo el día en la obra, pero es que le huelen los pies cosa mala. Por la noche, si no comienza a roncar en el sofá, me engancha en cuanto me quito la ropa y ya no me suelta hasta que no lanza a sus soldaditos a por el séptimo cenutrio. Le debo tanto a Samanta que me habló de la píldora. Todavía recuerdo el día que Mariano me pilló tomándola y me preguntó por la cajita con los numeritos alrededor. Me descojono al pensar que se tragó lo de las aspirinas para ciclos de dolor de cabeza de veintiún días de duración.

Me subo con cierto esfuerzo en mi coche diminuto para el que no se necesita carné de conducir y que Mariano me regaló en mi último cumpleaños. Y digo lo de que subo con esfuerzo porque no soy precisamente una de esas mujeres XS que se pueden vestir con cualquier trapito que se compran en una tienda y que todo les queda bien. Yo soy, más bien, una mujer XXLIII aunque pueda parecer una exageración. En el gimnasio todas me miran pero a mí me da igual y mucho más cuando, después de aeróbic, me tomo una napolitana de chocolate delante de todas y comienzo a descojonarme. ¡Por el amor de Dios!

Estamos en septiembre. Quedan muchos meses para la operación bikini y podrían relajarse un poquito aunque, teniendo en cuenta que una de esas mujeres es amiga mía... Hablando del rey de Roma por mi teléfono asoma.

—Hola, Lina.

—...

—Ya, ya. No te preocupes que allí estaré.

—...

—¿En serio? ¿Con la vecina nueva?

Ni tan siquiera sabía que Samanta tenía una nueva vecina y ahora resulta que el cerdo de su marido va detrás de ella. Creo que el café de la tarde va a dar para mucho.

—...

—¡Vamos, no me jodas! ¿La ha invitado?

—...

—Bueno, seguro que nos divertimos.

—...

—No seas mala. Seguro que ella es buena gente y...

—...

—¿Mirando al hijo de Samanta? Pero, si es un crío.

—...

—Lina, no seas bruta. Tiene diecisiete años.

—...

—Bueno, luego nos vemos.

Lo dicho, mi amiga es más bruta que un arado. No va y me dice que el hijo de Samanta está como un queso y que no le importaría hacerle un favor. Mejor me quito esa imagen de la mente. Menos mal que mis hijos son unos niños que si no...

En el centro comercial no dejo de dar vueltas de un lado para otro mirando unos escaparates pero sin dejarme engañar por los maniqués a los que todo les sienta bien porque les agarran la ropa sobrante con una pinza por la espalda. Ya me gustaría a mí poder salir a la calle con una pinza de la ropa haciendo un *guruño* en mi jersey y que no me marcara todas las lorzas. Encuentro un chándal en una tienda que tiene buen aspecto y que parece estar hecho para mí. Es rosita con unas franjas grises y las palabras «Indiana» y «Cow Boys» en el pecho. No sé qué narices significa eso, pero queda bonito. Lo que no me gusta es que lleva un cincuenta y tres cosido en una de las perneras del pantalón. ¿Eso qué es? ¿La talla? Ya les vale. Me armo de valor y

me imagino en el gimnasio con ese chándal antes de entrar en la tienda y enfrentarme a la dependienta que debe tener unos veinte años y debe gastar una treinta y cuatro de pantalones. Eso sí, a tetas la gano yo con la gorra. Nada más verme, la *jodía* niña pone cara de asquito y a mí me entran ganas de partírsela, pero me comporto.

—Buenos días, ¿qué desea?

—He visto ese chándal del escaparate y me gustaría probármelo.

La niña anoréxica mira hacia donde señalo y después menea la cabeza de lado a lado como un búho. No sé por qué, pero ya me cae mal.

—No hay de su talla. Solo tenemos hasta la cuarenta y seis.

—Pues yo gasto la cuarenta y cuatro, mona.

La verdad es que no tengo ni puñetera idea de qué talla gasto, pero no me voy a quedar con las ganas de probarme el chándal rosita porque una cría diga que no es de mi talla. Me mira de arriba a abajo una y otra vez y vuelve a negar con la cabeza.

—En el centro del pueblo hay una tienda de tallas grandes —me dice la zorra delgaducha con una sonrisa cínica en los labios.

Está comenzando a tocarme las narices y ésta no sabe con quién está hablando. Me pongo más firme que una vara, me acerco al escaparate, cojo al maniquí debajo del brazo y me encamino hacia los probadores.

—¿¡Qué hace, señora!?

—Como no me haces ni puto caso pensé que esto era un autoservicio.

A regañadientes se marcha a la trastienda y regresa con una caja que deja caer en el mostrador con muy mala leche. La abre y me lanza a la cara el chándal. ¡La mato!

—Ya le digo que usted no tiene cuerpo para la ropa de esta tienda.

¡Será hija de puta la niña! Para una vez que se me ocurre asomar la cabeza en esta tienda y mira lo que me pasa. Le echo un vistazo rápido al chándal que me ha lanzado y confirmo que debe ser de la mitad de tamaño que la ropa que uso normalmente, pero me niego a darle la razón a la asquerosa esta. Me doy la vuelta muy digna y me encierro en el probador donde me quito la ropa y dejo libres mis loras y, como las llama Mariano cuando estamos dale que te pego, mis ubres. Con un supremo esfuerzo consigo ponerme la chaqueta pero no hay forma humana de cerrar la cremallera. Aguanto la respiración, pero el problema no está solo en la panza así que es una labor imposible. La dejo abierta y me siento en la banqueta para ponerme el pantalón. Esto es como intentar despellejar un conejo pero al revés. Consigo

subirlo hasta las rodillas y sigo tirando muslos arriba. Logro ponerme el pantalón, pero, en cuanto me veo en el espejo, el único deseo que tengo es el de quitarme esa funda que me he puesto. Parezco un chorizo de los de mi pueblo. Quizá si me pongo las zapatillas, el efecto sea otro. Me agacho como puedo y el desastre no se hace esperar. Escucho un sonido en la parte de atrás que no deja lugar a dudas. Acaba se saltar el pantalón y tengo el culo al aire. Menos mal que no se me ha ocurrido salir del probador así. Me quito el chándal-funda como puedo y lo doblo de forma concienzuda. Salgo del probador y, sin dirigirle ni una mirada a la anoréxica, le lanzo el chándal a la cara y me marcho de allí a toda prisa. Ya conozco una zona del centro comercial que tengo que evitar.

Para qué engañarme; mi lugar es otro y, por más que intento evitarlo, todas mis caminatas por el centro comercial siempre acaban en el mismo lugar que no es otro que la pastelería «Algodón de azúcar» y su nombre lo dice todo. Antes de entrar miro para uno y otro lado por si alguna de mis amigas, que se han convertido con el paso de los años en la voz de mi conciencia, están por allí y, una vez que confirmo que no es así, entro con decisión y me sitúo tras una mujer morena que espera pacientemente tras otras dos personas.

—Buenos días —saluda la mujer a una de las empleadas de la pastelería—. Querría una bandeja de algo para el café.

—¿Unos pasteles variados? ¿Quizá unas tejas o unas rosquillas? También tenemos pastas para el té, borrachos o suspiros de nata. Nuestra especialidad son las mantecadas, pero las tortitas de limón y coco es lo que más gusta.

Veo cómo la mujer duda y no me extraña. Siempre he pensado que, cuantas más cosas te ofrecen en una tienda, peor para ti porque no vas a tener ni idea de qué llevarte. Pero yo soy muy buena persona y una gran catadora de dulces así que...

—Lo mejor son las galletas de chocolate —le susurro sin moverme de mi posición.

—Me va a poner una bandeja de esas con galletas de chocolate.

—¿Y unas yemas de Santa Teresa?

—No, galletas de chocolate.

—¿Le pongo también unas lenguas de gato muy ricas?

—No, so-lo-ga-lle-tas.

Ya veo que la mujer está comenzando a perder la paciencia y no me extraña. La primera vez que yo compré en esta pastelería, llené la despensa de

dulces y tuve a los niños y a Mariano una semana con indigestión y una diarrea del quince. Ahora solo me permito mi napolitana de por la mañana y poco más. Mientras me acerco al mostrador, la mujer morena se vuelve hacia mí y me sonrío.

—Muchas gracias por la recomendación. He quedado a tomar café y no sabía qué llevar.

—Las galletas de chocolate son una delicia —le respondo con mucha educación mientras cojo la napolitana que me dan sin pedirla y la intercambio por un euro—. Ya verás cómo triunfas.

—Eso espero. Acabo de llegar a la urbanización y me gustaría ir conociendo a la gente. Por cierto, me llamo Cristina. Cris.

—Yo soy Marisa.

Nos intercambiamos los besos de rigor y veo que ella hace ademán de marcharse, pero creo que esa es una buena oportunidad para conseguir información que intercambiar con mis amigas en el café.

—¿Y qué tal la mudanza? ¿Ya estás instalada?

—Bueno, las mudanzas siempre son duras, pero casi hemos terminado.

—¿Hemos?

—Mi hija y yo. Me he divorciado.

—¡Vaya! No sé si darte la enhorabuena o decirte que lo siento.

Quizá he sido demasiado dura con la recién llegada, pero yo soy así. Al que le guste bien y al que no, que le den. Por el gesto que pone Cristina, ya veo que le gusta mi sinceridad y sus palabras lo confirman.

—Creo que en mi caso hay que darme la enhorabuena. Mi ex es un capullo engreído y prepotente, pero, además, acabo de descubrir que me espía y no entiendo para qué.

—¿Te espía?

—Supongo que sí porque ni tan siquiera le he dicho donde vivo y me ha llamado desde el hospital porque dice que una loca de la urbanización le ha dado una paliza. Te diría que me da pena, pero como conozca a esa mujer le voy a tener que dar un par de besos.

¿Una loca que le ha dado una paliza? A ver, recopilemos la información que nos han dado. Una loca le ha dado una somanta de tortas a un tipo que parece tener malas pulgas. ¿Y quién puede ser capaz de hacer algo así? Creo que lo tengo muy claro y que voy a poder confirmarlo a eso de las cuatro de la tarde. Esta mujer me cae bien. Es una pena que no pueda venir a tomar café con nosotras. Sobre todo, por las galletas de chocolate.

—Me hubiera gustado presentarte a mis amigas, pero son muy suyas. Quedamos para tomar café los domingos y para desayunar y charlar de nuestras cosas todas las mañanas.

—No te preocupes. En otra ocasión.

—Pues, sí. Es que hoy, una de ellas se ha enterado de que su marido saca fotos a las vecinas y luego se... bueno, se... alivia con ellas.

—¿En serio? Se parece a lo de mi ex con las revistas porno. Creo que es algún complejo de los hombres en plan Edipo o Electra.

¿De qué coño habla está tía? Yo le estoy contando lo de Tobías que se mata a pajas con las fotos de las vecinas y esta me cuenta no sé qué de unos tíos raros y sus complejos.

—No sé lo de tu marido pero el de mi amiga le ha grabado esta mañana un vídeo a la vecina que parece que llevaba la camiseta mojada y se le transparentaba todo.

—¡Joder! Qué tío más salido.

—Pues eso digo yo. Mi Mariano tan solo dice burradas desde el andamio, pero todo se queda ahí porque es una costumbre en la obra donde él trabaja, aunque lleva una constructora porque no te creas que es un simple albañil ni tampoco se me caen los anillos, pero mis amigas prefieren ignorarlo porque el de una de ellas es médico y el de la otra es un escritor conocido así que...

Cojo aire y tengo que apoyarme en el quicio de la puerta de la pastelería para no caer redonda y sin respiración. No sé por qué he tenido que darle tantas explicaciones si lo más probable es que no vuelva a verla nunca jamás. Nuestra urbanización es lo bastante grande como para poder pasar desapercibida. Ya sería casualidad volver a encontrármela.

—Bueno, espero que volvamos a vernos —le deseo con toda sinceridad.

—He visto que hay un gimnasio y estaba pensando en apuntarme. ¿Lo conoces?

—Pues, sí. Las chicas y yo vamos allí casi todas las mañanas.

—¿Y qué hacéis? ¿Aerobic, spinning, pesas?

—Pues, básicamente, una de mis amigas va a pavonearse de los modelitos que se compra, la otra a que le miren el culo y a dar clases de Muay Thai y yo... bueno, yo intento perder unos kilitos, pero lo que más me gusta es sudar algo para luego poder comerme una napolitana de chocolate. Me encantan.

Supongo que mi capacidad de contarle a una desconocida toda mi vida y la de mis amigas viene forzada por el hecho de que en casa con lo único que puedo hablar es con el horno porque Mariano solo sabe hablar de fútbol y mis hijos... solo digo que para que bajen a comer les mando un whatsapp en un grupo que creó el mayor para eso. Es triste pero es así.

—A ver si me apunto y nos vemos allí.

Nos damos un par de besos como las dos buenas amigas que no somos, pero que podríamos llegar a ser en algún momento y veo cómo se marcha en dirección a un todoterreno que hay aparcado en la puerta del centro comercial. Estoy perdiendo facultades. No le he preguntado dónde vive, ni a qué se dedica, ni cuánto le ha sacado a su marido en el divorcio. Mis amigas me van a matar por no llevar más información de esta mujer, pero quizá volvamos a vernos y pueda preguntarle alguna cosa más. Y no es por cotillear sino por... por... bueno, sí, por cotillear. Yo, después de devorar en un par de bocados mi napolitana con chocolate, vuelvo a mi diminuto coche, me subo a él como si fuera una sardina en una lata y regreso a mi casa donde me esperan mis dulces retoños y el amor de mi vida.

—Mamá, tengo hambre.

—Toma, y yo.

—¿Queda pizza?

—¿Podemos ir a comer a un chino?

—*Rapaza*, después de comer me voy a jugar al mus con los colegas.

¿Con los colegas? ¿Qué significa con los colegas? Creo que Mariano está perdiendo facultades y ya no se acuerda de que todos los domingos mis amigas y yo quedamos para tomar café y charlar de nuestras cosas.

—Hoy es domingo.

—Ya. Y mañana es lunes. No me lo recuerdes que me entra una mala ostia.

—Lo digo porque los domingos tomo café con mis amigas.

Noto cómo el rostro de Mariano se congestiona con el supremo esfuerzo de pensar en un plan B para su partida de mus con los amigotes. Cuando, un par de minutos después, chasca los dedos, sé que ha encontrado una solución a su increíble problema.

—Voy a llamar a los chicos. Jugaremos aquí. ¿Nos queda whisky?

Sin esperar mi respuesta porque todo se la pela, Mariano coge el teléfono fijo que consigue encontrar en la encimera de la cocina debajo de un montón de calcetines sucios y se pone manos a la obra. Un rato después, hay

partida en mi casa a la misma hora que yo quedo con mis amigas. Lo que pase con mis hijos y el campo de batalla que puede organizarse es cosa de Mariano. A él le tocaba quedarse con los diablillos y no hay más que hablar.

—¿Por qué no te llevas a los niños?

—¿A casa de Samanta? Por si no te acuerdas, se ponen mopas debajo de los pies cuando abrillantan el mármol.

—Pues les ponemos mopas a los niños como esos *estiraos*.

—No digas tonterías, Mariano. Te quedas con los niños y ya está.

Veo cómo mi querido marido se congestiona y, tras meditar un instante, parece haber hallado de nuevo una solución a su problema. Entra en el salón donde mis seis hijos ven una peli tirados en el sofá, en los pufs o en el suelo y silba como si llamara a las cabras.

—¡Esta tarde tengo partida! ¡Al que monte un pollo le arranco la cabeza!

Eso es lo que en el curso que hice para sacarme el graduado escolar llamaban psicología infantil. Y lo peor de todo es que ese sistema funciona con los niños. Cuando yo les pido silencio o un poco de tranquilidad pasan olímpicamente, pero cuando Mariano los amenaza con separarles alguna extremidad del cuerpo es otro cantar.

Esta es mi vida. Mi patética y desesperante vida, pero, por si no lo he comentado con anterioridad, estoy muy orgullosa de ser madre de seis hijos y de poder tener un marido como mi Mariano que sé que nunca me va a poner los cuernos. Más que nada porque aguantar ese olor de pies no puede hacerlo cualquier mujer. Tan solo tengo que aparentar cierto glamour que no poseo delante de mis amigas y comerme mi napolitana con la boca cerrada. Por lo demás, soy feliz; una mujer rellenita y feliz. No se puede pedir mucho más.

Cris, el café de las cuatro y un «aquí te pillo»

—¡Loca! ¡Loca! ¡Loca!

—¡Y a mí qué me cuentas!

—Estaba loca y se lanzó a por mí. Casi me mata.

Mi pobre exmarido es lo más patético que hay en el mundo. Después de engañarme con aquella... aquella mujer, ahora me vigila y encima viene haciéndose la víctima.

—Te lo tienes merecido. ¿Qué coño haces aquí y por qué me espías?

—¿Qué yo te espío? Tú estás tan loca como esa tía que me ha atacado.

—¿Y lo de la cámara de fotos y los prismáticos que llevas en el coche?

Los he visto.

—Errrrr.... Yo... pues... me gustan los pájaros y les saco fotos.

¡Será gilipollas! El único pajarito que le interesaba es el suyo propio y que se lo metía a la monitora aquella con la que se acostaba. Con lo elegante que siempre me había parecido y ahora, al verlo ahí delante despeinado y con el ojo a la funerala, me doy cuenta de que todo fue fruto de mi imaginación. Al final, iba a tener razón mi hija que decía que lo mejor es tirarse a unos cuantos tíos antes de que llegue el definitivo para así poder comparar.

—¿Dónde está nuestra hija?

Remarca cada una de las sílabas de la palabra «nuestra» y a mí se me revuelve el estómago tan solo de pensar en que hace algún tiempo pude quedarme embarazada de tamaño elemento. Ahora resulta que la niña que tuve que sacar adelante mientras él jugaba a los médicos con otras mujeres no es mía sino nuestra. Esto me da mala espina.

—Nerea ha salido.

—¿La dejas salir con el peligro que hay en las calles?

—Había pensado en emparedarla en su habitación, pero se me ha escapado. ¡No te jode!

—No me gusta que me hables así.

¿Qué no le gusta que le hable así? ¿Se habrá fumado algo o de verdad cree que le debo algo de respeto después de cómo me ha tratado? No lo mando a la mierda por respeto a mi hija.

—Vete a la mierda, Álvaro.

Una vez más, mi boca se adelanta a mi cerebro y funciona con independencia. Supongo que ahora podría pedirle perdón, pero lo único que se me ocurre es cerrarle la puerta en las narices y lo hago. Ya ves si lo hago y me sienta genial. Cuando empieza a gritar como un poseso y a darle golpes a la puerta ya no es tan divertido y tengo que amenazarle con telefonar a la policía para que se marche, pero no sin antes llamarme zorra y no sé qué más. ¿Debería sentir miedo por lo de decir que me va a arruinar la vida? Tiempo al tiempo.

Una vez compruebo que el muy capullo se ha subido en el deportivo que se compró en cuanto lo dejamos, salgo por la puerta con la bandeja de galletas de chocolate en la mano y recorro unos pocos metros hasta llegar al chالé de mi vecina Samanta. Cojo aire un par de veces y llamo a la puerta. Como me abra su hijo, le dejo la bandeja y me largo corriendo. Tengo suerte y el que me abre la puerta es el marido de mi nueva supuesta amiga que, no sé por qué, me mira a las tetas y chasquea la lengua como si estuviera defraudado por algo. Miro hacia abajo de reajo y compruebo que mi jersey de lana sigue en su sitio. No es que haga mucho frío, pero me siento muy a gusto con él y me da una cierta seguridad que no poseo por mí misma.

—Samanta y las chicas están en el salón. Yo me voy a dar una vuelta.

En lugar de asentir o devolver el saludo, lo que hago es gruñir y entro en la casa con mi bandejita en la mano y unas ganas locas por marcharme de allí cuando acabo de llegar. No sé por qué, pero este lugar me da muy mala espina. No hay ni un mínimo corpúsculo de polvo y todas las paredes están decoradas con infinidad de fotografías de la familia feliz. Parece un santuario en lugar de un hogar. Además, un perro de escayola de enorme tamaño me mira desde el fondo del vestíbulo y consigue que me estremezca. Tobías ve hacia donde miro y sonrío con ironía.

—Ese es el miembro de la familia al que más quiere mi mujer. Solo le falta meterse en la cama con él.

—Pero..., si es de escayola.

El marido de Samanta hace un gesto llevándose el dedo índice a los labios y mira hacia la puerta del salón con desconfianza.

—Que no te oiga Samanta. El chucho ese es de mármol y está hecho por el mismísimo Fabio Viale.

Supongo que debería soltar un «oh» inmenso, pero es que no tengo ni idea de quién es ese tío y tampoco sé mucho de escultura. Me encojo de hombros y, por suerte para mí que no sé qué decir, aparece Samanta en escena y atraviesa a su marido con la mirada o eso es lo que a mí me parece.

—¿No te ibas? —le pregunta con un tono tan seco que hasta parece crujir en el aire.

—Estaba hablando con nuestra nueva vecina —responde Tobías sin dejar de mirarme de reojo. Y, una vez más, baja la mirada demasiado y la clava en mi escasa delantera—. Hay que ser educado.

—Ya lo fuiste esta mañana cuando te acercaste a su casa con tu móvil a saludarla.

Veo cómo el marido de Samanta traga saliva y aprieta su teléfono que se adivina en el bolsillo del pantalón. No contesta al comentario extraño de mi vecina y, tras dirigirme una última mirada, esta vez a los ojos, sale de su casa y nos deja a las dos solas en el vestíbulo.

—Ven que te presento a las chicas.

El tono que utiliza es casi tan cortante como el que ha usado con su marido y eso hace que todas mis alarmas salten y que los sensores esos que tenemos todas las mujeres comiencen a girar hacia uno y otro lado como el sónar de un submarino. Entro tras ella en el salón y me encuentro de bruces con una mujer rubia, de piel perfecta y rasgos que me recuerdan a la mujer de Brad Pitt. Debería acordarme del nombre de la actriz, pero solo me viene a la mente el tío buenorro de la peli *Seven*. Hummmmm. Pues eso, la mujer que me presenta debe ser algo más joven que yo y su cuerpo tiene más curvas que la carretera de Navacerrada. Por si eso fuera poco, las chirrimallas que se gasta no dejan lugar a ninguna duda. Tiene un tipazo y supongo que si tuviera marido todas mis alarmas se encenderían y me comportaría como... ¿Samanta? No puede ser. ¿Samanta piensa que soy un peligro para su marido? Teniendo que cuenta cómo me mira a las tetas, no me extrañaría.

—Hola, soy Lina y mi marido es un escritor famoso.

—Buenas, yo soy Cris y mi exmarido es un cerdo misógino y narcisista.

Supongo que esa no es forma de presentarse, pero me lo ha puesto a huevo. La rubia escultural me mira de arriba a abajo y yo hago lo mismo que

ella. Se encoge de hombros tras dirigirle una mirada a Samanta y yo no sé qué hacer.

—Esta es Marisa.

Me vuelvo hacia la otra mujer que permanecía sentada junto a la mesa donde están dispuestas unas tazas de café y yo me acerco para saludarla. Mi sorpresa es mayúscula, pero parece que la suya es mucho mayor porque abre la boca como un pececillo y no la cierra hasta que se mete una porción de tarta y comienza a masticar.

—¿Os conocéis? —pregunta Samanta al ver el gesto de desconcierto de su amiga.

—Ummmmmm.

—Nos hemos visto hace un rato en el centro comercial —contesto al confirmar que Marisa no puede hacerlo ya que tiene la boca llena—. Hemos estado un rato charlando. De hecho, ella me ha recomendado las galletas de...

En ese momento recuerdo toda la conversación que tuvimos en la puerta de la pastelería y me doy cuenta de por qué ella parece cohibida. Me comentó que había quedado a tomar café con sus amigas y con una nueva vecina. Y también que el marido de una de ellas se tocaba viendo el vídeo de la recién llegada con la camiseta mojada. ¡No puede ser! ¡Ahora entiendo por qué ese cerdo no hacía nada más que mirarme a las tetas! Claro, y también comprendo lo de la sequedad de Samanta...

—Bueno, ¿queréis café?

Todas asentimos ante el ofrecimiento de Marisa que se erige como la anfitriona perfecta en una casa que no es la suya. Tomamos nuestras tazas y no hablamos demasiado que digamos. Aprovechamos para ponernos como el Kiko de tarta y galletas de chocolate. Bueno, todas menos Lina que parece que quiere guardar la línea o algo así. Ellas se miran abiertamente y a mí me contemplan de reojo y consiguen que lo de estar incómoda quede en segundo plano. Tengo ganas de largarme de allí y lo que menos quiero es liarla con cualquier comentario o situación que me etiquete como algo que no soy. Por suerte o por desgracia para mí, un rato después de incómodo silencio la puerta del salón se abre y entra un joven moreno y sudoroso con la camiseta pegada a su torso que, nada más verme, sonrío y se aproxima a mí con pasos medidos que me extrañan en un crío de diecisiete años.

—Jorge, ésta es nuestra nueva vecina. Se llama Cristina.

El chico hace ademán de acercarse para darme un par de besos pero se detiene.

—Estoy sudando.

—No pasa nada.

Ante la atenta mirada de Samanta y, sobre todo y no me explico por qué, de Lina, Jorge se inclina hacia mí y me da dos besos mientras su brazo rodea mi cintura y, al amparo de la protección que ofrece mi cuerpo, coloca su mano en mi espalda y la desciende hasta mi culo donde la cierra muy cerca de donde mi trasero se junta con mis muslos. ¡El muy...! Doy un respingo y rezo para que mis nuevas y dudosas amigas no se hayan percatado. Miro alrededor y compruebo que Samanta observa a su hijo con el orgullo propio de una madre, Marisa no hace otra cosa que engullir una galleta de chocolate tras otra y Lina... Lina es otro cantar. Me mira con una ceja levantada y un rictus extraño que consigue, al igual que lograra el puñetero perro de mármol, que me estremezca.

—Bueno, voy a ducharme —comenta Jorge con un tono sensual que pasa desapercibido para su madre que me imagino que no podrá pensar en su hijo de otra forma que no sea como en un niño pequeño.

A mí me pasa lo mismo con Nerea. Siempre será para mí esa niña pequeña y curiosa que no dejaba de hacer preguntas y a la que le encantaba que la vistiera de princesita y la llevara al parque a jugar con otros niños. Todo eso, claro está, antes de que comenzara a disfrazarse de viuda negra y, sobre todo, antes de que le encontrara en la mochila una caja de condones de sabor a plátano y un lubricante de esos que te da frío o calor o yo qué sé.

—Es un cielo de niño —comenta Samanta una vez su hijo se ha marchado—. No tiene novia y es más inocente...

Yo me atraganto con el café cuando en mi mente estalla la imagen de Jorge, alias el inocente, entre mis piernas moviéndose como un experto al mismo tiempo que saboreaba cada una de mis tetas. Lina vuelve a mirarme con el mismo gesto que antes, pero a mí me da igual porque comienzo a notar un calor en mi entrepierna que no deja lugar a dudas. La mezcla de mis recuerdos con la visión del cuerpo sudoroso de Jorge y todo ello acompañado de su mano en mis cachas hace que necesite salir de allí a toda leche.

—Tengo que ir al baño —le anuncio a Samanta al mismo tiempo que me pongo en pie y mis piernas tiemblan aunque, para mi salud emocional y física, logran sujetarme.

—Espera que te enseñe dónde está.

Samanta se levanta y sale del salón. Yo la acompaño, atravesamos el vestíbulo y recorremos un pasillo que lleva hasta la cocina. Un momento antes

de llegar allí, se detiene y me señala una puerta cerrada. Abro y me escondo allí de las miradas inquisidoras de Lina y de las palabras tiernas sobre Jorge de Samanta. Me siento en el retrete y apoyo la espalda en la cisterna. No sé por qué narices me pasa, pero vuelvo a sentir un hormigueo en el vientre. Me llevo la mano entre las piernas y me encojo al sentir que necesito aliviarme allí mismo. La sensación de calor es tan grande que lo único que puedo hacer es levantarme del retrete y echarme agua fría en el rostro. Me seco con la toalla, pero mi corazón sigue latiendo a mil por hora. En la puerta del baño suenan un par de golpes y me doy cuenta de que ha llegado el momento de despedirme como pueda de mis nuevas y... curiosas amigas y salir pitando de esta casa. Abro para dejar paso a la que está dando los golpecitos, aunque, para mi sorpresa, Jorge entra en el baño sin camiseta, me agarra por la cintura y me sienta en la encimera de mármol. Emito un gemido, pero él, muy previsor ante mis posibles gritos de placer, me sella los labios con un beso de esos de tornillo con lengua que me deja sin respiración. Este chico, una vez más, me demuestra que de inocente criatura no tiene nada y, antes de que me dé cuenta, me encuentro con mis pantalones colgando de uno de mis tobillos y un pene de buen tamaño en mi interior. Ni tan siquiera pienso en que lo estamos haciendo a pelo porque Jorge se mueve de tal forma que lo único que siento es que no quiero estar en ningún otro lugar que no sea rodeando con mis piernas ese cuerpazo. El orgasmo me pilla tan de sorpresa que ni tan siquiera el espectacular y tierno hijo de mi vecina logra hacerme callar y grito como una posesa. Él gruñe en ese preciso instante con algo menos de dos mil decibelios que yo y la saca a toda prisa. Veo cómo se quita el preservativo y, tras subirse los calzoncillos y el pantalón, lo guarda sin anudar en un bolsillo, me da un beso fugaz en los labios, me guiña un ojo y sale del baño justo a tiempo porque, un segundo después, escucho una voz femenina al otro lado de la puerta. Alucinada todavía de la pericia del hijo de mi vecina al ponerse un condón sin que yo me entere, bajo de la encimera, recompongo mis vestiduras como dirían en esas novelas ñoñas de Regencia y abro la puerta. Me encuentro con las tres mujeres observándome como a un bicho raro y yo, con las mejillas más rojas que un tomate, carraspeo y salgo del baño con una ligera cojera que no puedo disimular. Aprovecho el temblor de piernas para soltar una excusa que explique mi grito.

—Me ha dado un tirón en una pierna.

—¿Un tirón? —pregunta Marisa con el ceño fruncido—. Pues ha sonado como un gorrino de mi pueblo en día de matanza.

Samanta coge del brazo a su amiga comegalletas y regresan al saloncito mientras yo camino tras ellas. Oigo una tos a mis espaldas y veo a Lina salir del baño con algo en una de sus manos. Da un par de pasos hacia mí y pasa a mi lado agitando en el aire una especie de funda de chocolatina o de caramelo o de... de... ¡mierda! Es la funda de un preservativo. El dios del sexo, alias Jorge, ha cometido un pequeño fallo y le ha puesto en bandeja de plata a la arpía de Lina nuestra excomunión, o lapidación o lo que toque cuando una mujer de cuarenta y tres años se lía con el hijo menor de edad de la vecina.

—Esto es muuuuuy interesante.

Vuelvo al salón caminando, o mejor dicho cojeando, detrás de Lina que, para mi sorpresa, se guarda la funda del preservativo en el interior de no sé dónde ya que con esa ropa tan ajustada no había previsión de bolsillos. Ella se sienta de nuevo en el lugar que ocupaba antes de mi huida calentorra hacia el baño y yo, nada más sentarme, aprovecho el momento para despedirme de ellas con una excusa muy elaborada y altamente creíble.

—Me voy a casa a echarme Reflex en la pierna.

—Yo tengo en el botiquín. Ahora te lo traigo.

¡Mierda, mierda y tres veces mierda! No ha colado mi súper excusa. Algo tengo que improvisar porque no quiero estar aquí ni un segundo más.

—No te preocupes. Además, ya me tengo que ir porque mañana madrugo.

—Pero, si son las cinco de la tarde.

—Ya, pero tengo que acabar un artículo...

—¿Un artículo? —pregunta Samanta con un renovado interés y pisoteando mi increíble excusa—¿A qué te dedicas?

—Soy periodista. Trabajo en Glam&woman.

Lina se pone en pie de repente, se acerca a mí y se arrodilla delante con una sonrisa en plan bolas chinas que hace que me eche hacia atrás por si acaso.

—¿¡Escribes en Glam!?! Es mi revista favorita.

Asiento sin saber qué decir y me levanto con esfuerzo porque es muy complicado ponerse en pie con una mujer colgando de las piernas. Lina se incorpora de un salto y se engancha a mi brazo como si fuera mi mejor amiga y no la mujer que lleva escondida la funda de un condón que podría erigirme como la asaltacunas profesional de la urbanización.

—Tengo que irme.

Ni excusa ni leches. Le doy un par de besos a Samanta y otros dos a

Marisa y salgo de allí con Lina pisándome los talones. Una vez en la calle, me doy media vuelta y me enfrento a ella.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Con qué?

—Con la funda del preservativo.

Veo cómo me mira con inocencia de forma muy diferente a como lo ha hecho desde que entrara en el salón de la casa de Samanta y eso me pone los pelos como escarpías. No sé si esta tía es bipolar o simplemente más rara que un perro verde.

—No tengo ninguna funda. Y mucho menos si trabajas en Glam&woman y me llevas un día a la redacción de la revista.

¿Así que era eso? Esta tía ni sufre una enfermedad mental ni es rara; tan solo es una aprovechada que quiere sacar tajada de la situación. Y yo, que siempre me muestro firme en mis decisiones y no me dejo manipular, tiendo la mano y la sonrío como si fuéramos amigas de toda la vida. Ella sonrío también y me da un beso antes de comenzar a dar botecitos a mi alrededor como una histérica. Una vez termina su baile, mete la mano en sus mallas de succión, saca la funda de las narices y me la entrega.

—Cuando me digas vamos a tu revista.

Asiento y ella se da la vuelta para marcharse cuando un hombre alto, de pelo algo largo y perilla se acerca hasta donde nos encontramos y, tras darle un beso en los labios a Lina, se gira y me mira con los ojos entrecerrados. ¿De qué me suena este tío? Como buena periodista, intento imaginarlo con otras pintas y da resultado. ¡Vaya si da resultado! En cuanto le afeito mentalmente la perilla, le corto el pelo y le quito unos veinte años, a mi memoria llega como una explosión un fin de semana de lo más lujurioso en Calpe cuando estudiaba en la facultad de periodismo.

—Paco, esta es Cristina. Acaba de llegar al barrio.

Los ojos entrecerrados de mi amor de universidad se abren como platos y su boca dibuja una sonrisa que no deja lugar a ninguna duda. Está claro que él también está recordando aquel fin de semana en el que pasamos más tiempo desnudos que con ropa y de donde me traje un recuerdo imborrable que me llevó directamente a una clínica privada. No quiero ni pensar en ello.

—Es un placer, Cris.

Fran, como lo llamaba por aquel entonces, se acerca a mí y me planta un par de besos que suenan más de la cuenta. Veo de reojo cómo Lina nos mira con una ceja levantada y cómo la sonrisa que enarbolaba un instante antes ha

desaparecido. Supongo que esos dos besos ventosa y lo de llamarme Cris de una forma tan familiar no ha pasado desapercibido para la mujer de las mallas diminutas y el top de escándalo. Dan media vuelta y se marchan de allí cogidos de la mano mientras yo me quedo en la acera y no sé hacia dónde mirar. ¿Hacia la casa de mi nueva amiga que es la madre del menor de edad que me he tirado dos veces o hacia mi nueva amiga que es la esposa del hombre del que estuve perdidamente enamorada y que me dejó embarazada con veintipocos años? Creo que con la única que voy a poder contar es con Marisa... o eso espero.

Lina, el tercer grado y un combate inesperado

—¿De qué la conoces?

—¿A quién?

—¡No te hagas el loco!

Paco me ignora como lleva haciendo desde hace unos pocos años y continúa caminando hacia nuestro chalé, pero yo tengo muy claro que conoce de algo a la nueva vecina de Samanta y no voy a parar hasta descubrirlo. Aterrizo en nuestra casa sin aliento a pesar de mi buena preparación física porque Paco ha decidido recorrer los últimos metros a grandes zancadas. Nada más entrar, se encierra en su despacho, aunque yo entro tras él y me siento en la silla que hay frente a su mesa. Él levanta la cabeza y me mira muy serio.

—Tengo que escribir. ¿Qué quieres?

—Que me cuentes de qué conoces a Cristina.

Paco resopla un par de veces y se deja caer en su butaca. Se quita las gafas que acaba de ponerse y que solo utiliza para escribir y aprieta el tabique nasal con dos dedos. ¡Jajaja! Ya sé que está perdido. Cuando hace ese gesto, sé que es mío. Así es como conseguí el abrigo de piel de visón y la gargantilla de perlas y no voy a desaprovechar la ocasión.

—¿De que la conoces? —insisto aunque sé que es la última vez que tengo que hacerlo.

—De la facultad. Éramos compañeros en periodismo.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Respiro aliviada y me levanto de la silla. Miro a mi querido y famoso maridito una vez más y lo noto tranquilo y sereno y eso también me tranquiliza a mí. Me doy media vuelta y camino hacia la puerta de su despacho con una sonrisa en los labios que desaparece en cuanto lo escucho resoplar. No ha podido evitarlo y ese es otro de esos gestos inconfundibles que me dan un montón de información como lo de apretarse el tabique nasal. Algo le preocupa o, simplemente, me ha mentado como un bellaco. Me giro con mucha parsimonia hacia él como vi que hacían de vez en cuando en la serie Graceland que tanto me gusta y mantuve el suspense todo lo que pude antes de volver a sentarme enfrente de su mesa.

—¿De que la conoces?

El muy *jodio* traga saliva y noto cómo su cerebro comienza a trabajar a mil por hora para contarme alguna milonga. Como me mienta, juro que le corto las pelotas y se las hago tragar. Puede sonar muy bestia, pero es que Paco no me conoce cuando me tocan los ovarios.

—De la facultad.

—Eso ya me lo has dicho, pero sé que hay más. Y no me mientas...

Vuelve a tragar saliva. Mira de reojo hacia una estantería y no pierdo de vista ese gesto que seguro que algo ha tenido que significar porque Paco ni estornuda si antes no lo ha pensado bien.

—Tuvimos un rollete. Ya está.

—¿Un rollete?

—Bueno, fuimos novios.

—¿Novios?

—¡Por el amor de Dios! —Paco se levanta y comienza a caminar por detrás de su mesa de un lado a otro. Lo tengo donde quería y va a comenzar a cantar como un canario—. ¿¡Qué quieres que te cuente!?

—Todo. Cuéntame todo y no me mientas porque va a ser peor.

—Es mi pasado y no tengo por qué compartirlo contigo.

¿Y encima se me pone chulito? Lo único que me faltaba. Aprieto los puños y él me mira hacia las manos y traga saliva. Por los años que llevamos juntos, sabe que cuando aprieto los puños es porque estoy a punto de estallar y es mucho mejor que no te pille cerca. Para mí que Paco suelta todo el aire que tiene dentro antes de bajar la cabeza y comenzar a hablar.

—Estuvimos unos cuantos meses juntos. Todo iba bien hasta que nos fuimos un fin de semana a Calpe y allí...

Ahora aprieto los dientes con la misma fuerza que los puños y, a esta

paso, me van a estallar hasta las mallas.

—¿Qué pasó allí?

—Pasó lo que tenía que pasar. Vivimos un fin de semana tórrido y ella se quedó embarazada.

¡La madre que...! Tengo que ponerme la mano en la boca para no gritar y tengo que recordarme a mí misma que eso es parte del pasado de Paco para no levantarme, saltar por encima de la mesa y partirle la cara en veinte trozos. Casi tengo miedo de preguntar lo que no tengo más remedio que averiguar. ¡Qué coño! Tengo miedo de preguntarlo.

—¿La hija de Cristina es...?

—¡No, no, no! —Paco levanta los brazos a la defensiva y sé que no me miente por la cuenta que le trae—. Ese bebé no llegó a nacer.

—¿Abortó?

—Lo perdió. Fue tal la presión de sus padres que no pudo con ello. Acabó en una clínica privada que tuvieron que pagar mis padres y no volvió a ser la misma. Ni ella ni yo.

Ahora, la que traga saliva soy yo. Lo llego a saber y no pregunto. Lo único que yo esperaba que me contara era lo de novietes de la universidad y una historia de cuatro besos mal dados y poco más. No esperaba una historia de culebrón venezolano.

—¿Y qué pasó después? —Lo mío es masoquismo o algo peor.

—No pudimos con ello. Nos fuimos distanciando y yo me gradué. No volvimos a vernos nunca más.

—¿Nunca más?

—Nunca más. Pero solo fue una aventura de universidad. Poco más. No tienes de qué preocuparte.

Y, aunque parezca mentira, esa última frase me tranquiliza y hace que me sienta mucho mejor. No bien del todo, pero, por lo menos, se me han quitado las ganas de matarlo. Me dejo caer en la silla y respiro con una mal fingida tranquilidad. Lo miro y veo cómo él dirige su mirada, de reojo, hacia la estantería donde guarda todos sus libros publicados. Él carraspea y vuelve a observarme aunque yo no puedo dejar de pensar en todos esos libros. Recorro los lomos uno a uno leyendo los títulos hasta que uno de ellos llama mi atención.

—¿Qué significa ella para ti?

—¿Cómo que qué significa? Tú eres mi esposa.

—Pero ella es la mujer de tu vida. No yo.

Nada más decir esa frase, me pongo en pie, me acerco a la estantería y extraigo uno de los libros que escribió mi marido cuando ya estábamos juntos. De hecho, fue el libro con el que se consagró y comenzó a ganar pasta. Lo levanto y miro la portada con un nudo en la garganta. Tan solo el título ya es significativo, pero la foto que lo acompaña no deja lugar a dudas.

—Cómo olvidar a la mujer de tu vida y no morir en el intento —leo en voz baja más para mí que para él.

Abro el libro por la primera página y leo la frase con la que dedica esa novela al amor de su vida. Una frase que durante años pensé que estaría dedicada a mí, pero que ahora descubro que no es así.

—Le dedicaste este libro a Cristina cuando ya estabas conmigo.

—No sabes lo que dices.

—¿Y esta foto de la portada? ¿Ahora vas a decirme que este no es el peñón de Calpe?

Y digo que ese es el puto peñón de Calpe con conocimiento de causa porque lo conozco muy bien y se me quedó muy grabado. Sobre todo porque el cerdo de mi marido me llevó allí de luna de miel cuando yo quería ir a Cuba. Él me dijo que aquel lugar era muy especial porque había pasado momentos muy bonitos allí. Y yo, tonta de mí, pensé que se refería a las vacaciones familiares con los estirados de sus padres y con el capullo de su hermano y él, por el contrario, tan solo pensaba en aquel fin de semana en el que estuvo dale que te pego todo el rato con Cristina y en el que la dejó preñada.

—Eres un hijo de puta —mascullo con los dientes apretados.

—No sabes lo que estás diciendo —replica pero sin mucho convencimiento. Supongo que hasta él mismo sabe que la ha cagado pero bien.

Le lanzo el libro a la cabeza y salgo del despacho sin saber muy bien qué hacer. Me encuentro en mitad del vestíbulo con mi mochila del gimnasio y es como una revelación. Me la echo al hombro, salgo de mi casa, me subo en la bicicleta de montaña que Paco me regaló en mi último cumpleaños hace casi un año y pedaleó con fiereza hasta el centro comercial donde se encuentra el gimnasio que, para mi fortuna, no cierra ni los domingos por la tarde.

Beni, el chico cachitas que hay tras el mostrador ni me mira porque está muy acostumbrado a mis cambios de humor y no quiere arriesgarse. Todo lo que tiene de musculitos lo tiene de gay y es un cacho de pan, pero ahora no me apetece ni saludarlo. Atravieso la sala de aeróbic donde unas pocas marujas dan saltos al compás del movimiento de sus lorzás y, tras hacer lo mismo con la de musculación y atraer unas cuantas miradas que noto posadas en mi culo

hasta que salgo por otra puerta, entro en la sala de artes marciales que, por suerte para mí, está vacía. Dejo caer la mochila en un rincón, la abro y me pongo los guantes y unas espinilleras. Doy unos pocos botes antes de comenzar a golpear el saco con los puños. Tan solo doy golpes cortos y secos porque necesito desahogarme. Cuando noto cómo mi cuerpo comienza a entrar en calor levanto una de las piernas y golpeo en la parte media del saco. Poco a poco siento cómo la rabia va desapareciendo y los golpes son cada vez más certeros. Llevo un buen rato golpeando a mi enemigo imaginario cuando noto que me observan. Me detengo de repente y clavo mi mirada en un tipo que hay en la puerta y que observa mi culo sin ningún disimulo.

—¡Estoy aquí! —le digo señalándome a los ojos.

—Perdona, es que te estaba mirando el culo. Lo tienes como a mí me gusta.

¡Será cerdo el tío! Y va y me dice a las claras que me estaba mirando el culo. Lo más curioso de todo es que lo que debería cabrearme casi me gusta aunque no se lo puedo dejar tan claro a ese tío que, por cierto, está un rato bueno. No es el típico niñato de gimnasio con el pelo rapado y músculos hasta en las pestañas. De hecho, es una mezcla entre Hugh Grant y Gerald Butler, si eso es posible. Tiene el rostro dulce del inglés y el cuerpazo del prota de *300*.

—¿No vas a pedirme disculpas?

—¿Por qué? ¿Por mirarte el culo? —me pregunta con chulería—. Casi deberías pedirme disculpas tú a mí.

Alucino en colores. Este tío se ha fumado algo o sino, no lo entiendo.

—¿Yo? ¿Pedirte disculpas? ¿Por qué?

—Porque le pegas a ese saco como una niña y yo pensaba que eras la profesora de Muay Thai.

Ahora sí que la ha cagado. Se puede meter conmigo, puede mirarme el culo, las tetas o lo que le venga en gana, pero no consiento que nadie se meta con lo que yo adoro y practico desde niña. Sin saber muy bien lo que hago y cegada por la rabia, me pongo en posición y espero a ver su reacción. Debería suponer que el muy chulito iba a salir con el rabo entre las piernas, aunque, para mi sorpresa, sonrío con cinismo, se coloca un par de guantes de prácticas y unas espinilleras y responde a mi pose con un saludo marcial al que no tengo más remedio que responder. Antes de que se dé cuenta le he lanzado un par de *uppercut* a los que responde con una guardia alta en condiciones. Encadeno con un *backfist* y un *cobra punch* pero él responde de la misma manera. Me separo un poco, salto a su alrededor como un canguro y le lanzo una *back-kick*

que él esquivo sin mucho esfuerzo. Para mi sorpresa, se mueve a mi lado con mucha rapidez y, con un movimiento circular de su pierna derecha, me tira al suelo y caigo a sus pies cuan larga soy. Me levanto sintiendo más rabia que vergüenza y vuelvo a la carga, pero con el mismo resultado. Es evidente que ese tío no tiene ni idea de Muay Thai pero es tan rápido que no consigo encajar ningún golpe.

—¡Buf! No sé cómo podéis llevar todo esto. Es un coñazo.

Se detiene de repente y se quita los guantes y las espinilleras. Yo me paro también y lo observo sin entender.

—¿Qué haces?

—Buscar comodidad.

Para mi sorpresa y total desconcierto, se quita la camiseta y la lanza a un rincón. Da un par de botes con los que consigue que sus fuertes y musculados pectorales se muevan de arriba abajo y yo me quedo con la boca abierta. Tensa los brazos y aprieta los enormes bíceps que yo creo que deben duplicar el tamaño de los de Paco y a mí por poco no se me cae la baba.

—Mucho mejor ahora —suelta de repente—. Tú deberías hacer lo mismo.

—¿Perdón?

—Sí. Que tú también podrías quitarte algo de ropa así yo podría babear como tú lo estás haciendo.

—¡Serás...!

Ni yo misma lo veo venir porque actúo más movida por la rabia al escuchar su comentario que por cualquier otro sentimiento. De hecho, debería reconocer que tiene razón, pero eso es algo que nunca sabrá. Aprieto los puños y le lanzo un gancho en el que pongo toda mi fuerza y con la más firme decisión de lanzarlo por los aires. Pero lo que no podía prever es que la que acaba volando como un pajarito soy yo. El tío del cuerpazo pasa su codo por debajo de mi axila y, sin que me dé cuenta, gira su cuerpo y se inclina hacia delante por lo que yo salgo disparada sobre su espalda y caigo sobre la mía encima de un montón de colchonetas. Él gira sobre sí mismo sin soltarme y cae a horcajadas sobre mí. Yo acabo tumbada boca arriba con un tío buenorro sin camiseta y todo sudado sentado encima de mi estómago y con una de sus manos encima de mi brazo y con la otra muy pegada a una de mis tetas. El tío sonrío de medio lado y, antes de que yo pueda reaccionar, me agarra uno de mis firmes y caros pechos, se inclina sobre mí y me da un beso en los labios.

—Ha sido un buen combate aunque hayas perdido.

—Eso no te lo crees ni tú —susurró al mismo tiempo que noto algo duro clavarse en mi vientre.

Apoyo con fuerza las plantas de los pies en la colchoneta y, a la vez que arqueo el cuerpo, aprieto con fuerza y volteo al tipo buenorro sin soltarlo. Vamos, lo que suele llamarse hacer la croqueta. Me encuentro, de repente, de rodillas entre sus piernas y no me lo pienso dos veces. Me quito los guantes y los lanzo contra la pared donde está apoyada mi mochila, golpeo sus piernas con los codos, me fijo en sus ojos que no puede apartarlos de mí y, con un movimiento rápido y certero que no he aprendido en Muay Thai, le bajo los pantalones y los slips de un tirón. Ahora sí que deja salir a la bestia que lleva dentro y digo lo de bestia porque mi primera idea era la de meterme todo eso en la boca sin pensármelo dos veces, pero ahora que la tengo delante, ¡ni de coña! También en eso debe duplicar a la de Paco por lo que la cojo con las dos manos y comienzo a moverlas de arriba a abajo a toda velocidad. Él mete sus extremidades por debajo del top y me agarra las tetas con las manos. En cuanto me pellizca uno de los pezones, acelero mi movimiento y él gime como lo haría yo si estuviera en su situación.

—Para, para que me...

No le da tiempo ni a decirlo al pobrecito. Por lo menos, tengo la rapidez de reacción necesaria como para dirigir el fruto de nuestro combate hacia su propio pecho. Me echo a reír al ver su cara mezcla de vergüenza por lo poco que ha durado y desconcierto.

—Lina, te tengo que presentar al nuevo dueño.

Beni entra en ese preciso instante en la sala de Muay Thai y me encuentra a mí de rodillas delante del tipo ese con su nabo entre las manos y a él, todo pegajoso de sus propios fluidos y con la cara roja como un pimiento esta vez mezcla de la vergüenza por verse pillado y por el esfuerzo realizado aunque, a decir verdad, yo lo he hecho todo. Y no me refiero al combate, precisamente. El rostro de Beni es todo un poema y veo que no tiene muy claro si marcharse o seguir con la vista clavada en el pene de su nuevo jefe que, a pesar de su estado de relajación tras el trabajito que le he hecho, sigue teniendo un buen tamaño. Al fin, se marcha y nos deja solos. Mi compañero de colchoneta sonrío y me tiende una mano.

—Soy Gerardo. El nuevo dueño del gimnasio.

Y yo no sé si es porque tengo su nabo entre las manos, porque acabo de hacerle una gayola a mi jefe o porque se llama como Gerard Butler pero me da la risa tonta y no puedo parar en un buen rato. Mientras tanto, él aprovecha

para volver a subirse los pantalones, limpiarse el pecho con una toalla de restos propios y a ponerse la camiseta. Cuando termino de carcajearme, se acerca de nuevo a mí y vuelve a tenderme la mano.

—Como te he dicho antes, soy el nuevo dueño.

Le miro la mano y pongo cara de asco cosa que parece que a él le hace gracia.

—¿Te has lavado las manos? —le pregunto con cierto tonillo de cachondeo.

—Te recuerdo que eres tú quién lo ha hecho todo. ¿Te has lavado las manos?

Vuelvo a echarme a reír y en ese preciso instante y no sé por qué ya que me lo estaba pasando genial, aparece en mi mente la imagen de mi marido. Supongo que podría defender la teoría de que ha pagado por lo que me ha hecho, pero ningún juez fallaría a mi favor porque él hizo lo que hizo hace veinte años cuando ni tan siquiera me conocía y yo acabo de hacerle una paja a un tío que acabo de conocer y que está buenísimo. Por lo menos, tengo que aclarar las cosas con este hombre.

—Esto no va a volver a pasar —le digo muy convencida.

Él se acerca a mí como un león que está cercando a una pobre gacela como en los documentales de la 2 que mi marido ve antes de quedarse dormido y yo me encojo. Lo único que puedo hacer es salir de allí por lo que me agacho para coger la mochila y me entretengo más de lo normal porque debo recoger los guantes y meterlos en la bolsa.

—¿Seguro que esto no va a volver a pasar? —me pregunta con voz melosa.

Él es mucho más rápido que yo porque aprovecha que me encuentro en esa posición para bajarme las mallas por la retaguardia y yo me arrepiento, una vez más, de mi costumbre de no llevar ropa interior. Antes de que me dé cuenta tengo un dedo acariciando mi clítoris y doy tal salto que le pillo la mano entre las piernas y lo escucho gruñir. Le cruzo la cara de un buen sopapo, me subo las mallas a toda prisa, guardo los guantes en la mochila y salgo a la carrera del gimnasio sin tan siquiera pararme a saludar a Beni que me mira pasar sin decir nada. Chico listo. Salgo del casi vacío centro comercial, quito la pitón y me subo a la bici aunque, nada más sentarme noto un ligero cosquilleo en la entrepierna y decido, sobre la marcha y de forma impulsiva, que necesito mucho más. Vuelvo a bajarme y entro en el edificio a toda prisa y rezando para encontrarme de nuevo con Gerardo, pero, antes de

llegar a las escaleras mecánicas, me detengo e intento que mi corazón deje de latir a toda prisa. Me siento en un banco y pienso en lo que acabo de hacer. Mi vientre se encoge, aunque mi cabeza hace de Pepito Grillo y comienza a reprocharme que le haya hecho una gayola a un desconocido. Yo debería sentirlo en el alma, pero no puedo dejar de pensar en lo de Cris, en el libro que mi marido le dedicó y en nuestra luna de miel en Calpe. La rabia vuelve a inundar todo mi ser y con ello consigo que se me pase el calentón aunque tengo muy claro que, tarde o temprano, volveré a encontrarme con mi Gerard Butler particular.

Samanta, un lunes extraño y dos tipos de uniforme

Menos mal que esta vez no se me ha ocurrido llamar a la nueva vecina porque todavía no sé si la soporto o no. Es evidente que lo de escribir en Glam&woman es un punto a su favor y le daría mucho caché a nuestras reuniones, pero lo que no puedo aguantar es que Tobías me la esté pegando con esta mujer. Aunque tampoco es que me esté engañando pero ya no sé lo qué pensar con lo de tocarse viendo fotos. ¿Eso es poner los cuernos o no? ¡Ahhhhhhh! ¡Me estoy volviendo loca! Con lo serena y apañada que siempre he sido y ahora necesito volver a mi remanso de paz cuando no sabía nada de nada. Y todo por la nueva vecina.

—He traído unos pestiños.

—No sé qué haríamos sin ti, Marisa.

—Pues, pasar hambre.

La única que falta es Lina y eso me extraña mucho. Quedan tan solo cinco minutos para las diez de la mañana y siempre suele llegar antes. Marisa no ha faltado a su costumbre de traer algunos dulces para hacer un segundo desayuno, como ella lo llama porque el primero es a eso de las seis de la mañana con su marido, el albañil. Deposita la bandeja junto a las tazas del café en el mismo lugar que había ocupado la tarde anterior otra bandeja, pero con galletas de chocolate y deja caer su humanidad en el sofá que normalmente ocupa Tobías. Miro el reloj y, justo cuando quedan un par de minutos para las diez, suena el timbre de la puerta y veo a Paulina cruzar el vestíbulo para abrir. Por suerte para mí, ayer descansó y no tuvo que ver a mi maridito desesperado por ver el vídeo de la vecina. Ya me cae mal esa mujer que va de súper fashion con lo de que escribe en Glam&woman pero luego sale a recibir a mi marido como si estuviera en un concurso de camisetas mojadas.

Lina entra en el salón y al instante me doy cuenta de que le pasa algo grave y todo ello por dos razones muy evidentes. La primera porque está muy callada y ni tan siquiera saluda y la segunda y más evidente es que lo primero que hace es tomar un pestiño de Marisa y engullirlo como si le fuera la vida en ello.

—¿Qué te pasa?

—A mí nada. ¿Por qué me tiene que pasar algo?

Me siento en el sofá junto a ella y tomo la jarra con el café caliente. Echo un poco en mi taza y la relleno con leche desnatada. Miro de reojo a Lina, pero la veo con la mirada perdida en la televisión que tenemos en el salón y que permanece apagada. Por cierto, una televisión de cincuenta y dos pulgadas que es el ojito derecho de Tobías. Creo que ese aparato es el miembro de la familia a quién más quiere. Lo único que le falta es meterse en la cama con ella. Como nadie dice nada, enciendo la tele, pero, cuando veo que en Divinity están echando un programa de esos de ligotear unas con otros, vuelvo a apagarlo.

—No lo apagues. A mí me gusta este programa —comenta Marisa con medio pestiño en la boca.

—Pero, si es un asco. A mí lo que me gusta es Mujeres Desesperadas, pero empieza más tarde.

Lina resopla en cuanto escucha mi comentario sobre la serie y deja de prestarle atención a la televisión. Se vuelve y me mira.

—Eres más ñoña. No sé cómo te puede gustar esa serie.

—No sé. Yo creo que son muy parecidas a nosotras. Hay una muy elegante, otra que es un poco zorrón...

—¿Y esa soy yo o qué?

Levanto las manos en señal de paz, pero creo que ya la he liado. Me parece que de esta no voy a salir sin daño alguno.

—Yo no he dicho eso.

—Claaaaaaro. Tú eres la súper fashion y Marisa debe ser la criada de la tipa esa.

—¡Oye! Si estás cabreada, no lo pagues conmigo.

Ambas guardamos silencio y miramos a nuestras respectivas tazas. Es evidente que hay mucha más tensión de lo normal y lo entiendo por mi parte por lo de Tobías, pero no sé por qué Lina está de malas pulgas.

—¿Por qué soy yo la criada y no una de las protas? —pregunta Marisa con tono inocente.

Es evidente que ella no ha visto la serie y Lina y yo sí porque nos miramos y sonreímos con cierta complicidad. Marisa no entiende nada de nada y se encoge de hombros.

—Pues yo sigo diciendo que me gusta el programa este del zorrerío.

—Ahí solo van a lo que van —comento con inocencia.

—Pues no sé qué tiene de malo —protesta Lina que aún sigue más seria de lo normal—. Son jóvenes y les gusta el sexo como a cualquiera.

—Bueno, a algunas más que a otras.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada.

Marisa toma la decisión más inteligente y recula cuando ve que ha metido la pata hasta el fondo y que Lina no está de humor. Normalmente nos metemos con ella porque es cierto que está un poco salidilla pero de buen rollo. Nunca se lo toma a mal, pero hoy parece que todo es distinto. De repente y sin venir a cuento, Lina se incorpora en el sofá y suelta la bomba atómica.

—Paco dejó embarazada a tu nueva vecina.

—¿¡Cómo!? ¿Qué estás contando?

—Pues, eso. Paco y Cristina eran pareja en la universidad. Se fueron un fin de semana a Calpe y allí la dejó preñada.

Lina se mantiene impertérrita y eso me admira porque yo, en su situación, ya estaría llorando como una magdalena. No sé cómo puede ser tan dura y fría esta mujer. Creo que no hay nada que pueda hacerla desmoronarse.

—Oye, ¿tú no estuviste en Calpe en tu luna de miel?

¡Hala! Desapareció la templanza de mi amiga a la misma velocidad que ha aparecido en los labios de Marisa la pregunta inoportuna de la luna de miel. Eso sí, ha estado muy despierta porque yo no había caído. Lina se echa a llorar y, entre hipidos, nos cuenta el resto.

—El muy cerdo me llevó de luna de miel a Calpe para recordar a su ex. Además, le dedicó su primer libro y ha reconocido que ella es el amor de su vida.

¡La madre que...! A mí me hace eso Tobías y no vuelve a dormir conmigo en su vida. Incluso tendría que pensar si le dejaría el sofá o si lo echaría a la calle como un perro. Como se puede ser tan rastrero. Con lo elegante y calladito que es Paco y resulta que es peor que el mío que tan solo se toca viendo a las vecinas.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto con esa inmensa duda dando vueltas

en mi cabeza.

—No lo sé. Me siento fatal.

Lina se deja caer en el sofá y comienza a sollozar como una niña pequeña. Yo paso mi brazo por sus hombros y comienzo a acunarla como hacía cuando Jorge tenía pesadillas o en alguna noche de tormenta en la que él dormía con nosotros en nuestra cama. Poco a poco comienza a serenarse y a mí me da mucha pena porque Lina, exceptuando cuando le puso los cuernos a Paco con un masajista y lo del pizzero aquel y, bueno, lo del profesor de piano y el limpiador de la piscina... Pero, vamos, por lo demás, es mucho de boquilla pero luego no hace nada de nada.

—Creo que voy a ponerle los cuernos.

—¿Otra vez?

Lina mira a Marisa con cara de odio, pero nuestra amiga común hace lo que mejor se le da. Pasa de todo, coge un pestiño de la bandeja y lo engulle en un par de bocados. Incluso se permite el lujo de soltar un pequeño eructo. ¡Por Dios, qué asco! Lina, que es un mucho más fina que mi amiga, arruga la nariz igual que yo.

—Ahora en serio —añado yo con una gran duda en la cabeza—, lo de ponerle los cuernos...

—¿Qué?

—¿Lo dices de verdad?

—La verdad es que no lo sé, pero se lo merece. El muy cerdo me ha tenido engañada todo este tiempo. Espérate que no haya sido él quien le dijera lo del chalé que se alquilaba.

—Eso parece un poco retorcido, ¿no?

—Lo que es retorcido es lo de Calpe.

Lina vuelve a mirar con cara de odio a Marisa que solo dice una frase cada vez que se le queda vacía la boca, pero que la lía y bien cada vez que separa los labios.

—¿Has visto? Hasta esta, que es más bruta que un arado, se ha dado cuenta de que lo de Paco no tiene perdón.

—Yo no he dicho eso —explica Marisa con el ceño fruncido.

—Entonces, ¿qué has dicho?

—Que lo de Calpe es una putada, pero no que le pongas los cuernos.

—Me da igual. Se lo merece y ya está.

Miro a Lina y compruebo que no está bromeando. Parece decidida a engañar a su marido por venganza, aunque no creo que sea tan fácil encontrar a

un voluntario incluso para una mujer con el cuerpazo de Lina. Lo va a tener difícil.

—Ayer le hice una gayola al nuevo dueño del gimnasio.

Me separo unos centímetros de Lina y miro a Marisa que se ha detenido con otro pestiño a medio comer. Las dos miramos a nuestra amiga que permanece encogida en el sofá con la mirada perdida en la televisión apagada. No puedo creer lo que acabo de oír. Ha tenido que ser un error.

—¿Qué hiciste qué?

—Una gayola al nuevo dueño del gimnasio.

—¿Tú estás loca? —le pregunto sin poder comprender—. Eres una mujer casada y las mujeres casadas no van haciendo... haciendo...

—Gayolas, Samanta, ha dicho gayolas.

—Pues, eso. No te entiendo. Te molesta lo de Paco y tú vas y haces... eso con un desconocido.

—No es un desconocido. Se llama Gerardo.

—¿Solo fue una gayola? —inquiere Marisa ya con la boca vacía y con toda su atención puesta en la historia de nuestra amiga.

—Bueno, él me bajo las mallas y me tocó el chirri, pero poco más.

—¿¡En serio!?! —exclamo yo sin poder creer lo que estoy escuchando—. ¡Tú estás loca! Una cosa es hablar de engañar a tu marido y otra bien distinta es hacerlo.

—¡Oye, que no me lo he follado! Tan solo se la he cascado y poco más.

—¿Y eso no es engañar?

—¡Joder, Samanta, di poner los cuernos de una vez!

—Es que no me gusta esa frase.

Lina resopla y yo me encuentro agotada de todo lo que me está contando esta mujer. Y yo estaba preocupada por lo de Tobías que es una solemne tontería en comparación con esto. Casi me puedo sentir una mujer afortunada por tener un marido baboso. Marisa se incorpora en el sillón, engulle otro pestiño y se pone, de repente, muy seria.

—Bueno, resumiendo, tu marido estuvo con la nueva vecina y la dejó preñada. A ti te lleva a Calpe de luna de miel, pero solo piensa en ella que es su mujer ideal. Por otro lado, tú le haces una gayola a un desconocido y él te toca el chirri. ¿Me olvido de algo?

—¡Ejem! Solo quería saber si les faltaba alguna cosa.

Las tres nos damos media vuelta al escuchar el carraspeo de Paulina y, por su mirada, confirmo lo que ya temía. Lleva allí demasiado tiempo y es

evidente que ha escuchado la confesión de Lina y lo peor de todo es que los lunes por la tarde también limpia en la casa de mi amiga. Lina la mira horrorizada pero la joven colombiana no cambia su gesto serio ni deja de mirarme ni un instante. Hay que reconocer que es una profesional como la copa de un pino, aunque sea un poco cotilla. Eso sí, gracias a ella sé muchas de las cosas que pasan en la casa de Lina. Ahora que lo pienso, ¿hará lo mismo en las otras casas en las que trabaja y contará todo lo que ve? Da miedo, pero bueno...

—No, muchas gracias, Paulina. Puedes retirarte.

La sudamericana sale por la puerta del salón y se marcha de nuevo a la cocina donde supongo que estará comenzando los preparativos para la comida.

—¿Tú crees que lo habrá escuchado? —pregunta Marisa con inocencia.

—Estoy segura. Esta tía es una cotilla y esta tarde va a limpiar mientras yo estoy en el gimnasio.

Marisa comienza a reírse y las dos nos la quedamos mirando. No puedo entender este momento de jolgorio después de todo lo que nos ha contado Lina.

—¿De qué te ríes?

—Es que es gracioso. Mientras Lina está en el gimnasio con «gayolator», Paulina estará en su casa contándole todo a su marido. Tiene su morbillo.

—¿Esta tía es gilipollas?

Lina me mira y dirige esa pregunta hacia mí, pero yo me niego a contestar y no porque no tenga claro cuál es la respuesta idónea sino porque no quiero liarla más todavía.

—Tienes dos opciones —le aconsejo con la poca experiencia que yo tengo en estas cosas de las infidelidades—. O no vas esta tarde al gimnasio y te quedas en casa o confías en Paulina y en su escasa discreción. Además, ¿quién en su sano juicio se iba a creer la historia con el dueño del gimnasio?

—Pues, cualquiera que la conozca y que sepa un poco de su currículum.

—Pero, ¿esta tía es gilipollas?

Segunda pregunta sobre Marisa que se queda sin contestar. Yo creo que hasta ella conoce la respuesta así que es mejor dejarlo estar. Lina se levanta y, tras dirigirle una áspera mirada a nuestra amiga común, sale de mi casa dando un portazo, pero no sin antes acercarse a la cocina para decirle a Paulina que hoy no hace falta que vaya a su casa porque prefieren estar solos. Eso no se lo cree nadie y mucho menos nuestra asistente común que es muy avispada.

—¿Qué le ha pasado? —me pregunta Marisa con cara de póker—. ¿Se ha mosqueado?

—¿A ti qué te parece? Ya te vale.

—¡Joder! Ya le vale a ella. Va de puta y apaleada, pero es que se lo gana a pulso. ¿A quién se le ocurre hacerle una limpieza de sable al dueño del gimnasio? Yo hago eso y Mariano me despelleja.

—¡Qué bruta eres, Marisa!

—Es que no entiendo lo de poner los cuernos a diestro y siniestro. Yo estoy bien servida con Mariano y encima tiene una buena tranca.

—¡Marisa!

—¿Es que Tobías no te deja satisfecha?

—Yo no hablo de mi vida sexual con nadie.

—Pues deberías hacerlo porque se aprende mucho. Desde que un compañero de la obra le explicó lo que es la postura de la mariposa, no veas lo bien que me lo paso.

Me da miedo preguntar qué es eso de la mariposa y hago lo que debería hacer una mujer en su sano juicio. Miro hacia otro lado y comienzo a silbar. Ella parece que se da por aludida porque, tras zamparse otro pestiño, coge su bolso y se lo pone en el regazo.

—Bueno, yo me voy. Al final, ha estado divertido el desayuno con la historia de «mister gayolas».

Marisa se levanta con esfuerzo del sofá, coge para el camino un par de pestiños y se marcha sin despedirse. Es de lo que no hay. No me gusta que la gente se vaya de mi casa sin decir un simple «adiós» o un «hasta luego». Escucho el timbre de la puerta y sonrío porque me doy cuenta de que mi amiga no es tan maleducada. Abro la puerta sonriendo y mi sonrisa desaparece como por arte de magia.

—Buenos días. Vive aquí Tobías Enríquez de la Fuente.

Dos policías nacionales del tamaño de dos armarios roperos me saludan llevándose la mano a la frente y yo me estiro todo lo que puedo como si con esa pose pudiera mostrar más seguridad de la que en realidad poseo. Comienzo a temblar como un flan y no sé por qué.

—Sí. Vive aquí, pero ahora no está.

Miro por encima del hombro de uno de los policías y me encuentro con los ojos curiosos de mi nueva vecina que acaba de salir de su casa y se dirige a su todoterreno. La veo mirar de reojo y la muy arpía saca el teléfono móvil del bolso y hace como si buscara algún número o cualquier cosa parecida.

Como si no supiera lo que está haciendo. Desde donde se encuentra es evidente que puede escuchar toda la conversación con los policías por lo que los invito a entrar en mi casa, pero ellos rehúsan mi invitación y continúan allí como dos estatuas bien entrenadas.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Supongo que estará en la clínica. Es cirujano plástico.

—¿Nos puede dar la dirección?

Dudo un instante, pero me imagino que dos policías nacionales tardarían menos de un suspiro en encontrar la dirección así que decido que lo mejor será colaborar.

—Está aquí al lado en la Plaza de los Tres Caños. Junto al ayuntamiento.

—Muchas gracias por su colaboración.

Los dos agentes me saludan de la misma forma con las manos a la altura de la frente y se giran para marcharse. La vecina sigue allí y yo sé que no debería preguntar nada más, pero no me queda más remedio que hacerlo.

—Perdonen. ¿Para qué lo buscan?

—Es confidencial —me responde uno de los policías.

—Soy su esposa. Creo que tengo derecho a saberlo.

El agente de policía se mantiene allí junto a la acera mientras su compañero sube al coche patrulla. Veo cómo el hombre duda, pero, al ver mi cara de perro pachón, resopla y lo veo decidido a contestar.

—Hay una denuncia por violación.

¡No, no, no! ¡Eso no puede ser! ¡Tobías un violador! Eso sí que no me lo creo. Podrá ser un obseso sexual, un voyeur y un salido, pero lo de violador ya no puedo creérmelo. Miro hacia la acera con los ojos empañados en lágrimas y veo que la vecina se acaba de subir en su coche. Me doy media vuelta y me encuentro con la mirada escrutadora de Paulina que me observa desde el pasillo que lleva a la cocina pero sin decir nada de nada. ¿Habría escuchado mi conversación con los policías? Me imagino que sí porque esta mujer no se pierde una. Da media vuelta y regresa a la cocina, aunque antes la escucho mascullar por lo bajo algo de por eso la miraba el culo y no sé qué más. Regreso al salón y me dejo caer en el sofá con la cabeza hecha un bombo. ¿Mi Tobías un violador? No es posible. ¿O sí?

Cris, un nuevo artículo y el café en la cabeza

—¿Ya estás aquí? Vaya hora de venir.

—Cuando he podido. Lo de la mudanza es un coñazo.

—Pues la jefa ha preguntado por ti.

—¿Sigue con el palo de escoba en el culo?

—¿Quién tiene un palo de escoba en el culo?

Me doy media vuelta a la velocidad del rayo en cuanto escucho la voz imperativa y con cierto tono masculino de mi jefa Elvira, alias Robocop, y me cuadro ante ella como un perfecto militar. Me mira de arriba a abajo y me parece que arruga la nariz al ver mi look desenfadado de maruja tras un fin de semana de mudanza.

—Nadie, Elvira. Hablaba de un vecino mío.

—Vale. Por cierto, deberías cuidar más tu aspecto. Te recuerdo que esta revista se llama Glam&woman por algo.

Miro hacia abajo y me encojo de hombros al contemplar los vaqueros desgastados que fueron del capullo de Alberto y que ahora me pertenecen por derecho propio y porque yo lo valgo y la camisa de cuadros verdes y rojos que la verdad es que no tengo ni idea de dónde ha salido.

—¿Qué le pasa a mi aspecto? Es una nueva moda hípster.

—Yo más bien diría que es un look leñador canadiense —me replica Robocop a quién parece que no le gusta mi humor fino e inteligente—. Espero que te lo tomes más en serio a partir de mañana. Glamour y mujer. Recuérdalo.

Se da media vuelta y camina hacia su despacho con esos pasos largos en plan soldado coreano en día de desfile y no puedo evitar fijarme en sus caderas; mejor dicho, en la ausencia de ellas y en su cuerpo ligeramente masculino acorde con su voz. ¿De verdad que esta tía es una tía? La próxima

vez que hable me voy a fijar en la garganta para ver si tiene nuez. Para mi desgracia, esa próxima vez de la que hablo tarda menos en llegar de lo que a mí me hubiera gustado porque Elvira se da la vuelta antes de llegar a la puerta de su despacho y regresa hasta donde estamos no sin antes echarle un buen rapapolvo a uno de los redactores. Cuando llega a mi altura, mira de reojo a mi mesa y resopla como un miura.

—¿Cómo llevas lo del artículo de este mes?

—Estoy en ello.

—Quiero una idea en mi mesa dentro de diez minutos.

Se da la vuelta y se marcha de nuevo en dirección hacia su guarida. Mis sospechas han quedado en dique seco porque he podido confirmar que Robocop no tiene nuez así que parece que lo de hormonarse y lo de que antes era un levantador de piedras euskera, como se cuenta en la redacción, es un bulo. Bueno, quizá se hormone porque esa voz de camionero no es muy normal. Yo a lo mío que es encontrar una idea para el artículo de este mes de la sección «mujer del siglo XXI». Cuando me ascendieron a redactora y me entregaron esa sección con la idea de que yo podría hacer y deshacer a mi antojo, no podía suponer que iba a tener una mosca cojonera pegada al culo cada día esperando una idea, un buen artículo o una buena reseña de algún colaborador o de alguna lectora. ¡Es un sinvivir! Pero no lo puedo negar, me encanta mi trabajo.

—¿Ya tienes alguna idea?

—La verdad es que no.

La preocupación de mi compañera no deja lugar a ninguna duda. Está tan acojonada como yo con el asunto Elvira. Cada vez que se acerca a una de nuestras mesas tanto yo como Celeste nos encogemos y esperamos a que pase el temporal. Creo que la única vez que Robocop se ha dignado a acercarse a nuestro lugar de trabajo y no nos ha echado la bronca fue aquella bendita semana en la que estuvo afónica y todos fuimos más felices que un arbusto; que un arbusto feliz o como narices se diga.

—Pues lo quiere para dentro de diez minutos.

—Ya lo sé. Debería haber pensado en algo este fin de semana, pero ha sido una locura.

—Es lo que tienen las mudanzas. Yo me mudé hace un año y sé lo que es eso.

Para mí que no hablamos de lo mismo, pero creo que no puedo contarle lo que me ha pasado este fin de semana porque estoy segura de que tampoco

me creería.

—Estás muy rara, Cris. A ti te ha pasado algo más aparte de la mudanza.
¡Me pilló! A disimular.

—Pueeeeeees... yooooo... estooooo...

—¡Arranca de una vez que me estás poniendo de los nervios!

Miro a mi alrededor y observo a todos mis compañeros que trabajan como posesos y no prestan atención a nada más. Cada vez que toca editar un nuevo número, todos se lanzan a escribir, maquetar o retocar sin separar la vista de sus mesas. Todos menos uno que va a su puto rollo como siempre. Ramiro camina hacia donde yo me encuentro con pasos medidos y con la suficiencia de quién se cree observado por las representantes del género femenino que pasan de él como de comer... bueno, que pasan de él. Yo también intento ignorarlo porque tuve una historia con el susodicho hace mucho tiempo y no quiero saber nada de un personaje como aquel.

—Hola, Cris. ¿Has visto mis nuevos zapatos?

Ramiro se sienta en mi mesa y cruza las piernas para que pueda ver bien los zapatos de ante que se ha comprado y de los que parece tan orgulloso.

—Son bonitos.

—Doscientos euros.

—Vale, son bonitos y caros.

—De piel de canguro.

—Bonitos, caros y de un bicho muerto.

—¿Cuándo vas a salir conmigo?

—Creo que cuando los canguros lleven zapatos de piel de Ramiro.

El muy cerdo se inclina hacia mí y, a pesar de mi frase que lo dice todo, me pone la mano en el hombro. Y digo lo de «el muy cerdo» porque ya sé lo que viene ahora y veo cómo Celeste nos mira de reojillo haciendo como que trabaja y aguanta la respiración. En cuanto Ramiro baja sus dedos un par de centímetros hacia una de mis tetas, apoyó el codo en su muslo y me levanto apretando todo lo que puedo.

—¡Ayyyyyyyyyy! ¿¡Qué haces!?

—Perdoooooona. He ido a levantarme y me he apoyado en tu pierna.
¿No te habré manchado los zapatos de piel de canguro con la sangre?

Me levanto para ir al baño y a refugiarme en el único lugar donde sé que no puede acosarme pero, para mi sorpresa, se pone en marcha y me sigue hasta allí. Una vez en la puerta del aseo de las mujeres y ya al refugio de miradas impertinentes, Ramiro me coge del brazo y me obliga a detenerme.

—¿Por qué no quieres nada conmigo?

—Creo que está claro. Me das asco.

—Pues no lo parecía cuando estábamos juntos.

Intento atravesarlo con la mirada, pero no se me da nada bien. En ocasiones me gustaría ser una de esas mujeres fatales de las películas con esa capacidad para fulminar a un indeseable tan solo con la mirada.

—Solo fue un polvo patético y, de haber sabido que estabas casado con Elvira, no lo hubiera hecho.

—Eso es lo de menos. Elvira no tiene por qué enterarse de lo nuestro.

—Por si no te has enterado todavía, no hay nada nuestro ni lo habrá.

Me refugio en el baño de la mirada lobuna de ese cincuentón desesperado al que le daría igual echar un polvo con una de sus redactoras que con la mujer de la limpieza, con todo mi respeto para Lola que se encarga de que esta oficina no parezca la cochiguera de mi hija adolescente. Me siento en uno de los inodoros, pero con la tapa bajada para pensar porque necesito una idea para el artículo de este mes. Y no puede ser una idea cualquiera porque Elvira es de esas jefas exigentes en plan Sigourney Weaver en la peli «Armas de mujer» que tantas veces he visto y en la que Harrison Ford está como un quesito de tetilla. Bueno, tengo que centrarme y dejar de pensar en Han Solo o en Indiana Jones porque las buenas ideas llegan cuando menos te lo esperas y no puedes tener la mente ocupada y eso que lo de Jorge y lo de mis nuevas amigas no tiene desperdicio. Sé que, antes o después, se lo contaré a Cecilia y va a flipar. Esas mujeres que quedan para tomar café y para desayunar todas juntitas y que solo piensan en... en... ¡Un momento! ¡Esto es genial! ¡Lo tengo!

Salgo corriendo del baño y me acerco a mi mesa para coger un par de folios y un lápiz por si a Elvira le da por hacer alguna anotación respecto a mi brillante idea y, tras guiñarle un ojo a Cecilia que me mira como si estuviera loca, salgo disparada hacia el despacho de Robocop. Una vez allí, llamo a la puerta y entro sin esperar respuesta. Elvira está hablando por teléfono, pero me hace un gesto con la mano para que me siente frente a ella. Continúa hablando y me entretengo contemplando el despacho más aburrido que he visto nunca. Definitivamente, esta mujer es un auténtico coñazo. Creo que le vendría bien que un alma caritativa le regalara para su próximo cumpleaños unas bolas chinas. En cierta manera, no me extraña que Ramiro vaya buscando por ahí lo que parece que no tiene en casa.

—Pues, lo despides.

—...

—Me da igual. ¡A la puta calle!

—...

—Pues su mujer y los cinco niños tendrán que buscarse un trabajo. A mí qué me cuentas.

Elvira cuelga el teléfono con un golpe y chasquea la lengua al tiempo que abre un cajón de su mesa y saca una bolsa de pipas.

—Ni que esto fuera una ONG. ¡No te jode! Que si su mujer está enferma. Que si tiene cinco hijos pequeños. ¡Pues que se haga una vasectomía!

Alucino con la bondad y la comprensión de Robocop. Y no es que crea que ella es mala es solo que... para mí que no es humana o que no tiene corazón. A ver si va a ser verdad lo de su apodo, que por cierto se lo puse yo, y va a ser un robot sin sentimientos.

—Venía por lo de la idea para el artículo de este mes —le digo con la intención de cambiar de tercio no vaya a ser que ahora la pague conmigo.

—Muy bien. Dispara.

Tras escuchar esa expresión tan de los años ochenta y tan... tan suya, tomo aire y aprovecho ese instante para ordenar mis pensamientos en la cabeza. Una de las cosas que menos le gusta a Elvira es que hables como un loro, pero sin orden ni concierto y yo no quiero cagarla nada más abrir la boca.

—Amas de casa.

Elvira arquea una ceja y veo que tengo toda su atención y eso ya es un logro. ¡A por todas!

—Amas de casa con maridos ricos que dedican su tiempo a comportarse como marujas de las de antes.

Guardo silencio y espero a la reacción de Robocop que comienza a jugar con sus gafas de pasta sin dejar de mirar por la ventana que hay en una pared lateral. Un momento después, se levanta, abre un pequeño frigorífico camuflado en el interior de un armario y me ofrece un refresco que yo, en mi sano juicio, rehúso con educación. Ya sé que he ganado la batalla y esa idea le ha gustado. Si no hubiera sido así, no habría refresco.

—¿Tienes fuentes?

—Muchas y de buena calidad. Además, tengo acceso absoluto a ellas.

Pienso en mis nuevas amigas como si fueran informadoras para un artículo sobre el narcotráfico o sobre la trata de blancas, pero tan solo van a ser el conejillo de indias de este experimento.

—Entonces, a por ello. Borrador en una semana.

Me levanto porque sé que ha terminado la reunión y salgo del despacho con una sonrisa de oreja a oreja que no intento disimular y mucho menos cuando llego a mi mesa y me encuentro a Ramiro esperando con dos papeles blancos en la mano.

—Entradas para ver a Pablo Alborán.

¿Desde cuándo le gusta a este cromañón la música ñoña? Creo que Ramiro no aguantaría más de diez minutos en un concierto de «mi Pablito», como lo llama mi hija cuando me ve babear por él, por lo que hago lo que haría cualquier mujer en su sano juicio. Cojo las dos entradas y, ante la mirada atónita de Ramiro, me las guardo en el bolsillo de los vaqueros, le palmeo el hombro y le doy las gracias con mucha educación. Me inclino sobre unos papeles y no levanto la mirada hasta que veo que sus piernas desaparecen de mi lado.

—Eres de lo que no hay. Acabas de conseguir dos entradas gratis para el concierto de Pablo Alborán. ¿Con quién vas a ir?

La verdad es que no tengo ni idea y prefiero pensármelo por lo que no voy a picar. Me encojo de hombros y enciendo el ordenador sin contestar. Me dejo caer sobre el respaldo de mi silla y me relajo porque sé que el día va a comenzar a mejorar.

—Buenos días.

Me doy la vuelta con la silla y confirmo mis peores sospechas. El día no va a comenzar a mejorar sino que tiene cierta tendencia a empeorar por momentos.

—Hola, Lina. ¿Qué haces aquí?

—¿No habíamos quedado para que me enseñaras la revista?

Para mí que no habíamos quedado a pesar de lo de la funda del preservativo, pero lo que no quiero hacer es cabrear a una mujer que puede decirle a mi nueva vecina que lo he hecho con su hijo adolescente en su propio baño.

—Es verdad —reconozco con una sonrisa falsa en el rostro que me sale como el culo—. Lo había olvidado.

Me levanto y nos damos los dos besos de rigor ante la atenta mirada de Ramiro que, nada más oler la carne siliconada de mi amiga, ha comenzado a afilar el cuchillo. Yo lo miro por encima del hombro de Lina y frunzo el ceño, aunque para mí que le da igual. Antes de que pueda reaccionar, le hago a Lina un tour por la redacción sin dejar de mostrarle nada a excepción del baño de los hombres y del despacho de Robocop. Por suerte para mí y para mi

integridad laboral, Elvira está encerrada en su cubil y puedo terminar el recorrido sin contratiempos. Una vez finalizado, le ofrezco a Lina la posibilidad de tomar un café y acepta de buen grado.

—¡Vaya belleza hispana!

Demasiado tarde. Ramiro ha entrado en juego y ya no hay quién lo pare. Como sé que esto puede ir para largo, me siento en mi silla y espero al ritual de apareamiento frustrado del marido de Robocop al que parece que se la pela que su mujer esté a tan solo unos pocos metros. Ramiro toma la mano de Lina entre las suyas y le planta allí mismo un beso mientras no deja de mirarle las tetas redondas y brillantes que luchan por abandonar su refugio tras el top color lila.

—Mi nombre es Ramiro y es un placer encontrar una belleza como la suya en esta redacción. Ya no existen mujeres como usted.

Esto último lo dice nada más echarme una mirada a mí y otra a Celeste con cierto gesto de asco marcado en el rostro y que no deja lugar a ninguna duda. Nosotras dos somos escoria y Lina, con sus tetas operadas y su culo duro y en su sitio de tanto step en el gimnasio, es puro néctar para Ramiro. Me entran ganas de levantarme y decirle cuatro cosas pero sé que no serviría para nada.

—Es usted muy amable —replica Lina con voz dulce y pegajosa como la miel—. Ya no existen caballeros así.

Lina no sabe dónde mirar a pesar de que Ramiro tiene mucho más claro que ella cuál es su punto de atención. No sé si es porque se ha agobiado por el baboso de mi compañero o porque realmente desea salir de la redacción, pero Lina me mira y tengo claro que me está pidiendo que la saque de este lugar.

—Nosotras tenemos que irnos.

Ramiro se vuelve hacia mí como si tuviera un resorte en la cintura y me atraviesa con la mirada. Sé que, de haber existido la pena capital en este país, yo ya estaría bajo tierra. Ni protesta ni dice nada de nada. Tan solo vuelve a tomar una de las manos de Lina entre las suyas para besarla. Se marcha con mucha dignidad y a mí podría haberme extrañado que se fuera sin intentar nada con mi amiga, pero, cuando veo una de sus tarjetas de visita en la mano de Lina, compruebo que no ha perdido facultades.

Salimos de la redacción, bajamos en el ascensor sin decirnos nada y llegamos a la calle donde compruebo que está a punto de llover y yo, como siempre, estoy sin paraguas y con una chaquetita de hilo que se puede convertir en un instante en una auténtica esponja. Cruzamos la calle entre el

poblado tráfico de la capital y entramos en la cafetería donde siempre desayuno. Nos sentamos en la mesa que yo le indico junto al único escaparate desde donde se puede ver el portal de la redacción y yo pido un café con leche y un par de porras. ¡Qué no se diga! Voy a dejarme arrastrar por Marisa. Solo falta que comience a comer napolitanas de chocolate todas las mañanas.

—¿Qué te ha parecido la redacción?

—Psssss.

¿Y eso que significa? ¿Es un «psssss» de que guay es donde trabajas pero no quiero parecer que me muero de envidia o un «psssss» de los de vaya mierda de sitio donde tienes que pasar un mogollón de horas todos los días? Lo primero podría entenderlo, pero lo segundo...

—No es para tanto. Pensaba en algo con más... glamour.

Pero, ¿esta tía que pensaba? ¿Qué trabajo en la fábrica de Ferrero Roché y que se iba a encontrar a Isabel Preysler con una bandeja de bombones en la puerta? Es la última vez que invito a alguien a la redacción, aunque también espero que sea la última vez que me amenazan para venir de visita.

—Bueno, es la redacción de una revista. Todas son iguales.

—Ya. Pero me imaginaba otra cosa. De todas maneras, he venido por algo bien distinto.

¡Anda! ¡Qué sorpresa! Así que Lina no ha venido para ver la redacción sino porque quiere algo de mí. Se me ponen los pelos como escarpías y mucho más cuando veo que saca un libro del bolso y, literalmente, me lo lanza a la cara. Se pone como una loca y lo siguiente que tengo en la cabeza es el café que, por suerte para mi piel, he pedido templado y no ardiendo como Celeste.

—¿¡Qué haces!?! —.le pregunto sin saber cómo reaccionar—. ¿¡Estás loca o qué!?

—¿¡Loca!?! Ni se te ocurra llamarme loca porque te arranco los pelos. Qué te crees, ¿qué no sé que tuviste un lío con mi marido y que te dejó preñada? ¡Lo sé todo!

Esto último me lo dice a voz en grito y las pocas personas que hay en el bar desayunando se dan media vuelta incluyendo a Sebas, el camarero y dueño del bar. Ahora sí que tengo claro que mañana todos en la redacción van a saber que hace algún tiempo me quedé embarazada. Aunque, teniendo en cuenta que tengo una hija, quizá no sea tan relevante.

—¡No te acerques a mi marido! Paco es solo mío y no voy a dejar que te aproveches de él ahora que es un escritor conocido.

Así que era eso. Ya me parecía a mí que con el aspecto de putón

verbenero de Lina, lo que menos podía preocuparle era perder el amor y la pasión que podía llegar a entregarle Fran. Lo único que le preocupa es no perder su dinero. Ahora sé quién le ha pagado las tetas de plástico y quién paga la cuota del gimnasio. Fran siempre fue un poco tonto, pero hasta este plan...

—No tengo ningún interés en Fran. Ha pasado mucho tiempo.

—Como vuelvas a llamarlo Fran, te arranco la lengua —me dice en un susurro con los dientes apretados.

Se pone erguida con toda la dignidad que le permite el momento loca de la cafetería y se marcha hacia la puerta. Una vez allí, se da la vuelta y me mira con una enorme sonrisa en la cara.

—Cuando quieras desayunar con nosotras, no tienes más que decirlo.

Se larga de allí y yo me estremezco solo de pensar en pasar un minuto más con esta mujer bajo el mismo techo. Antes me arranco las uñas de los pies. Tomo aire con calma y pido otro café mientras intento, con unas toallitas que siempre llevo en el bolso, limpiar los restos del anterior que ha acabado sobre mi cabeza. Me encuentro con el libro que la loca de Lina me ha lanzado y miro la portada. No puedo evitar entermecerme al ver en ella el peñón de Calpe bajo una puesta de sol. Miro el nombre del autor de la novela y me suena mucho pero no sé de qué aunque, cuando leo la dedicatoria, el vello de mi nuca se me eriza y descubro que Gastón Delacroix y Fran son la misma persona. También descubro que yo soy la mujer de su vida y llego a la conclusión, a la extraña conclusión, de que Fran todavía no me ha olvidado. Resumiendo, he encontrado a una buena enemiga y a un ex en tan solo una jugada. Ya veo que lo de mudarme no deja de traerme una sorpresa tras otra. Por lo menos, una cosa más que descubro allí en la cafetería, con ese libro en la mano, es que el artículo, que ya sé que se va a titular «Mujeres made in Spain», va a ser un bombazo.

Marisa, el aroma de cedro y un doble accidente

—¿Esto qué coño es?

—Qué bruto eres, Mariano. Es una caja de madera.

—Eso ya lo sé. Pero es que está *chamuscá*.

¿*Chamuscá*? Creo que lo de pirograbar la madera es demasiado profundo para mi marido. No sé cómo se puede decir que una caja de madera de nogal con adornos pirograbados es algo *chamuscao*. La verdad es que yo, antes de apuntarme al curso de manualidades que daban en el centro de actividades de Aluche, tampoco tenía ni idea de lo que era esto, o el pan de oro o un montón de cosas que hacemos y que ahora adornan la mayoría de las estanterías de nuestra casa. Hasta las figuritas del Belén las he pintado yo con un supremo esfuerzo, pero han sido poco valoradas por mis hijos que se han descojonado con el camello verde y el pato azul marino. ¿Acaso no hay patos de ese color? Pues a mí me gusta.

—Mariano, el arte es algo muy fino.

—¡Los cojones! De toda la *vía*, el arte es morirte de frío.

Y va y se destornilla con su ocurrencia delante de mis narices. ¿Qué se hace en estos casos cuando tu marido entiende el arte como poner un techo de escayola o vaciar de mierda las alcantarillas en una obra?

—Bueno, me voy a clase.

—Vale. A ver cuándo te enseñan a hacer billetes de quinientos euros.

Ya sé que mi Mariano, el amor de mi vida, el dueño de mi corazón y padre de mis hijos no es la persona más culta del mundo, pero es que creo que cada vez es un poco más tonto o más bruto. No perdona una partida de mus con los mismo amigos con los que lleva jugando desde que vivíamos hacinados en un piso de Alcorcón y no teníamos dinero ni para celebrar los cumpleaños de

todos los niños. Aún recuerdo que tenía que agrupar los seis cumpleaños en dos para poder montar una fiesta.

—Mamá, si mi cumple fue en febrero ¿por qué lo celebramos en abril?

—Para que coincida con la feria de Sevilla.

—Mamá, yo no quiero soplar las mismas velas que el petardo éste.

—Es para ver quién es más fuerte de los dos.

—Mamá, yo había pedido un juego para la Nintendo y me has regalado calcetines.

—Pero con el escudo del Madrid.

Y así una y otra vez buscando excusas para no decepcionar a mis hijos porque con el sueldo de Mariano llegábamos a fin de mes por los pelos. Pero aparecieron las vacas gordas y mi marido pudo comenzar a trabajar «a destajo», como él lo llamaba siempre que volvía con un sobre lleno de billetes de cincuenta euros. Hasta se lanzó a crear una constructora, aunque a él nunca lo han llamado empresario. Sus amigos lo llaman «pistolero» y él se cabrea mucho, pero a mí me da igual. Lo único que sé es que ahora vivimos bien y que esto solo podría mejorarse si tuviera una asistente como Lina y Samanta. Voy a intentarlo otra vez.

—Mariano, ¿por qué no tenemos servicio?

—Si tenemos cuatro. Dos en la planta de arriba, otro en nuestra habitación y el *cagadero* de abajo. ¿*Quiés* que te haga otro en el jardín?

—Me refiero a una asistente para que me ayude.

Desde aquí puedo escuchar el cerebro de Mariano chirriando y hasta creo que veo una gota de sudor caer por su frente.

—Mi madre siempre decía que bien *paice* y bien está la mula en la cuadra y la mujer en el hogar.

No sé si cagarme en la madre de Mariano que hasta que no estiró la pata, Dios la tenga en su gloria y esas cosas de beatonas meapilas, me hizo la vida imposible. Y ahora resulta que la muy arpía era machista. ¿La mujer en el hogar y la mula en la cuadra? ¡Tu puta madre y nunca mejor dicho! Tal como Mariano sale por la puerta después de la muestra de machismo que no soporto, saco el teléfono fijo que sé que he guardado en el cajón del pan y marco un número que encuentro en las últimas llamadas.

—Hola, Samanta.

—...

—No, no. Todo tranquilo. Oye, ¿me puede dar el teléfono de Paulina?

—...

—No, Mariano no quiere, pero ¿quién manda en mi casa?

—...

—¡Qué guasa tienes! Pues esta vez voy a hacer lo que quiero yo.

—...

—Me da igual. ¿Me vas a dar el teléfono de Paulina o no?

—...

Y va y me desea suerte la tía. ¿Acaso no puedo hacer lo que quiera en mi propia casa? Ya sé que Samanta piensa que el que manda en casa es mi Mariano pero le voy a demostrar que está muy confundida. Llamo a Paulina, la asistente de Samanta, y quedo con ella al día siguiente a eso de las once de la mañana. Con un poco de suerte, terminará de limpiar antes de que vuelva Mariano que no tiene por qué enterarse de esto. Además, voy a pagar con mi dinero. Bueno, con el dinero que me da Mariano que para el caso es lo mismo.

Por fin me he quedado sola y puedo marcharme. Los niños están en el cole con la panza llena de macarrones con tomate y Mariano más de lo mismo, pero añadiendo una buena siesta de casi una hora. Por suerte para mi salud mental, los niños tienen extraescolares por la tarde y los lunes puedo acudir a mi clase semanal de manualidades en Madrid. Salgo de mi chalecito y me incrusto en el minicoche donde dejo la cajita de madera, con mucho mimo, en el asiento del copiloto. Tras dar veintisiete o veintiocho vueltas por las urbanizaciones de los alrededores consigo llegar a la ciudad sin pisar la autopista donde se supone que no puedo conducir con mi bólido de mentira. Cuando me quedan poco más de cien metros para llegar al local donde dan las clases de manualidades, me equivoco de pedal y piso el acelerador en lugar del freno en cuanto veo la luz roja en un semáforo. El accidente no se hace esperar. Un deportivo de color negro se acerca hacia mi cochecito a gran velocidad, pero el conductor logra frenar a tiempo tras gastar unos cuantos euros en neumáticos. Noto cómo mi coche se desplaza unos pocos metros y algo me golpea en la cara. Cuando quiero darme cuenta me encuentro incrustada en mi coche como una sardina en una lata, pero con el pequeño problema de que al airbag ha saltado y me aplasta las tetas contra la barbilla. Esto es más que incómodo y sobre todo cuando noto una mano entre mi gran delantera y la bolsa blanca que ha salido del volante. Otra mano tira de mi brazo y, por fin, me encuentro en la vía pública, pero en brazos de un auténtico pastel de crema. El hombre del deportivo me sujeta con sus fuertes brazos porque yo estoy a punto de desmayarme de la impresión y del esfuerzo. No es que esté bueno sino lo siguiente. Es una mezcla de Kirk Douglas y Robert

Redford, en sus años mozos, que hace que, sin saber muy bien por qué, mis bragas se humedezcan y note un cosquilleo en el bajo vientre que llevaba años sin experimentar. De hecho, creo que nunca había notado nada parecido con Mariano que en la cama siempre es un poco... ¿cómo decirlo?... borrico a pesar de lo de la mariposa.

—¿Está usted bien? —me pregunta con un tono de voz que ni el Constantino Romero ese de la tele. Ahora voy a tener que recoger las bragas del suelo.

—Estoy bien. Un poco mareada. Siento lo del accidente. He confundido los pedales.

Ni mareo ni leches. Lo que pasa es que me encuentro como en el séptimo cielo entre los brazos de entre hombretón. Además, más vale que me haga la mujer indefensa porque los del seguro me van a crujir fijo.

—Usted no se preocupe por eso. Yo me encargo de la reparación de su coche y ahora mismo llamo a un taxi y la acompaño a un hospital.

—Estoy bien — le digo con voz de pollo lastimero para darle más pena aún —. Solo necesito algo que me reconforte.

Yo me refería al calor de sus brazos y a un par de carantoñas antes de despedirnos, pero el muy cortito me suelta y se ofrece para invitarme a un café o a lo que quiera. Bueno, ¡menos da una piedra! Él, muy caballero y algo estúpido para mi gusto, asume las culpas y todo el tema de los seguros queda resuelto. Quizá podría aprovechar para denunciarlo ya que él ha firmado como culpable. Dinero se ve que tiene y no estaría mal una ayudita para pagar a Paulina. Empuja su deportivo y lo deja delante de un vado y yo intento arrancar el mío y, por suerte, se pone en marcha a la primera y lo puedo aparcar en un huequecito entre unos contenedores. Una vez he dejado el coche en un lugar apropiado, me giro para recuperar mi cajita pirograbada, pero veo que para lo único que sirve es para tirarla a la chimenea y poco más.

—¿Qué ocurre? —me pregunta, en cuanto bajo del coche, al ver mi cara de pocos amigos.

—Nada. Llevaba una cajita pirograbada y se me ha roto.

—¡Vaya! Lo siento en el alma. ¿Cómo puedo recompensarla.

Se me ocurre unas cuantas maneras, pero no creo que ninguna de ellas le guste a mi Mariano así que dejo de escuchar a mi voz interior y me centro en la exterior que sale como si fuera una adolescente llena de acné y con las hormonas revolucionadas.

—Bueeeeno, estaría bien ese café.

Lo miro de reojo tal y como caminamos hacia una cafetería cercana y sacudo la cabeza para espantar todas esas malas ideas de la cabeza. Por cierto, ¿a qué huele este tipo? Es algo desconocido para mí en un hombre. Algo así como... como... ¿perfume? No puede ser. La última vez que Mariano se echó colonia fue el día de nuestra boda y no se le ocurrió otra cosa que vaciarse encima medio bote de Varon Dandy. Yo creo que es la boda en la que más gente ha llorado y no fue por la pena. Hasta al padre Agapito se le saltaban las lágrimas del tufo a colonia de Mariano. Pero lo de este hombre es distinto. Es algo dulce que te entran ganas de pegarle un lametón de oreja a oreja.

—¿Qué colonia usa?

—Es una fragancia de Serge Lutens que se llama Cèdre. ¿Le gusta?

—No está mal. Es dulce.

No se me ocurre nada más que decir porque este hombre me tiene congestionada perdida y no me llega la sangre al cerebro. Creo que lo de Kirk Douglas y Robert Redford se queda corto. Entramos en la cafetería y yo todavía voy cogida de su brazo por si me caigo y porque esto, más que un brazo, es un rodillo de amasar pan de duro que está. Nos sentamos uno frente al otro en una mesa al fondo del local junto a una máquina tragaperras que no deja de hacer soniditos. Pero a mí no me molesta porque solo tengo oídos para... para...

—Por cierto, me llamo Roberto.

Pues, eso. Solo tengo oídos, ojos y manos para Roberto. Por primera vez desde que la conozco entiendo un poco mejor a Lina y su costumbre de cepillarse todo lo que se acerca a menos de cincuenta metros de distancia. Porque quiero mucho a mi Mariano y a los seis niños que me ha dado que si no...

—Yo me llamo Marisa.

—Es un nombre muy bonito.

—Tuve suerte. Me pusieron el nombre de mi abuela materna. Mi otra abuela se llamaba Robustiana.

¿Para qué coño le cuento esto? No sé si son los nervios o que este tipo me mira de una forma que parece que quiera desnudarme y hacérmelo allí mismo sobre la mesa, pero la verdad es que se me ha soltado la lengua cosa mala.

—Porque en el pueblo es una costumbre lo de ponerle a los hijos los nombres de los abuelos y por eso lo de los nombres del año catapún. Mi

marido se llama Mariano y yo le he puesto nombres chulos a mis...

En eso momento decido callar y no sé si es porque me estoy dando cuenta de que estoy haciendo el ridículo o que, por alguna extraña razón, quiero ocultarle a Roberto que tengo seis hijos.

—A mí me pusieron el nombre de mi padre —me comenta con esa voz de Luis Mariano que me encanta—. He tenido suerte.

—Siento lo del accidente —digo, de repente, una vez he terminado de hacer el ridículo con tanto hablar y sin saber muy bien por qué le pido disculpas—. Tengo el coche asegurado.

—No se preocupe. Yo me encargo de todo.

—Pues, no sé qué decir.

—No tiene que decir nada. Ya me doy por pagado con poder tomar un café con una mujer de su belleza.

¿Einnnnn? ¿Mi qué? ¿Ha dicho de mi belleza? O este tipo está fumado o tiene un gusto raro por las mujeres. No es que yo sea fea ni mucho menos porque en la boda de la Engracia yo fui una de las más resultonas con mi vestido color salmón con pamelita a juego. Hasta el padre de la novia me dijo que lucía tanto como los coches de choque de la feria. Y eso es un piropero bonito. Pero lo de Roberto... Y, a pesar de todo, me ruborizo.

—Se ha puesto colorada. Usted debe de estar acostumbrada a que le digan cosas bonitas.

—¿Yo? Pues, no mucho. Estoy entradita en carnes y ya tengo mis años —explico sin saber muy bien por qué.

—Usted tiene un cuerpo de escándalo si me permite decirlo. Yo ya tengo cuarenta y seis años. Para mí, usted es una cría.

Ahora ya no es que haya mojado las bragas si no que, como las tire contra la pared, suben solas. Este tío me lo está diciendo en serio y parece que yo le gusto y mucho. Me tiemblan las piernas, me sudan las manos y noto un hormigueo ahí por el chirri que me hace cosquillas.

—¿Y a qué se dedica usted? —le pregunto para intentar que el hormigueo desaparezca. Él parece algo desconcertado, pero se repone al instante y vuelve a sonreír.

—Inversiones y cosas de esas. No quiero aburrirla. ¿Y usted?

¿Cómo le digo a este tío que mi trabajo es el de criar a seis cernícalos y el de lavarle los gayumbos a mi marido mientras pienso en lo que voy a poner de comer y en qué comprar para que todas las panzas de mi casa estén atiborradas?

—Pues un poco de todo. De esto y de aquello.

¡Toma ya respuesta sofisticada? Un poco de esto y de aquello. Soy la caña y mira que en el pueblo me llamaban «la dos dedos» porque decían que era lo que tenía de frente.

—¿Y seguro que no es usted modelo de ropa interior o algo parecido?

¿Einnnnn? Me están entrando ganas de reír pero se me cortan en cuanto noto la mano de Roberto en mi enorme muslo subiendo hacia cierto sitio donde he dicho que siento cosquillitas. Y lo peor de todo es que no sé qué hacer. Nunca me había visto en una así y no tengo muy claro si quiero mandar a este tipo a la mierda o quiero tirármelo en el baño después de hacerle un Sharon Stone en mitad de la cafetería. En mi desesperación, opto por una solución intermedia.

—Lo siento mucho —me disculpo al tiempo que le retiro la mano con delicadeza para no espantarlo justo en el momento que el camarero trae los dos cafés que él pidió nada más entrar—. Va usted muy rápido y yo soy una mujer casada.

Pero, en lugar de levantarme e irme, lo que hago es convertirme en la mujer fatal que no soy. Después de colocarme las tetas en su sitio de una forma un tanto femenina que a él parece gustarle, le digo que tengo que ir al baño. Una vez allí, me echo agua en la cara y me miro en el espejo varias veces sin creer lo que me está pasando.

—Eres una mujer buenorra. Eres una pedazo de hembra que puede dejarlo seco de un chupetón. Tienes unas tetas que podrían dar sombra a medio Bernabeu.

Esa última lindeza me la dijo Mariano la última vez que me encontré agachada colocando los yogures en el frigorífico y me enganchó por detrás. Después de decirme yo misma todos esos piropos no puedo evitarlo y me excito aún más. Éste se va a enterar de lo que es bueno. Me quito las bragas y las guardo en el bolso antes de regresar junto a Roberto.

Él me espera y veo que me mira con deseo y mucho más ahora que me he bajado algo más el sujetador y las tetas parece que quieren salirse del jersey. Me siento frente a él, pero esta vez no me pego a la mesa si no que separo la silla la distancia justa para que vea el espectáculo que voy a regalarle. Miro de reojo hacia mi izquierda y compruebo que las pocas personas que hay en la cafetería están a sus cosas y no hay moros en la costa. Veo que Roberto me mira las piernas y aprovecho para subir mi falda muy despacio. Mis muslos dejan paso a la piel de naranja y a la celulitis pero yo

me siento tan excitada que no puedo parar. Echo la cabeza para atrás justo en el momento en el que abro las piernas para enseñarle a Roberto miiiiiiiiiii...

—¡Qué te caes!

No le da tiempo a cogerme a pesar de que me tiende la mano lo más rápido que puede. Para el que no lo sepa, la mezcla de piernas abiertas con chirri húmedo y cabeza hacia atrás da lugar a una ostia de campeonato en mitad de una cafetería con la mala suerte de que lo del espatarramiento no es tan sencillo de remediar. Caigo al suelo enfrente de él con las piernas abiertas y la falda por la cintura. Además, una de las cosas que no había previsto era el tema de la depilación o, en este caso, la falta de ella. Mi potorro parece el tragal del tío Anselmo y veo cómo Roberto arruga la nariz al encontrarse ante él un helecho de ese tamaño. Me ayuda a levantarme y yo me siento de nuevo sin atreverme a mirar a ningún sitio que no sea la taza de café que ni tan siquiera he tocado.

—Lo siento. Tengo que irme.

Me levanto todo lo digna que puedo y me doy media vuelta con el convencimiento de que no sirvo para nada y mucho menos si tiene algo que ver con ligar con un tío. Ahora puedo irme tranquila con mi Mariano con el que sé que el erotismo se basa en metérmela y correrse antes de quedarse dormido encima de mí. Una lágrima resbala por mi mejilla, pero la seco con la manga y continúo mi escapada perfecta. O no tan perfecta porque, antes de llegar a la puerta de la cafetería, siento una mano que me agarra del brazo y me obliga a dar media vuelta.

—Es usted una mujer especial —me dice Roberto muy serio y sin ningún atisbo de burla en la mirada.

—Yo no...

—Ya sé que es usted una mujer casada, pero sé que no voy a poder dejar de pensar en usted.

—Pero...

—La espero en esta misma cafetería mañana a las doce.

Podría decirle que yo no voy a pensar en él o que ni lo sueño, que soy una mujer felizmente casada y con seis hijos y que no pienso acudir a la cita pero no. No digo nada de todo eso. Tan solo agacho la cabeza y, tras mirarlo una última vez a los ojos, salgo de la cafetería con la autoestima de viaje en una puñetera montaña rusa y con las bragas en el bolso y, lo peor de todo, con la certeza de que voy a regresar a esta cafetería.

Samanta, la hermana hippy y un fugitivo

Esto sí que no me lo esperaba. Lo llego a saber y no abro la puerta. Después de lo que me ha pasado con Tobías y lo de su desaparición, lo único que yo quería era tranquilidad. Y digo lo de la desaparición de mi marido porque anoche no regresó a casa después de salir de la clínica. Siempre llega a eso de las nueve de la noche y yo lo espero, como una buena esposa, con la cena en la mesa. Eso sí, la cena que siempre prepara Paulina porque a mí me sacas de la tarta de zanahoria y no sé hacer mucho más. Pero anoche todo fue distinto. La comida se enfrió en los platos y no supe nada de él a pesar de todas las veces que lo llamé. ¡Odio el mensaje ese de que está apagado o fuera de cobertura! ¡Te crees que no lo sé cuando no da señal! Estoy que pierdo los nervios y mucho más cuando esta mañana, a eso de las once, llaman a la puerta de mi casa y aparece mi madre con mi hermana. Y no es que no venga mal tener a la familia cerca cuando han acusado a tu marido de ser un violador, es que mi madre es una estirada mujer de negocios y mi hermana es todo lo contrario, una hippy desarrapada que a sus treinta años todavía vive con mis padres.

—¡Vaya cara que tienes, hija! —me suelta mi madre nada más abrir la puerta—. Ya sabes que una mujer siempre debe parecer una señora en la casa.

—Y una puta en la cama.

—¡María Eugenia!

En lo único en lo que estamos de acuerdo mi madre y yo es que mi hermana vive una realidad paralela en la que el dinero se consigue vendiendo pendientes en el rastro o bolsitos trenzados en el Retiro. Además, es casi más bruta que Marisa.

—Bueno, ¿podemos entrar?

Durante una fracción de segundo dudo si franquearles el paso o cerrar la puerta, pero, en el último minuto, gana el ángel al diablillo que llevo dentro y que rara vez actúa. Una vez dentro, mi madre se marcha a la cocina de inspección de sanidad, como hace siempre que viene a casa, y yo me quedo en el vestíbulo junto a mi hermana.

—Podrías ofrecerme una copa, por lo menos.

—Pero, si solo son las once de la mañana.

—Buena hora para un *güiscazo*.

No me lo puedo creer. Ya sabía yo que mi hermana fumaba un porro de esos de vez en cuando, pero lo del alcohol a esa hora es otra cosa. Lo peor de todo es que, cuando mi madre regresa de su excursión a la cocina, al ver la copa en la mano de mi hermana, en lugar de poner el grito en el cielo, se acerca al mueble bar y se sirve lo mismo. Hasta yo me planteo beberme uno de esos de un trago y mucho más en cuanto mi madre abre la boca.

—¿Y el *sacagrasas* dónde está?

—No me gusta que llames así a Tobías.

—Pero, ¿no es lo que hace con las mujeres?

Alucino con mi madre. Mi marido es un conocido cirujano plástico que ha devuelto la belleza a infinidad de mujeres y mi madre tan solo piensa que se dedica a hacer liposucciones.

—Mi marido es un cirujano de renombre.

—Ya, ya. Bueno, hablando de otras cosas, tu padre y yo nos hemos divorciado.

Abro la boca como el cangrejo de la sirenita, pero creo que lo hago más por el asombro de comprobar la tranquilidad con que lo dice mi madre que por la noticia en sí.

—Pero, si estabais bien.

—Sí, hasta que descubrí que se tiraba a la cocinera.

—¿En serio? ¿Y qué ha pasado?

—A la calle. No creerías que iba a seguir en casa después de lo que pasó.

¡Vaya! Por lo menos, mi madre ha actuado con cordura en lo que a la cocinera se refiere aunque a mí me da algo de pena porque llevaba media vida con ellos y cocinaba de maravilla. De hecho, lo que más me extraña es que Imelda, la cocinera tailandesa, haya aguantado con ellos media vida.

—Lo que no entiendo es que los dos son bastante mayores para estás tonterías. ¿Papá no se ha defendido?

—Pues, claro que lo ha hecho.

—¿Y qué ha dicho?

—No sé qué de lo que hace Imelda con unas pelotas de ping pong y algo de un carrito filipino e Isabel Preysler.

—No entiendo nada —comento con el ceño fruncido y sin tener muy claro si debía añadir algo más o no ante la apatía de mi madre.

—Pues anda que yo.

—Por lo menos, has hecho lo que tenías que hacer echando a la cocinera.

—¿A la cocinera? ¿¡Estás loca!?. Al que he echado es a tu padre. Con lo bien que cocina Imelda, como para despedirla.

Ahora termino por alucinar porque mi madre me demuestra una vez más que no tiene sentimientos o que los pocos que tiene los deja reservados para las ocasiones especiales. Miro a mi hermana de reojo porque permanece sentada en el sofá con la copa de licor en la mano pero sin abrir la boca y me molesta que no dé su opinión por lo que me planto delante de ella y le hago un gesto con la cabeza para que hable. Ella se pone en pie y veo que, por fin, se digna a abrir los labios para decir algo.

—Me voy al jardín a fumarme una chustilla.

Nada más. Mi hermana no añade nada más porque, efectivamente, deja el salón y se marcha al jardín con la copa de whisky en la mano. Una vez allí, se deja caer en el césped como la hippy que es y se enciende el porro que ya llevaba preparado. Parece que no se ha dado cuenta de que tenemos ocho sillas, dos taburetes y un balancín. Veo que mueve la cabeza hacia la derecha y que saluda a alguien con la mano. ¿A quién podrá saludar mi hermana si no conoce a nadie en la urbanización?

—Bueno, quería que supieras que voy a intentar sacarle a vuestro padre hasta el último euro.

—¿Y eso para qué me lo cuentas?

—Porque me imagino que vendrá por aquí, antes o después, lloriqueando como una niña y quiero que lo sepas todo —me cuenta mi madre muy serena—. Tu padre se tira a la cocinera y yo me quedo con su amante y con su dinero. Tiene gracia.

Sí. Tiene mucha gracia sobre todo para mí que ya sufrí una primera separación de mis padres. La presencia de mi progenitor en casa fue insufrible y no porque no sea buena gente que lo es, sobre todo comparándolo con mi madre, sino porque habla mucho. Creo que es la persona que conozco que más

habla en el mundo y eso a pesar de haber vivido con tres mujeres.

Cuando creo que ya ha pasado lo peor del día, suena el timbre de la puerta y escucho la última voz que me gustaría oír en ese momento saludar a Paulina que, con toda la educación que le hemos enseñado y fastidiándola una vez más, acompaña a Cristina, mi nueva vecina, al salón donde me encuentro con mi madre.

—Buenos días. Te he traído el plato de la tarta. Estaba muy rica —me dice con una sonrisa igual de grande que de falsa. Si lo sabré yo—. Perdona. No sabía que estabas acompañada.

—No pasa nada. Ésta es mi madre. Mamá, ella es Cristina, la nueva vecina.

—¿La que grabó el sacagrasas con la camiseta mojada?

—¡Mama! ¿Quién te ha contado eso?

—Paulina. Me ha dicho que se tocó en el baño viendo el vídeo y también lo de la policía y la acusación de violación.

¡Tierra trágame! Ya queda claro que mi nueva vecina sabe que han acusado a Tobías de algo tan serio y que se toca viendo sus tetas. Un día perfecto. Por lo menos, tengo suerte y mi hermana entra justo en el momento en el que mi madre lanza la bomba atómica en mitad del salón. Intento disimular y aprovecho la presencia de mi hermanita para utilizar un arma de distracción.

—Ésta es Cris, mi nueva vecina. Escribe en la revista Glam&woman. Ella es Mariu, mi hermana, y seguro que podías entrevistarla cuando quieras saber algo sobre moda hippy.

—Eso estaría bien —dice Cristina, muy educadita ella.

Mi hermana se acerca a mi nueva vecina y le planta un par de besos. Lo que me llama la atención es que con una mano le coge la suya a Cristina y la otra, la que le queda libre, la apoya en su cadera en un lugar bastante cercano al culo. Creo que con lo de los cuernos de mi padre, lo del vídeo y la acusación de Tobías, veo cosas donde no las hay. Aun así, Cristina parece algo incómoda y decide despedirse, otra vez muy educadita, y marcharse a su casa o a donde quiera ir. Mi hermana la acompaña a la puerta y yo me quedo con mi madre en el salón.

—Entonces, ¿qué vas a hacer con lo de tu marido, el violador?

—Tobías no es un violador.

—Pues no es eso lo que dice la policía.

Intento pensar en algún argumento válido para proteger el buen nombre de mi marido, pero no ayuda de nada el hecho de que no haya vuelto a casa ni

tampoco el que sea un baboso pervertido que graba a las vecinas de la urbanización. No sé qué pensar y eso me está volviendo loca. Hasta ayer, mi vida era tranquila, pacífica y acomodada. Tan solo tenía que preocuparme de que Paulina no se llevara nada de la casa o que las mallas que llevo al gimnasio no me queden del todo mal. ¿El gimnasio? ¿Se habrán enterado todas de lo de Tobías? Creo que esta tarde lo descubriré.

—No lo he visto desde ayer así que...

—Ése ya no vuelve.

—Mamá, ¿no tenías una reunión a las doce en la parroquia?

—Cierto, el padre Severino está organizando un rastrillo benéfico y he decidido participar. Todo sea por dar de comer a todos esos pobres que afean las calles.

Hasta yo, que me he criado con sus enseñanzas y me considero una persona pudiente, me estremezco al escuchar la frase de mi madre sobre los indigentes. No se puede tener menos corazón que ella, pero teniendo en cuenta como se ha tomado lo de mi padre... Mi hermana regresa unos minutos después y a mí debería haberme extrañado que tardara tanto en despedir a mi nueva vecina, pero no estoy para pensar en ello con todo lo que se me ha venido encima.

—María Eugenia, dale un beso a tu hermana que nos tenemos que ir.

—Yo voy a dar un paseo por la urbanización y luego cojo el bus.

Qué extraño que mi hermana prefiera quedarse aquí en las afueras paseando en lugar de volver a la urbe muy cómoda en el cochazo de mi madre. Cada vez está más rara y yo creo que es por eso que se fuma. Con lo mona que era de pequeña con sus trencitas y sus vestidines y ahora parece otro de esos indigentes de los que habla mi madre.

—Bueno, dale un beso al violador cuando lo veas —me dice mi madre con una sonrisa irónica en los labios. Sube en su deportivo y se marcha con un buen chirriar de ruedas más propio de una carrera callejera que de una mujer como ella.

—No la hagas caso —me aconseja mi hermana con la vista puesta en la calle o en la casa de Crsitina. No lo tengo claro—. Ya sabes que para ella lo más importante es su ombligo y tener pasta.

—Ya lo sé. ¿Y tú? ¿Qué tal con Jaime?

—Ese ya es historia. Ahora estoy buscando algo distinto. Ya me he aburrido de tanto tío desesperado.

Supongo que podría intentar consolarla pero es que no la veo demasiado

apenada con lo de Jaime. Ese chico era para ella su media naranja o su medio porro porque las pocas veces que lo he visto siempre hablaba arrastrando las palabras y con la mirada perdida en el infinito. Vamos, lo que se suele llamar drogado. Yo soy una mujer de mundo y muy tolerante, pero lo de las drogas... bueno, y el alcohol y el sexo. ¡Ah! Y lo de correr mucho con el coche y lo de pegar a los niños en la calle. Tampoco soporto a la gente que es racista o a los que no te dejan el asiento en el autobús cuando estás embarazada. Ni los que fuman, los que te miran mal o los que te critican. Pero vamos, ante todo soy tolerante.

—Entonces, ¿no sabes nada de Tobías?

—No.

—Volverá. No te preocupes. Todos sabemos que es un huevazos.

—No me gusta que hables así de mi marido.

Mi hermanita del alma se encoge de hombros y se marcha calle abajo mientras yo me quedo allí en la acera con la vista puesta en la terraza de la casa de Cristina como si mi marido pudiera estar escondido allí. Es una locura. Entro en mi chalé y me cruzo en el vestíbulo con Paulina que, con el abrigo puesto, se dirige hacia la puerta.

—Me marchó. Tengo que ir a casa de doña Lina. Hasta mañana.

No me deja ni replicar porque sale de mi casa como un toro sale a una plaza o eso me imagino porque nunca he visto una corrida. Tengo claro que va a ir a toda prisa a contarle a mi amiga lo de Tobías y cualquier cosa que pueda inventarse. Si no fuera por lo bien que cocina. Casi entiendo a mi madre con lo de no querer echar a Imelda. Una vez que Paulina ha cerrado la puerta, vuelvo a entrar en el salón y otra vez me veo tentada de prepararme una copa de algún licor a pesar de no ser ni las doce de la mañana. Me siento en el sofá que normalmente ocupa Tobías y cierro los ojos intentando que desaparezca el insufrible dolor de cabeza que lleva un rato amargándome la existencia. Tan solo necesito un poco de paz, pero, en lugar de ello, me doy un susto de muerte al escuchar un golpe en el piso de arriba a pesar de estar sola. Jorge está en el instituto y no regresa hasta la hora de comer. Me levanto con cierto temor y, sin pensármelo dos veces, agarro el atizador que tenemos al lado de la chimenea y subo las escaleras muy despacio y sin perder de vista el piso superior. Vuelvo a escuchar un golpe en mi dormitorio y ahora lo identifico como un cajón al cerrarse. Seguro que es un ladrón que viene buscando joyas. Tengo dos opciones. O llamo a la policía y me marchó de mi casa o me enfrento al ladrón y cruzo los dedos. Le tengo tanto amor a mis joyas que no lo

dudo. Aprieto el atizador con fuerza, le pego una patada a la puerta como lo hubiera hecho la propia Lina y corro como una loca hacia el ladrón que se encuentra en cuclillas junto a la mesita de noche de Tobías.

—¡Ahhhhhhhhh!

—¡Ihhhhhhhhh!

No me ha quedado claro de a quién ha pertenecido cada grito porque he estado a punto de reventarle la cabeza a mi marido con un atizador. Tobías se arrodilla en el suelo pidiendo clemencia con las manos como si rezara y yo me quedo allí con el arma en la mano.

—No me pegues.

—¿Por qué iba a pegarte?

—De verdad que yo no quería. Fue culpa suya. No sabía que tenía quince años y además ella venía vestida tan... provocativa.

¿De qué narices habla? Me está dando demasiadas explicaciones y esto no me gusta nada de nada. Además, lo de que tenía quince años y lo de vestir provocativa. ¡Uyyyyyyy! ¡Qué aquí se va a liar una buena!

—¿Así que es verdad? —le pregunto con más miedo que otra cosa.

—No la violé. Te lo juro. Vino a la clínica porque quería una mamoplastia de aumento y claro, se desnudó del todo y yo... yo... no soy de piedra.

—¿Lo... lo hiciste con esa cría?

—Solo una vez.

Me entran ganas de gritar y de pegarle con el atizador, pero creo que no sería bueno añadir un asesinato a la acusación de violación. No puedo creer que mi Tobías me haya engañado con una niña de quince años.

—Eres un cerdo.

Esperaba que Tobías se disculpara o que lloriqueara como una niña, pero, en lugar de eso, saca una maleta del armario y comienza a llenarla con algo de ropa y algunos papeles que coge de la mesita. Yo soy una mujer hecha y derecha y no quiero perder los papeles, aunque su parsimonia me está superando. A cada prenda que cae en su maleta yo me voy enfadando y, cuando llegan los primeros calzoncillos, la rabia puede conmigo.

—¿¡No vas a decirme nada!? ¡Te exijo una explicación!

Tobías se detiene de repente y se vuelve hacia mí con mucha tranquilidad. Su rostro no es el del hombre con el que llevo viviendo más de veinte años. Ni tan siquiera puedo reconocer su mirada pacífica y relajada en sus ojos. Por el contrario, parece que acabe de escaparse de un manicomio y

yo me asusto. Doy un paso hacia atrás por si acaso, pero él no se mueve de dónde está. Coge unos calcetines de uno de los cajones de la cómoda y los lanza a la maleta.

—Estoy enamorado de otra mujer y voy a luchar por ella. Me voy.

¿Perdón? ¿Cómo que está enamorado de otra mujer? Eso sí que no me lo esperaba y me deja como un muñeco de trapo. Sin decir nada más cierra la maleta y, tras mirarme una última vez, sale de la habitación y yo me quedo allí sola y abandonada y, si fuera un perro, apaleada. Me lanzó de cabeza a la cama y, por primera vez desde que me enterara de todo este asunto, lloro lo que no está en los escritos. Me convulsiono y cierro los ojos con fuerza para despertar de esta maldita pesadilla, pero no hay manera. Cuando los abro de nuevo todo sigue igual; los cajones de la cómoda abiertos y el armario medio vacío. Me quedo allí con la cara enterrada entre las manos hasta que escucho una voz en la planta inferior llamándome. Por un momento pienso que es Tobías y mi corazón comienza a latir a toda prisa, pero cuando escucho los pasos decididos y fuertes golpeando cada uno de los peldaños sé que no se trata de él.

—Mamá, ¿qué te pasa?

Jorge entra en la habitación y se sienta junto a mí en la cama. Levanto la vista y veo su cara de preocupación, pero la madre que hay en mí regresa una vez más en el momento más inoportuno.

—Es muy pronto. ¿Qué haces en casa?

—No he tenido tecnología. ¿Qué ha pasado?

Trago saliva y me siento en la cama intentando encontrar las palabras justas para poder hablarle de su padre sin herir sus sentimientos pero no encuentro nada que no sea la verdad.

—Papá ha sido acusado de violación y parece que es verdad. Se acostó con una niña de quince años.

Jorge resopla, pero no dice nada. Sus ojos brillan, aunque no sé si es por la rabia o por la tristeza. Intento continuar con un nudo en la garganta que me duele como nunca.

—Me acaba de decir que está enamorado de otra mujer y que va a luchar por ella.

—La verdad es que no me extraña. Papá siempre ha sido un salido y era cuestión de tiempo.

No puedo creer que mi hijo hable así de su padre aunque debería esperarme cualquier cosa. Jorge siempre ha sido un chico muy despierto a

pesar de lo tierno que es. No puedo evitar pensar en que la mujer que consiga estar con él va a ser muy afortunada.

—No sé. Yo no me lo esperaba.

—Mamá, despierta de una vez. Papá es un baboso que trabaja en una clínica de cirugía estética viendo todos los días mujeres desnudas.

La verdad es que nunca me lo había planteado de esa forma. Yo ya sabía que Tobías era un poco... ¿cómo decirlo? Un poco mujeriego, pero hasta ahora solo se había contentado con mirar a mis amigas y poco más. O eso creía yo.

—¿Y ahora qué voy a hacer?

Jorge abre la boca para decir algo, pero la cierra casi al instante. Se queda pensativo y veo en sus ojos serenos la mirada del Tobías del que me enamoré hace tantos años. Se levanta de un salto de la cama y regresa un minuto después con su portátil en la mano. Se sienta sobre la cama junto a mí y lo enciende a toda prisa. Veo que sus manos tiemblan ligeramente y ahora comienzo a preocuparme de verdad.

—¿Qué haces?

—Comprobar una cosa. Espera un momento.

Miro la pantalla del ordenador y, como por arte de magia para mí que no soy muy ducha en eso del internet, aparece la página del banco donde Tobías tiene ingresado todo el dinero. Veo cómo Jorge escribe unos pocos números en una casilla y espera.

—¿Qué pasa, hijo?

—Voy a mirar la cuenta de papá.

—Pero, ¿tienes su contraseña? —le pregunto haciendo alarde de mis pocos conocimientos de informática.

—Sí. No hace falta que preguntes nada más. ¿Vale?

Ahora, lo que menos necesito es echarle la charla a mi hijo por tener acceso directo a la cuenta bancaria de su padre donde sé que guarda todo nuestro dinero. Aunque me imagino lo que está intentando averiguar, cierro mi mente a esa realidad e intento pensar en cosas bonitas que no logran llegar a mi cerebro. Cuando escucho gruñir a mi hijo, el temor aumenta.

—Hijo de puta.

—¿Qué ocurre?

—El muy cabrón ha sacado todo el dinero. La cuenta está a cero.

—No quiero que hables así de tu padre.

Jorge cierra el portátil de golpe y se gira hacia mí con los ojos

entrecerrados y la respiración agitada.

—Mamá, no tienes bienes gananciales y papá se ha ido con todo. Hasta la casa donde vivimos está a su nombre.

—Yo no...

—¿Tienes algunos ahorros o algo de dinero guardado?

Pero no. Nunca he sido una mujer precavida en ese aspecto porque nunca he tenido motivos para ello. A comienzos de cada mes, Tobías me daba el dinero que necesitaba y, en ocasiones, mucho más. Niego con la cabeza y Jorge resopla de nuevo.

—No tenemos ni para comer.

Justo en ese momento escucho un crujir en la tarima del pasillo junto a la puerta de mi habitación y Jorge, que parece haber oído lo mismo, se levanta de un salto y se asoma. Vuelve a mi lado con la peor de las noticias.

Pero, ¿no se había ido? Parece que había vuelto y no la había escuchado. Lo que sí tengo claro es que, si mi asistenta lo ha escuchado todo, es cuestión de muy poco tiempo que se entere de nuestra situación toda la urbanización. No tenemos nada y tampoco sé qué podemos hacer. Para mi sorpresa, Jorge toma las riendas y se erige en el cabeza de familia que es lo que es a partir de ahora.

—Tenemos que hablar con un abogado.

Sale de la habitación con los mismos pasos decididos que ya he visto antes en su padre cuando habla con alguien de su profesión. Y yo me quedo allí sentada con la sensación de que ahora soy una mujer sola, abandonada, apaleada y, casi lo peor de todo, arruinada.

Cris, un amor adolescente y una chustilla

La verdad es que no es tan sencillo esto de escribir un artículo sobre alguien que conoces y mucho menos si es para ponerlas a caldo. Y no es que piense que lo de ser maruja de pudiente es algo malo, sino que creo que es una patada a cualquier avance en igualdades que hayamos conseguido las mujeres en el siglo pasado y en lo que va de este. Samanta es una mujer esnob a más no poder, pero con un marido enfermo. Lina es la peor de todas porque va de mujer fashion y no es más que un cacho de carne que utiliza al bueno de su marido para conseguir unas tetas de infarto y pagar su cuota en el gimnasio. Y Marisa es... Ella no tiene culpa de ser cómo es y de estar casada con un marido neandertal pero vamos... si yo fuera ella, otro gallo cantaría.

Vuelvo a revisar de nuevo lo que llevo escrito y me preparo para una tercera revisión cuando escucho las llaves de la puerta. Levanto la cabeza para ver pasar a Nerea a toda prisa hacia las escaleras.

—¡Hija!

Espero ver aparecer su cabeza por la puerta, pero nada de nada. Soy yo la que tiene que dejar todo lo que está haciendo para subir a la planta de arriba, preguntarle a una adolescente cabezota de dieciséis años por su día y, sobre todo, cerciorarme de que todo va bien en el nuevo instituto. Cuando llego a su habitación, la puerta está cerrada a cal y canto y veo que Nerea ha dado la vuelta al cartel donde ahora se puede leer la dulce frase «abre la puerta y te arranco las manos». No veo a mi hija muy capaz de cumplir esa amenaza, pero, por si acaso, llamo antes de entrar. Espero encontrar a Nerea mirándome como si fuera una extraña para ella o algo peor, pero no estoy preparada para lo que veo. Mi retoño satánico está sentada en la cama con las piernas cruzadas y un cojín de color negro con forma de corazón abrazado

contra el pecho. Se balancea adelante y atrás mientras canturrea una canción que no soy capaz de reconocer.

—¿Qué te pasa, Nerea? ¿Estás bien?

No contesta así que decido salir de la habitación y dejarla allí meditando o haciendo lo que está haciendo. Entorno la puerta una vez he salido al pasillo, pero, nada más hacer ese gesto, me arrepiento y vuelvo a abrir.

—Sea lo que sea lo que te pasa, seguro que tiene solución.

—Estoy enamorada.

¡Ahhhhhh! ¿Es solo eso? Por un momento pensé que podía haberse apuntado a alguna secta o podía haberse quedado embarazada y tener un crío en plan *La semilla del diablo*. Pero no. Tan solo está enamorada y eso no es nada nuevo. No lo entiendo.

—Bueno, yo ya sabía que te gustaba Rubén, pero de ahí a estar enamorada.

—No es Rubén. Es otro.

Y esto sí que no me lo esperaba. Ya me costó Dios y ayuda asumir que mi niñita de dieciséis años pudiera tener pareja como para superar el hecho de que se haya enamorado de otro. Tengo dos posibilidades. O me pongo en plan madre o en plan amiga. Lo tengo claro.

—¿Y quién es él? ¿Del instituto?

—Sí. Es el chico más guapo que he visto nunca.

—¿Es de tu clase?

—No. Es un año mayor y vive aquí al lado. Hemos quedado ahora para estudiar.

¡Qué monos! Han quedado para estudiar como dos adolescentes enamorados. Por lo menos, mi hija ha tenido suerte. Un chico guapo, de diecisiete años y que vive aquí al lado es algo que... ¡Un momento! No puede ser que haya...

El timbre de la puerta suena por toda la casa con ese insufrible sonidito y veo cómo Nerea se levanta de un salto de la cama y se lanza al pasillo. Creo que es la primera vez en su vida que la veo levantarse para abrir la puerta por lo que deduzco que el interés por ese chico debe ser algo serio. Cruzo los dedos, y no en sentido figurado, y espero la llegada del nuevo novio de mi hija, o del nuevo chico que le gusta o del novio que ocupa el segundo lugar. ¡Yo qué sé! No sé cómo funciona lo de ligar cuando tienes cuarenta y tres años como para poder entender lo que hacen los adolescentes. Miro de reojo mi

vestimenta y me arrepiento al instante de seguir llevando ese chándal de color gris casi transparente del uso que le he dado. Escucho los pasos de dos personas subiendo las escaleras y yo aguanto la respiración aunque sé que las posibilidades de que ese chico sea Jorge son casi nulas.

—Mamá, éste es Jorge.

¡Mierda, mierda y tres veces mierda! ¡Odio las casualidades! ¡Odio a mi hija por no poder elegir a otro chico para enamorarse de él! ¡Odio la sonrisa de Jorge que no deja de mirarme como si quisiera desnudarme allí mismo! Y, lo peor de todo, ¡odio el cosquilleo que siento en el vientre al recordar cuando me sentó en la encimera de la cocina o cuando hizo lo mismo en el baño de su madre! Parece que este chico es especialista en encimeras.

—Buenas tardes, señora.

El *jodio* niño me llama señora y a mí me entran ganas de partirle la cara allí mismo por llamarme vieja, pero esas ganas se me quitan en cuanto se acerca, me da dos besos y, con la mano libre con la que no sujeta la mochila, me agarra el culo y me da un buen estrujón que no puede ver la inocente de mi hija. Creo que, cuando se entere si algún día se entera, me he quedado sin hija.

—Bueno...

—Bueno...

—Pues nada...

—¡Mamá, vamos a estudiar!

Para mi sorpresa, mi tierna y oscura hija me guiña un ojo y me hace un gesto para que me vaya. Antes de salir veo cómo ella se quita la chaqueta negra como la noche y la deja caer en la cama. El top de color evidentemente negro es bastante ajustado y no deja mucho a la imaginación. Creo que mi hija ha heredado la escasez de pecho, pero sabe sacarle el partido a no tener ni un gramo de grasa. Ahora maldigo el día que le compré el top con el que ahora quiere conquistar a mi amante menor de edad del que ya debería ir olvidándome. Cierro la puerta y bajo a la cocina para continuar con lo que estaba haciendo que no es otra cosa que escribir el artículo sobre las mujeres mantenidas pero no soy capaz de concentrarme y mucho menos cuando escucho las risitas de mi hija y oigo la puerta de su habitación abrirse. Los pasos de bajada de la escalera son inconfundibles para mí y me pongo tensa como la cuerda de un violín. Jorge no tarda en aparecer y, casi sin mirarme, se acerca al fregadero y llena un vaso de agua que se bebe casi de un trago.

—Estaba sediento.

—Ya lo veo.

Jorge se acerca a la encimera tipo isla donde estoy trabajando y, tras dejar el vaso junto a mis papeles, clava la vista en ellos.

—Mujeres made in Spain, la cultura de las marujas.

Continúa leyendo tras recitar en voz alta el título y veo de reojo que comienza a sonreír en cuanto ha leído unas pocas frases.

—Esto le va a gustar a mi madre.

—¿Y por qué crees que hablo de tu madre?

—Hablas de una mujer de mediana edad mantenida por un hombre y no deja lugar a dudas. Puede ser ella o cualquiera de sus amigas.

—Por cierto, lo de llamarme señora...

Me apetece aclarar las cosas porque me he sentido como una vieja al escuchar esa palabra de los labios de Jorge. Espero que me dé alguna razón convincente de por qué lo ha hecho o es adolescente muerto o, como poco, sin sexo con una mujer de cuarenta y tres años que, con toda seguridad, es mayor que su propia madre.

—Solo lo he dicho para que tu hija no sospechara.

—Ya, pero me has hecho sentirme vieja.

—¿Tú, vieja? Si estás muy buena.

—No digas tonterías.

Coge el vaso vacío, lo deja en el fregadero a mis espaldas y pasa a mi lado para regresar junto a mi hija a la que ahora mismo odio. Jorge se frena de repente, da un par de pasos de espaldas y se sitúa junto a mí. Antes de que me dé cuenta me ha subido la camiseta y tiene cada una de sus manos en una de mis tetas que responden a ese contacto. Mis pezones parecen dos lacasitos y noto casi al instante una ligera humedad en la entrepierna y mucho más cuanto noto en mis lumbares algo que va creciendo poco a poco y que comienza a presionar mi espalda. Esta vez no ando con tonterías y soy yo la que actúo. Antes de que Jorge sea capaz de decir nada le he bajado los pantalones y sus slíps Calvin Clain y he comenzado a jugar con su miembro que cada vez me gusta más. El chico apoya la espalda en la encimera y echa el tronco hacia atrás mientras gime como no lo había hecho antes. Lo de no llevar la voz cantante parece gustarle y yo me animo un poco más. Me quito la chaqueta del chándal y la camiseta y coloco su pene entre mis tetas, pero lo que una vez vi en un vídeo que hacía una tía que parecía tener dos botijos colgando no lo puedo hacer yo ni por asomo así que... plan B. Abro la boca todo lo que puedo y me lanzo a por el miembro viril de mi amante adolescente que vuelve a gemir.

—¿Jorge, qué haces!?

Nada más escuchar la voz de Nerea desde la planta de arriba junto a la escalera, yo suelto lo que tengo entre manos, o mejor dicho, entre labios y me pongo lo más rápido que puedo la camiseta y la chaqueta del chándal. Jorge lo tiene más complicado porque intenta guardar su herramienta y lo de los calzoncillos tiene un pase, pero no puede meterla en los pantalones. Veo que su rostro comienza a congestionarse y consigue abotonar su pantalón aunque por la cremallera sigue asomando su enhiesto miembro que hace un instante me pertenecía. Le lanzo un trapo de cocina y él lo coge con rapidez y lo coloca delante para cubrir lo que no puede esconder. Se vuelve hacia el fregadero, llena con rapidez el vaso con agua fría y mete en él su miembro que comienza a recuperar su tamaño en reposo al contacto con el agua. En cuanto escucha los pasos de Nerea en las escaleras, deja el vaso en la encimera, se la seca todo lo rápido que puede y consigue subirse la cremallera justo en el momento en el que mi hija entra por la puerta. Yo me hago la ocupada y veo que ella se acerca a Jorge. Aguanto la respiración.

—¿Qué haces? ¿Por qué tardas tanto?

—Porque quería subirte un vaso por si tenías sed.

—¿En serio? ¡Vaya! No sé qué decir.

Levanto la vista y veo a Jorge tendiéndole un vaso de agua a mi hija que ella apura de un solo trago. ¿No es ese el vaso dónde el chico acaba de meter su aparato? Pues, va a ser que sí.

—Qué cariñoso eres. Todo un caballero. En este vaso de agua hay mucho de ti y eso me encanta.

Y tanto que hay mucho de Jorge teniendo en cuenta que acaba de hacer una infusión con su miembro en el agua que se ha bebido mi hija. Supongo que esto debe ser algo parecido a hacer un trío porque yo me la he metido en la boca y él la ha metido en lo que mi hija se ha llevado a la boca. Podría tener algo de gracia este trabalenguas si no viera cómo mi niñita contempla a Jorge como si se tratara de un Dios del sexo o algo así. Y la verdad es que lo es, pero no para ella sino para mí. Antes de salir de la cocina me mira de reojo y me lanza un beso que consigue que me ponga colorada. Mi hija me mira de repente y después mira a Jorge.

—Estás colorada, mamá.

—Ya ves. Cosas que pasan.

—Para mí que es la menopausia. Hasta llevas la camiseta al revés.

Mi hijita querida se gira hacia Jorge y se encoge de hombros. Se

marchan y yo me quedo sola en la cocina con la sensación de estar a punto de reventar. Casi exploto y le suelto a mi hija que no estoy menopaúsica sino que lo que me pasa es que me he tirado dos veces al chico que le gusta y que le acabo de comer todo el asunto. ¡Buf! ¡Qué paciencia hay que tener! Espero a que cierren la puerta de la habitación y solo rezo para que a Jorge se la pase el calentón y no intente nada con Nerea. Quizá podría defender que eso lo pienso como madre pero no... Son puros celos de mi propia hija. ¡Qué patética soy! Por suerte para mi salud mental, suena las puñeteras campanitas de la puerta y yo me levanto para abrir. ¡Sorpresaaaaaa!

—Holaaaaaaa, ¿a qué te alegras de verme? ¿A qué sí? ¿A qué sí? ¿A qué sí?

La verdad es que no sé si me alegro de ver a la hermana hippy de Samanta, pero lo que sí está claro es que ella si se alegra de verme. O eso o se ha fumado algo que es una posibilidad más que probable. Aunque no tengo ni idea de lo que quiere, le franqueo el paso y ella pasa dando botecitos en el vestíbulo de mi casa. Entra en la cocina y, sin que yo le diga nada, toma una buena porción de tarta de zanahorias y la devora en un par de bocados.

—No he comido nada. Tengo tanta hambre que hasta la tarta de mi hermana me parece rica. Es inconfundible con ese sabor a madera y esa textura a cemento.

—¿Quieres que te prepare algo? Te puedo calentar unos macarrones que han quedado de la comida.

—No quiero parecer una gorrana. Ya me los caliento yo.

La verdad es que no había pensado en lo de gorrana pero ahora que la veo cogiendo el tupper con los macarrones, echándolos en un plato y calentándolos en el microondas sí que me parece un poco aprovechada.

—¿Tienes parmesano?

Me levanto y hago de buena anfitriona porque aprovecho el viaje a la nevera para acercarle un sobrecito con queso rallado y un botellín de cerveza que recibe con una gran sonrisa.

—Eres lo contrario que mi hermana. No es mala gente. pero es más estirada...

Y yo que me considero una mujer íntegra y con buenos y firmes principios, aprovecho la situación para enterarme de cómo es en verdad Samanta.

—Tu hermana es estirada porque tiene dinero.

—Supongo. Tobías es cirujano plástico y gana mucha pasta aunque

ahora parece que lo han acusado de violación. Ni tan siquiera ha vuelto a casa. Una vez intentó propasarse conmigo el muy cerdo. Me dijo que tenía las tetas pequeñas y, antes de que pudiera darme cuenta, ya me las había cogido y estrujado. ¿Tú crees que tengo las tetas pequeñas?

Antes de que pueda abrir la boca para contestar o para detener su movimiento, la hermana de Samanta se levanta el jersey de lana y una camiseta interior y me enseña dos pequeñas pero firmes tetas. ¿Y ahora que se dice en estos casos sin parecer demasiado lesbiana?

—Son bonitas.

—¿A qué sí? Y están duritas. Mira, toca, toca.

Se levanta de la banqueta, se acerca a mí con la camiseta a la altura del cuello y las tetas al aire y me las pone delante. Lo dicho, ¿qué se hace en estos casos sin parecer demasiado lesbiana? Lo único que se me ocurre es apretar una de ellas con la punta del dedo e intentar pincharla, pero poco más.

—Anda, no seas tímida.

Pues, hala. No voy a ser tímida. Le cojo las dos tetas con las manos y se las estrujo como si se trataran de masa para hacer los roscos de mi madre. Ya puestos, los sopeso y los comparo con los míos mentalmente. La verdad es que las tetas de Mariu son tersas y suaves y bastante duritas. No tiene de qué avergonzarse aunque creo que yo sí porque las mías cuelgan como dos badajos en comparación con las suyas.

—Mamá, ¿qué haces?

¿Por qué mi hija no andaré como las personas normales y no como los vampiros? Menos mal que cuando estaba con Jorge hace un rato le ha dado por hacer ruido, pero ahora me ha pillado con las manos en la masa y nunca mejor dicho. Le suelto las tetas a la hermana de Samanta y carraspeo para que ella se cubra. Mi hija me mira como si estuviera loca y después mira a Mariu como si ella fuera una pervertida que ha llegado a mi casa para conducirme al pecado. Bastante parecido a la realidad, por cierto.

—Es Mariu, la hermana de una vecina.

—¡Ah! —exclama mi hija con las manos en la cintura y muy seria—. ¡Vaya forma de hacer amigos! Solo te falta tirarte a su marido o a su hijo.

Si Nerea supiera lo cerquita que ha estado de acertar un pleno a la quiniela. La verdad es que no sé qué me pasa con la familia de Samanta. Me tiro a su hijo menor de edad, consigo que su marido se masturbe viéndome con una camiseta mojada y ahora le toco las tetas a su hermana. Creo que estoy enferma o algo peor..., desesperada. Mi hija se marcha resoplando y yo me

quedo allí más tiesa que una vara.

—Te veo muy tensa —me dice Mariu de nuevo con sus pechos guardados—. ¿Sabes que soy fisio?

—¿En serio?

—Pues sí. Mi hermana cree que solo me dedico a hacer abalorios y venderlos en el Rastro, pero eso es solo un hobby para los fines de semana. Entre semana tengo un taller de risoterapia.

—¿Risoterapia? ¿Y eso funciona?

—¡Buf! No te puedes ni imaginar de qué manera. La gente lo único que quiera ahora mismo es olvidarse de sus penas y reírse. Yo les ayudo a sentirse un poquito mejor.

—La verdad es que a mí no me vendría nada mal. Es verdad que con lo de la mudanza y todo eso estoy un poco tensa.

—Eso tiene fácil solución.

Se levanta de nuevo de la banqueta, se coloca detrás de mí y, tras calentarse las manos con su propio aliento, las pone en mi cuello. Yo me muevo para protestar y para evitar cualquier tipo de contacto pero la muy... la muy... ¡Ummmmmm! ¡Madre del amor hermoso! He muerto y estoy en el cielo porque las manos de esta mujer son... ¡Ummmmmm! Por favor, no sé si he gemido o no pero es que sabe cómo mover sus extremidades.

—Esto es complicado así. Quitate la chaqueta y la camiseta.

—Es que no llevo sujetador.

—Cris, ya somos adultas. Anda.

No sé por qué lo hago pero obedezco como un perrito faldero. La verdad es que no me vendría nada mal un masaje. Han sido muchas emociones desde que decidí mudarme y siento los hombros duros como piedras. Me quito la chaqueta y la camiseta y me cubro los pechos con el mismo trapo de cocina que había utilizado Jorge para taparse. No deja de ser irónico, pero lo es mucho más el hecho de que, en cuanto Mariu me pone las manos encima, dejo caer el trapo y comienzo a gemir de nuevo. Es tan placentera la sensación que ni tan siquiera me doy cuenta de que la hermana de Samanta ha comenzado a darme besitos en el cuello. En toda esa ensoñación creo recordar cómo una de sus manos acariciaba uno de mis pechos y se detenía en el pezón pero creo que me habían dado algo para dormir porque no lo recuerdo muy bien. Y, si algún día esa imagen llega a mi mente, lo negaré.

—¡Mamá!

—¡Tía!

Me pongo en pie de un salto al escuchar la voz de mi hija y de Jorge e intento tapar mi desnudez con el trapo o con la camiseta o con lo que sea. Mariu no se siente tan azorada como yo porque la veo sonreír, pero creo que la que peor lo está pasando soy yo. Nerea me mira como si fuera el propio Herodes en el día de la infancia y Jorge a mí me mira con sorpresa y, acto seguido, a su tía con cierta rabia. Parece que no le ha gustado mucho encontrarse a la hermana de su madre tocándole las tetas a la mujer a la que se está tirando. Los dos chicos salen de la cocina de malas pulgas y eso se refleja en el portazo que Nerea da al salir de casa.

—¿Te importa si me fumo una chustilla?

Niego con la cabeza algo aturdida por todo lo ocurrido y, cuando ella me pasa el porro, ni lo pienso y le doy tal calada que se lo dejo temblando. Me mareo aún más porque él único porro que he probado en la vida fue con Fran en la universidad.

—Siento que tu hija nos haya visto así —me dice tras darle una calada a la chustilla, como ella la llama.

—Yo siento que tu sobrino haya visto este espectáculo.

—No te preocupes. Yo creo que es gay. Nunca ha estado con nadie.

Yo me callo para no desvelar la realidad de su sobrinito, el gay, porque fliparía en colores si supiera de lo que es capaz el crío. Lo que más me preocupa es lo que ha ocurrido en la cocina.

—¿Tú eres... eres lesbiana?

—¡Qué va! Soy un espíritu libre. Me dejo mecer por la suave tramontana y disfruto con el balanceo de una hoja sobre el agua de un riachuelo.

—Ya, y con las tetas de la vecina de tu hermana.

—Eso también.

Me sonrío de medio lado y, antes de marcharse, me regala un beso en los labios que no soy capaz de rechazar. Quizá yo también sea como esa hoja en el agua o como la dichosa tramontana. Aunque, teniendo en cuenta lo que me ha ocurrido en estos últimos días, creo que más bien soy como un huracán; el huracán Cristina.

Marisa, James Bond y la botella de champán

—Pero, ¿tú estás loca?

—No veo que tiene de malo quedar con él.

—Pues tiene de malo que, como Mariano se entere, a él le parte las piernas y a ti... mejor ni pensarlo.

No entiendo a mis amigas. Bueno, a Samanta sí porque después de lo que le ha pasado con Tobías creo que lo que menos le apetece es hablar de poner cuernos y cosas de esas. La que más rabia me das es Lina que va de putón desorejado y ahora me echa en cara que yo pueda quedar con Roberto. ¡Vaaaale! Lo admito. Hasta me he comprado lencería fina en una tienda del centro. Me ha costado mogollón encontrar un tanga de mi talla, pero me ha costado mucho más ponérmelo y acostumbrarme a él. No sé por qué a las mujeres les gusta llevar una tira de tela metida en el chirri. No hago más que sacármela y eso creo que no es demasiado femenino. Y después está lo del sujetador talla ciento cinco con copa tipo G que se supone que debe ir a juego con el mini tanga este. Las tetas intentan salirse de su refugio a cada movimiento, pero supongo que eso también es sensual y a Roberto le va a encantar.

—Bueno, no me apetece hablar más de mi cita. ¿Tú qué sabes de Tobías?

—No mucho. Desapareció y ya está.

—¿Y es verdad lo de la pasta?

Veo cómo Samanta atraviesa con la mirada a Lina pero esta no se encoge lo más mínimo. Siempre ha sido igual de directa y ahora no va a cambiar. Yo intento ser un poco más discreta aunque espere la respuesta de Samanta con el mismo interés que Lina.

—¿Tú qué sabes de la pasta?

—Lo que me ha contado Paulina. Que Tobías se ha largado y os ha dejado con una mano delante y otra detrás.

—Pues Paulina miente más que habla y ya tendré una charla con ella.

Quizá Lina se trague lo de que la asistenta de las dos miente más que habla, pero yo no. Por lo que me ha contado Lina en alguna que otra ocasión la colombiana no da puntada sin hilo y, cuando abre la boca, sube el pan.

—Bueno, si necesitas algo, no tienes más que pedirlo. Aunque sabes que no podría dejarte dinero porque eso es muy feo entre amigas. Ya sabes.

¡Qué cabrona! ¡Buf! Menos mal que esto lo he pensado y no lo he dicho en voz alta pero es que ya le vale a Lina. Eso es una amiga y lo demás son tonterías. «Acabo de enterarme de que estás en la ruina y puedo ayudarte en lo que quieras menos en ayudarte a salir de la ruina». Espero no verme en una de esas porque la estampo contra la pared. Entre el cabreo que me está entrando y que se me clava la cinta del tanga en el culo, creo que ha llegado la hora de ponerme en marcha. Mi decisión coincide con un par de pitorrazos en la puerta por lo que me despido de mis amigas que ni tan siquiera me desean suerte porque siguen a lo suyo y subo al taxi que me espera.

Mientras el vehículo me acerca a mi destino, saco del bolso una polvera que Mariano me regaló cuando nos casamos y que no he usado mucho que digamos y comienzo mi ritual de mujer fatal. Quizá debería haber subido la ventanilla antes de abrir la cajita, pero tampoco podía intuir que el maquillaje se desmorona cuando no se usa. Una ráfaga de aire entra en el taxi y una nube de polvo de color marrón se apodera tanto de mí como del pobre taxista que comienza a toser y no deja de hacerlo hasta que la nube tóxica se ha evaporado. Intento disimular y no prestar demasiada atención a la mirada de «está tía está loca» que me dedica por el espejo retrovisor. Para continuar con el ritual saco del bolso una barra de labios que mi maridito me regaló junto con la polvera y la destapo con el convencimiento de que no ha podido convertirse en polvo. Y acerté. Primera lección del nuevo curso de Marisa Astor: con el paso del tiempo, el maquillaje se desmorona y las barras de labios se vuelven líquidas.

Un chorreón rojizo cae sobre mi falda blanca y se crea una mancha de tamaño considerable que intento limpiar con un pañuelo de papel que esparce pequeñas bolitas rojas en mi jersey. ¡Bendito el día en el que se me ocurrió vestirme de blanco! ¡Qué parezco un oso polar! Pero bueno, hay que intentar solucionar esto como sea. Nada más bajar del taxi y darle una buena propina

al taxista por la nube de maquillaje y, sobre todo, por la mancha de color carmesí en el asiento de atrás que todavía no ha visto, extraigo como por arte de magia un pañuelo del bolso y me lo anudo alrededor de la cintura. Menos mal que más que un pañuelo parece una sábana porque si no, no habría manera de rodear mis amplias caderas con él. Observo mi aspecto en el escaparate de la cafetería y compruebo que no estoy nada mal teniendo en cuenta que mi pelo todavía tiene restos de maquillaje, en mitad de la falda llevo una mancha carmesí y pelotillas rojas de papel en el jersey. Hoy estoy que me salgo. Tomo aire todo lo fuerte que puedo a riesgo de reventar el sujetador y entro en la cafetería con decisión y con la fortaleza de quien no se ha despatarrado, con todo el chirri al aire, delante de todos un día antes. Una vez dentro, miro a uno y otro lado pero no veo a Roberto por ningún sitio. Empiezo a pensar que aquello se ha podido tratar de una broma, pero no sé qué es lo que temo más; que él no aparezca o que no me pague la reparación del coche y se entere Mariano. A ver. Respira hondo, pero no mucho. Como si fueras a dar a luz a un séptimo cenutrio y estuvieras en el curso de preparación al parto del que ya sé más que la propia monitora. Paso junto al camarero que me mira con cierta curiosidad y le pido un café con leche. Me siento en la misma mesa que ocupamos la mañana anterior y espero pacientemente.

Pasan los minutos y ya me tiembla hasta el pulso de tantos cafés que me he tomado. Como me levante ahora mismo voy a parecer Chiquito de la Calzada. Entre los nervios por la cita y tanto café no atino ni a sacar el dinero del bolso. Aprovecho para ir al baño pero, esta vez, la ropa interior continúa en su sitio. Cuando salgo del aseo con el convencimiento de que me han tomado el pelo, atravieso la cafetería y me dirijo hacia la puerta sin atreverme a mirar hacia el camarero que sé que me observa.

—Señora...

Tú no mires. Pasa de todo que seguro que lo único que quiere es burlarse de ti. Decisión y a olvidar todo esto y a volver a la vida aburrida de todos los días.

—Señora...

Dos pasos más y estarás en la calle sin que nadie pueda recriminarte nada de nada. Tan solo ha sido un desliz pero que no ha pasado a mayores. Olvida al camarero, olvida a los dos abueletes del fondo que parecen reírse con sus dentaduras postizas y olvida todo lo ocurrido.

—¡Señora!

—¿Qué?

—Que lleva medio rollo de papel higiénico pegado al zapato.

Miro hacia donde él me indica y compruebo que no solo soy una mujer insatisfecha, sino que también soy torpe y despistada como nadie. Parezco el perrito ese de Scottex con todo el rollo de papel a lo largo de la cafetería. Lo despego de mi zapato con cara de asco y ahora sí que me dispongo a salir de la cafetería.

—¡Señora!

Me doy la vuelta y con tal mirada de odio hacia el camarero que yo, en su lugar, me agacharía y me escondería detrás de la barra. Pero no. El chico permanece en su lugar, con un palillo entre los labios y una eterna sonrisa que hace que me cabree aún más.

—Mientras estaba en el baño han dejado esto para usted.

Me tiende un trozo de papel y yo lo cojo con un gesto rápido y con el deseo imperioso de salir de allí de una puta vez. Los abuelos se siguen descojonando mientras señalan el papel higiénico y yo solo quiero leer la nota y desaparecer de allí. Salgo de la cafetería, me apoyo en una farola como una pilingui cualquiera y abro la nota. «En la recepción del hotel Travel World junto a la máquina de refrescos. Vigila que nadie te siga. Roberto.»

¡Toma ya! Lo único que faltaba era una notita tipo agente secreto. Por lo menos, Roberto no ha faltado a su cita y el tembleque de la mano regresa de nuevo. No sé qué hacer, no sé qué decir y, lo peor de todo, es que no tengo ni pajolera idea de dónde está ese hotel. Miro a lo largo de la calle, pero no veo ningún negocio de ese estilo. Un hombre recorre la acera y se detiene junto a su perro con una bolsa en la mano para recoger las caquitas del chucho famélico. Al llegar a mi altura carraspeo y el perro comienza a ladrar como un poseso. Hoy no es mi día.

—Perdone. ¿Conoce el hotel World Travel?

El hombre me mira como si estuviera más para allá que para acá y, poco a poco, comienza a levantar la vista hasta fijarla en algo sobre mi cabeza. Yo copio ese gesto y lo repito con la misma dignidad y pachorra que él. Para mi sorpresa y vergüenza, lo que el hombre mira es un cartel que hay a poco más de medio metro sobre mi cabeza donde se puede leer con claridad y, lo peor de todo, con unos fluorescentes más propios de un burdel de carretera que de un hotel tres palabras que vuelven a mostrar mi mala suerte o despiste: «Hotel World Travel».

—Estooooo... muchas gracias.

Sin esperar respuesta me escabullo dentro de la recepción del hotel,

puerta con puerta con la cafetería de mi Sharon Stone, y me siento en un pequeño sofá para releer la nota antes de volver a cagarla. Lo tengo muy claro. Tengo que buscar una máquina de refrescos y esperar allí la llegada de Roberto. El hotel es lo suficientemente amplio como para tener que preguntar por la máquina, pero, una vez recibidas las indicaciones por parte de la recepcionista, me encamino pasillo adelante hasta llegar a un pequeño bar donde hay una máquina de refrescos. Junto a ella, sentado en un butacón y con aire intelectual, me espera Roberto al que hoy veo mucho más guapo que ayer. Me he estado informando y ya no se parece a Kirk Douglas y Robert Redford sino a... ¿cómo se llamaba este chico tan majo? ¡Ah! Sí. «Chanin Tatu» o algo así. Lo he visto en el internet ese donde Mariano ve las pelis guarras y está como un queso de tetilla. Pues, eso. Roberto es como el chico ese pero con unos treinta años más. Para comérselo y no dejar ni el tuétano. Levanta la cabeza del periódico que está leyendo y me hace un gesto para que me acerque. Yo le obedezco como un perrito faldero y me siento a su lado.

—¿Te ha seguido alguien?

—¿Quién me va a seguir? Mariano tenía que alicatar una cocina y poner un váter en no sé dónde.

—No me refiero a tu marido sino a los árabes.

¿Eiiiiinnnnn? ¿Los qué? ¿Qué dice éste de los árabes? A mí solo me preocupa que pueda seguirme mi marido porque como me pille seguro que le estampa el váter en la cabeza a Roberto, pero lo de los árabes no tiene ni pies ni cabeza.

—¿Puedo confiar en ti? —me pregunta al tiempo que se inclina y acerca su cabeza a la mía. Qué bien huele el *jodio*.

Yo asiento como una lela y no sé si es porque me tiene loca de lo buenorro que está o por la colonia ésa que me dijo que usaba.

—Verás —me dice en un susurro—. Colaboro con el servicio secreto y estoy en Madrid de misión especial. Los árabes me siguen a todas partes.

—¿El servicio secreto?

—Sí. No pueden verme aquí contigo porque corres peligro. Ven conmigo.

Se levanta del butacón y me tiende la mano para que lo siga a dónde quiera que vaya. Yo dudo durante un instante pero me lanzo a la piscina y dejo que me ayude a levantarme, sobre todo porque la mierda esta de sillón es tan blando que me ha succionado el panderero y ahora no puedo ni moverme. Roberto tira de mí con delicadeza pero, cuando ve que no hay manera, me

agarra de los brazos y se echa hacia atrás. Yo aprieto fuerte con las piernas y hago toda la fuerza que puedo. ¡A tomar por culo el sujetador! Noto cómo el cierre salta y, lo peor de todo, cómo mis dos ubres se dejan llevar por la libertad y se expanden todo lo que pueden dentro del jersey. Yo creo que Roberto también lo percibe porque, en cuanto me ve en pie, sus ojos se dirigen hacia mi generosa delantera que se adivina debajo de la tela color hueso del jersey.

—No tenemos tiempo que perder. Vamos.

Vuelve a darme la mano y esta vez yo no dudo. Camino a su lado por el pasillo y, una vez junto a los ascensores, se detiene y pulsa el botón de llamada. Subimos en el primero que llega y veo cómo Roberto pulsa el botón con el número tres. Salimos del elevador en la planta tercera sin tan siquiera mirarnos y Roberto me conduce hasta la habitación trescientos dos donde entra y deja la puerta abierta para que yo haga lo mismo. Una vez dentro, cierra la puerta a mis espaldas y se dirige raudo y veloz hacia el teléfono. Desmonta el auricular y lo vuelve a montar. Mira dentro del mueble bar y detrás de la tele. Incluso echa un vistazo dentro de un recipiente de esos para tener el champán con hielo y donde, para mi sorpresa, hay una botella con un líquido doradito en su interior. Pero lo que más me llama la atención es que la habitación está hecha un auténtico desastre. Ni tan siquiera Borjita, el más gorrino de mis hijos, tiene su cuarto como éste. Toda la ropa está tirada en el suelo y parece que haya caído una bomba.

—Puede haber micrófonos —me dice muy bajito una de las veces que pasa a mi lado—. Han estado aquí.

Entra en el baño y yo lo sigo. Abre uno de los grifos de la enorme bañera y después el otro. Echa dentro medio bote lleno de polvos de color morado y, entonces, parece relajarse.

—Con el ruido del agua podemos hablar con tranquilidad. Es un truco que me enseñaron mis jefes de Guantánamo.

—¿Tus jefes?

—Sí. Es una academia para espías en Chicago. Allí aprendí todo lo que sé sobre supervivencia, combate cuerpo a cuerpo e infiltración en las líneas enemigas.

No sé qué decir. Me está contando tal cantidad de cosas que me resulta imposible pensar en que puedan ser mentira. Se le ve con un cuerpo currado y parece muy seguro de sí mismo. Supongo que será verdad lo de agente secreto. ¡Anda! Acabo de conocer a James Bond y yo sin enterarme.

—Tengo que pedirte un favor. Los árabes se han llevado todos mis documentos y no tengo nada de dinero ni para pagar el hotel.

—¿Y no se lo puedes pedir a tus jefes de Guantazo?

—Guantánamo. Cuando estamos en plena misión no podemos contactar con ellos.

He entendido de sobra el favor que me está pidiendo y supongo que entra dentro de lo esperado cuando eres espía. Abro el bolso y saco mi monedero donde, qué casualidad, hoy llevo trescientos euros para pagar excursiones de los niños. Saco el manojó de billetes de cincuenta euros y se los entrego.

—En cuanto encuentre a mi contacto en Madrid, te lo devolveré.

—No hay problema.

Qué sofisticada me he vuelto desde que vivo una especie de aventura con James Bond. Aunque todavía tengo una duda que tengo que resolver si no quiero que me estalle la cabeza.

—Lo que no entiendo es qué haces conmigo.

Ahí está. Sin anestesia y directa a la yugular. No puedo andarme con tonterías porque, en cuanto me veo reflejada en el espejo del baño, regreso a la cruda realidad. Soy una mujer de casi cuarenta años, que pesa cerca de ochenta kilos y no muy erótica que digamos. Eso sí, con un tanga diminuto y con el sujetador enroscado alrededor de mis lorzas y con las tetas al aire. Glamour al cien por cien. Roberto se sienta en el borde de la bañera y agacha la cabeza.

—La vida que llevo no es tan bonita como parece. Voy de hotelucho en hotelucho y tan solo me dedico a esperar órdenes. Nada más. Pero, cuando tuvimos el accidente, algo cambió.

—¿El qué cambió?

—Te conocí y vi en ti a una mujer deseable, inteligente y sofisticada.

¡Joder! Qué Dios le conserve el oído porque lo que es la vista. ¿Una mujer deseable, inteligente y sofisticada? Vuelvo a mirarme en el espejo y todo me huele a chamusquina. Pienso que lo mejor es largarme de allí y acabar con esto, pero, ante de que pueda reaccionar, tengo el jersey enrollado a la altura del cuello y una boca succionando uno de mis pezones que responden como nunca lo han hecho con Mariano. Roberto se lanza a por mis pechos y los amasa como si estuviera haciendo un roscón de Reyes. Debería molestarme porque cada vez que Mariano hace eso me entran los siete males, pero lo cierto es que me estoy excitando cosa mala. Sin dejar de jugar con su

boca baja las manos y, tras enroscarme la falda sobre las lorzias, intenta bajarme de un tirón el tanga que se resiste cosa mala. Supongo que lo debo llevar tan dentro del chirri que ha hecho hasta ventosa. Tras un supremo esfuerzo me baja la diminuta prenda y deja lo que está haciendo para ponerse de rodillas y lanzarse a por la fruta prohibida, como escuché que lo llamaban en un culebrón. Está vez me he depilado y ya no parece una selva, pero él, antes de hacer lo que tenía pensado hacer, se pone de nuevo en pie y se marcha hacia la habitación.

—¿Quieres champán?

Lo que quiero es que continúes con lo que estabas haciendo. ¡Vaya gilipollas! Me deja con el calentón para irse a por una botella de champán. Me miro por tercera vez en el espejo y ahora no puedo creer lo que estoy haciendo. Me veo con las enormes tetas y con el chirri al aire y delante de un tío al que conocí ayer y siento vergüenza por lo que estoy haciendo y por lo patética que parezco. Escucho un ruido junto a la puerta del baño y veo que Roberto ha dejado la botella de champán en el suelo y ha regresado a la habitación.

—Tengo que hacer una cosa. ¿Puedes ir abriendo el champán?

No he abierto una botella de estas en mi vida porque en navidades y en los cumpleaños siempre se encarga Mariano de hacerlo. Además, con el jersey enrollado en el cuello y la falda en la cintura no me siento la mujer más fashion del mundo. Me peleo con la botella hasta que consigo quitarle el precinto metálico y una especie de papel de aluminio que envuelve el corcho. Comienzo a darle vueltas al tapón con todas mis fuerzas y, cuando está a punto de abrirse, los que se abren como platos son mis ojos. Ante mí aparece Roberto como Dios lo trajo al mundo y abre los brazos como diciendo «todo esto es para ti». Y digo lo de todo esto porque lo que tiene entre las piernas no es lo más normal del mundo y mira que mi Mariano está muy bien dotado, pero este hombre debe tener algún problema. Cuando se la agarra con las dos manos y comienza a meneársela delante de mí, el gas del champán hace efecto en el interior de la botella y presiona el corcho que sale disparado con la mala suerte que impacta en la cabeza de Roberto. Cae al suelo sin conocimiento, pero sin soltar su macro pene que, durante un instante, parece el palo ese de la bandera que hay en el ayuntamiento de mi pueblo, aunque luego se transforma en la manguera de los bomberos. Yo no sé qué puedo hacer, pero lo que tengo muy claro es que no voy a permanecer en esta habitación ni un segundo más. Intento abrocharme el sujetador, pero no tengo mucho éxito por lo que lo

guardo en el bolso y, tras subirme el tanga, bajarme la falda y ponerme el jersey de las pelotillas de papel, salgo de la habitación a la carrera. Nada más llegar a recepción, me acerco al mostrador y le hago a la chica un gesto con la cabeza hacia los ascensores.

—El tipo de la trescientos dos se ha desmayado. No ha aguantado el champán y a lo mejor necesita un médico.

Veo cómo la chica coge una llave de uno de los casilleros y sale corriendo hacia el ascensor. No puedo evitar sonreír al imaginarme la cara de la chica cuando se encuentre con Roberto en pelotas en mitad del baño y con todo el ciruelo al aire. Por cierto, ¡menudo ciruelo! Pero mi sonrisa desaparece cuando salgo del hotel y me encuentro de frente con Ezequiel, el mayor de mis retoños, que a sus quince años parece que anda por las calles saltándose las clases y, lo peor de todo, fumando algo que parece un porro de esos de los drogadictos. Me acerco al grupo de cinco chicos donde creo que él lleva la voz cantante y ni tan siquiera se estremece al verme.

—¿Qué haces aquí fumando? —le pregunto sin tan siquiera saludar.

Todos los chicos pasan olímpicamente de mí como si no fuera nadie aunque supongo que, para ellos, una madre debe ser menos que nadie.

—¿Y tú qué haces saliendo de un hotel? ¿Lo sabe papá?

—Tú sigue así que te la vas a ganar.

—¿Eso que asoma de tu bolso es un sujetador?

Toda mi chulería desaparece como por arte de magia y mucho más cuando veo que, por fin, he conseguido llamar la atención de los otros cuatro chicos que ahora miran mi bolso con interés. Pues, sí. Mi hijo, además de hacer pellas y fumar porros, tiene muy buena vista. Sin añadir nada más y con la sensación de que todo esto es una pesadilla, me doy media vuelta y me alejo del grupo, pero, para mi sorpresa, la voz de mi hijo suena a mis espaldas y yo me doy media vuelta esperanzada.

—Mamá, creo que me vendría bien la PS4 para jugar con mis amigos.

¡No puedo creérmelo! Mi hijo me está chantajeando y yo hago lo que cualquier madre haría en su sano juicio.

—Ahora voy al Carrefour.

Cruzo los dedos para que a mi hijo se le pase la fase chantajista y se contente con lo que estoy a punto de comprarle y lo peor de todo es que a ver cómo le explico a Mariano que me he pulido no sé cuántos euros en una consola para Ezequiel y que, además, he perdido los trescientos euros que me ha dado para las excursiones. Creo que soy mujer muerta.

Lina, una presentación caliente y un mirón

—¿Estás segura de que quieres que te acompañe?

—Pues, sí. No tengo más remedio que ir, así que mejor acompañada.

—Pero, si tú nunca vas a sus presentaciones.

—Ya, pero es que no me fio.

Samanta me mira como si estuviera loca o desquiciada y no va muy desencaminada. Desde que me enterara del rollo que había tenido Paco con Cristina, no me fio nada de él. Antes no me preocupaba que trabajara con una editora y no con un editor, pero ahora todo ha cambiado y la figura de Rebeca revolotea sobre mí y sobre mi relación con Paco.

—De verdad que no te entiendo. Es el octavo libro que tu marido publica con esa editorial y ahora no te fías de ellos.

—No me fio de ella. De Rebeca.

—¿Y ésa quién es?

—Es su editora y me ha hablado mucho de ella.

—¿Eso es malo?

—Me ha hablado demasiaaaado de ella.

—Aaaaahhhh.

Samanta abre la puerta del taxi y desciende del vehículo junto a la puerta del hotel donde se va a celebrar la presentación. No sé por qué tienen que presentar esta novela en algún sitio con tanto glamour. Seguro que ha sido cosa de esa Rebeca y lo único que intenta es ganarse a mi marido para luego llevárselo a alguna habitación del hotel y tirárselo como haría la muy hija de puta de Cristina a la que no puedo ver ni en pintura.

—¡Hola, Cristina! ¡Qué sorpresa!

El tono agrio en el saludo de Samanta se junta al que yo ahora saboreo

en mi garganta al ver a la ex de Paco allí en la presentación. No sé si primero voy a asesinar a mi marido o voy a arrastrarla a ella de los pelos por toda la ciudad. Además, se ha puesto un vestido muy ajustado de color negro que realza lo poco que tiene que realzar. No sé cómo Paco pudo estar con una tía que es más plana que una tabla de planchar. Y pensar que con tres mil euros lo podría arreglar.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con toda la sequedad que puedo poner en esa frase.

—Fran me ha invitado a la presentación.

Juro que la mato como vuelva a llamarlo Fran como si todavía fueran novios y estuvieran retozando en las playas de Calpe. ¿Y por qué la ha invitado a ella cuando a mí nunca me ha dejado estar en ninguna de sus presentaciones? Se masca la tragedia.

—Es curioso. A ti nunca te deja ir a sus presentaciones.

—Por algo será.

Ahora no tengo claro si tengo que asesinar a mi amiga Samanta por bocazas o a su vecina Cristina por ese último comentario que no me ha hecho mucha gracia que digamos. Veo cómo la muy arpía me da la espalda y se marcha hacia el interior del hotel. Me entran ganas de largarme de allí, pero si ya tenía claro que debía luchar contra la tal Rebeca, estando Cristina allí, el enemigo es otro. Además, soy una mujer hecha y derecha y con mucha personalidad y un buen par de tetas que me ha pagado mi marido y que me ha puesto el de Samanta como para arrugarme ante la primera furcia que se cruza en mi camino. Agarro a mi amiga del brazo y las dos entramos en el hotel con decisión. El cartel de la presentación no deja lugar a dudas y podemos cruzar el vestíbulo con aún más decisión hasta llegar a la entrada al salón Victoria.

—¿Seguro que quieres hacerlo? —me pregunta Samanta parándose de golpe.

—Estoy muy, muy segura. Ni nada ni nadie podría hacer que no entrara.

—¡Esto sí que me alegra la noche!

Me doy media vuelta al escuchar la voz masculina junto a mí y sé que mis ojos se iluminan al encontrarme con Gerardo allí en el hotel. Está guapísimo con un traje blanco de chaqueta y una corbata de color burdeos que resalta el color de su pelo y los ojos azules que me tienen hipnotizada. Tanto que ni tan siquiera me acuerdo de presentar a mi amiga.

—Soy Samanta —dice ella al tiempo que le tiende la mano—. Somos amigas y vecinas desde hace tiempo.

—Yo soy Gerardo. El nuevo dueño del gimnasio de la urbanización.

—¡Andaaaaa!

Samanta abre los ojos como platos mientras él se inclina unos centímetros y hace ademán de besarle la mano. Ella aprovecha ese movimiento para mirarme y guiñarme un ojo como si intentara decirme que he tenido suerte y que está muy bueno. Eso ya lo sé. Gerardo recupera la verticalidad y yo tengo muy claro que, aunque Paco haya invitado a Cris a la presentación y a mí no, no tengo que hacérselo pagar con este hombre del traje blanco.

—¿Te tomas una copa conmigo?

—Por supuesto. Ahora te veo, Samanta.

Ni tan siquiera espero a ver su reacción. Solo me agarro del brazo de Gerardo y regresamos a la recepción del hotel. Ambos miramos a uno y otro lado hasta que vemos el bar en el extremo contrario del gran vestíbulo. Cruzamos nuestras miradas un instante y, sin pensarlo dos veces, posponemos esa copa y echamos a correr hacia una puerta donde un muñequito representa a un hombre y otro a una mujer. Antes de que lleguemos al baño de señoras, Gerardo me ha metido la lengua hasta la campanilla y ha introducido la mano por debajo de la camisa. Yo soy incapaz de reaccionar porque él es demasiado rápido para mí. Me desabotona la camisa con una mano mientras con la otra me desabrocha el pantalón de mi traje de chaqueta. Antes de que me dé cuenta estoy sentada en la encimera del baño con las tetas al aire y el pantalón y el tanga en uno de los tobillos. Sin dejar de besarme ni un instante, Gerardo se baja los pantalones y los calzoncillos y me embiste como si intentara estrellarme contra el espejo del baño. En cuanto noto su miembro dentro de mí, lo empujo con fuerza y él protesta airado.

—Como vuelvas a metérmela sin protección te la corto.

—Yo controlo. Soy un experto en sexo tántrico.

—¿Y eso qué coño es?

—Qué eyaculo para dentro.

No sé si es porque me sirve su respuesta o porque estoy más caliente que un mono del zoo, pero, en contra de mis amenazas, dejo que me la vuelva a meter y lo hacemos a pelo sobre la encimera del baño de un hotel donde mi marido presenta su octava novela. Y por si eso fuera poco, ese libro se titula «Cómo superar los cuernos sin dejárselos en una puerta». El orgasmo me pilla desprevenida y lanzo tal grito que Gerardo no puede evitar taparme la boca con la mano y yo no puedo evitar mordérsela. O estamos muy coordinados o le va la marcha y el sado porque, justo en el momento en el que le muerdo,

escucho cómo gruñe y siento cómo su cuerpo se arquea. Con cierta impaciencia y con un calorcito agradable recorriendo todo mi cuerpo, espero para ver en qué consiste eso del sexo tántrico, pero no tengo que esperar mucho porque el calorcito que siento en mi cuerpo no es solo por mi orgasmo.

—¿No decías que eyaculabas para dentro?

—Estaba tan excitado que no he podido.

Me pillo un cabreo impresionante al escuchar a este capullo con sus excusas, pero el enfado se me pasa al instante en cuanto compruebo que con el calor del momentazo nos hemos olvidado de cerrar la puerta y justo tienen que entrarle ganas de mear a Cristina que nos observa desde la puerta con la boca abierta y sin dejar de mirar hacia el lugar donde Gerardo aún la tiene dentro de mí como si quisiera asegurarse de que sus soldaditos hacen diana en mi ovulo.

—Perdonad. No sabía que estabais. Bueno... perdón.

Cristina sale del baño y cierra la puerta a sus espaldas. Yo empujo a Gerardo que, por fin, sale de mi interior y, mientras él se la limpia en el lavabo, yo saco unas toallitas del bolso y, tras pasarme un par de ellas por el chirri, me subo el tanga y los pantalones y me abotono la camisa.

—También es casualidad que una cliente del hotel use este baño.

—No es una cliente del hotel. Es una ex de mi marido que se ha mudado a nuestra urbanización.

—¡Vaya! Eso sí que es mala suerte.

—Lo que es mala suerte es que mi marido la haya invitado a la presentación de su novela y a mí no.

Sin decirle nada más a Gerardo y con un nudo en la garganta mezcla de los remordimientos y del enfado y la indignación, salgo del baño y cruzo de nuevo el vestíbulo sin tener muy claro si debo ir a la presentación o largarme a mi casa a rezar para que Cristina no le cuente nada a Paco de lo que ha visto en el baño del hotel. Decido marcharme a mi casa con el rabo entre las piernas y camino con lentitud hacia la puerta del hotel. Echo un último vistazo a la entrada al salón Victoria y veo que Cristina me mira desde allí con evidente curiosidad y con una sonrisa cínica en los labios que crispa mis nervios y hace que se me revuelva el estómago.

—Será hija de puta la tía.

Eso lo digo para mí, pero lo suficientemente en alto como para que una anciana que entra en el hotel agarrada al brazo de un hombre de mediana edad frunza el ceño y comente algo sobre la juventud de ahora y las malas

costumbres. Y a mí me la pela porque solo pienso en lo que ha ocurrido con Gerardo en el baño, en Cristina y la relación que tiene con mi marido y en que quiero ahogarla y destruir después el cadáver. Ahora tengo claro que no puedo marcharme y entregarle a Paco en bandeja de plata. Tendré que luchar por él y, sobre todo, por su dinero.

Con todos esos pensamientos en la cabeza entro en el salón Victoria y busco a Samanta con la mirada. Me la encuentro hablando con Cristina que, en cuanto me ha visto regresar, ha entrado y se ha enganchado a mi amiga. Samanta, cuando me ve, hace gestos con la mano para que me aproxime. Mientras camino hacia allí con lentitud, miro de reojo a la sala y veo a mi marido en el otro extremo hablando con una mujer alta, morena y despampanante que lo observa con ojos de admiración. Quizá la tal Rebeca no tenga mis tetas gloriosas o mi culo prieto, pero es una mujer de los pies a la cabeza y no me extrañaría nada de nada que a Paco se la cayera la baba por ella.

—¿Dónde estabas? — me pregunta Samanta con el ceño fruncido—. Ya creía que te habrías marchado con tu cachitas.

—Yo... esto... Gerardo y yo...

—Estaban tomando una copa en la cafetería. De hecho, he estado un ratito con ellos dos.

Debería sentirme agradecida por el capote que me ha echado Cristina con esta mentirijilla, pero ahora siento que le debo un favor y eso no me gusta nada. Además, ¿quién me asegura que no se lo va a contar a Paco cuando estén retozando en una de las habitaciones del hotel? ¿O era con Rebeca? Lo mismo a mi maridito le da por montar un trío con estos dos zorriones. ¡Buf! ¡Qué mal lo estoy pasando! Si lo llego a saber no vengo aunque lo del polvo en el baño no ha estado nada mal.

—Vaya hombretón ese Gerardo —comenta Samanta de repente. Ya podía estarse callada un poquito pero justo ahora le da por hablar.

—¿De qué lo conocéis?

—Es el nuevo dueño del gimnasio de la urbanización. Lina da clases allí y el otro día...

—El otro día lo conocí en el gimnasio y ya está.

He tenido que cortar a Samanta para que no le diera por narrarle a Cristina, con muchos y escabrosos detalles, lo del otro día en la sala de Muai Thai pero teniendo en cuenta que nos acaba de pillar dale que te pego en el baño no creo que eso importe mucho.

—Tu marido viene para acá.

Eso sí que ha sido un golpe de suerte porque es una buena excusa para cambiar de conversación, pero, al ver la cara de funeral de Paco y la forma cómo me mira, veo que no le hace mucha gracia encontrarme allí. Y lo peor de todo es que, en cuanto ve a Cristina, su rostro se ilumina y vuelve a sonreír.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta nada más llegar a donde estamos y sin dejar de mirar de reojo a nuestra vecinita, la quita maridos.

—No quería perderme la presentación.

Paco deja de mirarme y de observar de reojo a Cristina para voltear su cabeza hacia la editora que espera pacientemente. No parece mala persona, pero, para mi gusto, está demasiado buena. ¿Acaso una editora no debería ser una mujer con gafas de culo de botella y el culo más grande que un portaaviones? Rebeca no tiene muchas tetas en comparación conmigo, aunque sus labios son tan gruesos como los de Angelina Jolie y se da cierto aire a ella que no me gusta ni un pelo.

—Rebeca, esta es mi mujer, Samanta, una vecina y Cris, una buena amiga de la universidad.

Y todo esto lo dice sin dejar de mirar ni por un instante a Cristina a la que estoy deseando ahogar en la piscina de la urbanización o en el jacuzzi del gimnasio.

—Es un placer conoceros. Espero que lo paséis muy bien en la presentación. —Se vuelve hacia mí y me mira con cierta condescendencia. Casi podría decir que me mira con pena—. Me alegro de conocerte. Es raro que no hayamos coincidido antes.

—Bueno, teniendo en cuenta que mi marido no quiere que vaya a ninguna presentación.

—Lina, ahora no es el momento.

¿Qué ahora no es el momento? ¿El momento de qué? ¿De decirle a todo el mundo que no te importo un pimiento? ¿De contarle a los cuatro vientos que te avergüenzas de mí? ¡Y una mierda no va a ser el momento!

—Yo creo que Paco se avergüenza de mí o es que prefiere estar contigo a solas porque si no es por eso, no lo entiendo.

—Lina.

—Y no es porque yo no esté buena, pero es que creo que mis tetas operadas no pueden competir con tus labios siliconados.

—¡Lina!

—Por cierto, ¿ya tenéis habitación para retozar después de la

presentación?

—¡Lina! ¡Ya está bien!

Vaaaale. Lo reconozco. Quizá me haya pasado un poco pero es que tenía que soltarlo. Tanto Samanta como Cristina me miran con los ojos muy abiertos y Rebeca con los suyos clavados en la copa de champán que lleva en las manos. El único que me mira y que parece que intenta matarme lanzándome rayos por los ojos es mi marido. No puedo evitar que mis mejillas se vuelvan del color de las cortinas del salón Victoria y lo sé porque me arden lo mismo que cuando estaba cepillándome a Gerardo en el baño del hotel. ¡Qué pena no poder estar ahora con él y no con mi marido, su editora y las dos pécoras éstas!

—Bueeeeno, por allí viene mi marido —comenta Rebeca, de repente, al tiempo que levanta sus ojos de la copa y mira hacia la entrada al salón—. Os lo voy presentar. ¡Cariño!

La Angelina Jolie de pacotilla levanta el brazo y saluda a alguien que está a nuestras espaldas y que, nada más llegar al grupo, le estrecha la mano a mi marido.

—Este es Francisco López o Gastón Delacroix. Mi marido Gerardo.

Ambos hombres se miran y se saludan con una inclinación de cabeza. Samanta mira al marido de Rebeca con la boca aún más abierta y me parece que Cristina se ríe por lo bajo. Yo no puedo hacer otra cosa más que ponerme todavía más colorada y agachar la cabeza todo lo que puedo. A buenas horas ha decidido el genio de la lámpara concederme mi primer deseo. Gerardo se vuelve hacia Samanta y le da dos besos. Repite ese mismo gesto con Cristina y, cuando me toca el turno, el marido de Rebeca se detiene y me observa con los ojos entre cerrados.

—Esta es Lina, la mujer de Francisco.

—Es un placer.

El muy... Sonríe y parece que le divierte la situación, pero a mí nada de nada y mucho menos cuando miro de reojo a Cristina y veo que ella hace lo mismo con Paco. Todos, por unos motivos o por otros, están pendientes de nuestro saludo y menos mal que Gerardo es capaz de comportarse y tan solo me da un par de castos y tiernos besos.

—Tengo ganas de perderme entre tus piernas. Me ha encantado follar contigo.

¡A la mierda la castidad y la ternura! ¡Y a la mierda el mínimo romanticismo que pudiera haber habido entre nosotros. ¿Follar? ¿Eso es todo

lo que ha significado para este tío el polvo en el baño? Una parte de mí se siente indignada pero otra parte muy sabia le da la razón y sabe que Gerardo lo ha descrito, en voz baja, como lo que ha sido. El muy capullo se da la vuelta y comienza a hablar con mi marido. Intento pegar la oreja pero no hay forma. ¿No le estará contando que se ha cepillado a su mujer? La carcajada que suelta de repente mi marido me tranquiliza y me muestra que o bien hablan de otra cosa o a mi maridito se la pela todo.

—Bueeeeenooooo...

—Pues, sí. Pues, sí.

Rebeca y yo nos miramos mientras Samanta y Cristina intentan lanzar al viento algún tema de conversación pero es completamente inútil. La editora de mi marido se ha convertido en mi enemiga y eso no va a cambiar así como así, aunque ella intente disculparse o lo que sea.

—Mira, Lina, no tengo por qué darte explicaciones, pero lo voy a hacer. La relación que tengo con tu marido es estrictamente profesional.

—Tienes razón en una cosa. No tienes que darme explicaciones porque no te las he pedido y porque no las quiero. Conozco a las mujeres como tú que aprovechan sus encantos y su dinero para acercarse a hombres vulnerables como Paco. Pero conmigo no te va a servir porque, como te acerques a mi marido, te arranco la silicona de los labios de un tortazo. ¿Está claro?

Rebeca me mira sin pestañear y con cierto aire de desprecio pero yo ni me inmuta. Supongo que la he cagado bien, pero me he quedado muy a gusto. La editora de Paco se da media vuelta y se marcha meneando el culo como una furcia que es lo que es.

—Te has pasado tres pueblos.

—No me fastidies, Samanta. ¿No has visto cómo mira a Paco?

—La verdad es que no.

—Yo creo que eres un poco insegura.

¿Perdón? ¿La que ha hablado es la zorra de Cristina? Pero, ¿esta tía de qué va? Aparece en la urbanización para quitarme a mis amigas y a mi marido y ahora viene a decirme que soy una persona insegura. Tengo que apretar los dientes para no mandarla a la mierda, pero, en cuanto noto que me duelen las mandíbulas, suelto lo que pienso.

—Como vuelvas a hablarme en tu puta vida, te mando a Calpe de una buena ostia.

¡Ya está dicho y con todas las palabras que me han salido de dentro! Sé que no he sido muy fina, pero me la pela porque lo necesitaba antes de salir de

aquí, otra cosa que necesito como el respirar.

—Samanta, me voy a casa. ¿Te vienes?

Veo cómo mi amiga del alma duda un instante y, para mi sorpresa, niega con la cabeza y toma otra copa de champán de la bandeja que le acerca un camarero.

—Me lo estoy pasando muy bien y no me espera nadie en casa.

No aguanto más y me largo de allí dejando a la que creía una buena amiga con la ex de mi marido mientras las dos cotillean sobre la editora buenorra que seguro que quiere tirárselo. Con lo tranquila que era mi vida y ahora es un auténtico caos. Atravieso el salón con pasos decididos, salgo al vestíbulo y ni tan siquiera me doy la vuelta cuando escucho a Gerardo llamarme. Salgo del hotel y paro el primer taxi que pasa por la gran avenida. Una vez en el interior del vehículo le doy al conductor la dirección de mi casa y me dejo caer en el mullido asiento donde cierro los ojos. Me dejo llevar por mis pensamientos y no reacciono hasta que el taxista me avisa de que nos encontramos en la puerta de mi chalecito. Le doy un billete de veinte euros y salgo con unas ganas enormes de tomarme una buena copa de ginebra. Una vez en mi casa, entro en el salón y abro una puerta de madera situada junto al televisor de plasma que Paco, raro donde los haya, solo utiliza para ver los documentales de la 2 y quedarse sopa en el sofá. Él tan solo lee libros y escucha música clásica. Mientras me sirvo una generosa ración de ginebra, pienso en lo distintos que somos y en el porqué de nuestra relación. No tiene mucho sentido que estemos juntos. Paco es un hombre dedicado a cultivar su mente y su espíritu y lo mío es el aspecto físico y el tener un buen par de tetas. Ahora me doy cuenta de que para él no he sido más que una mujer florero y por eso no quería llevarme a las presentaciones. Allí tenía otro florero llamado Rebeca. Apuro la copa de un trago y, con el estómago vacío y lágrimas de rabia en los ojos, subo las escaleras y entro en mi habitación donde, con parsimonia, me quito el traje, la camisa y la ropa interior. Una vez desnuda, mi mente viaja hacia el baño del hotel donde Gerardo me hizo el amor como nunca me lo habían hecho. Comienzo a notar el conocido cosquilleo en la entrepierna y me dejo caer en la cama donde me despatarro y aprovecho mi soledad para darme un homenaje. Mientras con una mano acaricio una de mis tetas, con la otra abro el cajón de debajo de mi mesita y busco entre los pañuelos un objeto metálico que ya tenía casi olvidado. Rezo todo lo rezable para que las pilas fueran alcalinas y lanzo un grito al aire cuando mi buen amigo Héctor, en honor a un novio que tuve en el instituto que

la tenía como una mazorca, comienza a vibrar. Abro mis piernas todo lo que puedo y ahora me acuerdo de las horas que pasé en el gimnasio de niña con las pelotitas, la cinta y los bolos. ¡Bendita elasticidad! Cojo a Héctor con firmeza y comienzo a acariciar con él mi clítoris mientras un calor gratificante recorre todo mi cuerpo. Ahora me alegro de que Paco esté en la presentación y que pueda disfrutar de un poco de soledad. ¿Soledad? Eso es lo que yo creía y no puedo evitar soltar un grito cuando veo cómo la puerta del armario se abre y sale del interior un hombre vestido de negro que me observa con mirada lobuna, relamiéndose los labios y con su patético pene asomando por la bragueta del pantalón.

—No te puedes ni imaginar lo que esto significa para mí. Siempre he estado enamorado de ti y ahora me montas este espectáculo.

El muy cerdo se lleva la mano al pene y comienza a masturbarse delante de mí. Lo peor de todo es que no sé lo que hacer y estoy comenzando a asustarme. Me siento vulnerable desnuda, con las piernas abiertas y con un cacharro zumbador en el chirri mientras el marido de mi mejor amiga me mira y se la casca. Nunca pensé que sentiría miedo por Tobías.

Samanta, un buen pedo y las fatales consecuencias

—¿En serio que quieres ir?

—Sí. Es mi amiga y no quiero que esté sola en este momento.

—Ya, pero a mí me odia y no creo que sea buena idea que vaya contigo.

—¡Qué nooooooo! Solo es que está un poco despistada. Con esas tetas y ese culo, nunca se había preocupado por las rivales.

—Yo no soy ninguna rival.

Supongo que eso debería creérmelo a pies juntillas, pero no funciona como tampoco funciona el que ahora Cris intente ir de mosquita muerta. Es verdad que hemos estado un ratito hablando en la presentación de Fran sobre lo que me ha pasado con Tobías y lo preocupada que estoy por Jorge, pero de ahí a considerarnos amigas. Tengo que reconocer que no sé si es porque estoy cansada de que me tomen el pelo o por la media botella de champán que me he bebido, pero mi diablillo ha comenzado a hacer de las suyas. Lo de convencer a Cristina para ir a ver a Lina ha sido una maldad, aunque ya está hecha y no me arrepiento. Como siempre dice mi madre, a daño hecho, saca pecho.

—No sé. A mí me parece que Lina debería estar sola.

—¿A ti te gustaría estar sola después de descubrir que la editora de tu marido está muy buena y que ha invitado a otra guarrilla y no a ti?

—¡Eeeeeehhhh!

—Es verdad. Perdón. No me acordaba de que la guarrilla eras tú.

Lo que estoy disfrutando con esta conversación. La verdad es que es cierto lo de que el alcohol te suelta la lengua y te ayuda a hacer lo que normalmente no harías. Ya solo me falta partirle la cara a Cristina por enseñarle las tetas a Tobías, pero creo que eso lo dejaré para otra ocasión.

—No sé por qué la tienes tomada conmigo.

—No la tengo tomada contigo. Mi marido es un cerdo, pero todavía me queda mi hijo que es un cielo y sé que no se va a liar con cualquiera.

Cristina carraspea y la veo como congestionada. Quizá se haya atragantado o algo así porque parece que le cuesta respirar. No creo que tenga nada que ver con lo que he dicho porque solo le he comentado que mi Jorge es el niño más dulce del mundo. La que lo pille... Vaya joya que se va a llevar.

—Bueno, ya hemos llegado y todo parece muy tranquilo. Para mí que se ha ido de juerga a otro sitio.

—No lo creo. Conozco a Lina y me extraña que no haya vuelto a casa.

—Están las luces apagadas. De verdad, lo mismo no ha vuelto y se ha ido a tomar algo por ahí.

—No, mira. Hay luz en su habitación.

Supongo que lo normal es llamar al timbre, pero esta noche me siento rejuvenecida y con ganas de hacer todas esas tonterías que no he hecho en todos estos años de mujer y esposa perfecta. Cojo unas pocas piedrecitas de un arriate, atravieso el jardín hasta llegar a la casa de Lina y comienzo a lanzar piedras contra la ventana de su habitación. Miro de reojo a Cristina y veo que la muy arpía me observa con un gesto que no me gusta un pelo. Por un momento me entran ganas de lanzarle a ella todo el montón de guijarros, pero mi diablillo no da para tanto por lo que vuelvo a concentrarme en la ventana. Después de un rato lanzando misiles al cristal, me canso y mi amiga no da señales de vida por lo que me imagino que o se ha quedado dormida o pasa de nosotras.

—¿Por qué no nos vamos?

—¿Por qué no te callas?

¡Ya está! Ya me ha cansado. Veo cómo Cristina se da la vuelta y hace amago de marcharse pero mi diablillo se pone en marcha al instante y comienzo a sollozar como lo haría una buena actriz de culebrón. Yo, una mujer elegante, llorando como una plañidera en plena calle. Lo que hay que hacer para que Lina y Cristina se encuentren y se arme la Marimorena. ¡Funciona! Cristina vuelve junto a mí, me echa un brazo por encima de los hombros y comienza a acunarme como una niña pequeña.

—Ea, ea, ea. Ya pasó.

—Es que Tobías me ha hecho mucho daño.

—Lo sé, lo sé.

¡Hala! Premio al Óscar a la mejor actuación. Ahora que he conseguido mi objetivo, me desembarazo del abrazo de Judas de mi vecina y me concentro

en lo que hemos venido a hacer. Busco algún que otro guijarro, pero, teniendo en cuenta el éxito de mi primera andanada, mi diablillo decide por su cuenta coger el toro por los cuernos. Agarro una piedra algo más grande que he encontrado bajo un árbol y la lanzo con todas mis fuerzas contra la ventana de la habitación de Lina. El resultado no se hace esperar y el vidrio salta en mil pedazos. Me parece escuchar un grito en el interior de la casa, aunque no lo puedo asegurar porque creo que yo también grito de alegría al acertar en mi objetivo.

—¿Estás loca? Has roto el cristal.

—Tú vuelve a llamarme loca y te enteras, que vas de monjita pero te dedicas a calentar a los maridos de las vecinas.

—Lo que me faltaba por oír.

Cristina se da la vuelta y se marcha hacia su todo terreno. Yo intento camelármela otra vez con lo de las lágrimas de cocodrilo, pero esta vez no funciona. Cuando está a punto de subir a su vehículo mientras yo me dejo caer sobre el césped sufriendo en silencio los efectos del alcohol al que no estoy muy acostumbrada, una figura vestida completamente de negro sale corriendo de la casa de Lina e intenta subirse al coche de Cristina. Ella, al ver al desconocido, rodea el vehículo y se lanza a su cuello. Escucho un grito algo añorado que me resulta familiar y, cuando Cristina comienza a golpear al tipo de negro, descubro de quién se trata y me sumo al apaleamiento multitudinario.

—¡Ladrón! —exclama mi vecina mientras golpea con todas sus fuerzas—. ¡Voy a llamar a la policía!

—¡Cerdo! —grito yo como una loca al tiempo que le lanzo unas pocas patadas con las que intento cumplir con la amenaza de dejarlo eunuco—. ¡Te la voy a cortar en rodajitas!

—¡Dejadme en paz! ¡Locas, que sois unas locas!

Tobías nos empuja con fuerza y tanto Cristina como yo caemos al suelo de culo mientras él desaparece en la noche corriendo como un loco. ¡No me lo puedo creer! ¿Qué hacía Tobías en casa de Lina? ¡Uyyyyyy! Qué esto no me gusta un pelo. Me pongo en pie todo lo rápido que me permiten los zapatos de tacón y el champán y entro en la casa echando chispas por los ojos. Escucho que Cristina me sigue muy de cerca y supongo que es porque no quiere perderse el espectáculo de dos mujeres tirándose de los pelos. Cuando llego a la habitación de Lina con los puños apretados y con mi diablillo gritando algo así como «déjala calva que se lo merece», me encuentro con una mujer sentada en la cama, con las rodillas junto al pecho y el aspecto de una persona

desmadejada. Está completamente desnuda y quiero matarla allí mismo por acostarse con mi marido, pero algo en su mirada perdida me indica que quizá no sea todo como me lo he imaginado.

—Lina...

Cuando, al fin, levanta la cabeza y me mira, se echa a llorar a moco tendido y se lanza a mis brazos. Mi diablillo resopla indignado, pero yo la abrazo y la acuno como un ratito antes ha hecho Cristina conmigo.

—Ea, ea, ea. Ya pasó.

—Tobías... estaba... estaba...

—Anda, no hables ahora y tranquilízate —le aconseja Cristina acariciándole el pelo.

¿Cómo que no hable? Claro que tiene que hablar. ¿Quién narices se ha creído esta tía que es para decirle a Lina que no suelte todo lo que sabe sobre mi marido? Al final, se va a llevar lo que se merece.

—¿Qué pasa con Tobías? —le pregunto sin hacer mucho caso de la recomendación de mi vecina—. ¿Qué hacía aquí?

—No lo sé. Yo me desnudé y... pensé en... y él...

—Cómo no te expliques un poco mejor...

Estoy desesperada por saber que ha ocurrido entre ellos dos, pero Cristina, una vez más, se mete donde no la llaman, toma a Lina por los hombros y, tras cubrirla con una bata de seda que encuentra en una percha junto a la puerta, la agarra por la cintura y la lleva escaleras abajo hacia el salón. La ayuda a sentarse en uno de los sofás y busca algo por la habitación. Cuando parece dar con lo que necesitaba, se acerca a la pared donde se encuentra la televisión, abre un pequeño armario donde yo ya sabía que guardaban unas cuantas botellas de licor y, tras servirle una generosa cantidad de whisky en una copa, se la entrega y Lina la toma con el pulso tembloroso.

—Anda, bébete esto. Te sentara bien.

¿Cuándo se ha erigido esta tía en la amiga perfecta que todo lo soluciona y que siempre está ahí cuando la necesitas? Me entran unas ganas tremendas de recordarle a Lina que ésta es la misma mujer a la que había invitado Paco a su presentación y a la que dejó embarazada unos cuantos años atrás, pero ahora el objetivo es otro.

—¿Qué hacía Tobías en tu casa? —le pregunto en cuanto veo que ella parece más entonada.

—No lo sé. Yo llegué, me desnudé y me puse a jugar con un consolador. Tobías me estaba esperando, salió del armario y comenzó a

cascársela delante de mí.

Eso sí que no me lo creo. Esta tía está mintiendo y seguro que habían quedado para verse y para acostarse y para hacer guarrerías y para... para... No sé si estoy hiperventilando o qué, pero me estoy empezando a marear. Necesito algo que me anime. Me acerco al mueble bar y yo también me sirvo una buena copa que va seguida de otra más que también apuro de un solo trago.

—No me lo creo.

—¿El qué no te crees? —me pregunta Lina que ya parece haber recuperado la cordura.

—Que Tobías haya hecho eso.

—Pues, si no te lo crees, sube a la habitación y mira la alfombra que hay a los pies de mi cama. Puedes tomar una muestra y pedimos un análisis de ADN. ¡No te jode!

No sé si es por la certeza de que Tobías es un degenerado o por la última coletilla de Lina pero me entran unas ganas tremendas de arrancarle todos los pelos por furcia; por ir calentando a los maridos de las demás. ¡Un momento! ¿La que calentaba a los maridos de las demás no era Cristina? ¡Buf! Menos mal que Marisa es más simple que un botijo. Me sirvo una tercera copa de lo que sea que estoy bebiendo, la apuro de un trago y me sirvo otra. Voy lo suficientemente borracha como para soltar todo lo que pienso de las dos sin caerme redonda sobre el suelo del salón.

—Sois las dos unas rameras. Vais de amigas pero lo único que buscáis en la bragueta del marido de las demás porque sois patéticas. —Aprovecho la situación para coger un jarrón muy feo que hay sobre una mesita y lo lanzo hacia el vestíbulo donde se rompe en mil pedazos—. Cris, eres una divorciada que no tiene nadie que la satisfaga y tiene que calentar a los vecinos y tú, amiga del alma, seguro que te tiraste a Tobías en la clínica cuando te puso esas tetas que parece que les has sacado brillo con un trapo.

¡Ya está! He dicho todo lo que tenía que decir e incluso me he reservado unas cuantas cosas que me hubiera gustado soltar aprovechando el momento, pero que no me han llegado a la punta de la lengua desde el cerebro. Eso seguro que ha sido por el alcohol. Cristina me mira con el ceño fruncido, pero, sin decir nada, saca las llaves del coche y se dirige hacia la puerta. A pesar de todo, me siento juguetona así que voy hacia ella, le quito las llaves y comienzo a correr a su alrededor como una cría.

—¿A qué no me las quitas? ¿A qué no me las quitas?

Veo cómo Cristina resopla y Lina me mira desde el salón con un rictus frío que en otra ocasión me hubiera preocupado, pero que ahora me da absolutamente igual porque ya no es mi amiga. Si quiere, que se quede con la súper guay de Cristina que la lleva a su revista de moda y la abraza y la consuela mucho mejor que yo. ¡Ya sé lo que voy a hacer! Atravieso el vestíbulo con la idea de llegar al aseo de servicio para tirar las llaves del coche de Cristina por el retrete, pero el timbre de la puerta suena en ese preciso instante y me quedo bloqueada como si estuviéramos jugando al escondite inglés, sin mover las manos ni los pies. Lina llega al vestíbulo, se cierra la bata lo mejor que puede, y abre la puerta. Las tres nos quedamos de piedra al encontrarnos de frente con dos policías. De hecho, yo creo que son los mismos agentes que fueron a mi casa a buscar a mi marido. Buenooooo, los dos son altos y fuertes y están un rato buenos, pero tengo que reconocer que no sé si son los mismos o no.

—Buenas noches —saluda uno de los agentes al tiempo que se lleva un dedo a la frente, muy educado él—. Nos han llamado diciendo que estaban apaleando a un hombre frente a esta casa.

—¿A un hombre? —pregunta Cris mirando hacia la calle como si ese hombre pudiera regresar en cualquier momento.

—¿No han visto nada raro en la zona?

Veo cómo el agente de policía eleva la cabeza y mira al interior de la casa. Su vista se posa en los trozos de cerámica esparcidos por el suelo del vestíbulo y mi diablillo y el alcohol comienzan a hacer de las suyas.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —inquire el agente con la mano en la culata de su pistola y el ceño fruncido—. ¿Ha habido una pelea?

—¿Por qué lo dice? —pregunta Lina con el tono que sé que utiliza cuando quiere camelarse a un tío para conseguir algo de él.

Comienzan a temblarme las piernas y, por un segundo, me imagino dentro de una celda, con un cuscurro de pan duro y una jarra con agua a mis pies y una mujer de unos cien kilos y tatuada hasta las orejas diciéndome guarradas al oído. ¡No puedo permitirlo! ¡No acabaré en prisión! Se me cruzan los cables y acabo de liarla.

—¡No me cogeréis!

Para sorpresa de todos los presentes entre los que me incluyo, echo a correr, paso entre mis dos supuestas amigas, empujo a los dos agentes de policía que caen al suelo y voy hacia el todo terreno de Cristina con las llaves en la mano. Lo abro a toda prisa, me subo en él y arranco lo más rápido que

puedo teniendo en cuenta que no tengo ni idea de conducir. Lo único que sé es lo que me enseñó Jorge en verano un día que se empeñó en que debía saber conducir. Lo justo para arrancar el coche y poco más, pero hoy me siento inspirada. Piso el embrague como me enseñó mi hijo y, tras meter la primera marcha, aprieto el acelerador y suelto el otro pedal. El coche de Cristina se pone en marcha y yo lo tengo controlado. Bueno, todo controlado menos la rosquita ésta que llaman volante que hace lo que le da la gana y guía el todo terreno hacia otro coche un poco más pequeño y pintado de color azul oscuro con unas franjas que imitan la bandera de España en los laterales y unas sirenas en el techo. Vamos, lo que viene a ser que le doy un buen viaje al coche de la policía con el de Cristina que me imagino que no tiene que estar de muy buen humor. Hoy me siento como Telma y Louis, horterada que vi hace un millón de años en la tele, y me atrevo a cambiar de marcha. Rasca un poco, pero, al final, consigo que entre, sobre todo cuando me percaté de que no estoy pisando el embrague como me explicó Jorge. Piso a fondo y salgo de la urbanización como si todo me importara un bledo que casi podría decir que es así. He descubierto que Tobías es un pervertido enamorado de la que suponía que era mi mejor amiga y a la que le puso unas tetas que duplican el tamaño de las mías y que se ríen de la teoría de la gravedad. Bajo la ventanilla del todo terreno y saco la cabeza para sentir el aire puro de la noche en mi rostro.

—¡Qué os den!

Y mira que no soy mal hablada, pero me apetecía soltar todo eso que llevo dentro. Y mucho más que suelto porque el movimiento me ha revuelto un poco el estómago así que echo en el coche de mi buena amiga Cristina todo lo que he comido en la presentación y buena parte del champán y del whisky. Cuando me incorporo y tras comprobar que sigo en la carretera, me siento mucho mejor. Las ideas un poco más claras, aunque todavía con la sensación de poder que da el no hacer lo que la gente espera que hagas. Me siento bien, fuerte, poderosa y, sobre todo, mareada de nuevo. Vuelvo a vomitar, pero esta vez intento no hacerlo en el asiento del copiloto. ¡Fallé de nuevo! Cuando me incorporó, me encuentro con que voy de cabeza hacia lo que parece la feria que ponen al final del verano junto a la urbanización. ¡Qué de luces! Lo mismo puedo parar y comprar un algodón de azúcar o montarme en la noria. Pero no, lo que hago es detener el todo terreno, en mitad de la nada, en cuanto descubro que las luces pertenecen a unos cuantos coches de la policía nacional, municipal y guardia civil situados en mitad de la carretera. Supongo que ahora no puedo dar media vuelta y marcharme a mi casa. Apoyo el codo en la

ventanilla y, sin pensar mucho en ello, aprieto el botón de la radio y comienza a sonar algo de música clásica. ¡Buffff! Qué rollo. Abro la guantera del vehículo y saco unas cuantas cajas de cd's.

—Pablo Alborán, Adele, Amy Winehouse, Paulina Rubio...

No me apetece escuchar nada de lo que tiene y las luces de los vehículos siguen ahí frente a mí como diciéndome «ven aquí» o «no puedes quedarte ahí todo el día». Al fin, encuentro algo que me gusta. Una simple canción en un disco de recopilaciones del año catapún. Lo pongo en el reproductor, busco la canción y le doy al play.

—¡Por debajo de la mesa...! —canto a voz en grito—, ¡acaricio tu rodilla...!

Por fin puedo desmelenarme y gritarle a los cuatro vientos que me encanta Luis Miguel y que en el instituto tenía la carpeta llena de fotos de él y estaba enamoradísima. Cuando llega el momento culmen de la canción, aprieto el acelerador y avanzo con el coche en dirección al control de policía.

—¡Y es que no sabes lo que tú me haces sentir...!

No tengo más remedio que callarme en cuanto veo a todos los agentes allí de pie. ¡Qué de hombretones de uniforme juntos! Lina estaría feliz en mi situación. Eso sí, lo de que te apunten con las armas no tiene mucha gracia. Detengo el coche de Cristina frente a ellos y, sin poder remediarlo, comienzo a reír compulsivamente en cuanto el primer agente se acerca a mí, con su arma en la mano, y me pide que baje la ventanilla que he vuelto a subir en cuanto los he visto.

—Buenas noches.

—Buenas noches, agente.

—¿Le importaría bajar del vehículo?

—La verdad es que sí. Llevo tacones y estoy un poco borracha.

Supongo que podría haber esperado a que me hicieran la prueba de alcoholemia para fastidiarla del todo, pero no ha hecho falta porque he confesado a la primera.

—Baje del vehículo, por favor.

Creo que no me queda ninguna opción. Abro la puerta del todo terreno muy despacito y desciendo del él a menor velocidad todavía. En cuanto pongo el pie en el suelo todo da vueltas a mi alrededor y noto cómo unos brazos fuertes me sujetan e impiden que me caiga en mitad de la carretera. En cuanto abro los ojos y veo el rostro angulado y varonil del policía nacional, sé que lo único que puedo hacer es lo que mi diablillo, que ahora sé que es una

diablilla, grita como una animadora en un partido de baloncesto. ¡Bésalo, básalo, básalo! Y yo obedezco. Aprovecho la situación para hacer el koala y meterle la lengua al agente hasta donde puedo que no es mucho porque no tengo mucha práctica. Eso sí, creo que es la primera vez que le agarro el paquete a alguien en mitad de la calle. Estoy convencida de que me estoy convirtiendo en una fulardilla como mi amiga Lina.

La verdad es que, cuando recupero el conocimiento, me encuentro esposada en el asiento de atrás de un coche patrulla, con un dolor de cabeza desquiciante, pero con la sensación de haber pasado página en lo que a Tobías se refiere y mucho más cuando miro por la ventanilla del vehículo y veo que el agente al que he besado me mira con lo que me parece a mí que es algo parecido al deseo; vamos, digo yo. Saco la lengua como he visto hacer en una peli y me la paso por los labios. Intento ser lo más sensual posible y lo único que consigo es vomitar dentro del coche patrulla. Al final, no iba muy desencaminada en lo de la celda, el pan duro y la jarra con agua. Tan solo espero que la mujer de cien kilos no esté esperándome.

Cris, el fotógrafo cachitas y un vermú

¡Cabreada es poco! Es la primera vez en muchos años que tengo que venir a mi trabajo en transporte público y no es que me moleste compartir el aroma matinal de la gente y los estornudos colectivos, sino que no soporto sudar como un pollo antes de llegar a un lugar que se llama Glam&woman. Una de las pocas cosas buenas que tiene el autobús y el metro es que llego a la editorial la primera por lo que puedo asearme un poco en el baño. Desde que vi la peli «Armas de mujer» y a Harrison Ford cambiándose de camisa en el trabajo, guardo una blusa de color blanco en uno de los cajones de mi mesa. Lo bueno de ese color es que combina con todo y lo malo es que odio la ropa blanca, pero ahora no es importante y tampoco el contar mi anécdota con los aspersores. Para un día que me da por no llevar sujetador...

Veo movimiento en la entrada de la ofi y corro hacia los baños para no tener que dar explicaciones a nadie sobre los goterones de mi frente o las manchas de color oscuro en las axilas. Me escondo en el aseo y deposito el pequeño neceser de emergencia y la blusa sobre la gran encimera. Me quito la camisa y la dejo caer en uno de los lavabos. Saco de la bolsita marrón una pastilla de jabón hipoalergénica y la froto entre las manos antes de intentar lavarme las axilas con ella.

—¡Mierda!

Ya con las manos jabonosas descubro que el sujetador me molesta para la labor que estoy intentando llevar a cabo por lo que me toca volver a empezar. Me quito el jabón y me seco las manos antes de desabrochar el sostén que cae encima de la camisa. Ahora sí que las prisas comienzan a hacer acto de presencia porque no me gustaría encontrarme con la jefa en estas situaciones. Bueno, dicen que es un poco *torti* así que lo mismo consigo un

ascenso. Ahora, con las tetas al aire, froto de nuevo la pastilla de jabón entre las manos y me las llevo a las axilas que lavo a conciencia. Una vez convencida de la labor realizada, me inclino y me echo agua sobre ellas. Cuando levanto la vista me encuentro con un tipo, que por cierto está buenísimo, que me mira desde la puerta con los ojos abiertos como platos y que parece que no puede separar su vista de mis tetas.

—*Perdoname*, creo que me equivoqué. ¿Este no es el baño de hombres?

Pego un tirón de la camisa que he dejado en uno de los lavabos para cubrirme, con tan mala suerte que el sujetador sale volando por los aires y cae a los pies del desconocido con evidente acento argentino. En mi afán por recuperarlo, la camisa se engancha en uno de los grifos y acaba partida por la mitad. Aprovecho que tengo dos tetas al aire y dos trozos de camisa para tapar mi desnudez con ambas manos pero el muy gracioso, con una sonrisa irónica en los labios, coge el sostén y me lo tiende.

—¿No se da cuenta de que no me quedan manos libres?

—Sí, ya me di cuenta.

El muy *jodio* sonrío aún más y a mí me entran ganas de pegarle una buena patada en sus partes. La verdad es que está como para hacerle un monumento. Es evidente que el tipo debe pasar mucho tiempo en el gimnasio porque todos y cada uno de sus músculos se marcan bajo una camiseta de Desigual que le favorece y que hace juego con sus ojos de color verde. Es curioso, pero lo que más me llama la atención es que tiene el pelo cortado al cepillo, aunque de color casi blanco. De alguna manera, me recuerda al doctor caliente de Anatomía de Grey. ¡Qué buenorro estaba!

—¿No va a agarrar el corpiño?

—Si no le importa, preferiría que me lo dejara sobre la encimera.

El doctor caliente pasa a mi lado, demasiado cerca para mi gusto, y deja el sostén sobre la encimera. Cuando vuelve a pasar junto a mí, se acerca todo lo que puede y noto que huele a cereza. ¡Ummmmmm! Me encanta ese olor. Por suerte para mí, los dos trozos de camisa tapan mis tetas y él no puede ver cómo mis pezones reaccionan y se convierten en dos botones de ascensor.

—Fue un placer verla... así.

¡Será hijo de...! El muy cerdo sale del baño no sin antes dedicarme una sonrisa que en otras circunstancias me hubiera desmontado, pero ahora lo único que quiero es volver a estar sola para ponerme el sostén. En cuanto la puerta se cierra y dejo los jirones de la camisa en el lavabo, la puerta vuelve a abrirse, aunque, por suerte para mí, la que entra es mi amiga Celeste.

—¿Has visto al tipo ese que...?

La mujer que comparte el lugar de trabajo conmigo me mira de arriba a abajo y, como le había pasado antes al doctor caliente, abre los ojos como dos ensaimadas.

—Te iba a preguntar si habías visto al cachitas ese del pelo blanco pero ya veo que sí. ¿Te lo has tirado?

—¡No seas bruta! Yo estaba en el baño aseándome y el tipo ese ha entrado.

—¿Te ha pillado con las tetas al aire?

¡*Touché!* Pues sí. Supongo que lo único importante en este momento para mi amiga es cualquier dato escabroso que pueda alimentar su mente calenturienta y este es uno de esos datos. No puedo negarlo y mi rostro responde por mí. Celeste comienza a caminar de un lado a otro del baño mientras yo seco mis axilas, me pongo el sostén y hago lo propio con la blusa blanca.

—No me lo puedo creer. Le has enseñado las tetas a un desconocido.

—Tampoco ha sido así. Yo estaba en el baño de mujeres y él ha entrado.

—Ya, ya. Pero tú le has enseñado las tetas.

—Te repito que yo estaba en el baño lavándome y él...

—¡Madre mía! Le has enseñado las tetas.

Resoplo un par de veces para no mandar a mi amiga a la mierda y, con el neceser bajo el brazo, salgo del baño y regreso a mi mesa. Miro a mi alrededor y veo que casi todos mis compañeros han llegado y ya están con la cabeza metida en el teclado. Creo que esta debe de ser la oficina de Madrid donde hay menos confraternización entre los empleados y eso me alegra porque tampoco yo soy la persona más sociable del mundo. Antes de sentarme, de reojo miro hacia el despacho de Elvira y veo que la puerta está cerrada y las cortinas echadas, algo bastante raro a primera hora de la mañana. Justo en ese momento suena el teléfono que hay sobre una pila de papeles en mi mesa y veo que la lucecita que se ilumina es la de mi jefa. Cojo el auricular y aguanto la respiración para escuchar la primera bronca del día.

—Cristina, a mi despacho.

—Pero...

—A mi despacho. ¡Ya!

Me encojo de hombros, resoplo un par de veces y dejo caer el auricular sobre la mesa. Unas cuantas personas se vuelven hacia mí al escuchar el golpe, entre ellas mi amiga Celeste que da un salto en su silla.

—¿Qué haces? —me pregunta con el ceño fruncido.

—Me ha llamado Elvira. Quiere que vaya a su despacho.

—¿Qué has hecho?

—Eso es lo malo. Que no he hecho nada de nada y ya estoy como un flan. Esto no es vida.

Celeste se encoge de hombros y, teniendo en cuenta que ella lleva la sección de dolencias típicas de la mujer, sé que ella piensa que no puedo quejarme. Quizá tenga razón. Cojo mi libreta y un boli Bic, me levanto con apatía y recorro los pocos metros que me separan del despacho de mi jefa como si fuera camino del matadero. Una vez allí, llamo a la puerta, cosa que rara vez hago, y espero escuchar su voz masculina.

—¡Entra!

¡Ahí vamos! Abro la puerta con una sonrisa nerviosa en los labios que desaparece en cuanto me encuentro de bruces con el argentino doctor caliente con el culo apoyado en una mesita y los brazos cruzados delante del pecho. Nada más verme, su boca me sonríe, pero sus ojos se lanzan a por mi delantera, esta vez a buen recaudo bajo la camisa blanca inmaculada. Elvira no parece darse cuenta ni de su sonrisa irónica ni de la mía nerviosa.

—Este es Valentino.

Espero a ser presentada pero parece que el doctor caliente ya debe de saber quién soy yo porque se acerca a mí con la mano extendida y yo no tengo más remedio que corresponder al saludo cuando lo único que yo querría es salir corriendo de allí.

—Es un placer volver a verla.

—Yo... pueeeeeessss... lo mismo.

¡Toma ya verborrea! Si esto fuera un concurso de popularidad de instituto, a mí ya me hubieran eliminado nada más abrir la boca. ¿Cómo se saluda a un tipo que acaba de verte con las tetas al aire? Solo puedo hacer una cosa y es guardar silencio y esperar a que mis mejillas recobren el color original. Él parece darse cuenta y sonríe. Yo solo quiero que me trague la tierra, pero eso es lo único que no ocurre. Elvira carraspea como hace siempre que anuncia algo importante y yo aguanto la respiración.

—Le pasé la idea de tu artículo a los consejeros y, aunque todavía no sé por qué, están entusiasmados.

—¡Vaya! Me alegro —replico con mi elocuencia característica—. Qué sorpresa

—Lo es. —Elvira mira por encima de mi hombro como siempre hace

cuando se dirige a mí—. No quieren un reportaje normal. Saldrás en el especial de primavera en páginas centrales.

¿Cómo? ¿En las páginas centrales del especial de primavera? Mis ojos intentan no salirse de las cuencas y mi corazón se acelera de una forma peligrosa. Para el que no lo sepa, un reportaje en las páginas centrales de cualquier especial es para nosotros como si te dieran el Premio Pulitzer al mejor artículo.

—No sé qué decir.

—Pues algo así como «Elvira, te prometo que no voy a cagarla».

No me lo pienso dos veces.

—Elvira, te prometo que no voy a cagarla.

Ella resopla como si no me creyera y vuelve a fijar su atención en mi voyeur particular, el doctor caliente, que me observa con evidente curiosidad.

—Valentino es uno de los mejores fotógrafos de su país y va a colaborar contigo. Queremos las mejores imágenes y sé que él estará a la altura. Tan solo espero que también lo estés tú.

¿Fotógrafo? Lo único que me faltaba. Hasta ahora, tan solo tenía que buscar las imágenes en internet y comprar los derechos, pero ahora resulta que me ponen a un fotógrafo para decorar lo que de verdad importa que es lo que yo voy a escribir. Pero mi jefa confía en mí tanto como confiaría en Judas Iscariote.

—Muy bien —digo con cierta desgana aunque lo me gustaría es mandar a la mierda a mi jefa—. ¿Alguna cosa más?

—Solo que tu puesto está en juego. No me defraudes.

Ahora la que resopla soy yo y salgo del despacho con tanta mala leche que tengo claro que la primera persona que me dirija la palabra va a pagar el pato.

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

—¡Vete a la mierda, Rufino! ¡No seas *babas*!

¡Hala! El que paga el pato es el marido de mi jefa y ante todos los compañeros de oficina. Quizá me haya pasado un poquito, pero es que ya me tienen hasta las narices todos los hombres. Rufino no hace más que acosarme, el tal Valentino parece que quiere comerme las tetas que ya me he encargado de mostrarle y... y... ¡Pues no! Jorge no me ha decepcionado aunque quizá sea porque tan solo es un proyecto de hombre y todavía no tiene la capacidad de cagarla como los demás especímenes masculinos.

—¡Qué carácter! Eso me gusta en una mujer.

Me vuelvo para mandar a la mierda también al engreído fotógrafo argentino, pero recuerdo que debo trabajar con él y no creo que esa sea la mejor forma de empezar a colaborar. Claro que tampoco era la mejor forma enseñarle las tetas, aunque haya sido un accidente.

—¿*Querés* que vayamos a tomar algo y hablamos sobre el artículo?

¡Vaya! Eso me parece mucho más interesante. Por fin un hombre que tan solo quiere quedar conmigo para algo profesional y no me refiero a profesional en plan pilingui, sino a trabajar en el artículo que tengo entre manos.

—Me parece bien. Pero solo trabajo.

—Prometido. Solo trabajo.

El doctor caliente me sonrío y yo tengo que hacer un supremo esfuerzo para no derretirme allí mismo como un helado en pleno verano. Intento sonreír yo también pero lo único que me sale es una mueca de tía estúpida que babea por el niño más mono del instituto. Y lo sé porque esa cara llevo poniéndola años y años. Cuando conocí a Fran en la universidad me pasó lo mismo porque él era guapo a rabiar. Ahora está un poco desmejorado y se le ha caído mucho pelo. Mejor ni compararlo con el fotógrafo y mucho menos con Jorge que tiene treinta años menos que él.

—Bueno, hay una cafetería a la vuelta de la esquina donde podemos estar tranquilos.

Cojo mi bolso y, bajo la atenta mirada de Celeste y creo que de todas las féminas de la oficina, el noventa y nueve por ciento del personal, camino con tranquilidad hasta la salida acompañado de un pedazo de hombre que mira al frente con una seguridad tal que apabulla un poco. Una vez en la calle, caminamos uno al lado del otro sin dirigirnos la palabra. Yo tan solo intento pensar en mi artículo y en el tipo de fotografías que me gustaría que lo acompañaran. Supongo que él también debe estar pensando en lo mismo.

—¿Estás casada?

¡Vaya! Ya veo que el tal Valentino no estaba pensando en lo mismo que yo. No pasa nada porque le conteste.

—Pues, no. Estoy divorciada.

—Bien. Vamos bien.

¿Vamos bien? ¿Qué es lo que va bien? ¿Qué esté divorciada porque así no tengo que compartir mi vida con un capullo o que esté disponible para que puedas lanzarte? ¡Buf! ¡Hombres! Esta vez paso de replicar y espero a estar sentados en una de las mesas de la cafetería para volver a abrir la boca.

—¿Tienes pensado algo para las fotos?

Valentino eleva la vista hacia el techo mugriento de la cafetería mientras un camarero se aproxima y espera junto a nosotros con las manos metidas en los bolsillos y un palillo de dientes entre los labios.

—¿Qué quieren tomar?

—Yo quiero un Pisco Sour —responde el argentino sin tan siquiera pensarlo.

—¿Un pisco qué? No tenemos de eso.

—Pues, *traeme* un Bloody Mary pero no te *pasés* con el tabasco y el jugo de naranja que sea recién exprimido.

—Tampoco tenemos de esa cosa.

Valentino resopla y pone los ojos en blanco. Es evidente que está acostumbrado a otros lugares más refinados que la tasca de Manolo donde, de vez en cuando, tomamos las croquetas impresionantes que hace su mujer.

—¿Un Petite Fleur sin mucho Cointreau?

—No.

—¿Un Manhattan?

—Nooooo.

—¿Cosmopolitan?

—Eso es una revista de tías, ¿no?

El fotógrafo vuelve a resoplar y comienza a congestionarse. No sé cuál será su repertorio de cócteles sofisticados, pero yo me lo estoy pasando pipa. Y Manolo no ha cambiado el gesto de su rostro ni un instante. Valentino toma aire y vuelve a la carga.

—¿Un Gimlet? Solo lleva vodka y lima.

—No tenemos lima.

—¿Un sex on the beach? Vodka, jugo de naranja y arándanos y duraznos.

Esteeeeee... ¿cómo se dice acá?

Me encojo de hombros porque no tengo ni idea de lo que son esos duraznos, pero lo que sí me queda claro es que Manolo no los va a tener como tampoco creo que tenga zumo de arándanos. ¿Se podrá cambiar por anís?

—Esta fruta naranja con un *caroso* grande que se come en verano.

—¿Qué coño es un *caroso*?

—Boludo, la semilla grande que lleva dentro.

—Eso va a ser el melocotón —comenta Manolo sin abrir casi los labios para no perder el palillo de dientes y sin percatarse de que acaban de insultarlo en argentino—. O un albaricoque aunque también puede ser una

ciruela o una fresquilla, pero para mí que es un melocotón.

—¡Sí! —exclama Valentino emocionado—. Eso. Un melocotón.

—Pues tampoco tenemos.

El argentino pone de nuevo los ojos en blanco y se deja caer en el respaldo de la silla con el rostro cansado por el esfuerzo. En un vano intento por conseguir algo medio sofisticado para beber, Valentino se lleva las manos a la cara y lloriquea.

—Con un simple Martini me hubiera conformado.

—¡Ah! De eso sí tenemos.

El fotógrafo se sienta muy tieso en la silla y sonrío al fin. Parece que va a conseguir su tan ansiado cóctel en la taberna de Manolo. Ver para creer.

—¡Genial! Entonces, *traeme* un Martini.

—¡Niño! ¡Prepara para el señor un vermú de la casa con gaseosa!

—Manolo, a mí ponme un café con leche y unos churros.

El dueño de la taberna le pega un golpe a Valentino en el hombro con tal fuerza que mi fotógrafo se atraganta y comienza a toser.

—Ha visto. Menos mariconadas y más churros.

Este Manolo es la caña. Yo creo que Valentino se piensa un par de veces lo de largarse de la cafetería, pero al ver que yo no hago ademán de irme, se deja caer de nuevo en la silla y cruza los brazos por delante del pecho. Un par de minutos después, Manolo aparece con mi café, un plato lleno de churritos y el supuesto Martini de Valentino en un vaso de esos de Duralex de los que regalaban con la Nocilla en el año catapún. El argentino lo mira y pone cara de asco, pero, con los labios apretados, da un sorbo y veo cómo sopesa sus sensaciones.

—¡Ummmmmm! Para ser algo ordinario está *rebueno*.

—Más vale que no te oiga Manolo llamarle ordinario. Tiene un bate de béisbol detrás de la barra.

Al argentino parece que se le ha olvidado todo y ha encontrado el néctar del paraíso en ese vermú de la casa y su buen chorreón de gaseosa.

—Los churros no son buenos —me dice sin venir a cuento—. Toda la grasa termina en el culo.

—Bueno, algo también en las tetas —le replico sin pensar.

—No mucha. *Recordá* que te las vi.

—¿Me estás diciendo que mis tetas son pequeñas?

Y lo peor de todo es que no tengo ni idea de por qué entro al trapo y le hablo de mis pechos a este tío engreído y narcisista.

—*Esteeeee*, que no te digo que sean chiquitas en comparación con el resto. Además, yo no soy muy *pretencioso*.

¡La madre que...! ¿Cómo que no es pretencioso? ¿Qué pasa? Ahora va resultar que yo soy una especie de tortilla francesa insulsa que uno se come cuando no tiene tiempo de preparar una exquisita tortilla de patatas con su cebollita y sus cosas.

—Mira, paso de hablar de esto. ¿Por qué no comentamos lo de las fotos?

—Muy bien. Había pensado sacarle fotos a alguna de tus amigas. ¿Te parece?

—Pues, no mucho porque ellas no tienen ni idea y, además, no creo que les haga mucha gracia que las llame marujas mantenidas.

—Entonces, ¿vos que *pensás*?

—Había pensado poner alguna imagen de amas de casa de los setenta mezcladas con mujeres sofisticadas de hoy en día.

Valentino parece sopesar mi idea y, para mi sorpresa que lo creía mucho más egocéntrico y defensor de sus ideas, asiente conforme.

—Me parece buena idea. Puedo rescatar viejas fotos de archivo y aprovechar algunas nuevas que tengo en mi casa. Con Photoshop puedo hacer el resto. ¿Te parece si las traigo esta tarde y las vemos? Así puedo empezar enseguida.

—Esta tarde no vengo. Estoy de mudanza.

—Bueno, si *querés*, voy a tu casa y las vemos en un momentito. Además, te puedo ayudar con las cajas y esas cosas.

Supongo que lo normal sería decir que no, pero no sé lo que me pasa últimamente que todos los hombres me manipulan como si fuera una marioneta. Bueno, menos Rufino al que ya le tengo tomada la medida. A pesar de todo, asiento y él parece feliz. Le doy mi dirección y, mientras él apura su vermú con gaseosa, yo me acabo el café, me como un churro de dos bocados y envuelvo los dos restantes en una servilleta. Soy una superviviente. Justo cuando estamos a punto de salir de la taberna de Manolo, mi teléfono suena en el bolsillo y, cuando veo que la que llama es mi amiga Celeste, le hago un gesto a Valentino para que espere mientras yo hablo con ella.

—Dime, Celeste.

—...

—¿Quién?

—...

—¿En serio?

—...

—¿Y qué quería?

—...

—Bueno, ¿te ha dicho dónde está?

—...

—Muchas gracias, Celes.

Cuelgo y refunfuño sin darme cuenta de que el fotógrafo argentino está observándome con mucha curiosidad. Guardo el móvil en el bolsillo y dejo caer los hombros con pesadez. Estoy agotada.

—¿Qué te pasa? ¿Algo grave?

—Bueno, depende de para quién. Una vecina me robó ayer el coche y, tras estrellarlo con un vehículo de la policía, se dio a la fuga hasta que la detuvieron en un control. Conducía borracha.

—Eso parece de película.

—Sí. Sobre todo que ahora me ha llamado a la oficina porque no tiene a nadie que pague la fianza y quiere que vaya yo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Pues, pedir un taxi e ir a la comisaría. ¿Qué quieres que haga?

—Yo te llevo en mi auto.

¿He oído bien? ¿Este hombre se ha ofrecido para llevarme a la comisaría? Quizá lo haya menospreciado y no sea tan narcisista como yo me había imaginado. Puede ser que sea un hombre maduro que tan solo necesita a una mujer que...

—Después podemos ir a comer y... nunca se sabe.

¡A la mierda la madurez! Otro tío que tan solo piensa en meterse entre mis piernas y que no tiene nada bueno que ofrecerme. Bueno, en este caso me equivoco porque sí que tiene algo que me interesa y que es un coche que no está destrozado por una loca.

—Ya veremos. Tú ahora me llevas a la comisaría y después hablamos de lo de comer.

Valentino sonrío como un niño pequeño y yo hago lo mismo aunque estoy segura de que los dos sonreímos por cosas distintas. Él porque cree que me va a echar el polvo del siglo y yo porque tengo muy claro que, una vez me deje en la comisaría, lo mando a su casita con una mano delante y otra detrás en lo que a mí se refiere. Aunque, no se me puede olvidar que esta tarde viene a mi casa. No me fío ni de mí misma.

Samanta, la vuelta a casa y una dura noticia

¿Quién me ha visto y quién me ve? He pasado de ser una mujer elegante con un marido médico y un hijo adorable que vivía en un chalé a una delincuente sin marido, sin dinero y encerrada en una celda junto a un par mujeres. He pasado toda la noche arrinconada al fondo sin atreverme ni a poner los pies fuera del banco donde estoy sentada. Una de mis compañeras de celda parece buena persona, aunque, por sus ropas y maquillaje, es evidente que es una fulardilla, pero la otra... La otra seguro que es drogadicta porque es muy delgaducha y viste fatal con unos vaqueros raídos y sucios y un jersey mugriento.

—Aquí tenéis el desayuno.

Una agente de policía aparece por una puerta lateral con una bandeja en la que hay tres vasos de plástico con café y tres cruasanes. Me muero de hambre. No he probado bocado desde la tarde anterior y aquí nadie se preocupó de si había cenado o no. Cuando salga, tengo claro que voy a pedir la hoja de reclamaciones. Ya sé que estoy en la celda de una comisaría, pero tan solo exijo que se preocupen un poco por nosotras y que limpien esto de vez en cuando. Por primera vez desde anoche, me levanto del banco y me acerco a la puerta de la celda para recoger mi vaso y mi cruasán, pero la drogadicta es más rápida y se apropia de los tres bollos.

—¡Ehhhhhh! —grito sin pensar y guiada por el hambre—. ¿Qué haces? Uno de esos bollos es mío.

La drogadicta se acerca a donde yo estoy con los brazos cruzados y cara de malas pulgas y se ríe de mí. Aprieta uno de los cruasanes con su asquerosa mano y se lo mete en la boca de un bocado. Mastica con esfuerzo y traga con más esfuerzo aún.

—Como vuelvas a hablarme te pincho, pija de mierda.

La amenaza de la drogadicta surte efecto y logra que vuelva a encogerme en mi rincón, pero ahora con más hambre aún y la sensación de indefensión. Eso mezclado con el miedo hace que me entren ganas de hacer pis, aunque decido contenerme antes de hacer mis cosas en un retrete a la vista de todo el mundo. Ahora, mi prioridad es aguantar el hambre porque tengo la certeza de que no me queda otra. Pero, para mi sorpresa, la pilingui se pone en pie y saca del sujetador una navaja que le muestra a la drogadicta.

—Mi bollo.

No necesita decir nada más porque la ladrona de cruasanes no se lo piensa dos veces y le lanza el bollo a la prosti que lo coge al vuelo. Veo cómo la drogadicta se lleva el restante del suyo a la boca y confirmo lo que ya sospechaba. Hoy me quedo sin desayunar.

—Dale el otro bollo a la estirada —ordena la fulardilla con voz dura.

La drogata, como diría mi hijo, me lanza el bollo como ya había hecho con la pilingui y yo lo devoro en dos bocados sin tan siquiera importarme la suciedad que esa mujer pudiera tener en las manos. Me arrodillo junto a la bandeja y me bebo el café de un solo trago. Sabe como el día aquel que se quemó la Nespresso y calcinó el café, pero, por lo menos, está caliente. Esto se lo daría yo al George Clooney para ver si suelta esa frasecita en inglés que no tengo ni idea de lo que significa.

En contra de mi sentido de la supervivencia, me acerco a la prosti y me siento a su lado para darle las gracias y, por qué no decirlo, para charlar un rato. Creo que, desde que soy pobre y cornuda, estoy volviéndome más humana. No me gusta, pero bueno...

—Muchas gracias por lo del bollo.

—No hay de qué. Seguro que tú hubieras hecho lo mismo.

—No sé yo. Me llamo Samanta.

—Yo también me llamo Samanta.

—¿En serio?

La pilingui se encoge de hombros y sonrío antes de llevarse su vaso de café a los labios pintados de rojo intenso que hace juego con el color del pelo y con la sombra de ojos y el colorete. Vamos, un cuadro de esos abstractos.

—Bueno, Samanta es mi nombre artístico. En realidad me llamo Remedios. Reme.

No sé qué es peor. Si saber que tienes nombre de prostituta o saber que una pilingui de verdad ha elegido tu nombre para decirlo por las calles. Casi

preferiría que siguiera con lo de Reme, aunque no suene demasiado elegante.

—¿Y por qué estás aquí? —pregunto sin mala fe.

—Por robar coches y atracar bancos. ¡No te jode la pija! ¿Por qué voy a estar?

—Perdón. No quería molestarte.

—Da igual.

Guardo silencio porque noto la tensión en el aire. Por suerte para mí, la drogadicta ha decidido sentarse en un rincón lo más alejada posible de mi nueva amiga Reme y yo puedo sentirme un poco más tranquila. Miro de reojo a la prostituta y ella me pilla observándola.

—¿Queeeeé?

—Nada. Es que...

—O me lo dices o te rajo aquí mismo.

Para mí que bromea, pero por si acaso más vale que hable.

—Estaba preguntándome qué le pasa a una mujer en la vida para acabar dedicada a... a... lo que tú te dedicas. Pero no te enfades.

—No me enfado.

Veo cómo Remedios baja la cabeza y se pone muy seria. Creo que me podía haber callado porque ahora me estoy jugando la posibilidad de que me pinche una prostituta o una drogadicta. Como no llegue Cristina pronto, creo que no salgo viva de aquí.

—Verás, yo estaba casada y con un niño. Mi marido se largó con otra y me dejó en la calle más tirada que una esterilla. Cuando no tienes nada que llevarte a la boca, lo primero que te llevas es la polla de cualquiera que te pague.

En otras circunstancias me hubiera escandalizado al escucharla hablar así, pero lo que ahora me duele es lo mucho que me recuerda a algo la historia de esta mujer. Un marido que le pone los cuernos y que la deja en la calle. Un hijo al que no puede alimentar. Casi me veo haciendo esas cosas en mitad de la calle por unos euros. ¡Buf! Qué agobio me está entrando. Nunca lo hubiera pensado, pero, cuando veo que una agente de policía entra en el recinto de las celdas y, tras abrir la puerta de la mía, me llama con el dedo, siento un alivio inmenso y me pongo en pie de un salto. Me despido de Remedios y, no sé bien por qué, le saco la lengua a la drogadicta que también se pone en pie y me ayuda a abandonar la celda más rápido de un buen empujón. Aterrizo en una mesa y recupero la verticalidad casi al instante. Me despido de Remedios con un gesto de la mano que ella ni tan siquiera me devuelve y salgo de aquel lugar

tenebroso y húmero como lo que soy: una delincuente. Como en las pelis, me devuelven mis cosas metidas en una bolsa de plástico y, tras soltarme unas pocas frases del estilo «no puede salir del país» o «tiene que estar siempre localizable», salgo de la comisaría. Me encuentro con Cristina apoyada en el capó de un BMW y con los brazos en jarra. Sin decirme nada, me abre la puerta de atrás y se asegura de que estoy bien sentadita antes de subirse ella en el asiento del copiloto junto a un hombre muy atractivo de ojos verdes y pelo casi blanco.

—Samanta, es Valentino, un compañero de trabajo.

—Encantado, señora.

Me ruborizo al darme cuenta de que me ha conocido saliendo de una comisaría y no quiero ni pensar en lo que Cristina le habrá contado sobre mí. Seguro que le ha dicho que soy una loca borracha que anoche le robó el coche y lo estrelló contra uno de la policía.

—Ya me contó Cristina lo que le pasó. Siento lo que le hizo su marido. Es una canallada.

El acento de ese hombre me envuelve y me hace sentir bien. Solo había escuchado a los argentinos en las películas y tengo claro que en directo es mucho mejor. Además, es muy guapo y todo el coche huele a lo que parece ser una loción de afeitar muy masculina. Seguro que Cristina se acuesta con este tipo. La verdad es que me da algo de envidia, pero yo soy una mujer casad... ¡Uppppssss!

—Bueno, lo peor ha sido la noche en prisión y que ninguna de mis amigas se ha dignado a cogerme el teléfono.

—Bueno, para eso estaba Cristina —me dice el guaperas sin tener ni idea de lo que habla—. Es lo bueno de las amigas.

—Sí. De no haber sido por ella...

Veo cómo mi vecina me ignora y tan solo mira al frente. Supongo que debe estar enfadada por lo que he dicho sobre mi marido y ella aunque tampoco tengo claro que lo sepa. Quizá mi hermana le dijera algo en mi casa...

—Seguro que todo sale bien y recupera la plata.

¿Cómo le digo a este hombre que no hay forma de recuperar mi dinero porque nunca ha sido mío? Creo que lo mejor es asentir y hacer un sonidito para que él lo escuche desde el asiento del conductor. Parece que funciona porque se centra en la conducción y no vuelve a hacerme caso hasta que no llegamos a la puerta de mi casa. Aparca y se baja junto a Cristina que se

acerca a mí muy seria.

—Te devolveré hasta el último euro de la fianza.

—Más te vale —me suelta con tono frío. No es que esperara un abrazo o un par de besitos, pero, por lo menos, podía haber sido un poco más comprensiva y no amenazarme.

Me despido del argentino con un gesto de la mano y un «gracias» que casi no se escucha y me doy media vuelta para entrar en mi casa. Veo que la puerta de mi casa se abre y me encuentro con Jorge. Espero que salga corriendo a mis brazos para colmarme con todos esos besos que necesito, pero él se queda allí plantado con la vista puesta en Cristina y en su pareja. El argentino se inclina para besarla y ella tiene que girar la cara para no recibir un beso muy cerca de los labios. Mi niño es tan sensible que tuerce el gesto y pone cara de malas pulgas. Seguro que no le ha gustado que un hombre medio acose a una mujer, aunque tan solo sea su vecina. Es que Jorge es un cielo. Qué suerte va a tener la que consiga ganar su corazón.

—Hola, hijo —lo saludo en cuanto veo que el argentino se ha subido a su deportivo y Cristina se ha encaminado hacia su casa. Antes de entrar, mi vecina y salvadora se vuelve, mira hacia dónde estamos y sonrío. Al final no va a resultar tan mala. Hasta logra que mi hijo sonrío igual.

Bueno, subimos los escalones para entrar en nuestro chalé, pero, antes de cerrar la puerta, escucho un chistido tras unos setos y tanto Jorge como yo nos detenemos y miramos hacia allí. Nuestra sorpresa es mayúscula cuando al que vemos aparecer es a Tobías, con gesto cansado y una bolsa de deporte en una mano. Está muy demacrado y ya no sé si mandarlo a algún lugar donde no vuelva a verlo o abrirle las puertas de la que ha sido nuestra casa durante muchos años y donde hemos criado a nuestro querido hijo. Mi marido se acerca con paso titubeante y se detiene a los pies de la escalera. Deja caer la bolsa a sus pies y suspira.

—Hola, Samanta.

—Hola, Tobías.

Supongo que en estas situaciones se puede decir algo más, pero a mí no me sale. Tobías me ha hecho mucho daño y no puedo olvidarlo. No solo por lo de la niña de quince años y el dinero de la cuenta, sino por lo de acosar a Lina hasta el punto de ir a su casa a tocarse mientras ella... ella... Pues, eso.

—Tenemos que hablar.

En contra de todo lo que siento, le hago un gesto para que entre en la casa y me doy la vuelta pero me encuentro con Jorge, con los brazos en jarra y

cara de enfado, en mitad de la puerta.

—Aquí no vas a entrar nunca más. Lo que tengas que decir, lo dices en la puta calle.

—Hijo, es tu padre —le digo para intentar suavizar el ambiente ya de por sí caldeado.

—Lo sé y eso me jode más. Mi padre es un violador y un ladrón y no se merece pisar esta casa.

Tobías da un paso hacia el frente, sube el primero de los peldaños y se enfrenta a Jorge que no se amedrenta ni lo más mínimo.

—Tu madre tiene razón. Soy tu padre y tienes que obedecerme.

—Y una mierda. Lo de que seas mi padre no lo puedo remediar, pero lo de obedecerte...

—Jorge...

—Como des un paso más te echo a patadas.

Yo no puedo evitar echarme a llorar porque no soporto ver a Jorge comportarse de esa forma. Sé que su padre le ha hecho mucho daño, como a mí, y que nos ha fallado, pero es verdad que sigue siendo su padre.

—Hijo, deja pasar a tu padre.

—Ni de coña. Esta también es mi casa.

Tobías resopla y yo también. No me esperaba esta actitud de mi hijo, pero no puedo hacer gran cosa. No quiero enfrentarme a Jorge, aunque parece que Tobías sí. Mi marido sube los dos peldaños que le quedan para ponerse a la altura de Jorge e intenta empujarlo con todas sus fuerzas para tirarlo hacia el jardín, pero, para mi sorpresa y creo que también para la de su padre, mi niño reacciona con rapidez, se aparta ante el movimiento de su padre y lo empuja por encima de la barandilla. Al final, el que cae en el césped es Tobías que tarda unos segundos en ponerse en pie. Parece otra persona. Nunca lo había visto encolerizarse de esa forma y mucho menos con su hijo. Con violencia, arranca la rama de un árbol y rodea la barandilla para volver a encararse con su hijo.

—Te voy a dar lo que no te he dado en todos estos años —amenaza.

Jorge sonrío y le hace un gesto para que se acerque. Su padre obedece y se lanza de nuevo a por él con el palo en la mano. Antes de que se dé cuenta, la rama sale disparada por los aires de una patada y Jorge salta los tres escalones, agarra a Tobías por la pechera y levanta el puño. Intento gritar, pero no puedo hacerlo. Por suerte, mi hijo tiene más cerebro que su padre y baja el puño unos segundos después. Empuja a su padre y lo lanza contra una de las

farolas del jardín.

—Lárgate de aquí y no vuelvas nunca más.

Tobías agacha la cabeza, camina con pasos cortos y titubeantes hacia la acera y allí se vuelve. Ignora a nuestro hijo y clava su mirada en mí. Sonríe de una forma muy rara y hace que me estremezca.

—Me largo del país. Voy a empezar de nuevo en otro lugar.

¿Así que era eso? No quería pedirme perdón ni tan siquiera regresar a casa. Solo quería decirme que ya no le gusta esta vida y que necesita huir para empezar con otra... Un momento...

—¿Te vas solo?

—Sí. Me voy solo.

Supongo que podría desearle mucha suerte o que le vaya bonito como he oído en algún culebrón sudamericano, pero no me sale. Ahora casi me arrepiento de que mi hijo no le haya partido la cara, aunque digo lo de casi porque nadie se merece algo así.

—Bueno, pues nada...

—Hay algo más.

—¿Algo más?

—Sí.

Guarda silencio un instante y yo hago lo mismo. No sé si lo hace para darle un poco más de emoción a esta parte de la conversación, pero la verdad es que estoy empezando a sentir un sudor frío en la espalda que no me gusta nada de nada. Esto me huele mal y no tardo en confirmarlo.

—Necesito dinero. He vendido la casa.

—¿Perdón?

—Tenéis que iros.

Ahora lo del «casi» me sabe a nada porque lo que se merecía era recibir el puñetazo que mi hijo ha estado a punto de lanzarle a la cara. Mi marido, mi querido maridito, el indeseable de mi marido y padre de mi hijo nos acaba de dejar en la calle con una mano delante y otra detrás. Veo cómo Jorge aprieta los puños y tensa la espalda y tengo que agarrarlo del brazo para que no vuelva a lanzarse a por su padre.

—¿Y qué quieres que hagamos ahora? No tenemos nada.

—Puedes probar a trabajar. Seguro que es una experiencia para ti.

Tobías sonrío con cinismo y a mí me entran ganas de despellejarlo a pesar de que nunca he matado ni a una mosca. ¿Trabajar? No me da miedo aunque hace años que acabé la carrera y no tengo nada de experiencia porque

él fue el que me convenció para que me convirtiera en una perfecta madre y ama de casa. Lo malo es que la casa ya no nos pertenece y tenemos que dejarla en poco tiempo. No tengo dinero para alquilar nada y no creo que sea fácil encontrar trabajo a estas alturas de mi vida.

—Nos dejas en la calle. ¿Lo sabes?

—Podría decirte que eso me preocupa —me comenta Tobías al tiempo que se encoge de hombros—, pero la verdad es que me la pela bastante. Hasta ahora has sido una mantenida y este un malcriado. Ahora os toca buscaros la vida.

No puedo sujetar a Jorge, aunque lo intento. Salta los tres escalones y se abalanza sobre su padre que lo único que puede hacer es levantar los brazos e intentar protegerse de la que se le viene encima. Escucho unos pasos a mi derecha y veo llegar corriendo a Cristina que se acerca a Jorge y le pone la mano en el hombro mientras él está, de nuevo, dispuesto a golpear a su padre.

—Jorge, déjalo —le dice con mucha dulzura—. No te rebajes. El tiempo lo pondrá en su sitio.

—Este hijo de puta...

—Déjalo. Venga.

Mi hijo aprieta los dientes y noto la tensión en cada uno de sus músculos. Cristina aún mantiene la mano sobre su hombro y él, un segundo después, parece deshincharse como un globo. Abandona los brazos a los lados de su cuerpo y se deja caer de rodillas sobre el césped. Tobías aprovecha ese momento para agarrar la bolsa de deporte y a desaparecer de allí como alma que lleva el diablo. Supongo que debería ser yo la que ayudara a mi hijo a ponerse en pie, pero es mi vecina la que lo hace y tengo que agradecersele porque no tengo ni fuerzas. Una vez está en pie, Jorge aprieta los dientes y los tres entramos en la que ya no es nuestra casa. Yo atravieso la puerta que separa el vestíbulo del saloncito que hace las veces de despacho de Tobías y me siento en el sofá sin energías. Esto está siendo muy duro y ya no puedo más. Lo único que quiero es descansar y lo que menos necesito es que nadie venga hoy a molestar. Cristina le comenta algo a Jorge y me saluda con la mano. Veo que se dirige hacia la puerta pero no quiero que se vaya.

—¡Cristina!

Mi vecina y a la que yo creía mi enemiga entra en el saloncito y se sitúa frente a mí con las manos en los bolsillos. Esa actitud indiferente me gusta porque me hace sentir con los pies en la tierra. Ya estoy cansada de mi propia altivez y de siempre creerme mejor que los demás por tener dinero. Eso se

acabó.

—Dime.

—Quería darte las gracias... por todo.

Parece sorprendida, pero sonrío y era lo que yo necesitaba. Estoy agotada de pelearme con el mundo y de mostrar una dignidad que no me ha dado nada bueno.

—No tiene importancia.

—Las que yo creía mis amigas ni tan siquiera cogieron el teléfono y tú...

—No le des más vueltas. Llamaste desde la comisaría. Tampoco sabían que eras tú.

Sé que tiene razón, pero también sé que Lina conocía el hecho de que me habían arrestado y que no tiene secretos para Marisa por lo que cualquiera de ellas podía haberse acercado a la comisaría. No tengo por qué perdonarlas, pero la nueva Samanta piensa de otra forma y está cansada de tantas rencillas.

—Quizá tengas razón. Bueno, ahora que parece que somos amigas, me voy a tener que ir de aquí.

—¿Y eso?

—Tobías se ha largado con todo el dinero y ha vendido la casa. No tenemos nada.

—¿No tenías ganancias?

Niego con la cabeza y ella resopla indignada. Ahora seguro que me va a decir que soy una tonta por confiar en un hombre y la verdad es que me lo tengo merecido, aunque me duela.

—Algo se nos ocurrirá. Conozco a un abogado que quizá pueda hacer algo.

¡No me lo puedo creer! En lugar de echarme en cara mi estupidez y exceso de confianza, se ofrece para ayudarme. Mis ojos se humedecen y no puedo ni quiero hacer nada para evitarlo. En este preciso instante suena el timbre de la entrada y yo le hago un gesto a Jorge para que lo ignore. Pero, ante la insistencia de la persona que acaba de llegar a mi antiguo hogar, mi hijo deja el saloncito y abre la puerta. La voz que escucho es la de la última persona que ahora me apetece ver.

—Hola, hija.

Mi madre, al ver mis ojos llorosos, se acerca y se sienta en otro sofá muy cerca de donde estoy, pero sin entregarme ni la más mínima muestra de cariño o consuelo. Mi madre siempre será así, inoportuna, fría y egoísta.

—Hola, mamá. No has llegado en el mejor momento.

—Ya veo. ¿Qué ha pasado?

—Poca cosa.

Decido no contarle nada a esta mujer que siempre me ha ignorado y que, desde que nací, me ha tratado como a la hija de otra persona y no como a su hija. No quiero darle lástima a mi madre y que pueda reprochar mi actitud hacia Tobías.

—Papá ha estado aquí. Se larga con toda la pasta y nos ha comentado que ha vendido la casa. No tenemos nada.

Mi madre mira a Jorge sin cambiar su gesto, después me mira a mí y, en último lugar, desplaza su campo de visión hacia Cristina. Ella, como si comprendiera que mi madre es lo menos parecido a una madre, me hace un gesto con la mano y abandona el saloncito. Jorge la coge del brazo con cierta familiaridad que ahora ni tan siquiera me sorprende y me quedo allí, sola y compungida, con los ojos de mi madre clavados en los míos.

—No quiero que me eches la charla. Ya sé que he sido una estúpida y no necesito que me lo recuerdes.

—No te iba a decir nada.

Mi madre guarda silencio y yo hago lo mismo. Supongo que ambas nos sentimos incómodas y ella decide levantarse del sofá. Por un momento pensé en que su idea era marcharse, pero mi madre no es de las personas que te hacen una visita sin tener un motivo. Se acerca al armario de los licores, se sirve una generosa cantidad de whisky en un vaso bajo y se vuelve hacia mí con los ojos entrecerrados, pero con lo que a mí me recuerda a la sonrisa de un niño travieso.

—Hija, tenemos que hablar.

Lina, una bomba de azúcar y la cruda realidad

—Creo que no nos va a perdonar.

—Bastante tengo encima como para, además, hacer de niñera.

—No es eso, Lina, pero es que lo que está pasando Samanta...

No me lo puedo creer. ¿Lo que está pasando Samanta? ¿Y yo? Es verdad que ella se ha enterado de que su marido es un depravado y un vicioso y encima la ha dejado sin nada de pasta, pero todavía vive en un buen chalecito y tiene toda la vida por delante. Yo he descubierto que mi marido está enamorado de otra y que, casi con toda seguridad, se acuesta con su editora. ¿Quién lo está pasando peor? ¿Samanta o yo? Supongo que, si me parara a pensar un poco, acertaría con la respuesta, pero ya estoy cansada de que todos se aprovechen de mí y, además, piensen que tan solo soy un cacho de carne que se acuesta con cualquiera. ¡Vaaaale! Me acosté con Gerardo, pero eso no cuenta porque... porque... Bueno, no tengo ni idea, pero es que estoy hecha un lío porque Paco ni tan siquiera ha ido a dormir a casa y no quiero ni pensar en con quién habrá pasado la noche.

—Anda, vamos a ver cómo está, le pedimos disculpas por no haber ido a la comisaría y listo. —La verdad es que Marisa es un poco pesada en ocasiones, aunque no digo yo que no tenga razón.

—Es que no me apetece. Ya te he dicho que Paco no ha vuelto en toda la noche y no estoy de humor para pedirle perdón a Samanta.

—Lina, es nuestra amiga.

Agacho la cabeza y no me queda otra, al final, que darle la razón a Marisa. Aunque es un poco bruta, de vez en cuando piensa más que yo. Llegamos paseando hasta el chalé de Samanta y me detengo delante de la puerta sin tener muy claro si quiero entrar o no. Antes de que pueda decidir, la

puerta de la casa se abre y me encuentro de frente con Cristina y Jorge. ¿Qué hace esta aquí? ¿Ahora es la nueva amiguísima de Samanta?

—Hola, tías —nos saluda Jorge con una enorme sonrisa que no sé si va dirigida a nosotras o ya venía de serie gracias a la persona que lo acompaña.

—Hola, Jorge —responde Marisa tan sonriente como él—. Hola, Cristina. Veníamos a tomar un café con Samanta.

La vecina de nuestra amiga parece dudar un instante antes de responder y eso me pone de los nervios todavía más. ¿Acaso no se iba?

—Entonces, me quedo a tomar café con vosotras.

La veo dar la vuelta y volver a entrar en la casa de Samanta. Marisa entra detrás de ella y yo subo las escaleras con parsimonia. Me la encuentro esperándome en el vestíbulo y a mí me entran ganas de partirle la cara en varios trozos.

—¿Cómo estás?

—¿A ti qué te importa? —respondo sin poderlo evitar.

—Mira, Lina. Lo que pasó entre Fran... Paco y yo ocurrió en el pasado y allí debe quedarse. Yo no estoy interesada en él.

—No, claro, tú te tiras al hijo de Samanta.

Veo cómo Cristina endurece su rostro y cruza los brazos por delante del pecho en actitud defensiva.

—Lo que yo haga con mi vida es cosa mía.

—Cuándo se entere Samanta, y se enterará, te va a arrancar la piel a tiras.

—Eso también es cosa mía siempre y cuando no se lo cuentes tú.

La verdad es que podría seguir enfadada con ella, pero me ha dejado las cosas muy claras respecto a Paco y, no sé por qué, la creo. Además, me gustan las mujeres con carácter y ella me ha demostrado que lo tiene y con creces. Quizá pueda darle una segunda oportunidad, aunque ahora no es el momento. No digo nada más y entro en el saloncito donde me encuentro a la madre de Samanta que nos mira con aire reprobador.

—¿Esto qué es? —pregunta ella con malos modos—. ¿Una reunión del colegio?

—Mamá, son mis amigas. Lo que quieras contarme, lo puedes decir delante de ellas. Las cosas ya no pueden ir peor.

Ni tan siquiera tenemos que pedir perdón y Samanta ya nos ha llamado sus amigas. Está claro que ella es mucho mejor persona de lo que yo lo voy a ser jamás. Agacho la cabeza y pienso en mis cosas mientras la madre de mi

amiga comienza su discurso.

—Bueno, a mí me da igual. Para la que no lo sepa, Tobías, además de largarse con todo el dinero, ha vendido esta casa.

Ahogo un grito al igual que Marisa y la única que parece tranquila es Cristina, aunque me imagino que ya lo sabría. Jorge permanece impassible, pero con los dientes apretados.

—Mamá, eso no es nuevo. ¿Qué quieres contarme?

—Samanta, no seas impaciente.

Su madre se acerca al mueble bar con mucha tranquilidad y, por primera vez desde que la conozco, veo morderse las uñas a la señora manicura perfecta. Supongo que la situación da para eso y hasta para comerse las uñas de los pies.

—¿Samanta tiene que irse de la casa? —pregunta Marisa a riesgo de recibir una regañina por parte de la madre de nuestra amiga que la mira con el gesto torcido.

—El estúpido de Tobías le dio poderes a su abogado para que se encargara de la venta de la casa sin recordar que José María Yáñez también es mi abogado. De hecho, yo se lo presenté hace muchos años, pero ya veo que la memoria de tu marido es tan pequeña como lo debe de ser cierta parte de su cuerpo.

—¡Mamá!

—Bueno, a lo que iba. José María me llamó ayer para decirme que Tobías había puesto la casa en venta y yo hice lo único que podía hacer.

Miro a Samanta a la que le tiemblan las manos y después hago lo mismo con Marisa, Jorge y Cristina que se encuentran en silencio, pero con la vista puesta en la mujer elegante que bebe a sorbos su whisky.

—Pues sí, hija. He comprado esta casa y la he puesto a tu nombre. Ya no tienes que preocuparte por ese indeseable. Trabajaras en mi empresa y ganarás un sueldo. No quiero que vuelvas a depender de nadie.

¡Vaya sorpresa! La mujer dura y fría a la que tanto hemos criticado por ser lo menos parecido a una madre nos acaba de demostrar que no se puede juzgar a nadie hasta que los problemas te ponen en el punto de mira. Samanta se inclina y se echa a llorar con las manos en la cara. Jorge se arrodilla delante de ella y le hace carantoñas para que se sienta mejor. La abuela del niño y madre de Samanta apura el whisky, deja el vaso sobre la que fue la mesa del despacho de Tobías y se acerca a su hija. Tan solo le pone un dedo sobre el hombro, pero me imagino que con ese gesto le debe de demostrar

todo el amor que siente por ella, pero que no es capaz de entregar.

—Mamá, yo...

—No digas nada. Saca de donde tengas guardados los apuntes de la carrera porque mañana te quiero ver en el estudio.

La mujer sale de la casa y todos nos quedamos mirando a Samanta que ahora ha dejado de llorar y comienza a reír como una histérica. Ya no sé si es feliz o es que se ha vuelto loca.

—Oye, ¿a qué se dedica tu madre? —pregunta Marisa. Tantos años como amigas y ni sabemos eso ni lo que estudió Samanta.

—Mi madre tiene un estudio de arquitectura de interiores. Está especializada en decorar los chalés de los millonarios —explica Samanta al tiempo que se seca las lágrimas con un pañuelo que le ha tendido Cristina—. Voy a tener que desempolvar todos mis lápices.

—¿Tus lápices? —pregunto incrédula—. ¿Qué estudiaste?

—Arquitectura.

—¿Eres arquitecta?

Samanta se sonroja durante unos segundos y asiente con la cabeza gacha como si se avergonzara de tener un título de arquitectura debajo del brazo. ¡Joder! Yo acabé el instituto y poco más y me imagino que Marisa ni eso. Algo se remueve en mi interior y me doy cuenta de que mi vida es vacía e insustancial. Tan solo me he preocupado de buscar a un hombre que me pagara las tetas y que me fuera fiel. Poco más. Yo le he puesto los cuernos a Paco en varias ocasiones y, sin ningún motivo, lo he crucificado sin saber la verdad sobre su relación con esa editora. Creo que es hora de cambiar algo en mi vida.

—Bueno, yo tengo que irme. Me alegro mucho por ti, Samanta.

Me inclino hacia ella y le doy un par de besos. Hago lo mismo con Marisa y Jorge y, cuando paso al lado de Cristina, le tiendo la mano y ella la mira con las cejas levantadas. Es cierto que tarda un par de segundos, pero, al final, corresponde a mi saludo y con eso parece que enterramos el hacha de guerra.

Salgo del chalé que ahora es de Samanta y me dirijo hacia el centro comercial con las manos en los bolsillos y disfrutando del sol que acaricia mi rostro y me da cierto calor que agradezco. Llego al edificio grisáceo quince minutos después y, sin pararme a nada más, subo las escaleras mecánicas y entro en el gimnasio. Beny, el recepcionista cachitas, está detrás del mostrador y, como siempre, permanece con la cabeza gacha y tan solo la eleva al sentir

una respiración frente a él. En cuanto ve que soy yo, vuelve a agachar la cabeza para clavar su vista en unos papeles y pasa de mí.

—¿Está Gerardo?

El recepcionista menea la cabeza de lado a lado, pero continúa sin mirarme. Me estoy empezando a cabrear y cuando me cabreo no respondo.

—¿Dónde está?

—No tengo ni idea.

—¿Tú sabes dónde vive?

—Puede ser pero no te lo voy a decir. Yo no quiero líos

Estoy hasta las narices de tanto gilipollas. Está claro que Beni nos vio el otro día en la sala de Muai Thay y no quiere ningún follón con el nuevo dueño, pero a mí ya se me están hinchando los ovarios y lo único que quiero es acabar con esto de una puta vez. Rodeo el mostrador, agarro a Beni por uno de sus hombros y lo zarando. Él suelta un gritito más propio de una de las chicas de aeróbic que de un mozo de su tamaño y con esa cantidad de músculos, por muy gay que sea, y yo levanto el puño para que se acojone aún más.

—Gerardo vive en esta urbanización.

—¿Dónde?

—En un chalé en la calle de las Margaritas.

—¿En qué número?

—En el siete.

Suelto a Beni y él, nada más verse libre, salta por encima del mostrador y cruza la sala de pesas en dirección al vestuario masculino donde se esconde. Seguro que allí se siente seguro, pero, como ya he obtenido la información que necesito, lo dejo disfrutar de esa seguridad de mentira y salgo de gimnasio. Me detengo un instante delante del escaparate favorito de Marisa y miro todo lo allí expuesto. ¡A la mierda la línea y a la mierda el estar guapa para todos! Entro con decisión en la pastelería «Algodón de azúcar» y me planto frente a la barra esperando que me atienda una niña monísima con tal cuerpecín que es evidente que no debe de consumir nada de lo que allí venden.

—Buenos días. ¿Qué desea?

—Pueeeees, la verdad es que no tengo ni idea. No soy mucho de pastelerías.

La niña casi adolescente, rubita con sus dos trenzas, apoya los codos en el mostrador y me hace un gesto para que me aproxime a ella. Yo, sin saber muy bien por qué, obedezco como un perrito faldero y también apoyo los

codos en el mostrador. Miro de reojo hacia ambos lados, pero allí no hay nadie así que no entiendo demasiado a qué viene todo aquello.

—¿Mal de amores o desgracia familiar?

¿Esta de qué va? Entro en una pastelería a comprarme un simple bollo y me encuentro con una dependienta que parece un consultorio femenino de esos de la radio. Está loca si piensa que voy a decirle lo que me pasa.

—Verás, he descubierto que mi marido sigue enamorado de su novia de la universidad que ahora se ha mudado muy cerca de donde nosotros vivimos y que además escribió su primer libro, porque mi marido es escritor, y se lo dedicó a ella e incluso la portada lleva una foto de Calpe donde él la dejó embarazada, pero no te creas que siguió con ello porque abortó, pero lo peor de todo es que a mí me llevó de luna de miel a ese mismo pueblo cuando yo quería tomar el sol con las tetas al aire en Cuba. Y, además, el otro día lo vi zorreando con su editora que está muy buena, aunque yo me la imaginaba como un callo malayo y no como una tía a la que yo misma le haría un favor, pero que no soy lesbiana. Y mira tú que la ex de mi marido se ha liado con el hijo adolescente de mi mejor amiga y yo casi los pillo dale que te pego en el baño y no sé qué hacer porque yo quiero a mi marido, pero la verdad es que el otro día le hice una apaño al dueño del gimnasio y después me lo tiré en el baño del hotel de la presentación del libro de Paco, pero que estoy muy arrepentida, aunque disfruté mucho, y ahora me acabo de acordar de que él no se puso preservativo y no me he pensado en lo de la pastilla del día después y que vete a saber tú con la mala suerte que tengo y yo...

Me paro un instante para tomar aire, pero ya no me apetece seguir. Teniendo en cuenta que me negaba a contarle mi vida privada a una completa desconocida... La chica no se ha movido ni un milímetro. No sé si le ha interesado mucho lo que le he contado o le ha dado un ictus porque ni tan siquiera parpadea. Me acerco un poco más algo preocupada y ella se mueve en ese preciso instante y yo suelto un grito.

—Bueno, es mal de amores y un montón de cosas —comenta al tiempo que se marcha hacia la trastienda—. Necesitamos una bomba de azúcar.

Me quedo mirando hacia la puerta por la que la chica ha desaparecido y, para entretenerme, echo un rápido vistazo a todos esos dulces que tanto gustan a Marisa y decido que lo mejor será tomar una napolitana de chocolate como hace ella.

—¡Oye, niña! Me pones una napolitana y ya está. Eso es lo que más le gusta a una amiga.

La chica reaparece con una bandeja en una de sus manos y una gran sonrisa en los labios que hace que resalten sus enormes ojos azules. La verdad es que es muy mona y muy joven. No tiene mis tetas, pero tampoco las necesita y eso me hace sentir mayor, muuuuuy mayor.

—A ver, cada persona necesita algo distinto. Su amiga será feliz con su napolitana, pero usted necesita una bomba de azúcar.

—¿Y qué bollo es como una bomba de azúcar?

—Este.

La niña abre el papel que cubre la bandeja y pone delante de mí una especie de pelota de tenis que parece una mezcla entre una albóndiga y un donut. Es del mismo color que las rosquillas y también está recubierta con una costra de azúcar, pero lo que más me llama la atención es que es completamente redonda.

—Pruebe, pruebe.

Con reticencias, me llevo el bollo a la boca y lo muerdo con ganas. Lo de bomba de azúcar es una chorrada en comparación con lo que siento. Al sabor espectacular de la masa y el azúcar se suma el del relleno de chocolate que explota en mi boca y me hace gemir de placer. Por primera vez desde que la conozco, entiendo a Marisa con el tema de la bollería.

—¿*Fuanto ef?*

—Uno con cincuenta.

Saco dos monedas de mi mochila y se las doy a la chica con la alegría de quién sabe que está entregando un dinero bien gastado. Me doy media vuelta mientras saboreo cada bocado de la bomba de azúcar, pero, antes de abandonar la tienda, la joven dependiente me llama.

—¿Dime? —le pregunto esta vez con la boca vacía.

—Si quiere a su marido, no haga tonterías. El sexo no es más importante que el amor.

Salgo de la pastelería algo indignada porque una cría se atreva a darme consejos sobre lo que tengo y lo que no tengo que hacer con mi vida, pero, en cuanto le doy un nuevo bocado a la bomba de azúcar, mi mente se abre como una cortina y me doy cuenta de que ella tiene razón. He sido feliz en mi matrimonio, pero cuando peor lo he pasado es cuando le he puesto los cuernos a Paco. ¡Malditos remordimientos! Terminó la bomba de azúcar y tengo que resistir la tentación de volver a la pastelería a por otra porque tengo algo muy importante que hacer y no quiero perder el tiempo.

Salgo del centro comercial y me acerco a un enorme tablón donde hay

un mapa de la urbanización y donde puedes buscar cualquier calle en el listado que lo acompaña. Voy bajando el dedo hasta que veo el nombre de la calle de las Margaritas. Vuelvo al plano y coloco el índice en el cuadrante número cuatro y letra C buscando la calle. Cuando la encuentro, hago el recorrido con la vista desde donde aparece el punto rojo de «usted está aquí» hasta donde mi dedo señala la calle de Gerardo y memorizo la ruta. Me separo del tablón, busco el comienzo de la excursión y, una vez encontrada la calle, me pongo en marcha con el sabor agridulce de la mezcla del bollo con los remordimientos. Tan solo sé que tengo que acabar con esto y que tengo que hablar con Gerardo para decirle que todo ha sido un error y pedirle algo de discreción. También sé que podría contarle todo a Paco, pero si quiero arreglar lo nuestro no sería la mejor forma de hacerlo.

Recorro varias calles en las que nunca había estado hasta que me doy de frente con el cartel que anuncia el comienzo de la calle de las Margaritas y me detengo pensativa. Es ahora o nunca. O tomo la decisión de acudir al chalé de Gerardo, llamo a la puerta y hablo con él o bien me doy la vuelta y regreso a mi casa con el convencimiento de no haber hecho lo correcto. Además, hay otro asunto en el que no había pensado. Gerardo está casado con la editora de mi marido y cabe la posibilidad de que ella esté en casa y teniendo en cuenta cómo me porte ayer con ella en la presentación del libro de Paco... Tomo aire un par de veces y me lanzo a la piscina. Voy mirando hacia los dos lados y veo el chalé con el número uno en la puerta. En el lado contrario el chalé con el número dos y así sucesivamente hasta llegar al número cinco del lado derecho donde me detengo. Me alejo un poco y, nada más llegar a la altura del número siete, me escondo detrás de un coche para tomar aire y encontrar el valor necesario para hablar con Gerardo. Con todos esos pensamientos en la cabeza estoy cuando escucho una llave dar vueltas en una cerradura justo en la puerta del chalé que estoy contemplando. Me pongo en cuclillas detrás de una furgoneta con un rótulo de una empresa de albañilería y me asomo lo justo para ver aparecer en la puerta a la mujer de Gerardo y editora de mi marido con una bata sobre un pijama que parece de seda y del que tan solo puedo ver el pantalón. Está despeinada y parece recién levantada. Habla con alguien que aún está dentro del vestíbulo y yo tenso mi cuerpo porque me encuentro con que quizá sea ese el momento para hablar con Gerardo en cuanto abandone el chalé. Pero cual será mi sorpresa cuando el que sale por la puerta no es el dueño del gimnasio.

Paco le comenta algo a su editora y ambos se ríen. Ella le pone la mano

en el brazo con mucha familiaridad y yo creo que me voy a morir con el corazón *partío* como decía Alejandro Sanz. Esto sí que no me lo esperaba y creo que no voy a poder superarlo. ¿Así que esto es lo que se siente cuando te ponen los cuernos? El vacío en mi interior es tan grande que me cuesta hasta respirar y ya no puedo mantenerme en cuclillas por más tiempo. Apoyo mi espalda en el lateral de la furgoneta y me dejo caer hasta que mi culo toca la fría baldosa de la acera. Entonces sollozo y tengo que hacer un gran esfuerzo para no comenzar a llorar a grito pelado. Escucho cerrarse una puerta detrás de donde yo estoy y me incorporo para ver a Paco alejarse con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha como si meditara. Ha pasado la noche con Rebeca y no sé si podré superarlo. Me levanto del todo y me siento en el capó de un coche algo alejado del chalé de Gerardo para evitar que su mujer me vea. Un coche de buen tamaño dobla en la esquina y se dirige hacia donde yo me encuentro. Un poco antes de llegar escucho un chasquido a mis espaldas y, al volverme, veo que la puerta del garaje del chalé de mi amante se está abriendo. El todo terreno se detiene a mi altura y la ventanilla del conductor desciende. Gerardo me mira con gesto preocupado antes de voltear el rostro hacia su casa.

—¿Qué haces aquí? —pregunta muy seco.

—¿Quería hablar contigo?

—¿No te habrá visto mi mujer?

Sacudo la cabeza de lado a lado y él parece serenarse. Incluso sonrío y se permite el lujo de extender su brazo para tenderme su mano que yo ignoro. Me cruzo de brazos y pongo cara de malas pulgas.

—¿Eso es todo lo que te preocupas? ¿Si hablo o no hablo con tu mujer?

—Tengo una reputación. No quiero tonterías. Una aventura es una aventura, pero no quiero joder mi matrimonio.

¿Una aventura? ¿Eso es lo que soy para él? Mira que lo tenía claro en cuanto me enrollé con él, pero duele oírlo de boca de la otra persona. Es evidente que esto no ha sido más que una aventura y no debe significar nada más para ninguno de los dos, aunque Paco me haya puesto los cuernos con su editora.

—He venido para despedirme.

—¿Despedirte?

—Sí. Dejo las clases de Muai Thay y no quiero volver a verte.

Gerardo abre la boca supongo que para protestar y para intentar demostrar que su ego masculino está por encima de todo, pero no lo hace.

Supongo que él tiene la misma sensación que yo y hasta parece relajarse.

—Todo queda aquí entre nosotros. ¿Okey?

Asiento conforme porque los dos sabemos que tenemos mucho que perder. Él mueve el coche, pero, unos metros más allá, se detiene y se asoma por la ventanilla.

—No tienes por qué dejar el Muai Thay. Prometo no acosarte.

—La tentación es demasiado fuerte. Ya sabes, la mujer es fuego, el hombre estopa...

Y me marchó de allí con la sensación de que el diablo ha dejado de soplar entre nosotros dos y de que puedo intentar luchar por mi marido, aunque me haya engañado con su editora. Lo único que tengo que averiguar es si está enamorado de ella.

Marisa, una de yihadistas y la lata de anchoas

Esto es un sinvivir. Cada vez que está a punto de llegar Mariano, me entra una congoja que no puedo ni respirar. Al principio pensaba que eran gases, pero ahora me he dado cuenta de que esta sensación se llama caguitis y todo empezó la primera tarde que el cabrito de mi hijo Ezequiel me hizo chantaje delante de su padre.

—Paaaapa, ¿a qué no sabes dónde estaba la mama hoy?

—¿Dónde, hijo?

—Pueeeeeesssss...

Tuve que enganchar a mi hijo de la *jarapilla* para que no hablara más de la cuenta. Y menos mal que Mariano estaba viendo el partido del Madrid que si no...

—¿Qué quieres ahora?

—Quiero comprarle a Mónica unas flores.

—Eso es chantaje.

—¡Paaaaaapaaaaa!

—¿¡Queeeeeeeé!?

—Sssssssss. Vaaaaaaale. Tú ganas.

Y desde entonces, cada vez que la ricura de niño quiere algo, utiliza la información que tiene sobre mí para chantajearme. Si no me hubiera visto el sujetador en el bolso otro gallo cantaría. Lo malo es que, cada mediodía, me acojono en cuanto Mariano está a punto de llegar y hoy no es distinto. Hoy aparece un poquito más tarde porque los viernes hacen una chuletada en la obra, pero el café siempre le gusta tomarlo en casa. Para mi tranquilidad, toda la tribu está encerrada en las habitaciones liados con lo que hagan después de comer y yo aprovecho para zamparme una porción de pastel de miel que hice

ayer y que está de muerte. Lo malo es que me pasé con el almíbar y chorrea cosa mala. Justo cuando doy el primer bocado y el líquido espeso comienza a resbalar por mi barbilla, suena el timbre de la entrada y no tengo más remedio que acudir. En cuanto abro la puerta todo pasa a un segundo plano y las piernas comienzan a temblarme como si estuvieran hechas de flan de huevo.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con un trozo de pastel en la boca y el almíbar chorreando.

—Me dejaste en la habitación del hotel y te fuiste sin ninguna explicación.

—¿Qué querías? Estabas en pelotas y te había arreado un buen zurriagazo con el corcho del champán.

—Esa es la otra. Me despertó la recepcionista y yo estaba con todo al aire.

—No me calientes que no estoy de humor. ¿Qué quieres?

—Estoy escapando de los yihadistas. ¿Puedo pasar?

—Mi marido está a punto de llegar.

—Solo será hasta mañana. Tengo que despistarlos y no tengo adónde ir.

Roberto, guapo como un actor de cine y vestido de negro de los pies a la cabeza, se aproxima a mí y me da tal lametazo en la barbilla que no solo me limpia el almíbar si no que hace que la que tenga que limpiarse otra cosa sea yo.

—Estás loco.

—Loco por ti.

Creo que la única que está como una puta cabra en esta ocasión soy yo porque no solo me planteo darle refugio cuando Mariano está a punto de llegar, sino que pienso en unas cuantas cosas más que me gustaría hacer con él allí mismo, en la puerta de la entrada. Una vez en el vestíbulo, miro hacia las escaleras, pero veo que todo está tranquilo.

—¿Dónde puedo esconderme?

—¡Espera, coño, que estoy pensando!

Ya sé que no he sido la mujer más fina del mundo, pero es que tengo la cabeza hecha un lío y me cuesta un montón pensar en algo. ¿Dónde puedo esconder a este tipo durante un rato sin que Mariano lo encuentre? En el garaje es imposible porque, de vez en cuando, a Mariano le da por el bricolaje y la mezcla de un tipo guaperas escondido y un marido albañil con un serrucho en la mano no puede dar nada bueno. ¡Lo tengo! Si conseguimos llegar hasta el desván sin que nos vean los niños, ese puede ser un buen lugar.

—Sígueme.

Me pongo de puntillas para no hacer ruido, pero antes de llegar a las escaleras ya tengo los gemelos como dos bolas de billar y tengo que volver a mi posición original. Subimos las escaleras muy pegados; tanto que él, en cuanto tiene ocasión, me pone la mano en mi gran trasero y me lo estruja con fuerza. No puedo evitar soltar un grito más por la sorpresa que por el daño y, en cuanto veo la primera puerta abrirse, empujo a Roberto escaleras abajo y me chupo el dedo.

—Maaaaaama, ¿por qué gritas? —me pregunta mi Borjita con cara de preocupación.

—Me he pillado el dedo. Anda, cariño, sigue estudiando.

La puerta de la habitación se cierra y yo corro escaleras abajo para ayudar a mi James Bond particular que se retuerce de dolor junto al aparador de la entrada. Por lo que veo, para mí que se ha torcido el tobillo.

—¿Por qué me has empujado?

—Uno de mis hijos se ha asomado al pasillo.

Escucho cómo resopla y a puntito estoy de mandarlo a la mierda. Encima que me juego mi matrimonio por ayudarlo y se pone digno. Tampoco es que se haya roto la pierna. Subimos las escalera muy despacio para no hacer ruido y también porque él no es que pueda andar muy bien que digamos. Cuando logramos atravesar el pasillo que conduce a todas las habitaciones, respiro aliviada y, en el momento en el que entramos en el desván, mucho más. El último tramo de escaleras lo subimos con más tranquilidad. La verdad es que hace años que no entro en el desván porque siempre que hay que guardar algo allí es Ezequiel el que se encarga. De hecho, una cosa que siempre me ha extrañado, pero a lo que no he dado demasiada importancia es a su interés por ser el único en subir al desván. Ahora me explico por qué. No tengo ni idea de por dónde habrá entrado la niña, pero me encuentro a mi niño en calzoncillos enroscado al cuerpo adolescente de su novia Mónica, también en ropa interior. Por lo que puedo ver, Ezequiel ha montado una auténtica habitación de hotel con colchón, mesita de noche y velitas. Ella parece algo más comedida que él, pero mi hijo mayor no es que sea un pulpo sino que es una pulpería gallega enterita. Y eso por no hablar del traje de saliva que le está haciendo a la pobre criatura que no tiene más de catorce años. Si mi madre levantara la cabeza...

Pero no... La que levanta la cabeza es la novia de mi hijo y lanza tal grito que yo hago lo mismo y después Ezequiel, que lucha por tapar su desnudez. El único que permanece impassible es Roberto del que yo me había

olvidado en cuanto he visto el derroche de pasión de mi retoño.

—Maaaaaaama, ¿qué haces aquí?

—Eso debería preguntártelo yo a ti. ¿No estabas estudiando?

—Para mí que estaba estudiando anatomía.

Me giro hacia Roberto y lo fulmino con la mirada. Ahora no estoy yo para muchas gracias y mucho menos de las que tienen que ver con la virginidad de mi niño y de su novia. Me vuelvo de nuevo hacia la parejita y, por suerte para mis ojos, compruebo que la niña ya se ha vestido a toda prisa y que mi hijo, por lo menos, se ha puesto los pantalones.

—¿Qué hace ella aquí? —preguntó aunque ya conozco la respuesta.

—¿Y este tío quién es? ¿El del hotel?

Mi hijo me pregunta con tal chulería que me entran ganas de cruzarle la cara de un sopapo, pero lo peor de todo es que me ha vuelto a pillar, aunque esta vez no haya sido con el sujetador en el bolso. ¿Y ahora qué hago?

—¡Marisaaaaaaaaa!

—¡Mierda, mi marido!

—¡Mierda, papá!

Comienzo a temblar como una hoja al escuchar el vozarrón de Mariano y miro a mi hijo que parece temblar de la misma forma. Ambos nos miramos y nos encogemos de hombros. Mi hijo me extiende la mano como si fuéramos colegas.

—Yo no le digo nada de que tienes a este tío aquí.

—Y yo no le digo nada del picadero que te has montado.

Ambos chocamos las manos y yo le señalo el colchón a Roberto que asiente.

—Quédate aquí y no salgas hasta mañana.

—¿Y si tengo ganas de ir al baño?

—Pues te meas encima que no conoces a Mariano.

Mi hijo Ezequiel abre un armario que debe llevar ahí desde que nos mudamos y saca un orinal y una caja de galletas. Después aparta unas cajas de cartón y detrás de ellas me encuentro con que mi hijo esconde un frigorífico de esos pequeñitos.

—Hay refrescos, pero como se te ocurra tocar la botella de champán, te la meto por el culo.

—¡Ezequiel!

—¡Mamá, la tengo reservada!

—No te preocupes que no voy a tocar la botella de champán.

Tras la promesa que Roberto le hace a mi hijo, hacemos ademán de salir del desván, pero él me retiene por la muñeca, me atrae hacia su cuerpo pecador, me da un beso en los labios y me mete la lengua hasta las amígdalas. Yo recuerdo que mi hijo está ahí mirándome y actúo como haría cualquier mujer en mis circunstancias. Levanto la rodilla y le doy un ligero toque en sus partes a Roberto que se encoge y se queda algo pálido.

—Perdona, es que está mi hijo...

—Ya... ya... No te... Lo entiendo.

Salimos del desván y abandonamos a Roberto al que parece que le ha dejado de doler el tobillo después de mi rodillazo en los huevos. Una vez en el pasillo, detengo a la parejita y escucho.

—¡Marisaaaaaaaaa, ¿dónde están las anchoaaaaaas?!

—¡Ahora bajooooo! —Me vuelvo hacia mi hijo y este me escucha con atención—. Los dos a tu habitación y haced como que estáis liados con un trabajo. ¿Vale?

Para mi sorpresa, mi niño se acerca a mí y me da un beso en la mejilla. No hay nada como que te pillen con un desconocido en casa o liándote con tu novia para hacer las paces. A pesar de todo, me siento feliz y bajo las escaleras de dos en dos hasta que me tropiezo y decido volver al sistema tradicional de un escalón a cada paso. Llego a la cocina y me encuentro con Mariano de rodillas delante de un armarito, con toda la hucha al aire, buscando la dichosa lata de anchoas. Para qué coño querrá una lata de anchoas cuando siempre se toma un café.

—Quita que ahí no está.

Mientras Mariano lucha con su generosa panza para levantarse, yo me inclino para coger la lata de anchoas que, como suele pasar, está detrás de un millón de lata más. Antes de que me dé cuenta, tengo la falda a la altura de mis lorzos y las bragas en los tobillos, Supongo que lo que mi Mariano llama preliminares es quitarse el palillo de dientes de la boca porque, antes de que pueda decir algo, me la ha metido allí mismo sin importarle que alguno de los críos pueda bajar a coger algo de la cocina. Yo estoy más seca que la mojama, pero, con solo pensar que Roberto se esconde a unos pocos metros de donde estoy dale que te pego con mi marido, la naturaleza hace el resto y consigo hasta llegar al orgasmo un poquito antes de que los soldaditos de mi marido se lancen en busca de un séptimo cenutrio. Mariano, que es muy fino, se la limpia en un trapo de la cocina, se sube los calzoncillos y los pantalones y se marcha al salón con la lata de anchoas en una mano y un tenedor en la otra. Yo me

subo las bragas y me bajo la falda y me quedo allí con ganas de algo más y sin entender por qué ese día mi marido cambia el café por unas anchoas. A pesar del orgasmo, tengo tal calentón encima que no me lo pienso dos veces. Subo las escaleras con un ligero temblor de piernas y, cuando estoy pasando a la altura de la habitación de Ezequiel, la puerta se abre y mi hijo mayor asoma la cabeza.

—Maaaama, ¿dónde vas?

—Voy a... por a ver sí... es queeee...

—No hagas tonterías. No sé si ya te has liado con él, pero papá no se lo merece.

—No he hecho nada.

—Mejor. Yo sé que papá es un poco bruto, pero nos quiere y siempre se ha portado bien.

Me quedo callada y mis ojos se abren como platos. ¿Ese que me está dando consejos es mi hijo mayor? ¿El mismo que lleva varios días chantajeándome? No sé qué pensar. A lo mejor se está haciendo mayor...

—Me gusta oírte hablar así y que te preocupes tanto por nuestro matrimonio.

—No me gustaría que os divorciarais.

—No sabía que eso te afectara tanto.

—¡Toma! Los padres de Julián se han divorciado y se han largado de la urba. En cuanto Mónica cumpla los quince vamos a hacerlo. No quiero que nos tengamos que largar de aquí y me jodáis el polvo.

¡A tomar por culo cualquier amago de amor y comprensión familiar! Casi prefería cuando mi hijo me hacía chantaje, aunque, pensándolo bien, aquí lo único importante es que Mariano no se entere de que tengo a Roberto escondido en el desván. Hago caso del consejo de mi hijo mayor y vuelvo a bajar las escaleras para decirle a mi Mariano que lo quiero mucho y que me ha gustado mucho que me la haya metido sin avisar en la cocina. Antes de entrar en el salón ya escucho los ronquidos por lo que no me extraña lo más mínimo encontrarme a mi marido tumbado en el sofá, dormido y roncando como una morsa y con la lata de anchoas vacía sobre la barriga.

Pienso en Roberto y en el instante en el que entró en el baño del hotel con esa pedazo de tranca al aire y vuelvo a notar el mismo cosquilleo en la entrepierna. ¿Así que no puedo arriesgar mi matrimonio para que mi hijo pueda perder la virginidad con su novia de catorce años? ¡A la mierda! Vuelvo a subir las escaleras, pero ahora tengo mucho más cuidado al pasar a la altura

de las habitaciones de mis hijos. Entro en el desván y subo el último tramo de escaleras sin aliento, pero más caliente que una mona. Me asomo con mucho cuidado para poder ver a mi James Bond y deleitarme con el cuerpazo de escándalo que tiene, pero parece que él tiene cosas más importantes que hacer. ¡No puedo creerlo! El muy capullo también se ha dormido y está roncando como otro gorrino. Si no tenía bastante con un Mariano, ahora tengo dos. Refunfuño al verlo babear encima del colchón que utiliza mi hijo para sus escarceos amorosos y él parece escucharme porque se despierta de repente, mira hacia donde yo estoy con los ojos muy abiertos y se pone en cuclillas de un salto.

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, Marisa.

Debería haberme largado en cuanto lo he visto ahí roncando como una morsa del zoo, pero casi me ha dado pena. Lo malo es que me he quedado con las ganas de rematar la faena de mi marido. Me acerco a él, aunque no sé ni para qué lo hago.

—Lo siento. Estaba aquí... yo...

—Sé lo que estabas haciendo. Dormir y ya está. Por si no lo sabes, yo había subido para otra cosa...

—De haber sabido que ibas a venir...

—No te preocupes que mi marido ya me ha hecho un apaño en la cocina.

—¿En serio?

Veo la cara de desconcierto de Roberto y a mí me entran ganas de reír, pero no puedo hacerlo porque seguro que alguno de los chicos me escucharía. Creo que lo mejor será esperar a mañana y olvidarme de todo esto. Ha sido bonito, aunque, como bien ha dicho el egoísta de mi hijo, Mariano no se lo merece.

—Por cierto, ¿qué sabemos del coche?

—Hoy he llamado a los del seguro. Ya está todo arreglado.

—¡Ah! Bien. Bueno, te dejo. No hagas mucho ruido.

Me doy media vuelta y bajo las escaleras hacia la puerta del desván. Allí tomo aire algo cabreada y, en cuanto me siento algo mejor, salgo al pasillo y me encuentro con Ezequiel, en la puerta de su habitación con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Lo has hecho con él?

—No. Lo he hecho con tu padre.

—Mejor.

Paso a su lado y esta vez no hay ninguna muestra de cariño por su parte. Me hubiera gustado pero bueno... no se le pueden pedir peras al olmo.

—Maaaama...

Me doy la vuelta esperanzada.

—Dime, cariño.

—Dile al tipo ese que ronque un poco más bajo. Los conductos de ventilación están conectados en toda la casa.

Me pongo colorada como un pimiento morrón y bajo de nuevo al salón con una sensación no muy agradable en la boca del estómago. Creo que prefería lo del picorcillo en el chirri porque esto que siento ahora mismo no es divertido. Para mí que son los *jodíos* remordimientos. Rezo todo lo que sé para que los ronquidos de Roberto no hayan despertado a Mariano. Por suerte para mí y para el habitante del desván, los de mi marido se escuchan desde las escaleras. Entro en el salón y pongo la tele para ver *Saber y ganar*. Intento hacerme un hueco en el sofá grande pero Mariano lo ocupa en su totalidad. Me veo relegada a uno de los sillones pequeños y digo lo de pequeños porque sentarme no es complicado porque me dejo caer, pero lo de levantarme es otro cantar. Justo cuando he logrado apalancarme, suena el timbre de la puerta y no tengo más remedio que ponerme en pie de nuevo. Si Paulina estuviera aquí... Abro la puerta y me doy de bruces con un tipo raro donde los haya. Va vestido con una túnica que le llega hasta los tobillos y un turbante y lleva una de las manos metida debajo del sobaco como si llevara un arma escondida.

—Estoy buscando a un tipo alto y rubio que viste de negro.

El acento de ese tipo me recuerda a un humorista de la tele que imitaba a un árabe, pero este no tiene tanta gracia. Es evidente que es uno de esos yida... yisca... bueno, como se llamen. Los tipos esos que buscan a mi Roberto. Un momento, ¿desde cuándo ha pasado a ser MI Roberto?

—No he visto a nadie.

—Tenga cuidado. Es un hombre peligroso.

—No se preocupe que sé cuidar de mí misma.

—Bueno, voy a buscarlo porque no tiene ni papeles ni dinero. Ya es nuestro.

El árabe se larga y me deja allí en la puerta sin saber muy bien qué hacer o qué decir. Decir nada porque estoy sola, pero lo de pensar... No tiene ni papeles ni dinero. Es evidente que Roberto tiene que estar pasándolo mal y quizá pueda hacer algo para ayudarlo. Entro en mi casa de nuevo y subo otra vez al desván. Esta vez no me encuentro a Roberto roncando sino que está

tumbado en el colchón y trasteando en el teléfono móvil. En cuanto me ve se pone en pie de un salto.

—He escuchado el timbre. ¿Quién era?

—No quiero preocuparte, pero era un árabe y preguntaba por ti.

Roberto comienza a caminar de un lado a otro del desván muy nervioso y a mí me da pena. Su trabajo es muy arriesgado y tan solo cuenta con mi ayuda.

—Sabe que no tienes ni papeles ni dinero.

—¡Vaya! Eso no me lo esperaba. Lo he perdido todo. Si por lo menos tuviera algo de pasta...

—¿Cuánto necesitas?

—No lo sé. Tengo que buscar transporte y alojamiento en otro país. No me queda otra que irme lejos.

Roberto se acerca a mí y me abraza con fuerza. Esta vez me besa, pero no es un beso de esos con lengua sino que es algo más cariñoso como si realmente fuera un beso de despedida.

—Nunca te olvidaré —me dice con una voz y un sentimiento que parece un actor de cine de esos de películas ñoñas.

—¿Volveré a verte?

—Ten por seguro que sí. En cuanto pueda, volveré y te haré el amor apasionadamente.

La verdad es que no necesitaba tantos datos, pero lo de hacerme el amor me ha gustado y ha logrado que vuelva a sentir ese cosquilleo. Recuerdo las palabras de mi hijo sobre lo de Mariano y que no se merece que le ponga los cuernos y decido salir de allí sin mirar atrás.

Bajo las escaleras hasta la cocina y allí tomo una decisión. Cojo la cartera que siempre guardo encima de la nevera, salgo de mi casa y me pongo en marcha hacia el centro comercial con una única idea en la cabeza. Veinte minutos después llegó a la puerta del banco, situado junto al gimnasio, y me acerco al cajero automático. Quizá sea una locura, pero no me queda otra. No quiero engañar a Mariano, aunque Roberto necesita mi ayuda y tampoco es que fuera culpa suya lo de chocarse conmigo. No sé si otra hubiera hecho lo mismo, pero yo soy así. Meto la tarjeta de crédito en el cajero y saco el máximo que tiene Mariano permitido y que no es moco de pavo. Una vez he recuperado mi tarjeta, regreso a mi casa dando un paseo, con la imagen en la mente de Roberto roncando en el desván y con tres mil euros en el bolso.

Cris, un concierto y la pillada del siglo

—¿Te gustan esas mariconadas?

—No son mariconadas y no quiero que hables así.

—¿No eras tú la que quería que habláramos como amigas?

Lo peor de todo es que mi hija tiene razón, pero lo malo es que, ahora que se ha enterado de que voy a ir al concierto de Pablo Alborán, no hace más que meterse conmigo. Teniendo en cuenta que a ella le gustan grupos con nombres como Antiguo Régimen... El otro día, mi hija me puso una canción titulada «Anoche escupí azul» y con eso me lo dijo todo. Pero no es solo el hecho de que vaya a un concierto de ese cantante ñoño sino que he decidido ir con la persona con la que menos me imaginaba en un evento así y creo que a mi hija también le ha chirriado. Quizá ahora me sienta mejor con Marisa, pero no creo que le apetezca ir a un concierto y lo de Lina... eso es otro cantar.

El timbre de la puerta suena y Nerea es la que abre con cierta y extraña diligencia. Supongo que esperaría a otra persona teniendo en cuenta la cara que se le queda al ver a Marisa, con un bolso enorme colgando del brazo y una camiseta negra tan pequeña que parece que le cuesta hasta respirar.

—¿Lista para el concierto del yogurín ése?

—Se llama Pablo Alborán.

—Ya lo sé —me replica sin perder la sonrisa—. Lo he buscado en el *internet* y está como para chuparle hasta las durezas de los pies.

No puedo evitar poner cara de asco, pero no sé si es por la frase tan inspirada de Marisa o por su aspecto de morcilla de Burgos. Ahora me fijo en la camiseta que ha conseguido enfundarse y veo que en la pechera lleva escrito el nombre del cantante al que vamos a ver.

—¿Y esa camiseta?

—Me la ha dejado una compañera del gimnasio. A su hija le encanta este chico.

—¿Cuántos años tiene la niña?

—Es compañera de mi hijo Santi. Tiene doce años.

Ahora me explico porque parece una morcilla, pero lo que no me explico es cómo ha podido meter las ubres en la camiseta de una niña de doce años. Eso sí, como le dé por tirarle el sujetador a Pablo Alborán, nosotras acabamos en la comisaría y el pobre chico en el hospital descalabrado.

—Bueno, nos vamos ya.

Miro el reloj de la entrada y veo que queda una hora y media para el concierto por lo que decido que es buena hora para salir. Subo a la habitación de Nerea para despedirme de ella y me la encuentro tumbada en la cama refunfuñando.

—¿No tienes deberes?

—Mama, ¿todos los hombres son unos cerdos?

—¿Y eso a qué viene?

—Pues a que papá se largó después de ponerte los cuernos y Jorge me acaba de decir que no puede venir a estudiar porque ha quedado con una amiga para no sé qué.

Pienso en lo cruel que fue Nerea cuando dejó a Rubén por el que se supone que es mi amante de diecisiete años y no sé qué contestar. Y mucho menos porque me ha jodido escuchar que Jorge se ha ido a no sé qué con una amiga. ¿Será una amiga de esas con derecho a roce que ahora se lleva tanto? Una vez más siento que los celos me corroen por dentro y me da rabia porque estoy hablando de un crío que, además, es el hijo de mi vecina engañada y arruinada. Sí. La propia Samanta me contó todo lo que le había ocurrido con su marido y, de alguna forma, hicimos las paces. Supongo que también ayudó la botella y media de champán que se bebió antes de la presentación de la novela de Fran y que le hizo soltar la lengua. Bueno, la lengua y mucho más. Creo que debe ser la primera presentación de un libro en el que alguien del público vomita en mitad de la sala. ¿Y pensar que, en un principio, pensé en Samanta para que me acompañara al concierto? Quizá por eso la elegida ha sido Marisa. Ni tan siquiera pensé en Celeste porque no quiero mezclar mi vida privada con el trabajo. Tampoco me quedan amigas porque Alberto ya se encargó de que huyeran todas, pero ahora tengo una segunda oportunidad con Samanta y con Marisa. Lo de Lina es otro cantar y mejor ni hablo de ella.

—No todos los hombre son unos cerdos —le aclaro para que se sienta

mejor—. Mira Rubén.

—Cuando le dije que quería dejarlo, Rubén tardó menos de media hora en meterse en la cama de Sandra.

—¿Sandra? ¿Tu Sandra?

Nerea asiente con la cabeza y yo me quedo de piedra. Sandra es..., o mejor dicho, era la mejor amiga de Nerea y se conocen desde que iban juntas a primaria. No me lo esperaba de esa chica que parece una mosquita muerta en comparación con mi hija que me recuerda más a un moscardón.

—Bueno, no le des muchas vueltas. No todos los hombres son unos cerdos. Ya verás cómo encuentras a un hombre bueno cuando seas mayor.

—Pero yo quiero a Jorge.

¡La madre que...! ¿Es que mi hija no puede dejar en paz a Jorge? Ya es mala suerte con la de chicos que debe de haber en el instituto. Resoplo un par de veces para no contarle la verdad a mi hija y, tras darle un beso, salgo de la habitación y me reúno con Marisa que me espera junto a la puerta de la entrada con el rostro congestionado. Para mí que con esa camiseta no va a poder aguantar todo el concierto. Nos subimos en mi todo terreno y hacemos todo el trayecto en silencio, pero cantando las canciones de un cd que, para mi sorpresa, me ha regalado Marisa y que compró en cuanto se enteró de que tenía dos entradas y que había decidido invitarla. Ahora nos dejamos llevar y cantamos a voz en grito el Bulería de David Bisbal. Sí, aunque pueda parecer mentira, Marisa ha confundido a Pablo Alborán con Bisbal y, además, me ha regalado un cd del año catapún, pero lo que cuenta es la intención y a mí me da igual lo que cantemos mientras lo pasemos bien. Aparco el coche a tomar por saco del Palacio de los Deportes y nos acercamos dando un paseo porque llevamos tiempo. A mí ya empieza a mosquearme que haya tanta niña alrededor del Palacio y, cuando me encuentro en la cola para entrar, los genes de madre me sacuden con fuerza y me siento mayor. Muuuuuuy mayor. Yo creo que la media de edad de las niñas que acuden al concierto debe ser de unos catorce años y allí estamos las dos. Yo con mi pinta de maruja de extrarradio con mis vaqueros desteñidos y una camiseta de mis años mozos con la palabra Rosendo en el pecho y Marisa con su aspecto de morcilla y destrozando a voz en grito otra de las canciones de Bisbal que se ha aprendido para cantar en el concierto. ¡Vaya sorpresa se va a llevar! Después de casi media hora conseguimos entrar y cuál es mi sorpresa cuando veo que las entradas no son numeradas y que tenemos que pelearnos con todos esos sacos de hormonas para conseguir un sitio decente. Por suerte para mí y para desgracia de algunas

tiernas infantiles, Marisa se convierte en un Panzer de la Segunda Guerra Mundial y arremete contra unas cuantas crías que no tienen más remedio que dejarla pasar. Al final, acabamos pegadas a las vallas a unos tres metros del borde del escenario. Esto promete.

Una vez acomodadas en nuestro lugar, Marisa abre el bolso y saca dos bocadillos de tamaño enorme envueltos en papel de aluminio y dos latas de refresco. Yo alucino en colores y, al instante, me siento avergonzada y le comunico que no hemos venido a un partido de fútbol sino a un concierto. Ella se encoge de hombros, desenvuelve uno de los bocatas y le da un bocado que no se lo salta un gitano. Hasta mi pituitaria llega el delicioso aroma de la caballa y los pimientos y no puedo negarme a lo evidente. Son las nueve de la noche y tengo más hambre que el perro de un ciego. Sin pedirle permiso a mi compañera de correrías, meto la mano en su macro bolso y saco el otro bocadillo. Cuando Marisa ve cómo le doy el primer bocado, asiente conforme y continúa con el suyo. Tengo que reconocer que lo del bocadillo y la coca cola ha sido toda una experiencia. Me he dado cuenta de que las niñas delgaduchas que nos rodeaban miraban primero con asco, pero después se relamían como las que más. Ha sido un momento divertido. Hasta me he reído cuando Marisa ha eructado de tal manera que hasta dos tipos enormes de seguridad se han dado la vuelta y se han puesto a buscar al tiarrón culpable de ese sonido inmenso.

—¿Queda mucho? —me pregunta Marisa al tiempo que se limpia los morros con la manga de la camiseta—. Me duelen los pies.

Justo cuando estoy a punto de mirar el reloj, las luces del pabellón se apagan y en mitad del escenario aparece Pablo Alborán, vestido con unos vaqueros ajustados y con una camisa de color blanco y un pañuelo anudado al cuello. Se acerca al micrófono, saluda al público y comienza a cantar una de las canciones que más me gusta y que se llama «Tanto». Marisa me da un codazo y me hace un gesto para que me acerque.

—¿¡Quién es este tío!?

—¡Es Pablo Alborán!

—¿¡Quién!?

—¡Pablo Alborán!

—¡Aaaaaahhhh!

Veo de reojo que Marisa mira a un lado y a otro y parece algo desconcertada. Yo intento disfrutar de la canción, pero ella no me deja porque vuelve a darme otro codazo para que aproxime mi cabeza a la suya.

—¿¡Y Bisbal!?

—¡Marisa, mira tu camiseta!

Mi nueva y terca amiga inclina la cabeza hacia sus enormes pechos y tiene que tirar bien de la funda de morcilla para poder leer bien lo que en ella está escrito. Cuando ve el nombre del cantante que ahora actúa en el escenario se pone colorada y sonríe con nerviosismo.

—¡Se me ha ido la pinza!

—¡Un poquito, pero no pasa nada! ¡Ya verás cómo te gusta!

¡Y tanto que le gusta! Aunque no se sabe ninguna canción, las tararea y las inventa sobre la marcha. Cuando empieza a bailar moviendo los brazos de un lado a otro consigue abrir un círculo a nuestro alrededor y yo me siento en la gloria. Creo que ha sido una buena idea invitar a Marisa porque es una mujer que no se va a meter en líos de... ¡No me lo puedo creer! Un hombre de unos cuarenta y muchos o cincuenta años, vestido con un traje de color azul y guapo a rabiar se acerca a ella por detrás y comienza a mover las caderas con su... zona genital pegada al inmenso culo de mi amiga. Ella se da la vuelta escandalizada y, cuando ya me espero el tortazo que va a mandar a este tipo a la UVI, se acerca a él y le planta un beso en los labios con lengua que hasta a mí, que no me considero una puritana, me resulta asqueroso de tanta saliva que intercambian. Él se separa de ella para respirar, pero vuelven a enroscarse como dos anguilas. Un rato después, tras el consabido lote, se acercan a mí y Marisa vuelve a pegar sus labios a mi oreja.

—¡Este es Roberto! ¡Espero que sepas ser discreta!

La verdad es que no conozco a Mariano, pero, por lo poco que me ha hablado Marisa de él, debe ser uno de esos hombres con boina a roscachapa que no se anda con chiquitas. Y ya sabemos lo que dicen de que el culpable siempre es el mensajero. Le hago un gesto como de cerrarme una cremallera en los labios y vuelvo a centrarme en el concierto, aunque no puedo evitar observar que Marisa le entrega a ese tipo un sobre con un grosor considerable. He visto bastantes películas de policías con sus sobornos incluidos como para no saber que dentro de ese sobre hay un buen fajo de billetes. Bueno, esta mujer ya es jovencita y supongo que sabe lo que se hace. Yo intento centrarme en el concierto, pero no hay manera porque un instante después noto una mano en mi culo y me vuelvo para abofetear al listillo que resulta ser mi compañero de trabajo Rufino que parece que ha conseguido más entradas.

—¡Hola, guapa!

—¿¡Qué haces tú aquí!?

—Pues, ver el concierto igual que tú.

No puedo prohibirle ver el concierto y tampoco que se sitúe junto a mí. De hecho, él es el que tendría que haberme acompañado si yo no hubiera cogido las dos invitaciones. Le doy un voto de confianza y vuelvo a posar mi vista en Pablo Alborán que ahora acaba de coger una guitarra y se sienta en un taburete alto frente al micrófono.

—¡Aún recuerdo cuando grabé aquellos vídeos sentado en mi casa en aquel sofá blanco!

Escucho un millón de silbidos a mi alrededor y una mano en mi culo que intento ignorar aunque me cuesta.

—¡Vosotras sois las que me hicisteis triunfar! ¡Gracias, Madrid!

Pablo Alborán se arranca con la que es, sin duda, mi canción favorita de él y los primeros acordes de «Solamente tú» van acompañados de un buen estrujón en mi culo y de unos besitos en mi cuello. Le lanzo un codazo a Rufino que va a parar directamente a sus costillas. Me doy media vuelta y veo una mirada en sus ojos que no me gusta nada de nada. Ahora, lo que no me gusta es que Marisa haya conseguido un vacío existencial a nuestro alrededor porque Rufino tiene espacio para reaccionar. Mientras mi amiga está muy entretenida dándose el lote con ese Adonis que yo no conozco y del que no quiero saber nada por mi propia integridad, Rufino se lanza a por mí e intenta besarme en los labios. Pienso en gritar para ver si alguno de esos chicos enormes de seguridad me echa un cable, pero no hace falta. Un chaval jovencito pasa a mi lado como una saeta, se lanza a por mi agresor y le propina un buen puñetazo en la barbilla. Rufino no cae al suelo porque el golpe no ha sido certero y se lanza a por mi defensor que, ni corto ni perezoso, eleva su pierna aprovechando el espacio creado alrededor de Marisa y lanza una patada que, esta vez sí, impacta de lleno en el rostro de Rufino que cae al suelo cuán largo es. Se levanta tambaleándose, me mira con odio y con el labio partido y señala a mi caballero andante.

—¿¡Este loco quién es!?

—¡Soy su novio, gilipollas!

Jorge, aprovechando mi desconcierto, se inclina hacia mí y me planta un beso en los labios que esta vez no rechazo. Noto su lengua entrar en mi boca, pero sale casi al instante en el momento en el que dos gorilas de seguridad se lanzan sobre él y otros dos sobre Rufino. Antes de que nos demos cuenta, los han arrastrado fuera del Palacio de los Deportes y nosotras dos y la conquista de Marisa salimos con ellos. Una vez en la calle, Rufino se acerca a mí con el

dedo en alto y los ojos inyectados en sangre.

—Conseguiré que te despidan.

—¿Quién me va a despedir? ¿Tu mujer a la que seguro que le gustaría conocer esta historia?

—¡No tienes pruebas de nada, zorra!

—Mi amiga lo ha grabado con su móvil —le respondo con tranquilidad, aunque con unas ganas inmensas de clavar mi rodilla en su entrepierna.

Rufino se vuelve hacia Marisa y ella saca un artefacto de color negro del bolso que nos enseña a todos. Mi compañera de trabajo y marido de mi jefa gruñe con rabia y, tras lanzarle a Jorge una mirada cargada de odio, se sube al primer taxi que pasa por la calle y desaparece.

—¿Qué es eso? —le pregunto a Marisa que todavía mantiene en alto el supuesto teléfono móvil con el que ha grabado la escenita en el Palacio.

—Es la calculadora de mi hijo Cristian. Me he dejado el móvil en casa.

Intento aguantar la risa, pero, cuando veo cómo Marisa mira a Jorge, recuerdo que él me ha besado con lengua, que se ha autonombrado mi novio y que ella es una de las mejores amigas de su madre.

—Hola, Jorge.

—Hola, tía.

¡Vamos, no me jodas! Jorge, mi amante experimentado y tiarrón de culo prieto, baja la cabeza delante de Marisa y la llama «tía» como si realmente fueran parientes. Supongo que mi amistad con Samanta y el poco buen nombre que tengo en la urbanización están a punto de desintegrarse.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Marisa muy seria.

—Estaba en el concierto con una amiga y al ver a este tío con Cris...

Marisa lo mira con detenimiento y después vuelve su cabeza hacia mí. Todo el aspecto risueño y bondadoso ha desaparecido al comprobar que soy una asaltacunas.

—¿Estáis juntos?

—No sé. Yo...

—Sí. Cristina y yo somos novios.

La seguridad con la que ese chico dice que somos novios me da a entender que realmente lo somos y no sé qué pensar ni qué decir aunque es la propia Marisa la que lo dice todo con la amenaza que le lanza a mi nuevo novio.

—¿A ti te gustaría que tu madre se enterara de todo?

—Supongo que lo mismo que le gustaría al tío Mariano enterarse de

esto.

Jorge señala con un leve movimiento de la cabeza al apuesto acompañante de Marisa y ella se pone colorada al instante. Carraspea y asiente con conformidad. Para mi sorpresa y alivio parece que tía y sobrino ficticios han llegado a un acuerdo silencioso, pero me cuesta recuperar la tranquilidad absoluta. Ahora soy una mujer de cuarenta y tres años divorciada que se tira al hijo menor de edad de su vecina y que sufre el acoso de un compañero de trabajo que es el marido de mi jefa. ¡Esto es de locos!

Marisa se da la vuelta y, sin despedirse ni nada, se marcha cogida del brazo del tipo del traje azul. Antes de llegar a la primera esquina se da la vuelta y nos contempla por última vez. Como si le encantara el sado o los deportes de riesgo, Jorge se pega a mí como una lapa y me rodea por los hombros con su brazo. Si esto fuera una novela ñoña diría que me rodea con su fuerte brazo y que me mira con ojos enamorados y sonrisa Profiden, pero es que... todo es así. Este chico es perfecto. Bueno, casi perfecto. Solo tiene un pequeño defecto y es que es menor de edad. También que es el hijo de mi vecina que parece que quiere ser amiga mía o algo parecido. Vaaaale. Lo de que mi hija esté enamorada de Jorge tampoco es que ayude mucho. Ni lo de su padre, el supuesto violador o lo de su tía, el espíritu libre hippy que se entretiene besándome en los labios y amasándome las tetas. Muevo la cabeza de lado a lado e intento espantar la sensación de que voy en bicicleta cuesta abajo y sin frenos. Una vez, mi madre me dijo que una mujer solo tiene dos cosas que hacer en la vida que eran ser mujer y aprovecharse de los hombres. Yo no quiero hacer eso con Jorge, pero no me queda otra que reconocer que a nadie le amarga un dulce y este chico es un auténtico caramelito.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo? Yo te invito.

Lo miro con el ceño fruncido y él parece leerme la mente porque se encoge de hombros, saca la cartera del bolsillo de atrás de los pantalones ajustados y me enseña un fajo de billetes de cien euros.

—Ya sé que estás pensando en que mi madre y yo no tenemos ni un puto euro, pero no es así.

—Jorge, ¿de dónde has sacado ese dinero?

—Ahora pareces mi madre y no mi novia. Tengo unos ahorros.

Resoplo un par de veces y él se guarda la cartera, cruza los brazos por delante del pecho y me mira con cara de malas pulgas.

—Jorge, yo no puedo ser tu novia.

—¿Por qué no?

—Porque yo tengo cuarenta y tres años y tú diecisiete. Soy mayor que tu madre.

—Lo sé. Pero yo no me acuesto con ella sino contigo. Estás más buena que todas mis amigas juntas y además...

—¿Además?

—Me aburro con las chicas de mi edad. Pero tú eres distinta.

—Quizá porque yo soy una mujer y no una chica.

Jorge agacha la cabeza y se muestra pensativo. No sé si he sido muy dura con él, pero creo que es necesario que sepa que esto no es nada más que una serie de calentones y un enfriamiento de nuestros bajos instintos por medio de un par de polvos de calidad.

—Sé que eres una mujer y yo ya soy un hombre. En cuanto acabe bachillerato voy a dejar de estudiar. Tengo una idea en mente y, en cuanto cumpla los dieciocho, abriré mi empresa y me haré millonario.

¡Qué mono! Lo tiene muy pensado. La verdad es que lo de que deje los estudios no me hace mucha gracia porque pienso en mi hija y no me gustaría, pero me niego a pensar como si fuera su madre. Quiere abrir una empresa y parece tener las ideas muy claras.

—Quiero tener hijos. De momento uno y, si podemos, me encantaría un segundo. Un niño y una niña.

¿Si podemos! ¿Cómo que si podemos? ¿Me está diciendo que quiere tener hijos conmigo? Estoy alucinando en colores con este crío.

—Si quieres que nos casemos yo no tengo problema. Hablaré con mi madre y se lo contaré. Mi padre está fugado y es un capullo así que me da igual lo que diga.

Ahora sí que estoy flipando como si me hubiera fumado veinte porros seguidos. ¿Este chico me está pidiendo que me case con él y que sea la madre de sus dos hijos?

—A ver, Jorge. Creo que estás un poco confundido. Te he dicho que tengo cuarenta y tres años. Cuando tú tengas treinta años, yo tendré cincuenta y seis.

El chico tira de mí y me abraza con fuerza. Me da un beso tierno en los labios y después pone sus dos manos en mi culo. Me lo aprieta y parece sopesarlo. Noto cómo tiembla igual que un flan y rezo para que Jorge no quiera hacer lo mismo con mis lorzitas. Él tiene menos grasa en el cuerpo que una loncha de pavo y yo soy una mujer con las redondeces típicas de la edad y unas pequeñas patas de gallo y esas arruguitas de expresión que tanto gustan a

los hombres de mi edad, pero que deberían hacer huir a un chico como el hijo de Samanta. Él me mira con ojos de cordero a medio degollar justo antes de agarrarme una teta con una de las manos y estrujármela como un adolescente desesperado que de hecho es lo que es. Para mí que se está calentando allí en mitad de la calle. Lo sé porque no hace más que sobarme todo el cuerpo y, por si esa pista fuera poca, noto algo que se clava en mi vientre y que sé que no es el móvil.

—Dejemos para otro día lo de tomar algo. Vamos a tu casa.

No me lo pienso dos veces porque yo también me estoy calentando como él, aunque solo se me nota por los gemidos y porque comienzo a andar encogida y dando unos pasitos muy cortitos para intentar disimular que se me ha dado la vuelta el chirri solo de pensar en estar a solas con Jorge en mi casa y hacerlo en el salón, en la cocina, en el recibidor, en mi habitación y, si se tercia, en el garaje y hasta en la caseta de las herramientas. A mí me da igual y solo pienso en disfrutar con este chico que quiere casarse conmigo y tener un millón de hijos. Llegamos al lugar donde dejé el coche abrazados y acaramelados como una pareja convencional que no se llevan mil años de edad y, nada más subir a mi todo terreno, Jorge se lanza a por mis pechos y allí, en mitad de la calle, me arriesgo por primera vez en mi vida a que me detengan por escándalo público. ¡Este chico me está llevando a la perdición! Aunque ahora mismo me apetece consumir allí mismo en pleno centro de Madrid, consigo detener a mi Casanova y arranco a toda prisa. Creo que en las próximas semanas van a llegarme varias multas de tráfico, pero ahora mismo me da igual. Lo único que quiero es... vamos, está claro lo que ahora quiero y necesito.

Tan solo quince minutos después detengo mi coche frente a mi casa y ambos bajamos de un salto. Rodeo el todo terreno y Jorge me engancha por la cintura y me apoya con violencia y dulzura a la vez contra el vehículo. Antes de que me dé cuenta me ha metido la lengua hasta la campanilla y la mano hasta el lugar que ahora rivaliza con mi boca en humedad. El muy *jodio* me coge la mano con la suya libre y la lleva al bulto en sus pantalones que ahora parecen querer explotar.

—Pa...pa...para que estamos en la calle.

—Me... me da igual. Quiero hacerlo ahora mismo sobre el coche.

Yo me lo planteo durante un instante, pero desecho la idea sobre todo porque mi todo terreno recién reparado es de esos en plan militar y no tengo ni idea de cómo subirme al capó. Jorge me resuelve esa duda en cuanto me

agarra por la cintura y me sienta encima del motor que, por suerte para mí, está casi tan caliente como yo. El chico me desabrocha el pantalón y hace ademán de tirar de él y de mi tanga, pero yo lo detengo en un atisbo de cordura.

—Jorge, vamos dentro que nos van a ver.

—No sé si voy a poder aguantar.

Intento bajar del capó, aunque el chico me detiene y me coge en brazos. Comienza a caminar como si yo no pesara mis buenos cincuenta y muchos kilos. Ni tan siquiera se trastabilla cuando sube los dos peldaños que unen el jardín delantero con la entrada de mi casa. Saco las llaves del bolsillo de mi cazadora para abrir, pero antes de que pueda introducirlas en la cerradura me besa con pasión. Se deja llevar en ese gesto y, como siga así, voy a tener que ir a buscar la fregona, como decía una compañera de la facultad. Lo de este chico no es besar sino la respiración boca a boca porque me devuelve la vida y la juventud con solo un beso. Supongo que podría decirle que estoy muy cachonda y que quiero abrir la puerta para cepillármelo en mitad del vestíbulo, pero no hace falta porque lo que recibimos en un auténtico *coitus interruptus*.

—¡Mamá!

Mi hija, por primera vez en su vida, ha tenido la deferencia de abandonar su guarida para abrirme la puerta, cosa que no hacía ni cuando me veía cargada de paquetes. Me mira con ojos de loca y, acto seguido, atraviesa a Jorge con la mirada. No puede creer lo que ve y no la culpo porque yo tampoco termino de creérmelo. A mis cuarenta y tres años, me encuentro en brazos de un chaval de diecisiete frente a la puerta de mi casa y he sido pillada por mi hija adolescente. Creo que esto es algo así como el mundo al revés.

—¡Te odio, te odio, te odio!

Jorge me deja en el suelo y yo entro en casa detrás de mi hija que atraviesa el vestíbulo a la carrera. Intento pedirle perdón, pero ella, muy digna como siempre era su padre, se da la vuelta en la escalera y me señala con el dedo.

—Esto no te lo perdonaré en la vida.

Me quedo allí sola y abandonada. Bueno, sola no porque Jorge entra en el vestíbulo y, como si no fuera con él, me abraza por la espalda y comienza a darme besitos en el lóbulo de la oreja. Él no lo sabe, pero eso siempre me ha puesto a mil por hora y esa vez no es una excepción. Mi hija ha sufrido una gran decepción, supongo que por mi culpa, y yo hago lo que una madre decente

haría en una situación como esa. Hoy no toca hacerlo ni en el salón, ni en la cocina, ni en el dormitorio ni en ningún lugar de la casa. ¡Queda inaugurado el asiento de atrás de mi todo terreno!

Samanta, una cita espontánea y el retorno del fugitivo

—No sé cómo voy a poder pagarte lo que has hecho por mí.

—No lo he hecho solo por ti. También está mi nieto.

—Ya lo sé.

Supongo que podría cabrearme con mi madre por pensar más en su nieto que en su hija, pero ahora ni puedo ni quiero reprocharle nada después de lo que está haciendo por mí. No es solo que me haya podido quedar con la casa, sino que ahora está completamente pagada y puedo dedicar mi sueldo a otras cosas. Y no pienso en frivolidades como el gimnasio o un spa sino en pagar las facturas y en poder comprarle a mi niño alguna cosilla de vez en cuando. Eso es ser una buena madre y lo demás son tonterías.

—Mamá, ¿sabe todo esto Mariu?

—Por supuesto. Yo no tengo secretos para nadie.

Mi madre se estira todo lo que puede en uno de los sillones de la sala de reuniones en el despacho del notario que lleva los asuntos de mi madre. Allí nos encontramos reunidos el abogado del que a día de hoy es mi marido, el notario que va a dar fe de lo que allí se decida, mi madre como compradora del chalé y yo como propietaria.

—¿Y no se ha enfadado?

—¿Por qué se va a enfadar?

—Por comprarme el chalé y no dejar que te lo pague.

—¿Acaso te enfadaste tú cuando le di el dinero para abrir el taller ese donde trabaja?

Medito un instante la respuesta porque la situación de mi hermana y la mía no son comparables. Bueno, a decir verdad, no eran comparables, pero

ahora nos parecemos un poquito más. Ella es una hippy de pega a la que mi madre le dio dinero para montar un negocio y yo soy una especie de pija, como decían mis amigas, a la que su madre le compra el chalecito para que viva cómodamente. Cierto, no hay mucha diferencia entre Mariu y yo por lo que entiendo que ella no se haya enfadado.

—Bueno —comenta el notario con unos cuantos papeles delante de él —, creo que todo está claro y teniendo en cuenta que el mismo abogado representa a las dos partes...

—¿Podemos firmar entonces? —pregunta mi madre algo impaciente.

Es raro porque nunca había visto a mi madre comportarse de esa forma como si estuviera deseando marcharse de allí o tuviera prisa y lo que tuviera que hacer fuera de esos muros no pudiera esperar y le pareciera más importante.

—Claro que podemos firmar. El señor Yáñez lo hará en nombre del vendedor, usted como compradora y su hija como propietaria acorde a la cesión de patrimonio pactada.

No añadimos nada más porque está todo muy claro. Los tres firmamos en nuestro lugar correspondiente del documento y el notario da fe con su rúbrica y un sello de la notaría. Los papeles salen del despacho en manos de una secretaria que se encargará de registrarlos y yo respiro tranquila al sentir que mi vida vuelve a tener sentido, aunque no sea junto a Tobías. Mi madre se levanta como un resorte, se despide del notario y del abogado y abandona el despacho con ciertas prisas. Yo camino a su lado y, en cuanto llegamos a la puerta del ascensor, no puedo evitar preguntarle.

—Mamá, ¿tienes prisa?

—Pues, sí.

—¿Y eso?

—He quedado.

—¿Con quién?

—No es asunto tuyo.

Abro la boca para continuar el interrogatorio, pero no me hace falta porque, en cuanto se abre la puerta del elevador en la planta baja, mi madre se da de bruces con un hombre, de más o menos su edad, con el pelo blanco, traje de chaqueta de ese color y un pañuelo burdeos al cuello. Es la elegancia personificada y tan solo hay que verlo para darse cuenta de que es todo un caballero. Miro de reojo a mi madre y compruebo que se ha puesto colorada. El hombre toma su mano y yo espero lo que se tercia en una ocasión como esta

que es un beso de la mano de esos de película. Acierto en lo último porque sí que hay un beso de película, pero no precisamente en la mano. Antes de que mi madre pueda decir o hacer algo, el hombre se abalanza sobre ella y le da un beso en los labios de esos que llaman de tornillo. Intento no mirar, pero es algo hipnótico ver a tu madre intercambiar saliva con un tipo mientras no sabe dónde poner las manos y que, como era de esperar, acaban en el culo del hombre. Él tampoco es manco y se convierte en una especie de pulpo que no deja ningún centímetro del cuerpo de mi madre sin tocar.

Yo no sé qué hacer. Carraspeo para intentar recordarle a mi madre que estoy allí y que es del todo indecoroso enrollarse con un hombre delante de tu propia hija. Ni caso. Carraspeo una vez más, pero ellos siguen allí enganchados. Supongo que lo mejor será marcharse y buscar la explicación de mi madre en otro momento. Por si acaso, carraspeo una tercera vez y el hombre, sin dejar de hacer lo que está haciendo, mete su mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta, saca una cajita roja, la abre con una maestría espectacular y me la tiende. Yo pongo mi mano extendida debajo y sobre la palma caen dos pastillas Juanolas de esas de toda la vida. Aunque lo del carraspeo era para hacerme notar, me echo las dos pastillitas negras a la boca y salgo del portal con el convencimiento de haber perdido a mi madre. Da igual. Si ella es feliz...

Miro hacia un lado y al otro de la acera y no sé hacia dónde ir. Mi madre me ha dado permiso para faltar al trabajo todo el día y ahora me encuentro con que no tengo nada que hacer. Lo decido a «pitopito» y sale ganando la derecha por lo que comienzo a caminar hacia esa dirección sin rumbo fijo. Me entretengo mirando los escaparates y los carteles de los portales cuando uno de ellos llama mi atención.

—¡Anda! ¡Qué casualidad!

Sé que sonrío, pero no tengo muy claro por qué. Entro en el portal y espero la llegada del ascensor. Siento una presencia a mi lado y me giro unos centímetros para encontrarme con el fotógrafo ese de pelo clarito que apareció con Cristina en la comisaría. Lleva una cámara colgando del cuello y huele muy bien. Sé que no tiene nada que ver una cosa con la otra, pero es lo que más me llama la atención. Una vez llega el elevador, él me cede el paso y yo se lo agradezco con una inclinación de cabeza como manda el protocolo.

—Sé que la conozco de algo, pero no la ubico —me dice de repente. Podría mentir pero no me apetece.

—Soy la amiga de Cristina. La de la comisaría.

—¡Claro! Usted es una de sus amigas de la urbanización. Le va a encantar el artículo. Cristina escribe genial.

¿Artículo? ¿Qué artículo? No tengo ni idea de lo que me está hablando, pero me da igual porque me mira de una forma que hace que me derrita. Nunca había sentido algo así, aunque este hombre tiene una pinta de mujeriego que tira de espaldas y yo ahora no estoy para tonterías. En cuanto llegamos a la planta de la editorial, el fotógrafo abre la puerta del ascensor, me toma la mano y me la besa como yo imaginaba que iba a hacer la conquista de mi madre.

—Ha sido un verdadero e inquietante placer volver a verla, querida.

¿Inquietante placer? ¿Querida? Ya no sé si quiero entrar a ver a Cristina o me vale con la sensación de haber sido atravesada por una de las flechas de Cupido. Me quedo allí apoyada en la puerta del ascensor como una tonta hasta que escucho unos golpes detrás de mí y vuelvo al mundo de los vivos para encontrarme con Cristina que no es capaz de abrir la puerta del elevador porque yo estoy apoyada en ella.

—Hola, Samanta. ¿Qué sorpresa?

—Ya ves. Estaba aquí al lado firmando lo de la casa y he pensado en venir a verte.

—Pues me pillas un poco liada porque estoy ultimando el artículo del especial del mes que viene.

—Ese fotógrafo, el argentino, me acaba de hablar de ese artículo.

—¿En serio? —me pregunta Cristina con una ceja levantada—. ¿Y qué te ha dicho?

—Que me iba a encantar. Nada más.

Ella parece algo nerviosa, pero no sé si es por su trabajo o por mi presencia allí. Ahora me doy cuenta de que a lo mejor no ha sido buena idea hacerle una visita. Hago ademán de marcharme, pero ella parece meditar un instante y tira de mí. Las dos entramos en la editorial y me encuentro con una oficina como la de cualquier otra empresa. Lo único que la distingue de donde ahora trabajo es la ausencia de tableros de dibujo y la decoración. En las paredes del estudio de mi madre hay una gran cantidad de diseños de interiores y aquí hay portadas de revistas.

—Bienvenida a Glam&woman, donde los sueños se hacen realidad.

Cristina se acerca al fotógrafo argentino que ahora mira unas imágenes sentado frente a un ordenador y le comenta algo en voz baja. Él me mira de rojo y señala la pantalla de su ordenador. Mi vecina señala un par de imágenes

que desde donde estoy no puedo distinguir y niega con la cabeza. Acto y seguido le da una palmetada en el hombro al fotógrafo, se incorpora y se acerca a donde yo estoy esperando.

—Hoy tengo mucho lío, pero Valentino te va a enseñar esto. ¿Te importa?

Niego con la cabeza y lo vuelvo a hacer cuando veo al argentino ponerse en pie y dirigirse hacia mí con una sonrisa impresionante que hace que me derrita de nuevo.

—Bueno, parece que voy a ser tu acompañante.

Yo asiento como una tonta y él se comporta como un perfecto caballero. Me presenta a todos los empleados de la editorial, me lleva hasta el cuarto de la cafetera y acabamos nuestro tour por la oficina en la salita de las fotocopias donde él me arrincona y se empeña en enseñarme cómo funciona una simple fotocopidora.

—Ya vas a ver. *Dejame* tu mano.

Valentino me toma la mano y me la lleva hasta el cristal donde se colocan los papeles para fotocopiar. Yo suspiro y, aunque lo voy a negar siempre, comienzo a mover las caderas como si buscara algún contacto. Él, por suerte para mí, no parece darse cuenta y continúa con la labor de enseñarme cómo son mis manos en blanco y negro. Nos reímos un poquito y dejamos de hacerlo cuando él se pone detrás de mí, me toma las dos manos por la espalda y me las coloca sobre el cristal.

—Vas a ver qué bien quedan tus manos.

Y sucedió lo que tenía que suceder. Para poder poner mis manos en el lugar correcto no tenemos más remedio que inclinarnos hacia delante por lo que comienzo a notar cierta parte de su cuerpo justo donde la espalda pierde su casto nombre. Aunque mi Pepito Grillo me dicta la orden de «estate quieta», mis caderas responden en rebeldía y comienzan a moverse de lado a lado. Un instante después escucho un gemido muy cerca de mi oído y yo hago lo mismo. Valentino suelta una de mis manos y me gira con esa pequeña dosis de violencia que me gusta. Antes de que me dé cuenta estoy con una lengua metida en la boca, con una mano buscando el botón de mi pantalón y otra a la caza y captura del cierre de mi sostén. Pepito Grillo vuelve a alzar la voz, pero sin mucho éxito porque yo no hago nada por detenerlo y, por si eso fuera poco, mis manos comienzan a buscar una cremallera.

—¿Qué ocurre aquí?

Ambos nos detenemos y nos quedamos mirando a una chica bastante

jovencita que nos observa con los ojos muy abiertos desde la puerta de la sala de la fotocopiadora. Valentino, sin decir esta boca es mía, me coge de la mano y tira de mí con suavidad. Yo lo sigo y ambos pasamos delante de la joven, rodeamos la mesa de Cristina donde ella está enfrascada mirando unas fotografías y salimos de la editorial no sin antes coger su cámara de fotos. Me había parecido ver a Lina en una de esas imágenes, pero seguro que es cosa mía y mi cerebro me está traicionando tras lo ocurrido en la sala de la fotocopiadora. Valentino llama al ascensor y, una vez estamos dentro, se lanza de nuevo a por mí y yo me dejo hacer, por qué no decirlo. Salimos del elevador enroscados como lo estaban mi madre y aquel tipo y salimos del edificio para dirigirnos a una cafetería cercana donde Valentino me lleva a una mesa en un rincón bastante reservado.

—Quiero conocerte mejor —me dice, de repente.

—¿Y qué quieres saber?

—Todo. Lo quiero saber todo.

Yo pido un café con leche y él pide un vermú de la casa con gaseosa. Mira que por su aspecto pensaba que iba a pedir algo con más glamour, pero, cuando llega su vaso y se lo lleva a los labios, lo escucho gemir como si estuviéramos de nuevo junto a la fotocopiadora.

—Esto es delicioso.

—¿Un vermú con gaseosa?

—La felicidad es descubrir algo nuevo cada día y dejarnos llevar por ello. El otro día descubrí esta bebida y hoy a vos.

¿Me ha comparado con un vaso de vermú con gaseosa? Debería sentirme ofendida, pero no lo hago porque yo también estoy descubriendo que hay que sentirse feliz no por las cosas que ya tienes sino por las que la vida te va regalando. Hace unos días yo era una mujer triste, sola y arruinada y ahora tengo un chalé pagado, un trabajo que me gusta y acabo de sentirme como una mujer deseada por un tipo que le da diez mil vueltas a Tobías. Siento mis mejillas arder y el argentino, al verme de esa guisa, sonrío, me toma las manos entre las suyas y se las lleva a los labios donde las besa una y otra vez.

—*Contame* por qué fracasó tu matrimonio.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí. Tengo curiosidad.

—Pues, verás. Mi marido es cirujano plástico y fue acusado de violar a una niña de quince años. Yo pensaba que era mentira, pero él lo reconoció y también que estaba enamorado de otra mujer. Una de mis mejores amigas se lo

encontró en su dormitorio cuando él se estaba tocando mientras la observaba desnudarse. Por lo demás, se ha llevado todo el dinero de la cuenta y ha vendido la casa porque estaba a su nombre. Poco más.

Valentino permanece con la boca abierta y ha dejado de besarme las manos. Parece asustado y supongo que este es el momento en el que sale escopetado por la puerta de la cafetería y no vuelvo a verlo jamás. Para mi sorpresa, vuelve a besarme las manos y sus ojos recobran un tamaño de apertura bastante normalito.

—Ese tipo es un hijo de puta.

—No me gusta llamarlo así. Es el padre de mi hijo.

—*Perdoná*. Ese tipo es un padre hijo de puta.

Me echo a reír y él parece relajarse. Ríe conmigo y, por un instante, me siento muy a gusto. Justo el tiempo que tarda Valentino en coger su cámara de fotos, llevársela a los ojos y pulsar el botón. Yo, instintivamente, pongo la mano delante del objetivo y estropeo la fotografía.

—¿Qué haces? —pregunto con el ceño fruncido y la mano sobre la cámara.

—Sacarte unas fotos.

—¿Y eso para qué?

—Soy fotógrafo. Me gusta fotografiar las cosas lindas que tengo delante.

—Ya. Y yo voy y me lo creo.

Valentino deja la cámara sobre la mesa, me toma las manos de nuevo entre las suyas y se acerca a mí. Yo hago lo mismo y los dos quedamos con los codos apoyados sobre la mesa y tan cerca el uno del otro que puedo oler el ligero aroma a cerezas de su after-shave o de la colonia que utiliza y que me vuelve loca.

—*Podés* creerme o no, pero llevaba mucho tiempo esperando encontrarme una mujer como vos.

—La verdad es que no te creo —le replico negando con la cabeza—. No pareces el típico hombre que tenga problemas para relacionarse.

—No dije que tenga problemas para relacionarme, sino que no he encontrado una mujer que me llene y que me haga sentir que quiero mucho más de ella.

—¿Mucho más?

—Necesito conocerte. Contigo no me conformo con un simple polvo. Quiero mucho más.

¿Un simple polvo? No sé si la que se escandaliza soy yo o es mi Pepito

Grillo, pero algo en mi interior me grita que salga huyendo de allí y que me olvide de los hombres para siempre, aunque la mujer que llevo dentro y que todavía está viva, quiere algo más; quiere mucho más.

—Valentino, acabo de salir de una relación de muchos años y yo...

—No te preocupes. No estoy apurado. Solo quiero que me digas si *querés* conocerme un poco mejor.

Podría decir que no, pero le mentiría y, sobre todo, me mentiría a mí misma porque no es que me apetezca conocerle un poco mejor sino que quiero saberlo todo de él.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Muy en serio. *Confía* en mí.

Aunque todas mis alarmas internas me gritan que salga huyendo, necesito confiar en él y sentir que no todos los hombres son como mi marido. Valentino se pone en pie, rodea la mesa que nos separa y me da tal beso en la boca que tengo que apartarlo de un empujón para respirar.

—No había cogido aire —me disculpo y él se echa a reír.

Regresa a su sitio, toma la cámara de fotos y la coloca delante de sus ojos. Antes de apretar el botón, vuelve a bajarla, me mira como si me pidiera permiso y yo asiento conforme y comienzo a moverme sobre la silla como si fuera una modelo. Pasados unos minutos, me olvido de todo y me atrevo a ponerme de pie y a posar apoyada en la barra de la cafetería. El dueño de la tasca me mira, sonrío y vuelve a la charla sobre fútbol que mantiene con dos ancianetes adorables. Aunque parece que he roto con toda la timidez que siempre he sentido, me detengo un instante al escuchar la campanita de la puerta y mucho más al escuchar una voz que llevo oyendo desde hace muchos, muchos años.

—¡Ahora te portas como una guarra!

Me vuelvo hacia la puerta y me encuentro con Tobías, despeinado y con cara de loco, que me observa desde la puerta. Un instante después, saca una pistola que llevaba escondida debajo de la gabardina y apunta con ella a Valentino que, en lugar de encogerse como habría hecho yo o cualquier ser humano con dos dedos de frente, deja su cámara sobre la mesa y se estira todo lo que puede.

—¿Qué *querés* vos?

—A ti no te he preguntado, robaesposas.

—¿Así que vos *sos* el violador?

—¡Yo no he violado a nadie! ¡Me dijo que tenía dieciocho!

—Eso dicen todos los pederastas. No *sos* más que un cacho de mierda.

Pero, ¿este tío está loco? ¡Qué tiene un arma! No entiendo por qué le dice todas esas cosas. Yo siempre he tenido a Tobías por un tipo tranquilo y sosegado, pero ahora, con una pistola... no sé yo. Valentino da un par de pasos hacia mi marido y este levanta la pistola un poco más y aprieta la mano alrededor de ella.

—Como des un paso más, te reviento la cabeza.

—No te creo. Conozco a los tipos como vos. Solo *sos* un cobarde que cree que con una pistola va a poder superar lo del micro pene.

—¡Yo no tengo micro pene!

¿Qué le pasa a este argentino? Ahora sí que creo que está completamente loco y que está buscando que se lo carguen porque no lo entiendo. Ahora que había encontrado un hombre que me interesaba, resulta que es un suicida.

—¿Por qué no *dejás* la pistola y te vas?

—¡Cállate!

—Tu mujer ya no quiere nada con vos. Por si no lo *sabés*, está conmigo.

Lo dicho, este tipo es un suicida y ahora que veo a Tobías avanzar hacia él, tengo la certeza de que me he quedado compuesta y sin novio. Valentino no parece arrugarse y mucho menos cuando mira hacia la puerta de la cafetería y ve entrar en el local a varios agentes de policía que se lanzan sobre Tobías y lo desarman en menos que canta un gallo. ¡No me lo puedo creer! ¡Han detenido a mi marido delante de mis narices!

Aparece otra persona vestida de calle que se acerca hasta dónde estamos y nos pregunta por nuestra salud. Yo podría decirle que arrastro un catarro desde hace varios días, pero creo que se refiere a otra cosa.

—Llevamos varios días tras él —me anuncia mientras veo cómo se llevan a mi marido a rastras y él se retuerce y da patadas al aire y lloriquea como un niño pequeño.

Ahora que todo ha pasado, siento pena por él, pero tengo claro que jamás volvería a su lado. Me ha demostrado que está más para allá que para acá y yo no quiero a nadie así en mi vida. Una vez se va la policía con Tobías, me vuelvo hacia Valentino y él se deja caer en una de las sillas y resopla.

—¿Por qué has hecho eso? ¿Podría haberte disparado?

—Solo quería atraer su atención.

—¿Y eso para qué?

—Para que no te hiciera daño.

¡Oooooohhhhhh! No puedo creerlo. El fotógrafo argentino se ha jugado su propia vida por mí y apenas nos conocemos. Ahora sí que tengo claro que quiero conocerlo. Cojo su cámara de fotos y le saco una fotografía.

—¿Por qué *hacés* eso?

—Porque quiero recordar para siempre el momento en el que decidí que quería conocerte mucho más.

El argentino se pone en pie de un salto, me quita la cámara de fotos, me rodea con sus fuertes brazos y me besa con pasión pero con ternura. Me besa como hace mucho tiempo que nadie me besaba y yo siento que, por primera vez en mucho tiempo, no toda mi vida se basa en aparentar algo que no soy o en convertir mi existencia en algo insulso y sin personalidad. Quiero ser algo más y ahora creo que lo estoy consiguiendo. Tengo una casa pagada, una carrera profesional que acaba de empezar, pero que me encanta, un hijo que me adora y que es un cielo y un hombre que ha estado a punto de dar su vida por mí. ¡No hay nada que pueda estropear lo feliz que me siento!

—¡Anda, por allí viene Cristina! —exclama el argentino.

Me vuelvo hacia el escaparate y la sangre se me hiela en las venas.

—¿Ese chico que la agarra por la cintura no es Jorge?

Lina, un adolescente salido y la charla a pares

Debería habérmelo imaginado. Ya han pasado dos días desde que viera salir a Paco del chalé de su editora y no sé nada de él. Supongo que la habrá elegido y yo ya no tengo nada que hacer. ¡Qué triste! Una pasa por el quirófano para convertirse en una mujer deseable y la primera que llega te adelanta por la derecha y sin intermitente. Nunca me he considerado una mujer frívola como Samanta, pero ahora me doy miedito al pensar tan solo en las tetas que Paco me pagó. Me encuentro más sola que la una en mi casa sin saber bien qué hacer y con la sensación de haberlo perdido todo. He decidido sentarme en el sofá con una caja de bombones y una tarrina de helado mientras veo Mujeres Desesperadas e intento concienciarme de que la vida de ellas es peor que la mía, pero no hay forma.

Justo en el momento en el que una de las *protas* está a punto de besar al que ha sido su marido durante años y que ahora es ciego suena el timbre de la puerta y yo intento ignorarlo. Tarda en volver a sonar unos cinco segundos y, cuando suena una tercera vez, me incorporo en el sofá y lanzo un bombón al vestíbulo como si con ello pudiera conseguir que me dejaran en paz.

—¡No hay nadie! ¡Largo!

De haber sido el cartero o cualquiera de mis amigas seguro que hubiera funcionado y no tendría que haber aguantado un cuarto timbrazo que termina de cabrearme porque es especialmente insistente. Lanzo la caja de bombones al suelo, la tarrina de helado a la chimenea y me levanto de un salto. Corro hacia el vestíbulo y abro la puerta para mandar a tomar por culo al pesado que no hace más que apretar el timbre y me encuentro de frente con una pesada y un pesadito. La ex mujer de Paco me sonrío con una bolsa de deporte en la mano y el hijo adolescente de mi marido se entretiene con el móvil en la mano y un

dedo metido en la nariz y moviéndolo a todo trapo. ¡Coño! Qué ya tiene trece años como para andar buscando petróleo.

—Buenos días, Lina —me saluda la asquerosa de Angélica—. Tienes mal aspecto.

—Buenos días. Yo también me alegro de verte. ¿Qué quieres?

—Hoy es día quince. ¿Recuerdas?

Pues la verdad es que no recuerdo nada de nada. ¿Debería importarme que hoy fuera quince o treinta? Lo único que me importa es que mi marido se ha liado con su editora y yo estoy sola y abandonada. Como para preocuparme del día que es.

—Es la quincena de Paco. Tiene que quedarse con el niño.

Abro la boca para protestar, pero la muy zorra, sin dejar que yo comente nada, suelta la bolsa en el suelo, le da un beso al niño que se limpia con la manga y se larga en su deportivo último modelo comprado con la pasta que le sacó a Paco en el divorcio. Miro a Ramón, que así se llama el niño de los cojones, y descubro que él está más interesado en el escote de mi bata que ha comenzado a abrirse. ¡Será salido el macaco éste! Le pego una patada a la bolsa y la mando al vestíbulo. El chico entra detrás de mí, la coge con cierta desgana y, sin decir nada más, sube las escaleras y escucho cerrarse la puerta de su cuarto. Sí, el niño tiene su cuarto propio con una tele de un mogollón de pulgadas y una consola como para que no tenga que salir en toda la quincena que le corresponde a Paco, o mejor dicho, a nosotros dos.

Me siento agotada como si hubiera dado una clase de Muai Thay y sé que lo único que puede reconfortarme es un baño. Entro en mi habitación, cierro la puerta y, antes de desvestirme, abro los grifos de la enorme bañera que Paco mandó instalar en el baño en suite cuando nos casamos. Antes de regresar al cuarto echo unas sales y una bomba de esas de espuma. Me desvisto muy despacio, sentada en la cama y saboreando el momento, como siempre hago cuando me voy a dar un baño relajante. Abro el cajón de la mesita de noche y saco el último número de la revista Glam&woman que ahora no puedo evitar mirar de otra forma desde que sé que Cristina trabaja allí. De hecho, uno de los artículos que quiero leer es el que ella escribió el mes pasado y que se titulaba «El engaño, mal de nuestros días». Mira, ese hubiera sido un buen título para cualquier libro de Paco.

Regreso al cuarto de baño en pelotilla picada y, tras poner la revista encima del inodoro, me dejo acariciar por la espuma caliente de la bañera y experimento la sensación de recuperar algo de lo que ya creía perdido.

Suspiro de placer y cierro los ojos durante un buen rato. De hecho, casi desisto de la idea de leer el artículo de Cristina, aunque no puedo evitarlo. Abro por la página cincuenta y lo primero que veo es la fotografía de una pareja en plan de no te ajunto.

—Si el divorcio fue la lacra del siglo veinte, los llamados «cuernos» lo son en el siglo veintiuno. Ya nadie se molesta en separarse o divorciarse cuando la solución es tan sencilla como aprender a acallar esa vocecita interna que llamamos remordimientos. No es que no sepamos cómo afrontar un engaño, sino que no queremos hacerlo. En muchas ocasiones, el juego de la doble vida entra con fuerza en una existencia anodina que, de repente, se ve salpicada por una emoción no imaginada. En otras ocasiones, tan solo nos abandonamos a la desidia y no necesitamos quebrar esa paz con visitas a abogados o largos trámites burocráticos y legales. En definitiva, poner los cuernos y guardar silencio es más cómodo que contar la verdad...

Cierro la boca y me extraño porque a mí nunca me había gustado leer en voz alta, pero ahora me apetece escucharme. Quizá sea para no sentirme sola y pensar que alguien está a mi lado leyendo el artículo. ¡Qué triste! Qué bajo he caído. Ahora solo me falta crear un amigo imaginario y empezar a jugar con él a las casitas o a los médicos. Termino de leer el artículo y me sorprende porque me gusta mucho más de lo que podía haber esperado de algo escrito por mi enemiga Cristina. ¿Enemiga? Quizá sea el momento de hacer las paces y olvidar todo lo ocurrido en el pasado de lo que ella no tuvo ninguna culpa. De hecho, ya me ha dado explicaciones y debo considerar lo que me explicó en la casa de Samanta como una disculpa en toda regla. Con los dedos de los pies quito el tapón de la bañera y espero un ratito a que el agua vaya saliendo por el desagüe para ponerme en pie y comenzar a aclararme. Abro el grifo de la ducha y me echo agua calentita por encima y la dejo correr un rato disfrutando de cada sensación. Hasta pienso en lo gratificante que sería dirigir el chorro de agua hacia mi clítoris y dejar que la presión del líquido cumpla con su función excitante y placentera. Lo pienso durante un instante, pero, cuando casi estoy decidida, escucho un crujido al otro lado de la pared y recuerdo que no estoy sola en la casa y que un adolescente más salido que el pico de una mesa puede estar escuchando y no es plan de comenzar a gemir. Una vez he retirado toda la espuma de mi cuerpo, salgo de la bañera, tomo el bote de aceite corporal y me unto todo el cuerpo mientras me lo masajeo a conciencia. Como hago siempre y como me recomendó el marido de Samanta cuando me operó, me entretengo algo más en las tetas para conseguir esa

tersura y ese brillo que tanto me gusta. Cuando estoy dando vueltas con mis manos sobre los pezones me percato de un movimiento en la puerta entreabierto del baño. Hago como que me acerco a un armarito situado muy cerca y, cuando estoy a pocos centímetros de la puerta, extendiendo el brazo y la abro de un tirón. Me encuentro allí al hijo de Paco con los ojos muy abiertos, un curioso bulto en la entrepierna y, lo peor de todo, con el móvil en la mano y la aplicación de vídeo encendida.

—¿Qué haces? —le pregunto al tiempo que me pongo una toalla y él echa un último vistazo a mis gloriosas tetas.

—Quería preguntarte si podía coger una bolsa de patatas.

—¿Y por eso estás empalmado y grabándome con el móvil?

—Yo... yo...

Este chico me pone de los nervios. Ahora agacha la cabeza y se pone en plan tontito como si no fuera con él. Debo ser como un imán para los babosos. Tobías se mete en mi cuarto y se hace una paja mientras yo me masturbo y ahora el enano macaco me espía cuando me ducho. Pero, ¿qué les pasa a los hombres?

—¿Me vas a decir que no me estabas grabando?

—No te estaba grabando.

—¡Ah! ¿No! Trae acá el móvil.

El chico intenta guardárselo en el bolsillo del pantalón, pero, como si su propio comportamiento se volviera contra él, no lo consigue porque tiene una erección tan importante que ese bulto adolescente impide que el bolsillo pueda abrirse. Logro quitarle el móvil, aunque él comienza a lloriquear como una nena y abro la aplicación de vídeos. Lo primero que veo es el que acaba de grabar y donde se me ve en pelota picada y restregándome el aceite por todo el cuerpo. La verdad es que es bastante sensual y no me extraña que el chico se la quiera cascar viéndome. Borro el vídeo y, ya que estoy, sigo viendo la galería quizá por cotillear o quizá por ese sexto sentido que tenemos las mujeres y que nos avisa cuando algo no va bien. Hay muchas fotos de él con algún compañero del instituto, alguna de su madre con el noviete de turno y otra de chicas pilladas a escondidas en el patio o al salir de clase. Pero todo comienza a torcerse cuando empiezo a encontrarme vídeos donde la vista previa es la puerta de mi habitación. En uno de ellos estoy haciéndolo con Paco encima de la cama. A él casi no se le ve pero yo estoy cabalgando como una loca con el culo en pompa y las tetas de arriba abajo, pero sin saltar demasiado. Es lo que tiene la silicona. Miro a Ramoncito, como lo llama su

padre, y el chico se encoge al comprobar que he encontrado otra prueba del delito. Pero hay más. Otro vídeo en el que estoy tumbada encima de la cama jugando conmigo misma y con mi vibrador de color azul eléctrico. El *jodio* niño le dio bien al zoom y se me ve el chirri en todo su apogeo. Del baño encuentro algunos vídeos más y también en bikini en la piscina e incluso uno en el que me estoy cambiando en el vestuario que Paco mandó construir en el jardín. Esto es un documental en toda regla de mi cuerpo y de mis actividades sexuales. Cuando levanto la vista, Ramón está reculando y ya está a medio camino entre donde yo estoy y la puerta de la habitación. Hace ademán de echar a correr, pero yo soy más rápida y lo agarro por el cuello de la camiseta.

—¿Esto qué es?

—¡Devuélveme el móvil!

—Eres un gorrino. Me has estado grabando y seguro que te la has estado cascándotela viéndome.

—Yo no hago eso. Solo los alquilo.

Suelto al chico que resopla congestionado y al que se le caen las lágrimas ya no sé si por miedo o por rabia porque me mira como si yo fuera la culpable de todo esto. De un manotazo agarra el móvil e intenta abandonar mi cuarto, pero yo vuelvo a ser más rápida que él y de un puntapié cierro la puerta de mi habitación.

—Ahora me vas a decir qué haces con los vídeos.

—Ya te he dicho que los alquilo.

—Necesito algún dato más.

Ramón resopla y deja caer los hombros a los costados del cuerpo. Ese es un gesto genuino de su padre y con él ya sé que está vencido y que va a cantar como un pajarito.

—Alquilo los vídeos a los compañeros por un euro y también tengo un canal en internet.

—¡Un canal!

—Sí. Cuelgo los vídeos en una página porno y luego la gente te bota. ¡Oye! ¡Hemos llegado a estar en el puesto tres!

Y todavía me lo dice emocionado el muy cerdo. Resulta que en internet cualquiera me puede ver masturbándome con el chirri en primer plano o follando con mi marido y tengo que sentirme entusiasmada por estar en el puesto tres de una página guarra.

—Quiero que quites todos esos vídeos de internet y que borres los del móvil.

—Pero...

—Como no lo hagas, se lo diré a tu padre y no creo que a él le haga mucha gracia.

El chico agacha la cabeza y asiente con tristeza. Parece que le he jodido el negocio, pero ya podría vender galletas o ayudar a ancianitas para sacarse una pasta. ¡A mí me la pela lo que haga mientras no sea a mi consta! Ramón abre la puerta de la habitación y sale al pasillo. Un momento después vuelve a asomarse.

—Por cierto, ¿dónde está mi padre?

—Pues él está... está... está de viaje.

—¡Ah! Vale. ¿Y dónde ha ido?

—A Burgos.

—¿Y eso?

—Datos para una novela.

—¿Y cuándo volverá?

—Dentro de poco.

—¿Y yo no...?

Vuelvo a darle un puntapié a la puerta y la cierro en las narices del chico cansino y salido. ¡Vaya sorpresa! El hijo de Paco es un Tobías en potencia y yo sin enterarme. Lo peor de todo es que ahora me he convertido en una estrella del porno en internet sin comerlo ni beberlo. Resoplo con fuerza para intentar que se me pase la mala leche y me visto a toda prisa como si Ramoncito pudiera estar mirando o tuviera cámaras colocadas en nuestra habitación, cosa que no descarto. Compruebo que el chico está tranquilo en su habitación y bajo las escaleras. Como si estuviéramos coordinadas, en cuanto piso el vestíbulo de la entrada suena el timbre de la puerta y cuál es mi sorpresa cuando descubro a Cristina frente a mi casa.

—¿Puedo pasar?

Me aparto y ella comprende que le estoy franqueando el paso a mi casa. Entra y, nada más poner un pie en el vestíbulo, mira hacia todos los lados.

—¿No está Fran? Perdón, Paco. Es que no me acostumbro.

Esta vez no me molesta como lo llame porque tengo cosas más importantes en qué pensar y una de ellas es dónde estará mi marido. Otra de ella es para qué ha venido Cristina a mi casa y sé que lo mejor es preguntárselo.

—¿A qué has venido?

—Quería hablar con vosotros para aclarar las cosas.

—¿Con nosotros?

—Sí. Con Paco y contigo.

—Pues, llegas tarde. Hace un par de días vi a Paco salir de la casa de su editora. Ella estaba en pijama.

—¡Vaya! ¿Y no has hablado con él?

—No ha vuelto desde entonces.

Veo dudar a Cristina y no tengo ni idea de por qué. Tampoco sé lo que estará pensando, pero no tengo claro que quiera saberlo ni tampoco que me sentara bien escuchar su opinión. Como si me estuviera leyendo la mente, abre la boca y se lanza.

—Verás, cuando Paco y yo comenzamos a salir, a mí me daba miedo que se largara en cualquier momento con otra porque era un tipo con bastante éxito entre las chicas. Con el tiempo, me enseñó que los miedos los creamos nosotros y que no hay que preocuparse, sino ocuparse.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que cojas el toro por los cuernos y que vayas en su busca. Paco nunca te engañaría con otra.

Ahora parece que Cristina conoce mejor a mi marido que yo misma, pero tampoco me extraña mucho. Creo que en los años que llevamos casados, hemos mantenido dos o tres conversaciones trascendentales. El resto del tiempo lo hemos utilizado para nosotros mismos pero por separado. Creo que hemos perdido el tren de nuestra vida y ahora me arrepiento. No puedo evitarlo y una lagrimilla se asoma en uno de mis ojos, pero justo en ese momento suena el timbre de la puerta y me siento salvada.

—Hola, Lina. ¿Qué te pasa?

Marisa aparece en la puerta de mi casa con una bandeja llena de bollos de chocolate y yo me echo a llorar como una magdalena y no por todo ese derroche de bollería, sino porque me sentía sola y ahora tengo en mi casa a una de mis mejores amigas, a otra que podría llegar a serlo y a un macaco salido que me recuerda a mi marido. No sé si sentirme afortunada o desgraciada. Tengo la cabeza echa un lío.

—Paco me ha dejado.

—¿Qué hace ésta aquí? —pregunta con tono despectivo en cuanto ve a Cristina.

—Ha venido a hablar conmigo.

—Pues ten cuidado porque no es tan buena como parece.

La vecina de Samanta avanza hacia Marisa con los dientes apretados y

yo me coloco entre ellas dos para que no llegue la sangre al río. No sé qué les pasa, pero lo único que me faltaba es que se engancharan estas dos también.

—¿Qué os pasa? Pensaba que os llevabais bien. Hasta fuisteis al concierto juntas.

—¡Ya! El concierto... No me hables del concierto que se me suelta la lengua.

—¿A qué se me suelta a mí también?

Las dos vuelven a enfrentarse y a mí me cuesta mantenerlas separadas. Marisa me aparta de un manotazo y se planta frente a Cristina con los brazos en jarra.

—Si no hablo, me enveneno. —Mi amiga se vuelve hacia mí y señala a Cristina—. Aquí, la muy guarra, se ha liado con Jorge, el hijo de Samanta.

—Ya lo sé.

—Pues no sabes lo peor. Los vi en el con.... ¿Cómo que ya lo sabes?

—Sí. Los pillé hace unos días dale que te pego en el baño de Samanta.

La cara de Marisa es un poema. No sabe lo que hacer y eso es evidente. Cristina sonrío de medio lado y da un poquito de miedo como si fuera a asesinar a alguien. Da un paso al frente, se planta delante de mí y también pone los brazos en jarra.

—Me toca. Pille a Marisa dándose el lote con otro tío en el concierto.

—¿¡Cómo!?

—Pues, sí. Aquí, la puritana, se molesta porque yo pueda liarme con un chaval de diecisiete años, pero ella le pone los cuernos a su marido.

—¡Yo no me he acostado con Roberto!

—¿Se llama Roberto? —pregunto sin darle mucha importancia al tema de los cuernos—. ¿Cómo lo conociste?

Marisa, como si no hubiera ocurrido nada de lo pasado en el vestíbulo, nos coge a ambas de la mano, nos lleva hasta el salón y nos obliga a sentarnos en el sofá. Después le quita el plástico a la bandeja de los bollos y nos da uno a cada una de nosotras.

—Pues lo conocí porque tuvimos un accidente con el coche y él se ofreció a pagar la reparación. No os lo vais a creer. ¡Es un espía!

Durante un buen rato, Marisa se entretiene contándonos una historia espectacular sobre quedadas en un hotel, árabes peligrosos y no sé qué más. Al final, la más sosa de las tres es la que parece haber vivido la historia más bonita.

—¡Un momento, un momento! —exclama Cristina deteniendo la

explicación de Marisa—. ¿Sacaste tres mil euros del banco?

—Pues, claro. Roberto estaba en un apuro y necesitaba dinero.

—¿Eso es lo que había en el sobre que le diste en el concierto?

—Sí. ¿Por qué?

Cristina saca el móvil de su bolsillo y se pone a jugar con él mientras nosotras dos esperamos sin saber qué es lo que hace. Un par de minutos después, se pone a hablar en voz alta sin dejar de leer lo que pone en la pantalla de su teléfono.

—Se trata de una banda muy bien organizada. Su *modus operandi* es muy claro. Roban un coche de gran cilindrada y muy llamativo y provocan un accidente con una mujer adinerada a la que han vigilado con anterioridad. El sujeto se hace pasar por espía y embauca a la mujer a la que camela y, en cierta manera, seduce hasta el punto de lograr su total confianza. Pasados varios días y después de alguna que otra cita, el estafador miente una vez más y convence a la mujer de que está siendo perseguido y debe escapar para lo que necesita una buena cantidad de dinero.

Cristina se detiene y vuelve a mirar la pantalla de su móvil. Abre la boca para continuar con la lectura, pero, al ver la cara pálida de Marisa, decide no continuar.

—Yo no... le pagué la habitación del hotel y le he dado tres mil euros.

—Por no hablar de que tampoco va a pagar la reparación de tu coche. No sé cómo se lo vas a explicar a Mariano.

—Lina, no la martirices más.

Cristina se erige como salvadora de las causas perdidas y con razón porque no creo que Marisa necesite nada más para sentirse como una completa mierda. Ha estado a punto de ponerle los cuernos a su marido con un estafador que lo único que quería era sacarle el dinero.

—Mariano no tiene por qué enterarse.

—¿De qué no tiene que enterarse Mariano?

Las tres damos un salto y nos volvemos al escuchar la inconfundible voz masculina que nos llega desde el vestíbulo. Paco nos mira con el rostro cansado y la barba sin afeitar. Su aspecto es desaliñado y a mí me resulta más atractivo que nunca sin sus gafitas y con ese aspecto de no haber roto nunca un plato. Cristina se pone en pie de inmediato y le tiende la mano a Marisa para que haga lo mismo. Al final, va a resultar una buena amiga.

—Creo que es mejor que nos vayamos —dice con una sonrisa en los labios al tiempo que me guiña un ojo—. Hablad lo que tengáis que hablar.

Salen del saloncito y veo que Cristina, al pasar junto a Paco, le roza el brazo y le dice algo al oído. Mis celos vuelven a despertarse, pero intento apaciguarlos porque no creo que sea buena idea cabrear a Paco cuando lo que quiero es hablar con él tranquilamente. Una vez nos quedamos solos, mi marido entra en el salón y se sienta detrás de su mesa como si con ello quisiera poner una barrera entre nosotros dos. Yo me dejo caer en el sofá y tenso todo mi cuerpo.

—¿Cómo estás? —me pregunta con voz serena que hace que algo se me desmonte por dentro.

Me echo a llorar sin poderlo controlar y veo que él abre los ojos como platos y se relaja. Supongo que no se esperaba que yo me mostrara ante él como una mujer con sentimientos porque en estos últimos años me he portado como una mujer frívola y algo descocada. Bueno, la verdad es que me he portado como un putón verbenero. Lo reconozco.

—Yo no... pensaba que... Yo...

Sollozo un poco más y no porque piense que con ello voy a conseguir algo si no porque me sale de dentro. Me siento triste y los remordimientos me están matando. Tengo que contarle lo que pasó con Gerardo, pero no sé cómo hacerlo.

—Sé que te has liado con el marido de mi editora.

—Yo no...

Veo su cara y sé que no puedo ni debo mentir. Agacho la cabeza y asumo que la he cagado pero bien y espero todo lo que él tenga que decir sobre mí y sobre mi comportamiento. Pero no... Una vez más, Paco me demuestra que no le llego ni a la suela de los zapatos.

—Rebeca os vio entrar en el baño del hotel.

—Yo... lo siento... no...

—No quiero que me pidas perdón. Te he tenido muy abandonada todos estos años y te mentí respecto a Cristina. Todo este tiempo la he tenido idealizada y la he puesto por encima de ti como si la tuviera en un pedestal.

—Yo sé que estás enamorado de ella y que es la mujer de tu vida. — Agacho la cabeza y espero escuchar la cruda realidad.

—Eso es lo que yo había creído, pero al verla frente a mí... descubrí que todo había sido un espejismo y que tú eras la mujer de mi vida.

—Pero, yo te he engañado...

—Y, de alguna forma, yo también.

Agacho la cabeza una vez más sin saber qué pensar. ¿Esto significa que

hemos hecho las paces o significa que lo vamos a dejar, pero que seguiremos siendo amigos? Tampoco sé si él siente algo por su editora y necesito preguntarlo, aunque pueda cabrearse.

—¿Y Rebeca?

—¿Qué pasa con Rebeca?

—¿Te gusta?

Paco, por primera vez desde que entrara por la puerta de nuestra casa, sonrío y parece relajarse. Se levanta, se acerca a mí con pasos comedidos y me coge las manos.

—No hay nadie en mi vida. Solo tú. Creo que debemos empezar de nuevo sin mentiras y poniendo un poco más de nuestra parte. Yo te prometo luchar por nosotros. ¿Y tú?

Yo no puedo hablar porque siento un nudo en la garganta y las lágrimas ahora caen sobre la alfombra como una cascada. He dejado de ser la mujer fría y calculadora para convertirme en un trozo de gelatina llorón. Parece que mi reacción sirve como respuesta porque Paco me abraza e intenta serenarme con caricias en la espalda.

—He reservado una semana en un spa. Te va a encantar.

Me separo y lo abrazo con pasión, pero en ese instante pienso en que tenemos a un macaco salido en la planta superior.

—Tu hijo está arriba.

—¿Y qué hace aquí?

—Es tu quincena.

Paco sonrío y supongo que debe de ser por el hecho de haber acogido a su hijo a pesar de no estar él. Me abraza con fuerza y lo oigo suspirar. Todo está bien pero necesito saber algo más.

—No quiero que te enfades, pero...

—¿Pero?

—¿Qué te ha dicho Cristina en el vestíbulo?

Paco se separa y me mira con ojos tiernos. Yo pensaba que podía llegar a enfadarse por la pregunta, pero, en lugar de eso, sonrío y se muestra feliz.

—Que luchara por ti y que me dejara de gilipolleces.

Me siento en deuda con Cristina y no sé si algún día podré devolverle el favor pero, por lo menos, sé que tengo una nueva amiga y que puedo confiar en ella. Una amiga para siempre.

Cris, una fiesta de confraternización y toda la verdad

—¿Tú crees que es buena idea? A mi madre le va a dar un infarto.

—No tengo ni idea. Tampoco tengo claro lo nuestro porque me parece una locura y mira ahora...

Jorge se acerca a mí con la elegancia de un león y yo me siento una mujer veinte años más joven a pesar de que me encuentro en la cocina untando paté en unos panecillos con un delantal con el cuerpo de una mujer algo gordita en bikini. Ha sido un regalo del que parece que es ahora mi novio, pero no tengo muy claro qué significa. ¿Qué le gustan las mujeres rellenitas? ¿Qué yo lo soy y le gusto? Sea lo que sea, el delantal es feo de cojones, pero un regalo es un regalo.

—Pues yo había pensado invitar a alguna amiga del insti a la fiesta, pero no creo que a tu hija le hiciera mucha gracia.

—No seas malo. Nerea tiene que superar esto igual que superó lo de su padre.

—¿También le gustaba su padre?

—No seas bruto. Me refiero al divorcio. Ella adoraba a su padre y me echó la culpa de todo.

—¿La culpa de qué?

—De que su padre fuera un cabrón y que se largara con otra.

—¡Qué guay! Si algún día te pongo los cuernos, sabré que es culpa tuya.

Sin pensarlo dos veces, le lanzo una lata de paté a la cabeza, pero recuerdo que estoy con un chaval que hace dos días, como quién dice, estaba jugando al fútbol con sus amigos y tiene los reflejos intactos y no como los míos que ya soy una cuarentona. Me estremezco, aunque, casi al instante, se me quita la sensación de mujer mayor en cuanto Jorge me abraza por la espalda y

comienza a darme mordisquitos en el cuello.

—Oye, con el delantal estarías muy sexy.

—Ya estoy con el delantal.

—Me refiero a SOLO con el delantal.

Aprovecha que estoy con las manos ocupadas para meter las tuyas por debajo de mi jersey. También aprovecha que no llevo sujetador para amasarme las tetas como si fuera a hacer una pizza. Intento empujarlo con las caderas porque Nerea está en su habitación, pero él parece ponerse cachondo porque gime en cuanto nota el contacto y comienza a restregarse en mi trasero. Sus manos bajan hasta la cintura de mi pantalón y empieza a buscar el botón.

—No sigas que está Nerea en casa.

—Seguro que está estudiando. Ahora no puedo parar.

—Esto es una locura. Como baje y nos...

—¡Ya estáis otra vez igual! ¡Joder! ¡Qué asco!

Como yo había predicho, Nerea entra en la cocina, nos mira con desprecio y saca una bolsa de pan de molde de un armario. Saca de ella dos rebanadas y comienza a untarlas con crema de cacahuets. Jorge me suelta y se acerca a mi hija con pasos comedidos y tensión en el cuerpo.

—Oye, ¿no me vas a preparar un sándwich? —pregunta, pero sin aproximarse más como si quisiera dejar una zona de seguridad entre ellos dos.

—¿Y por qué tendría que hacerlo?

—Teniendo en cuenta que casi soy tu padrastro...

Ya le vale. Era de esperar. Mi hija se vuelve hacia Jorge con una rebanada en una mano y un cuchillo en la otra y reacciona de la mejor forma posible, teniendo en cuenta la mala leche del comentario de Jorge. Le lanza la rebanada de pan a la cabeza, pero él vuelve a demostrar que tiene unos reflejos magníficos y la coge al vuelo y le da un bocado. Nerea resopla, lanza el cuchillo al fregadero y, tras coger una bolsa de patatas de las que tenía para la fiesta, desaparece de la cocina.

—¡Oye, Nerea, ponte a estudiar que no quiero que nos llamen del instituto!

La mano de mi hija aparece junto al quicio de la puerta y, poco a poco, se van cerrando los dedos uno a uno hasta solo quedar extendido el corazón. El gesto de Nerea es muy claro y Jorge se echa a reír.

—¿Por qué te metes con ella?

—Es que todavía le debo algunas.

—¿Y eso?

—Ha comentado en todo el instituto que me estaba tirando a una mujer mayor.

Pongo cara de póker, pero después dejo que un gesto de mala leche se apodere de mi rostro. ¿Una mujer mayor? ¿Así que se está tirando a una mujer mayor? ¿Eso es lo que significa nuestra relación?

—¿Y tú qué has dicho? —pregunto con curiosidad y malas pulgas a partes iguales.

—Yo, nada. A los tíos les enseñé tu foto y les dije que eras mi novia.

—¿En serio?

—Sí. Se les caía la baba y ahora me llaman «el puto amo». A partir de ahora, tengo que quitarme a las tías de en medio.

¿¡Cómooooo!?! ¿Perdón? ¿Qué es eso de que se tiene que quitar a las tías de en medio? Pero, ¿hablamos de tías de esas con las tetas en su sitio, sin celulitis y con, pongamos, diecisiete añitos? Parece que ve mi cara congestionada porque se acerca a mí y me vuelve a abrazar mientras yo me esfuerzo por cortar las tortillas de patatas en cuadrados mínimamente parecidos.

—No te preocupes. Esas chicas son aburridas y con menos sustancia que una sopa de agua.

Debería de sentirme tranquila, pero no lo estoy. Jorge es un bollito tierno y jugoso y yo soy, más bien, como una empanada reseca que te deja un buen sabor de boca, pero que se te puede atascar en el gástrico. Por lo menos, lo veo así.

—No sé yo.

—Anda, ¿quieres que te ayude en algo o puedo volver a meterte mano?

—¡Que gracioso! Los invitados están a punto de llegar y necesito concentración.

Como si mi frase fuera un pistoletazo de salida, el asqueroso timbre de la puerta suena en toda la casa y yo me limpio las manos, me quito el delantal de la tía en bikini y salgo al vestíbulo. Los primeros en llegar son Marisa y Mariano, ella muy elegante con un traje de chaqueta de color blanco que realza su... sus... bueno, que hace que parezca aún más grande de lo que es. Mariano, por su parte, lleva camisa y un traje gris, pero lo más gracioso es que aparece con una corbata con la imagen de unos cerdos dale que te pego que seguro que es la sensación de la fiesta.

—¿Has visto la corbata? —me pregunta nada más estrecharme la mano y después de dejarme los dedos como unas chistorras. ¡Qué borrico es!—.

Mira, son unos gorrinos chiscando. Me la han regalado en la obra por mi cumpleaños.

—Hombre, felicidades. No lo sabía.

—¡Naaaaa, mujer! No te preocupes.

Entramos en el salón donde he preparado unas cuantas mesas con los aperitivos y Marisa, sin esperar a nadie más, se lanza a por las aceitunas y, sobre todo, a por las croquetas que yo misma he preparado esta mañana.

—¿Son congeladas? —me pregunta con la boca llena.

—¡Qué va! Las hemos hecho esta mañana.

—¿Te ha ayudado tu hija?

—No, bueno, yo...

¡Tocada y hundida nada más empezar el combate! Ya sé que Marisa nos vio juntos en el concierto y que se enfadó aunque todavía no sé muy bien por qué. También parece que, de alguna forma, hicimos las paces en la casa de Lina justo antes de que se reconciliara con Fran. Tengo que concienciarme. Hoy es el día en el que mi relación con Jorge va a salir a la luz. Y no es porque no le haya dado un millón de vueltas porque lo he hecho. Desde que él se declarara y me dijera que quería tener hijos conmigo y casarse y todas esas cosas que hacen los adultos, yo no hago más que pensar en los típicos miedos que se producen cuando existe esta diferencia de edad. ¿Cuándo me llegue la menopausia y mis hormonas comiencen a hacer de las suyas, Jorge se buscará a una más joven? ¿Cuándo comience a arrugarme como una pasa y Jorge sea un cachas cuarentón y buenorro, se buscará a una veinteañera con la piel como el mármol? No sé. Sigo pensando que esto es una locura y que no puede llegar a buen puerto, pero no se puede luchar contra el amor.

—¿Alguien quiere algo de beber? Hola, tíos.

Hablando del rey de Roma o del ruin o como se diga... Jorge se asoma por la puerta del salón y saluda con la mano. Se planta en mitad de la salita con una bandeja en la mano y un trapo colgando del brazo.

—Hoy seré yo su camarero. ¿Desean beber algo?

Mariano se acerca a su sobrino postizo y le da tal palmetazo en el hombro que logra que la bandeja salga volando y que el trapo acabe enroscado en una lámpara.

—¡Ay, rapaz! Qué listos que sois ahora los jóvenes. Te encamas con una madura *pa* que te enseñe y luego se la endiñas a cualquier cría de tu edad.

¡Será cabrón el Mariano de las narices! Así que, según él, yo soy una especie de curso intensivo de verano, pero lo bueno viene después.

—Tío, me imagino que eso es lo que haríais en el pueblo entre cabra y cabra, pero aquí, en la capital, todo es distinto.

Mariano suelta una carcajada y repite lo del palmetazo en la espalda, aunque esta vez Jorge lo ve venir y consigue esquivarlo a tiempo.

—¡Qué listo el *jodio* niño! —Mariano se vuelve y me mira—. Y *mu* lista tú que has *enganchao* a un buen *rapaciño*.

¿Y qué se le contesta a un hombre con la boina a roscachapa y del que su opinión te importa una mierda? Supongo que lo más sensato es hacer lo que hace el propio Jorge que no es otra cosa que darse media vuelta y salir del salón, pero lo malo es que yo soy la anfitriona. Lo que me salva es el timbre de la puerta que vuelve a sonar. Abro la puerta con alegría, aunque mi sonrisa desaparece al encontrarme de frente con la persona que menos deseo ver.

—Hola, me ha llamado Nerea. He quedado con ella para cenar.

Álvaro se planta frente a la puerta de mi casa con las manos en los bolsillos y no sé cómo reaccionar cuando lo evidente hubiera sido cerrar de un portazo y avisar a mi hija.

—¿Cómo estás? —pregunto por cortesía y poco más.

—Bien. Levantando cabeza. No es fácil para las personas de nuestra edad encontrar a alguien.

Ahora se me pone en plan pollo lastimero cuando hace unos días se la estaba metiendo a una cajera que había conocido en el supermercado y encima presumía delante de mí. Si no fuera porque yo soy una mujer con principios, llamaba a Jorge y...

—Cris, ¿dónde están las copas de vino?

Como por arte de magia y, sobre todo, como si hubiera escuchado mis pensamientos, aparece Jorge en el vestíbulo y se acerca a mí con su camiseta ceñida que le ayuda a marcar unos abdominales espectaculares y con unos pantalones ajustaditos que no digo yo el culo que le hace. En cuanto llega a mi altura, se planta a mi lado y mira a Álvaro en plan desafiante. Llegó mi momento.

—Jorge, este es mi exmarido. El padre de Nerea.

Tiende su mano y el padre de mi hija se la estrecha, pero sin saber muy bien a quién está saludando. Eso lo noto por la arruga en la frente que siempre se le pone cuando está pensando en algo o, simplemente, cuando no encuentra la respuesta a una pregunta.

—No sabía yo que la niña tuviera novio.

—No soy el novio de Nerea, sino de Cris.

La arruga reaparece en el entrecejo de Álvaro y veo que su rostro se congestiona intentando asimilar la noticia de que estoy con un niño que podría ser el novio formal de mi hija. Cuando consigue volver a hablar, su cara es un poema.

—Pero... pero... ¿cuántos años tiene? —me pregunta.

—No sé. Quince o dieciséis. Ni idea. —Me vuelvo hacia Jorge y le guiño un ojo—. ¿Cuántos años tienes?

—No, no. Tengo diecisiete. En muchas culturas, ya estaría casado y tendrías un montón de hijos, pero nosotros vamos a tener un par de ellos, como mucho. ¿A qué sí, cariño?

Yo le sigo la broma a Jorge y asiento aunque no estoy muy convencida de que esto último lo haya dicho en broma. Yo creo que se ha olvidado de que tengo cuarenta y tres años y que no creo que me dé tiempo a tener más de un hijo con él. ¡Un momento! ¿Me estoy planteando tener hijos con un chaval de diecisiete años y encima delante de mi ex? Creo que he perdido el norte, el sur, el este y el oeste.

Por suerte para Álvaro, que no sabe dónde meterse ni qué decir, Nerea aparece en el vestíbulo y, sin pedir permiso ni despedirse, sale de la casa y echa a correr hacia el coche de Álvaro que tan solo es capaz de decir adiós con un gesto de la mano. Una vez junto al coche, se vuelve hacia nosotros y nos lanza un último vistazo. Jorge, con muy mala leche, me agarra por la cintura y se despide de mi ex como si fuera una de las infantitas.

En cuanto el coche de Álvaro se pone en marcha, cierro la puerta y Jorge me empuja contra una pared, me pone la mano en una de mis tetas y me mete la lengua hasta la campanilla. Yo me caliento casi al instante, me olvido de todo y le agarro el culo con las dos manos. Ahí estamos en plan anguila cuando escucho carraspear junto a nosotros y recuerdo que no estamos solos.

—Perdón, solo quería un refresco —comenta Marisa con la vista puesta en el suelo.

—Ahora te lo traigo, tía.

Jorge le da un beso al pasar a su lado y yo intento desaparecer tras él en la cocina, pero mi compañera de conciertos me coge del brazo y me obliga a detenerme. Supongo que ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—Es un chico encantador. Has tenido mucha suerte y creo que él también.

¿Y ya está? ¿Éste es todo el enfrentamiento que voy a tener con Marisa?

Tanta preocupación para que, al final, se me ponga tierna. Marisa regresa al salón y el timbre estridente de la puerta vuelve a sonar. Son Lina y Fran, al que ahora tengo que llamar Paco si no quiero que me arranquen las amígdalas. Ella viste con un vestido de noche muy elegante, aunque nada provocativo y él se ha puesto un traje de chaqueta que no le pega ni con cola, pero con el que intenta no desentonar con la elegancia de su mujer.

—Oye, ¿es verdad que te has liado con el pequeño Jorge? —me pregunta nada más verme.

Lina nos mira con cierta desconfianza, pero yo quiero quitarle hierro al asunto por lo que contesto con total sinceridad.

—Pues, sí. Y nos va muy bien. Es un cielo.

—Es que estoy escribiendo un libro sobre las mujeres maduras que intentan echar una última cana al aire antes de... vamos, de...

—¿De secarnos como una mojava? —pregunta Lina muy en su línea.

—No iba a decir eso. Me refería al climaterio.

—Claaaaaaro. Como los hombres podéis follar hasta que os muráis.

—Eso tampoco es cierto porque hay estudios que demuestran que...

—Qué algunos hombre sois gilipollas.

Lina me coge del brazo indignada y me conduce al salón. Fran camina detrás de nosotras con la cabeza gacha y rumiando cada una de las palabras de su mujer que, como siempre, se ha comportado como la mujer sincera que es ahora.

—No le hagas caso —me aconseja.

—No pasa nada. Tengo que asumir que lo de estar con un chico de la edad de Jorge no es lo más normal del mundo.

—A mí me das envidia. Qué quieres que te diga.

—¿Envidia?

—Pues, sí. Estoy muy feliz con Paco y ahora mucho más, pero es que... lo de follar con un crío con las hormonas saliéndole por la punta del...

—¡Lina!

Mi nueva amiga se echa a reír y, cuando entra en el salón, lo hace acompañada por una carcajada. Mariano se acerca a Fran y le da un buen palmetazo en el hombro que casi lo descoyunta.

—¿De qué se ríe?

—Nada, cosas de mujeres.

—¡Ah! ¿Qué *tié* la regla?

Fran mira a Mariano de medio lado como si estuviera hablando con un

ser de otro planeta, pero el marido de Marisa no parece enterarse. Se gira hacia él y le muestra la corbata.

—¿Has visto? ¿Son gorrinos chiscando?

—Muyyyy... elegante.

—¿A qué sí? Eso es lo que le he dicho yo hoy a mi palomita. El hombre con corbata, a las zagalas mata.

—Muy profundo, sí señor.

Aunque la conversación entre Mariano y Fran es muy interesante, me alegro cuando vuelve a sonar la puerta y puedo abandonar la estancia, pero, en cuanto llego al vestíbulo, recuerdo que la verdadera razón de la fiesta es presentarnos como pareja en soledad y la que está al otro lado de la puerta es, sin ningún lugar a duda, la madre de Jorge.

—Hola, Samanta. ¡Qué sorpresa! Vienes acompañada.

—Pues, sí. Se empeñó en venir y bueno...

—Hola, jefa.

Mi vecina entra acompañada de Valentino, el fotógrafo argentino de pelo casi blanco y cuerpo de infarto y, en cuanto veo que van cogidos de la mano me alegro mucho por ellos dos y por mí también porque quizá con ello pueda desviar el centro de atención.

—¡Ha llegado Samanta! —exclamo desde la puerta del salón—. ¡Y viene acompañada!

La madre de Jorge presenta a Valentino a todos y veo cómo Marisa lo mira con cierta indiferencia, pero Lina lo devora con los ojos. Supongo que cada uno es como es y es difícil cambiar. Marisa salió escaldada y con tres mil trescientos euros menos de su relación furtiva con el estafador y Lina ha aprendido que cuando uno tiene una segunda oportunidad hay que agarrarse a ella como si fuera lo último que vas a hacer en la vida. Lo malo es que el refranero popular es muy sabio y aunque la mona se vista de seda...

—¿Alguien quiere tomar...?

Jorge entra en el salón con la bandeja en la mano y el trapo sobre el brazo, pero, cuando ve a su madre allí plantada, se detiene de repente y la mira con cierto temor.

—Hola, hijo. Te voy a presentar a Valentino.

Veo cómo Jorge mira al argentino con cierta desconfianza y después mira a su madre como si no le gustara lo que ve. Después vuelve a repetir la operación de mirar primero a uno y luego al otro. Deja la bandeja sobre una mesita y el trapo se lo echa al hombro antes de acercarse al fotógrafo.

—¿Tú vas a ser mi nuevo papá? —pregunta con una voz aniñada que me recuerda a la de un crío de cinco años.

—Yo no..., pero no..., aunque... *viste*, tu madre y yo...

—Es que yo quería mucho a mi papá y ahora que no está...

Jorge continúa con la voz aniñada y ahora agacha la cabeza y sorbe por la nariz como si estuviera haciendo pucheros. Valentino no sabe cómo reaccionar y hace amago de ponerle la mano en el hombro, pero después la retira. Mira a Samanta, aunque ella se encoge de hombros. Un instante después, Jorge estalla en una carcajada y los demás, algo más aliviados, lo acompañamos.

—Tenías que haberte visto la cara —le dice a Valentino al tiempo que le palmea el hombro con familiaridad.

Samanta, evidentemente enfadada por la broma, se acerca a mí y me coge del brazo. Para mi sorpresa, sonrío con mucha ternura y comienza a hablar con voz de cría pequeña.

—¿Tú vas a ser mi nueva hijita?

¿Perdón! ¿De qué va esto? ¿La nueva hijita de Samanta? No sé a qué viene, pero... ¡Un momento! ¡Lo sabe! Sabe que Jorge y yo estamos juntos y, aun así, le está poniendo un tinte de humor. ¡No puede ser!

—¿Sabes lo mío con...?

—¿Qué te estás acostando con mi hijo?

—¡Mamá!

Samanta levanta la mano y la extiende delante de su hijo que no tiene más remedio que callarse. Yo espero el rapapolvo porque sé que me lo tengo ganado por asalta cunas.

—Os vi el otro día junto a la editorial. En otras circunstancias, te hubiera arrancado hasta el último pelo, pero, después de lo que he vivido con Tobías...

—¿No te importa? —pregunto con cierta desconfianza y sin atreverme a tomármelo a broma.

—No es que no me importe es que ya no sé lo que está bien y lo que está mal. Yo pensaba que mi matrimonio era perfecto, pero era una farsa. Conocí a Valentino y pensé que era un ligón argentino, pero me trata como a una reina. Ya no sé qué pensar.

Jorge se acerca a su madre y le planta un beso en la mejilla que ella agradece como si llevara años sin darle uno. Parece que él lo va a tener más sencillo con el otro miembro de su familia monoparental que yo con Nerea.

¡Qué suerte! A mí me va a tocar seguir luchando con mi hija para que acepte mi relación con Jorge. Pero bueno, paso a paso, porque lo que acabamos de conseguir con Samanta, no tiene precio. Yo también me acerco a ella y la abrazo.

—Gracias por todo lo que has hecho por mí —me dice en un susurro y con los ojos llorosos—. De verdad.

—Anda, mujer. Cualquiera hubiera hecho lo mismo.

—Cualquiera no. Tienes mucha suerte con mi niño, pero creo que él también la tiene contigo.

Después de esa frase, todo queda dicho y Jorge desaparece para regresar con una bandeja con copas de champán y una botella. Antes de descorchar para celebrar una confraternización entre todos nosotros, decido que ese es un buen momento como cualquier otro para decir toda la verdad. Pido silencio y me erijo como la anfitriona que soy.

—Quiero contaros una cosa ahora que estamos todos reunidos. En mi editorial me encargaron un reportaje para las páginas centrales del especial del mes que viene.

—Pero, si ese es el artículo más importante... —explica Lina que, evidentemente, es una fiel seguidora de mi revista.

—Pues, sí. Es muy importante y mucho más para mí. Tras darle muchas vueltas, pensé en escribir sobre mujeres que viven con hombres con dinero y pensé en vosotras.

Me encojo para recibir todos los palos, pero ninguna de mis nuevas amigas reacciona. Jorge es algo más rápido que yo y, tras tomar unas pocas hojas de una mesita, las va repartiendo. Ya veo que ha querido aprovechar el factor sorpresa para atacar.

—Éste es el artículo.

Marisa saca las gafas del bolso y se las pone. Los demás comienzan a leer e incluso Fran se permite el lujo de hacerlo en voz alta.

—Mujeres que viven el día a día con las preocupaciones típicas de quien sabe que no tiene nada que perder. Mujeres que se dejan mantener, pero que podrían dar mucho más. Mujeres que son la sangre de nuestro país y el espíritu que nos acompañó en el franquismo.

Continúa leyendo y yo aguanto la respiración hasta que termina de leer. En cuanto guarda silencio, me encojo de nuevo y espero las reacciones. Lina es la primera en acercarse y, para mi sorpresa, se lanza a mi cuello y me abraza.

—¡Me encanta! Y salgo en una de las fotografías.

Los demás me felicitan y me abrazan en incluso Marisa me da las gracias por pensar en ella para el especial del mes que viene. Samanta me mira con orgullo y Mariano sigue comiendo croquetas. Valentino me guiña un ojo y Jorge me da un beso en los labios.

—Ni tan siquiera se han dado cuenta de que las has llamado marujas mantenidas —me dice Fran en voz baja en cuanto tiene oportunidad.

Me encojo de hombros y dejo que Jorge me abrace delante de todos los demás. Después de un divorcio traumático y una mudanza bastante ajetreada, estar delante de mis nuevos amigos con una pareja que me adora, aunque tenga la edad de mi hija, significa mucho para mí. Me siento feliz y llena a rebosar de energía.

—Esta noche vamos a por el niño.

Le doy un codazo a Jorge en las costillas y se echa a reír. Estoy loca por él y es evidente que él también por mí, pero nos queda mucho por andar juntos antes de cometer cualquier locura. No se me puede olvidar que tengo cuarenta y tres años y él solo diecisiete. Pero, soy feliz.

—Por cierto, —comenta Fran con la vista puesta en el artículo—, ¿ya tienes título para el reportaje?

Miro a Jorge de reojo y lo atraigo aún más hacia mí para sentirlo cerquita. Estoy orgullosa de él y estoy orgullosa de mí misma. ¿El título del artículo? Ya lo tenía muy claro al principio y me reafirmo en ello.

—Se va a titular «Mujeres made in Spain».

Cris, Samanta, Lina y Marisa siete años después...

—No puedo creer que estemos en la playa todas juntas.

—Vamos, como que iba yo a perderme al tío bueno ese.

—¡Linaaaaa!

A pesar de las protestas de Samanta, las tres vuelven la cabeza en dirección al lugar hacia donde dirige la mirada su amiga. Un joven de veintipocos años tira con todas sus fuerzas de un pedalín con forma de dragón que unos extranjeros acaban de abandonar. Con cada tirón, sus músculos se marcan debajo de la camiseta y la boca de Lina se abre un poco más.

—Creo que lo está pasando fatal. Voy a echarle una mano.

Lina se levanta de la tumbona, se anuda un fular alrededor de la cintura y, para asombro de sus amigas que no terminan de acostumbrarse, se quita la parte de arriba del bikini y comienza a caminar hacia el chaval contoneando las caderas. A medio camino, se gira hacia ellas y les guiña un ojo.

—Esta no aprende —comenta Marisa con un cóctel de color rojizo en la mano y un cruasán en la otra que devora con fruición.

—Claro que aprende. Lleva muchos años sin ponerle los cuernos a su marido y no tiene que resultarle fácil comportarse como una monja.

—Es lo que tiene ser un putón.

—Yo no he dicho eso.

Cristina levanta las manos en son de paz ante el último comentario de Marisa y las tres amigas se echan a reír. Atrás quedaban las rencillas y las disputas. Durante los últimos años, habían limado las asperezas nacidas tras el primer encuentro y se habían convertido en las mejores amigas. A pesar de ello, habían tenido que pasar siete años para que pudieran compartir unas vacaciones todas juntas en una de las zonas más bonitas de Menorca.

Samanta se sienta en su tumbona y fija su vista en el trasero de Lina el cual no había dejado de moverse desde que se pusiera en pie. Ella sigue siendo la más puritana del grupo aunque, como decía Cristina siempre que podía, se había transformado en una mujer y había dejado de ser la señorita Rottermeier. Marisa, por su parte, continuaba fomentando la mayor de sus aficiones y la bolsa de cruasanes comprada en una tienda de alimentación, regentada por chinos, está a punto de ser liquidada. Cristina, tras el éxito de su artículo titulado «Mujeres made in Spain», se había entregado de lleno a la revista hasta el punto de haberse convertido en la primera opción para la jefatura tras la destitución de Elvira, pillada in fraganti con la propia Celeste en el cuarto de las fotocopias. Ahora llevaba la revista con mano firme, pero contando siempre con la opinión y el consenso de sus trabajadores.

—Esto parece una playa de *mazaos*, como dice mi hijo —explica Marisa al ver a otro joven musculado acercarse al encargado del negocio de pedalines acuáticos—. Lina ya tiene donde elegir.

Al ver lo mismo que había observado Marisa, su amiga se frena en seco, se quita el pareo de la cintura y, con un contoneo aún mayor de caderas, recorre los últimos metros que la separan de su objetivo.

—Para mí que se va a montar un trío en uno de los *pedalos*.

—Pues por ahí viene Paco y no creo que le haga mucha gracia.

Tanto Marisa como Cristina se vuelven al escuchar la advertencia de Samanta y piensan en avisar a Lina, pero ya es demasiado tarde. Su amiga, a tan solo un par de metros del chico de la camiseta ajustada, se apoya en un pedalín con forma de Volkswagen Escarabajo rosa y saca pecho como si necesitara mostrar aún más de lo que ya se ve. El desastre es inminente y las tres amigas miran de reojo a Paco el cual, con las gafas resbalando por su nariz y haciendo malabarismos para no dejar caer las cuatro cervezas que lleva en las manos, se aproxima peligrosamente.

Mientras tanto, el chico de los pedalines se incorpora tras dejar el vehículo varado en la playa y hace un gesto de saludo con la mano hacia donde Lina se encuentra. Ella deja su pose de mujer fatal y decide acercarse, pero un joven pasa por su lado y se abalanza sobre el que llevaba la camiseta ajustada. Ambos chicos se entrelazan como dos pulpos y se besan con pasión y desenfreno. Es tal el dispendio de saliva utilizado por los chicos, que una mujer se levanta y, tras ponerle una toalla en la cabeza a su hija para que no mire, les echa una buena reprimenda a los jóvenes enamorados. Por su parte, Lina los mira con cierta envidia y, tras encogerse de hombros y atarse el pareo

esta vez por debajo de los brazos, regresa a su tumbona con el rabo entre las piernas, pero respirando aliviada al ver a Paco allí sentado con una cerveza en una de sus manos.

—Hola, cariño —le dice nada más verlo—. Has tardado mucho.

—Unas niñas que me han reconocido y no me dejaban marchar. —Paco resopla agobiado y se deja caer en la tumbona—. Si lo llego a saber no escribo ese libro.

Desde que Paco se lanzara a publicar un libro romántico adolescente, su vida se había convertido en un infierno para alguien tímido y tranquilo como él. El éxito había sido tal que las ofertas para una segunda parte y, lo mejor de todo, para una película no se habían hecho esperar.

—Tienes que acostumbrarte a la fama —le aconseja Lina al tiempo que intenta olvidarse del chico musculado—. A tus fans tienes que darle todo lo que te piden porque son las que compran tus libros.

—Ya, pero es que son muy raras.

—Son adolescentes.

—Están piradas.

—Son jóvenes y...

—Una de ellas quería que le firmara un autógrafo en una teta.

—¡Serán putas!

Lina se levanta de un salto de la tumbona y mira a su alrededor buscando al grupo de adolescentes donde se escondía la buscona que le había hecho tal ofrecimiento a su marido. Por más que contempla toda la playa y el paseo marítimo, no ve a ese grupito de fans de Gaston Delacroix. El único grupo que se movía por la zona estaba compuesto por un adulto, seis chicos de diferentes edades y una niña de seis años que los seguía como un perrito faldero. Tras una serie completa de embarazos en los que Marisa tan solo había traído al mundo a niños, se había quedado embarazada de una niña a la que llamaron Francisca, como la madre de su marido. La niña se había convertido para todos en Paqui menos para Mariano que no cejaba en su empeño.

—Paca, ¿de qué quieres el *helao*?

—De *cocholate*, paaaaaapa.

—A ver. ¿Y los demás?

—Yo de café y sandía.

—Yo quiero tres bolas.

—Mira, así ya tienes cuatro, medio nena.

—A que te meto el cucurucho por el culo.

—Yo quiero limón, fresa y pitufo.

—Tú eres marica.

—A que te meto a ti también.

Tras el momento caótico frente a la furgoneta donde se vendían los helados, los ocho integrantes de la familia de Marisa regresan dando lametazos a sus respectivos helados. Cuando tan solo les quedan un par de metros para llegar a las tumbonas, Mariano lanza su cucurucho por los aires y le da una colleja a Cristian.

—¡El último en llegar al mar es del Barça!

Otros cinco cucuruchos y dos tarrinas salen volando por los aires con la mala suerte de que cuatro de ellos caen sobre Paco que, nada más sentir el frío en las piernas y el pecho, se levanta de un salto tras gritar con un tono bastante más agudo que el de Mariano. Los ocho integrantes de la familia de Marisa, incluyendo a la pequeña Paqui, saltan por encima de unas toallas, esquivan a una anciana de tetas colgantes, toman prestado un cocodrilo hinchable y entran en el mar como Atila y sus elefantes. Saltan sobre su padre que, ni corto ni perezoso, señala a Borja, que ha llegado el último, con el dedo.

—Mira, ya se te está poniendo cara de Messi.

—Ha sido la canija esta que me ha empujado y me he comido una sombrilla.

Todos se echan a reír y aplauden los modos y la energía de su hermana pequeña que había llegado al mundo cuando menos se lo esperaban, pero que se había convertido en uno más que participaba en todas y cada una de sus travesuras y que no dejaba pasar una buena aventura con sus hermanos.

—Deberías educar a tu familia, Marisa —espeta Paco al tiempo que se limpia los restos de helado de una de sus piernas con la ayuda de un kleenex.

—Y tú deberías de aprender a gritar como un hombre.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué grito como una mujer?

—Coño, es que te pareces a la Beyoncé esa que tanto le gusta a Mariano.

Cristina no puede remediarlo y se echa a reír a carcajadas nada más escuchar la comparación que había hecho Marisa entre su amor de universidad y la cantante norteamericana. Paco la mira con cara de pocos amigos, pero prefiere no entrar al trapo. Se levanta con dignidad y se aproxima a la papelería más cercana a tirar el pañuelo de papel.

—¿Qué *pasó*? —pregunta un hombre con un cuerpo de infarto que

aparece de repente con una cámara de fotos colgada al cuello.

—Los cenutrios de Marisa que me han barnizado con helado.

El recién llegado deja su cámara encima de una de las tumbonas y, tras quitarse la camiseta, toma un bote de crema de una bolsa de lona y comienza a untarla por su torso sin percatarse de las miradas que algunas féminas le lanzan. Lina mira de reojo, Cristina busca algo en la playa y Marisa tan solo tiene ojos para la tarrina de helado de yogurt que había logrado rescatar de la hamaca donde Paco había recibido los proyectiles. Samanta se pone en pie nada más escuchar la voz del hombre de pelo blanco y abdominales marcados y, sintiendo la envidia de unas cuantas mujeres, le quita a Valentino el bote de crema de las manos y se entretiene esparciendo una buena cantidad de protección solar por el torso musculado de su marido, con el que se había casado un par de años antes, una vez conseguido el divorcio con Tobías. Ahora se había convertido en una mujer feliz que trabajaba en un estudio de arquitectura haciendo lo que más le gustaba y dedicando su tiempo libre a viajar con su marido por todo el mundo; un marido que levantaba admiración allá donde iba por su acento argentino y por su elegante y atractivo aspecto. Incluso ella se había permitido la licencia de cortarse el pelo al estilo *garçon* convirtiéndose en una mujer más resultona, como siempre le decía Marisa con cariño.

—Oye, ¿alguien ha visto a Jorge? —pregunta Samanta nada más cerrar el bote de crema.

—Está con Nerea —explica Cristina sin dejar de mirar a un lado y a otro de la playa—. Se han ido con Noa a dar un paseo. No creo que tarden en volver. La cría quería coger conchas.

—La concha de...

—Eso ya no tiene gracia, Valentino. Ya sabemos que lo de concha significa otra cosa en tu país, *boludo*.

Las tres amigas se echan a reír al escuchar el comentario de Lina que, curiosamente, no miraba al argentino con interés. Su vista tan solo va de uno de los chicos de los pedalines al otro. De vez en cuando suspira y se mira las tetas para comprobar que la ley de la gravedad no había hecho estragos en ellas en los últimos minutos.

—Mira, por allí vienen los chicos.

Cristina y Samanta, nada más escuchar a Marisa, se giran hacia donde ella señalaba y comprueban que su amiga tiene razón. El hijo de Samanta regresa junto con Nerea y, entre ellos, una niña rubita con dos coletas da saltos

de alegría y lanza piedras al mar.

—Noa se parece muchísimo a Jorge —comenta Lina con la vista puesta en los dos jóvenes y la niña.

—Pues a mí me recuerda mucho más a Nerea —explica Marisa al tiempo que le daba los últimos lametazos a la tarrina de helado.

—Es normal que se parezca un poco a los dos —afirma Samanta sonriente—. Yo creo que la boca es como la de Jorge, pero los ojos son igualitos a los de Nerea. Eso sí, en el pelo ha salido a su madre.

Cuando tan solo le quedan unos pocos metros para llegar, la niña levanta la cabeza y echa a correr con los brazos abiertos y unas cuantas conchas marinas en una de sus manitas.

—¡Abuela! ¡Abuela! Mira que bonitas.

Cristina se incorporó en su tumbona y espera la llegada de la niña con los brazos abiertos, pero la pequeña Noa, como si ella no existiera, pasa a su lado y se lanza a los brazos de Samanta que la recibe con una enorme sonrisa y unos caramelos que había comprado para ella.

—Cuando está su abuela, siempre pasa de su madre —protesta Cristina, pero sin poder dejar de mirar a su hija pequeña con dulzura.

Unos segundos después llegan Jorge y Nerea y él, ni corto ni perezoso, se deja caer sobre la tumbona que ocupaba Cristina y apoya la cabeza en su pierna. Ella se inclina sobre él y lo besa con infinito amor.

—Sabes, me han llamado del trabajo —explica el joven una vez pudo volver a respirar.

—¿Otra vez? ¿Qué plastas? Parece que no saben hacer nada si no estás allí.

—Es lo que tiene ser el jefe. Pues resulta que el último juego ya va por las doscientas mil descargas y ahora quieren una segunda parte. A lo mejor tengo que volver un poco antes a Madrid.

Cristina se inclina de nuevo sobre Jorge y lo besa una vez más. Todo lo que el chico había planificado siete años atrás se había cumplido. Ambos se habían casado y habían tenido una niña un par de años después. Aunque Jorge quería tener otro hijo, no habían podido, pero había entregado su amor de tal forma a su esposa y a su hija que se había visto colmado hasta la saciedad con las dos mujeres de su vida. Nada más dejar el instituto, diseñó un juego para móviles con el que había arrasado. Como había vaticinado, era el dueño de una empresa de video juegos y ganaba dinero a espuertas. Cristina estaba orgullosa de él y de sus dos hijas. Nerea, por su parte, había terminado por

ceder y, en cuanto tuvo a su hermana Noa en brazos, supo que su vida había cambiado a mejor.

Cristina mira a su alrededor y se siente la mujer más feliz del mundo por todo lo que posee. Una posición acomodada, una familia feliz, un buen trabajo y un puñado de amigas maravillosas que, como bien supo poco tiempo después de conocerlas, se sentían orgullosas de ser, de los pies a la cabeza, mujeres made in Spain.

FIN